EL PERU DE VELASCO

Coordinador: CARLOS FRANCO
rolando ames - héctor béjar - jorge billone - jorge carbonel - daniel carbonetto
luis cueva sánchez - josé carlos fajardo - alberto flores galindo - carlos franco
francisco guerra garcía - hélan jaworski - daniel martínez - gonzalo portocarrero
josé rivero - efraín salas - steve stein - mario tueros.

I

UNMSM-FEDOC

ediciones cedep

¿Cuándo es que una revolución triunfa o es derrotada? ; ¿qué criterios nos pueden servir para elaborar una respuesta precisa a esta interrogante? Ciertamente, si el éxito de un proceso revolucionario se mide por la continuidad en el poder de su conducción política, por la permanencia de su orientación en el gobierno de las circunstancias, por su capacidad para reproducir el cambio como un mecanismo habitual de la sociedad, el proceso revolucionario peruano fue derrotado. Mas si la medimos por la manera como fecundó el sentido común y el instinto popular, por el reconocimiento ulterior de sus propios adversarios del sentido históricamente positivo de sus reformas o por la vasta sensación de que "algo muy importante le ocurrió al Perú en los 70", para usar una expresión común en estos días, entonces ella garantizó su perdurabilidad histórica.

Sin embargo, ninguno de los criterios y respuestas anteriores son satisfactorios. Y no lo son, entre otras razones, porque la revolución peruana fue interrumpida. Acaso por eso, sólo cuando una vasta coalición de fuerzas sociales reinicie "desde abajo" el interrumpido proceso de transformación nacional iniciado por ella "desde arriba", la revolución peruana habrá, definitivamente, concluido.

UNMSM-CEDOC

UNMSM-CEDOC

UNMSM-CEDOC

EL PERU DE VELASCO

(De la cancelación del Estado oligárquico
a la fundación del Estado Nacional)

UNMSM-CEDOC

UNMSM-CEDOC

EL PERU DE VELASCO

I

Coordinador:
CARLOS FRANCO

rolando ames – héctor béjar – jorge billone
jorge carbonel – daniel carbonetto – luis cueva sánchez – josé carlos fajardo
alberto flores galindo – carlos franco – francisco guerra garcía
hélan jaworski – daniel martínez – gonzalo portocarrero – josé rivero
efraín salas – steve stein – mario tueros

cedep
CENTRO DE ESTUDIOS PARA EL DESARROLLO Y LA PARTICIPACION

UNMSM-CEDOC

© Centro de Estudios para el
Desarrollo y la Participación
6 de agosto 425, Lima 11
Lima, Perú, 1983
Asesoría Editorial: LETRA S.R.L.
Impreso en el Perú

UNMSM-CEDOC

CONTENIDO

"Testimonio de parte" 1

PRIMERA PARTE

De la Sociedad Oligárquica 27

El modelo de acumulación descentrado y dependiente
Daniel Carbonetto 29

La sociedad oligárquica: cultura popular y política popular en los comienzos del siglo XX en Lima
Steve Stein 99

José Carlos Mariátegui: sociedad campesina y socialismo indoamericano
Alberto Flores Galindo 125

Haya y Mariátegui: los discursos fundadores
Carlos Franco 135

Los movimientos sociales y los partidos políticos desde 1930 hasta 1968: su significado en términos de participación popular
Héctor Béjar 167

El régimen oligárquico: procesos políticos
Francisco Guerra García 193

UNMSM-CEDOC

UNMSM-CEDOC

De nosotros —no de otros— dependerá en lo fundamental
lo que tenga que ser nuestra historia del futuro.

JUAN VELASCO ALVARADO

UNMSM-CEDOC

UNMSM-CEDOC

El Perú de Velasco es un estudio sobre la cancelación de la sociedad oligárquica y la fundación del Estado nacional en el Perú.

Dicho estudio fue realizado básicamente por el grupo de intelectuales que cooperaron, a través del Sistema Nacional de Apoyo a la Movilización Social (SINAMOS), con el gobierno de las Fuerzas Armadas dirigido por el general Juan Velasco entre los años 1968-1975. El grupo responsable de la investigación invitó a José Carlos Fajardo y Jorge Billone a asociarse a su desarrollo con contribuciones incluidas en el libro. De igual modo, fue solicitado el concurso de los historiadores Alberto Flores Galindo y Steve Stein, cuyos textos, elaborados desde posiciones y perspectivas independientes a las del grupo responsable del estudio, figuran en el primer volumen de la publicación. Finalmente, Rolando Ames y Gonzalo Portocarrero aceptaron participar, de modo igualmente independiente, en la discusión de la experiencia velasquista y su significado histórico. A todos ellos, nuestro más profundo agradecimiento.

La investigación, coordinada por Carlos Franco, se desarrolló entre los años 1980 y 1984 gracias a la contribución financiera del Programa de Participación del Instituto de Investigaciones Sociales de Naciones Unidas (UNRISD). El texto que hoy publica el Centro de Estudios para el Desarrollo y la Participación (CEDEP) es una primera versión de dicha investigación. Ella ha sido sometida a la revisión de UNRISD para su ulterior y eventual publicación oficial por dicha institución.

UNMSM-CEDOC

El CEDEP quiere expresar su agradecimiento a Enrique Oteiza, Director de UNRISD, y a Matthias Stiefel, Director del Programa de Participación, por su constante aliento y la autorización brindada para la publicación del libro. Asimismo, agradece a Juana Iglesias por su paciente y profesional cuidado de la edición del mismo. CEDEP desea igualmente testimoniar su emocionado recuerdo a Andrew Pearse quien, en 1979, propuso la realización del estudio y estimuló vigorosamente su desarrollo. A su memoria, nuestra gratitud.

UNMSM-CEDOC

"Testimonio de parte"

UNMSM-CEDOC

UNMSM-CEDOC

A inicios del 80 decidimos escribir el libro que hoy tiene en sus manos. La imperativa necesidad de involucrarnos intelectual y políticamente con el Perú emergente de la experiencia de los 70 precisaba cerrar la época anterior con una suerte de "balance final del velasquismo" y de escrutinio definitivo de nuestro compromiso político con esa experiencia.

En los años precedentes, bajo el imperio de la nostalgia y la curiosidad, habíamos tratado de comunicar al país lo que se revelaba ante nosotros como el significado histórico de las reformas sociales de la época, sin dejar de advertir por ello que a ese empeño lo habitaba una secreta necesidad de ajustar las cuentas con nuestra propia identidad. El silencio y la soledad que ambientaron esta tarea, tan predecibles como inevitables, nos hicieron creer que cumplíamos, a nuestro modo y manera, con una responsabilidad pública que, desaparecidos Velasco y Delgado, responsables en distintos planos de la experiencia, nos correspondía a plenitud.

Legado inevitable pero también elección voluntaria, el ejercicio de esa responsabilidad terminó de enraizar en nosotros la creencia de ser continuadores, en medio de la hostilidad o la indiferencia general, de una manera de entender el compromiso con el país y con nosotros mismos que hubiera sido la de quienes, prematuramente, nos habían dejado. Pero cuando se inició en el Perú, a destiempo para los que se fueron, un proceso de revaloración política de esos años y sentimos la presión renovadora del poder de las ideas y temáticas que planteaban los compañeros recientemente integrados a nuestro equipo de trabajo, supimos que el momento de retornar al futuro había llegado para nosotros.

UNMSM-CEDOC

De algún modo entrenados para sorprender la distancia que media entre los propósitos y los resultados y habituados por ello a reconocer la contradicción irresoluble entre los significados personales y públicos de la propia conducta política, nos habíamos empeñado en afirmar nuestras certidumbres en la misma operación que revelaba nuestras perplejidades ante una experiencia cuya complejidad superaba la voluntad de comprenderla. Acaso por ello fuimos paciente y laboriosamente asediando la caja negra que escondía los secretos de esos años. Uno de ellos, tal vez el crucial tanto desde una perspectiva comparativa como del conocimiento de la historia del país, era la sorprendente combinación del contenido nacional y participativo de las reformas sociales de la época y la forma autoritaria y burocrática del poder que las hizo posibles. En cierta medida, esta combinación se convirtió en el problema teórico central para la explicación del proceso peruano y en la base de las radicales diferencias interpretativas en torno a su naturaleza y significado histórico.

Las interpretaciones

El análisis del complejo participación-autoritarismo originó básicamente tres líneas interpretativas. La primera privilegió la naturaleza centralizada, autoritaria y burocrática de la forma de gobierno y devaluó el contenido reformador, democrático y nacional de los cambios institucionales e ideológicos producidos. Realizada esta operación, los analistas procedieron a articular la modalidad de gobierno con los intereses de clase o grupo que se podían expresar por su intermedio utilizando para ello, sea la *analogía* con procesos políticos externos, sea la *aplicación* de criterios ideológicos. De este modo, y en función de los procesos políticos y los marcos ideológicos seleccionados, se elaboró un curioso y ramificado conjunto de calificaciones de la experiencia: "fascista", "fascistizante", "fascistoide", "autoritario-burocrático", "corporativista", "bonapartista", "burgués-reformista", etc., etc. Lo que importa señalar en todo caso, desde la perspectiva de la participación popular y el contenido nacional de las reformas, fue que éstas aparecieron en los análisis como recursos tácticos, manipulaciones clientelísticas u operaciones de cooptación social.

La segunda línea de análisis operó en un sentido estrictamente inverso al anterior, esto es, privilegiando el contenido participativo y nacional de las reformas y devaluando la forma autoritario-burocrática de su ejecución política. La articulación posterior del contenido de las reformas con el acotado abanico de intereses sociales y sujetos políticos que podían expresarse a través de ellas originó un segundo conjunto ramificado de calificaciones: "nacional-revolucionario", "democrático-nacional", "socializante", "democrático-participativo", "socialista-participativo", "autogestionario", etc., etc. La participación popular y el contenido nacionalista de las reformas aparecieron

UNMSM-CEDOC

entonces en los análisis como opciones estratégicas o expresiones definitorias de la naturaleza del proceso bajo estudio.

Como se observa, la característica común a ambos enfoques es la disociación, la contradicción o la subordinación entre el contenido de las reformas y la forma gubernamental de adopción y ejecución de las decisiones.

Precisamente por ello, los analistas que reconocieron la concurrencia de estas dos dimensiones y no estuvieron dispuestos a separarlas en su evaluación final del proceso de cambios generaron la tercera línea interpretativa. Esta se expresó en las calificaciones de "proceso ambiguo", al decir de Lowenthal, o de "proceso peculiar", en el caso de Howsband, calificaciones que revelan acaso más las sorpresas de los analistas que las complejidades del objeto analizado. Otros, finalmente, recurrieron a expresiones equivalentes, para referir más bien la coexistencia de tareas "nacionales" y "socialistas" que, según las clasificaciones convencionales de los procesos de cambio, se corresponden sea con dos tipos diferentes de revoluciones, sea con dos etapas distintas de una misma revolución.

Necesidad de una nueva interpretación

Los estudios que realizamos de la experiencia velasquista en los años precedentes nos parecieron, en relación con el tema que discutimos, claramente insuficientes. Si bien descartábamos las dos primeras líneas interpretativas, porque la disociación del contenido de las reformas de la forma de ejercicio del poder impedía revelar la experiencia en su real unidad y complejidad, tampoco creíamos que la simple constatación de la coexistencia de ambas dimensiones al interior de un solo proceso, argumento característico de la tercera línea de análisis, solucionase el problema planteado. Lo que resentíamos de esta última era su inhibición para pasar del nivel de reconocimiento de las apariencias del proceso al nivel de la determinación de sus condiciones de origen, pasaje inevitable para revelar que lo que aparecía ante el análisis como una asociación contingente y contradictoria era, en rigor, una unidad necesaria o, más precisamente, la forma históricamente específica en que el cambio social podía realizarse en las condiciones de la sociedad oligárquica peruana. Probar esta hipótesis exigía ir más allá del relevamiento de los antecedentes inmediatos de la experiencia o de la consideración de la misma como una secuencia direccionada de respuestas al contexto nacional e internacional de la época. Era necesario entonces resituar el proceso de cambio iniciado el 68 dentro de las pautas históricas que habían configurado la larga evolución de la sociedad peruana para describir su identidad al interior de los procesos de continuidad y ruptura implicados. Al proceder de este modo, el interés investigativo debía desplazarse de las condiciones internas y externas inmediatas que convierten a la fuerza armada en sujeto político del proceso, centro casi exclusivo del interés de los analistas comprometidos con la segunda y tercera líneas interpretativas, al estu-

UNMSM-CEDOC

dio de las condiciones históricas que impidieron en el Perú que una revolución popular "desde abajo" realizara las tareas nacionales y democráticas ejecutadas "desde arriba" por el gobierno militar. Ello precisaba, como se observa, dilatar el campo de análisis a los procesos sociohistóricos vinculados con el surgimiento y evolución de la sociedad oligárquica para, a partir de ellos, identificar la matriz de constricciones y posibilidades dentro de las cuales y frente a las cuales se revela el sentido del proceso político liderado por Velasco.

Es precisamente en esta circunstancia que el interés de Andrew Pearse y del Instituto de Investigaciones de Naciones Unidas para el Desarrollo Social (UNRISD) por la experiencia peruana, dentro de su programa de estudios comparativos sobre los procesos nacionales de participación popular, nos permiten comprometernos en el trabajo que hoy presentamos.

Estudios sobre la sociedad oligárquica

El estudio fue organizado en torno a dos objetos teóricos: las condiciones, características y evolución de la sociedad oligárquica (principalmente entre 1920-1968) y del proceso de cambio de los años 68-75.

La primera temática fue abordada por seis estudios, cuatro de los cuales fueron realizados por miembros del equipo de trabajo del Centro de Estudios para el Desarrollo y la Participación (CEDEP) y dos por investigadores independientes, Alberto Flores Galindo y Steve Stein, cuya importante contribución ciertamente no los compromete con el enfoque general del estudio ni los juicios de valor expresados en él.

Daniel Carbonetto, en "El modelo de acumulación descentrado y dependiente de la sociedad oligárquica", desarrolla básicamente dos tesis. Según la primera, el modelo de acumulación descentrado que caracteriza específicamente la evolución de la sociedad y el estado oligárquicos se constituyó en una vía alternativa y excluyente del desarrollo capitalista nacional. La segunda define el origen del modelo de acumulación en la específica modalidad del contacto del capitalismo de los centros desarrollados con el modelo colonial vigente en el Perú del siglo XIX. A partir de ambas tesis, desarrolla un enfoque orientado sistemáticamente a mostrar la diferente naturaleza histórica del desarrollo económico de la sociedad peruana con respecto al desarrollo "occidental" y a fundamentar la necesidad y complejidad de una estrategia alternativa de desarrollo.

Steve Stein, en "Cultura popular y política popular en los comienzos del siglo XX en Lima", realiza un incisivo análisis de la cultura popular y del modelamiento familiar, escolar, religioso e institucional de la orientación personalista de la conducta política de los grupos sociales más pobres de la capital. La abismal diferencia social que caracteriza la distribución del poder

UNMSM-CEDOC

y la experiencia popular de la escasez de sus recursos, genera en los limeños pobres de la época la necesidad de orientarse subordinadamente a figuras percibidas como "poderosas", en busca de apoyo, protección o tutela. De este modo, el modelamiento externo actúa a través de la experiencia biográfica y social generando una activa disposición afectiva y cognitiva que permite entender los patrones característicos a través de los cuales se organiza la vida política. Stein considera que la orientación personal prepara y se expresa en dos de los movimientos políticos más importantes de los 30: el sanchecerrismo y el aprismo.

Alberto Flores Galindo, en "José Carlos Mariátegui: sociedad campesina y socialismo indoamericano", estudia por su parte la manera cómo Mariátegui enfrenta el desafío planteado por la sociedad campesina peruana de los 20 a la idea socialista originada en Europa y la solución que encuentra en su visión del socialismo indoamericano. Describiendo el modo en que Mariátegui reelabora intelectualmente el encuentro entre lo moderno y lo nativo, entre el "progreso" y el "atraso", Flores Galindo llama la atención sobre el carácter alternativo del camino histórico nacional respecto del occidental y la necesidad intrínseca de repensar (en el sentido de reformular) la idea socialista enraizándola en los endógenos procesos históricos de la sociedad peruana y en los específicos sujetos nacionales que los movilizan. El estudio concluye vinculando la tarea intelectual y política de Mariátegui con el proceso de ampliación de la conciencia histórica de los peruanos de la época.

Carlos Franco, en "Haya y Mariátegui: los discursos fundadores", luego de describir brevemente el surgimiento de "la inteligencia peruana", dentro de las condiciones del proceso de modernización promovido por el gobierno leguiísta, analiza las formas en que Haya y Mariátegui fundan las bases del primer discurso nacional acerca del cambio social. Destacando la decidida voluntad de autonomía intelectual que los anima, Franco examina cómo Haya y Mariátegui impugnan la vulgata de la Tercera Internacional, "producen" la primera versión peruana y latinoamericana del marxismo y elaboran con ello la primera teoría de la dependencia. El estudio concluye sorprendiendo los consensos y disensos de estos discursos en relación con la temática de la nación, el Estado, la revolución y los sujetos sociales.

Héctor Béjar, en "Los movimientos sociales y los partidos políticos desde 1930 a 1968", describe, en grandes trazos, la evolución de los diferentes movimientos sociales y los procesos políticos que caracterizaron los períodos 30-33: "la violencia política"; 33-56: "la dictadura oligárquica"; y 56-58: "la democracia representativa". Concluye examinando la relación entre los sectores sociales, grupos intelectuales, partidos políticos y las áreas de participación, distinguiendo entre éstas las sub-áreas de participación institucional, económica e ideológica.

UNMSM-CEDOC

Francisco Guerra García, en "El régimen oligárquico: procesos políticos" estudia los procesos sociales y políticos que desde los años 20 preparan, dentro del régimen oligárquico, las condiciones para el pronunciamiento militar del 68. Orientado por un enfoque que intenta descubrir las continuidades históricas, Guerra subraya el papel de lo que denomina, en el sentido de Manheim, el pensamiento utópico de la élite intelectual peruana de comienzos de siglo y llama la atención sobre los procesos de diversificación de la dependencia, recomposición de la estructura social, crecimiento de la influencia política de los grupos industriales y alteración de los comportamientos de las organizaciones políticas y la institución militar.

Como observará el lector, un conjunto importante de procesos sociales, políticos, institucionales e ideológicos no fueron incluidos en la primera sección del libro. Las especiales condiciones en que se realizó el estudio bloquearon las posibilidades de integrarlos como objetos específicos de análisis. Sin embargo, los estudios realizados nos permiten, cuando se vinculan con los conocimientos obtenidos por la investigación social de los años recientes, asediar las respuestas al problema de por qué un movimiento político de masas no pudo realizar "desde abajo" una revolución nacional y popular.

La pauta histórica

Para resolver este problema es preciso identificar la compleja combinación de condiciones que constituyeron la forma históricamente peruana de la dependencia externa y la dominación interna o, en otros términos, la específica pauta histórica que configuró distintivamente nuestra sociedad respecto de otras que comparten las mismas características generales del subdesarrollo. Para entender el significado preciso de lo que sigue, conviene recordar que hacemos referencia a un complejo interactivo de situaciones y procesos que sólo cobran sentido en su mutua dependencia y en su desarrollo simultáneo. Los procesos y situaciones así combinados no son exclusiva y excluyentemente peruanos pues, como se verá, están presentes, aunque con diferente profundidad, duración e intensidad, en la historia de otras sociedades. Ellos, como la articulación que los vincula, son en este sentido más bien *específicamente nacionales.* Finalmente, debe señalarse que nuestra descripción incluirá sólo aquellos que tienen relación directa con la interrogante que se pretende responder.

La lectura de los textos señalados permite inferir la combinación específica en la sociedad oligárquica peruana de los siguientes procesos:

a. El contenido unitariamente étnico-económico de los lazos de dependencia externa y dominación interna que bajo diferentes modalidades caracterizaron el desarrollo histórico del país desde su conquista por los españoles. Esta

UNMSM-CEDOC

característica tuvo vastos y decisivos efectos en la configuración, consistencia y estabilidad de los procesos de ordenamiento jerárquico, distancia social, diseño institucional, distribución de recursos, ocupación del espacio, organización de la producción, definición de la autoridad, sistemas de recompensa y castigo y calidad de las relaciones interclasistas, intergrupales e interpersonales.

El contenido simultáneamente étnico y económico que organizó el poder social se reprodujo, bajo diferentes modalidades, en casi todos los ámbitos, planos y contenidos de la vida pública y privada por la vía de su transformación cultural y subjetiva en un sistema modal de orientación de la población ante sí misma, la sociedad y el Estado. A partir de éste se desarrollaron múltiples y ramificadas cadenas de dominación que atravesaron verticalmente la sociedad y la casi totalidad de las relaciones sociales.

b. La extrema heterogeneidad de las condiciones de existencia de la población. La coexistencia de distintos modos de producción, la pluralidad étnico-cultural, las múltiples combinaciones de lo moderno y lo tradicional, la diversidad lingüística, las disparidades locales y regionales, las diferentes estrategias de supervivencia y estilos de vida, etc. son otras tantas expresiones de un proceso histórico de desarrollo desigual que tiene en la matriz multiétnica de la población, en el descentramiento y dependencia de la economía y en las diferentes dotaciones de recursos ecológicos, sus vectores principales.

c. La reducida cobertura social del sistema institucional a través del cual se accede legítimamente a las oportunidades, recursos y poder. La exclusión de la vasta mayoría de la población de las posibilidades de acción organizada y eficaz, al ilegalizar sus objetivos, estrategias y estilos de conducta, la separó y enajenó del sistema normativo e institucional del Estado. La rigidez de todos los órdenes institucionales, el estrechamiento de sus accesos y la carencia de medios organizados de presión sobre los mismos generaron la necesidad de estrategias individuales y grupales de supervivencia y obtención de recursos que, no por ilegales, dejaron de ser masiva y mayoritariamente empleadas por la vasta población marginada del país.

d. Las frecuentes experiencias de fracaso de los movimientos populares reivindicativos y la organización de la memoria colectiva en torno a las derrotas de los movimientos nacionales. Las salvajes prácticas de exterminio físico y cultural empleadas por los conquistadores contra la población indígena y la represión y derrota de todas las rebeliones de indígenas y criollos, entre los siglos XVI y XIX; la incapacidad del país para autoindependizarse políticamente y generar un estado nacional en el siglo XIX; la derrota en la guerra del Pacífico al término del siglo pasado; las frecuentes derrotas de los movimientos campesinos, sindicales y estudiantiles, de la revolución popular aprista y de los movimientos insurreccionales en el presente siglo, concluyeron inhibiendo el desarrollo de una afirmativa voluntad nacional y de un vi-

UNMSM-CEDOC

goroso y masivo movimiento popular reivindicativo. La falta de recompensas históricas y sociales para las iniciativas autónomas, la acción concertada, la asunción colectiva de riesgos y las estrategias de conflicto, reforzaron en vastos sectores de la población la adopción, en el plano de la acción política, de orientaciones subordinadas, particularistas y clientelísticas. El caudillaje, el patronazgo, la cooptación segmentaria y el clientelaje se convirtieron así en las principales formas de relación entre el establecimiento político y la población y en las maneras oligárquicas del quehacer político.

e. La extrema parcialidad de la conciencia y la acción políticas, organizadas exclusivamente en torno a intereses individuales, grupales o sectoriales, impidió la generación de un cuadro nacional de referencias ideológicas en torno al cual se articularan los distintos movimientos sociales. Este rasgo constante de la conducta pública y partidaria, anclado como está en los procesos antes señalados, inhibió el desarrollo de una conciencia nacional, de proyectos que concertaran los diferentes intereses de las parcialidades sociales sometidas al dominio oligárquico o de consensos en torno a objetivos de corto o mediano plazo.

El patrón histórico descrito nos permite comenzar a responder la interrogante planteada. Como es fácil comprender, el mutuo reforzamiento de los procesos antes señalados originó dos efectos relacionados. En primer lugar, la imposibilidad de constituir un sujeto político nacional y popular capaz de dirigir y realizar la transformación social. En segundo lugar, la imposibilidad de emplear medios democrático-representativos eficaces para el logro de ese objetivo.

La necesidad de otro enfoque

Sin embargo, lo que explica por qué un movimiento político-popular no pudo realizar "desde abajo" la revolución nacional no explica, sin embargo, por qué la fuerza armada la inició. Lo único que ayuda a revelar, en todo caso, es su "condición de posibilidad".

Es preciso entonces descubrir el específico conjunto de condiciones que conduce a los militares peruanos a asumir tal decisión. Ciertamente, ello supone descartar dos creencias que sustraen todo sentido a la investigación: una, "la inevitabilidad de la revolución nacional"; otra, "el carácter preventivo de la acción militar". Ambas, afortunadamente, han sido devaluadas por la experiencia histórica y la información disponible.

Ahora bien, como esta tarea ha sido en cierto modo realizada y sus conclusiones son relativamente conocidas, nosotros quisiéramos ahora llamar la atención sobre la influencia del patrón histórico de la sociedad peruana en la elección de la forma de gobierno militar. No se trata solamente de que

UNMSM-CEDOC

el patrón histórico referido, descartando al movimiento popular como sujeto activo de la transformación, crea el espacio para otro distinto e inesperado, sino que, y esto nos parece teóricamente decisivo, prefigura la modalidad autoritaria y centralizada en que tal transformación puede realizarse. En efecto, la jerarquización étnico-económica del poder y la estrecha cobertura y rigidez del sistema institucional del estado oligárquico, la marginación de la mayoría de la población, así como la heterogeneidad de los modos de vida y la parcialidad de las conciencias y acciones políticas de los movimientos contestatarios bloquearon las posibilidades de que los procesos de democratización social se canalizaran a través de métodos políticos democrático-representativos. En otros términos, el específico patrón histórico-nacional presionaba por rupturas violentas, "desde arriba", como forma política de realización de los procesos de democratización sustantiva.

Mirando en esta perspectiva, no es entonces la organización jerárquica y los valores autoritarios de la fuerza armada los que explican exclusivamente su forma de gobierno. Refuerza esta observación la evidencia de que la forma de ejercicio del gobierno, de cualquier gobierno, no es imputable exclusivamente a su sujeto militar o político sino a la relación de éste con las fuerzas que se movilizan en la sociedad nacional y la arena internacional. Como se observa, un enfoque de esta naturaleza convierte la forma autoritaria y centralizada del poder, pero también el contenido de las reformas sociales del gobierno militar, en el producto histórico de la interacción de un conjunto diferenciado de fuerzas sociales y políticas. Este enfoque obliga entonces a involucrar los comportamientos de las fuerzas, situadas fuera del gobierno pero dentro de la sociedad, en el campo de investigación de las condiciones coproductoras del proceso 68-75. De este modo, la interpelación a la fuerza armada como única responsable por lo ocurrido en el Perú de esos años, objeto excluyente de la preocupación de los análisis conocidos, se transforma en una interpelación al conjunto de la sociedad. En este ampliado marco de análisis se puede reformular la interpretación de problemas ya planteados y descubrir otros que fueron soslayados hasta ahora. Nos referimos a los grados de libertad o restricción de que dispuso la fuerza armada en el poder para alterar o reforzar su forma de gobierno; la naturaleza de la estrategia elegida por ella para alcanzar sus objetivos; el carácter voluntario y autodeterminado, condicionado, o externamente determinado de las reformas; la transparencia o velamiento del sentido del proceso político para las fuerzas situadas fuera del gobierno y las condiciones que lo producen; las formas que adoptan los procesos de participación popular, etc., etc. En todo caso, lo que importa destacar de esta ampliación del campo de análisis es que los comportamientos de la fuerza armada y de las fuerzas sociales y políticas de la época, aparecen como formas de continuidad o de ruptura del patrón histórico que marcó la vida peruana en el pasado.

UNMSM-CEDOC

En medida importante, es esta orientación del análisis la que vincula los trece ensayos reunidos en la segunda sección del libro dedicada al estudio del período 68-75.

Carlos Franco, en "Los significados de la experiencia velasquista: forma política y contenido social", luego de constatar el reciente cambio producido en las evaluaciones del proceso velasquista por parte de las organizaciones políticas y grupos de intelectuales que mantuvieron frente a él una posición adversa o crítica, intenta mostrar las condiciones que bloquearon el reconocimiento del significado históricamente positivo de la experiencia. Retienen su atención tanto las diversas formas de aproximación intelectual y política que cegaron la posibilidad de percibir, desde fuera del gobierno, las tendencias del proceso de cambios como la compleja configuración de las apariencias de éste, que ocultaban y revelaban simultáneamente su sentido histórico. Finaliza analizando el impacto de la contradicción entre la forma autoritaria y el contenido democrático de la transformación velasquista en sus propios actores y extrae sus propias conclusiones.

Daniel Carbonetto, en "La opción por un nuevo modelo de acumulación: sus límites", comienza señalando la herencia oligárquica y las tareas de desarrollo planteadas al país para luego evaluar las estrategias económicas diseñadas por el gobierno militar para cumplirlas. Posteriormente, pondera los límites e innovaciones de la concepción del desarrollo que orientan su política económica y las carencias de sus instrumentos de acción.

Francisco Guerra García, en "Proceso de cambios y régimen militar", orienta su interés hacia los procesos de ruptura histórica originados por la acción del gobierno de Velasco en el país, analiza el carácter autoritario-burocrático de su forma de gobierno y plantea los límites como las posibilidades inscritas en ésta para el propio desarrollo del proceso de cambios. Finalmente, reflexiona sobre las perspectivas abiertas al país a partir de los cambios del 70.

Hélan Jaworski, en "La identidad de la política exterior del gobierno militar", realiza un amplio estudio sobre las relaciones entre la política exterior y la política interna; los elementos de continuidad y ruptura entre los lineamientos de la política exterior preparada por el personal civil de la cancillería y los que promueven los ministros militares; la forma como se generan las decisiones internacionales del gobierno y los campos en que se expresan las innovaciones conceptuales y políticas.

José Carlos Fajardo, en "Consideraciones sobre el modelo político intentado en el Perú: 1968-1975", examina dos de las calificaciones empleadas en la evaluación de los cambios del 70. La primera, "corporativismo", es presentada tanto en sus versiones extranjeras como nacionales. La segunda, "demo-

UNMSM-CEDOC

cracia social de participación plena", es recogida de las posiciones de los grupos intelectuales vinculados con el gobierno militar. Finalmente, Fajardo avanza una evaluación contrastada de ambos enfoques a partir de las evidencias disponibles.

Carlos Franco, en "Concepción, estrategias y problemas de la participación popular", señala las condiciones en que se elabora la concepción gubernamental acerca de la participación popular y sus características más importantes. A continuación examina las relaciones entre los contenidos de los conocimientos acumulados por la comunidad intelectual y el diseño de las políticas de desarrollo económico y participación popular. Posteriormente, pondera los principales problemas que confrontó la experiencia participativa peruana.

Los siguientes ensayos, a diferencia de los anteriores que tienen el carácter de análisis de las grandes líneas tendenciales del proceso de cambios, se orientan más bien hacia el estudio específico de las reformas sociales. El único que escapa a esta regla es el siguiente, dedicado a una institución que como SINAMOS atrajo un interés especial por las funciones que le fueron asignadas así como por la manera de ejecutarlas.

Francisco Guerra García, en "SINAMOS y la promoción de la participación", informa acerca de las condiciones en que se crea el Sistema Nacional de Apoyo a la Movilización Social, organismo estatal encargado de promover la participación popular, su estructura organizativa y funcional y sus políticas con respecto a las organizaciones sociales y partidarias. Finalmente, Guerra García presenta los principales conflictos de orientación y competencia de la institución con otros sectores del Estado.

Héctor Béjar, en "Reforma agraria y participación popular", da cuenta de los antecedentes históricos de la reforma agraria, las relaciones entre el gobierno militar y el movimiento campesino y el contenido y radicalismo del proceso de transferencia de la tierra. Sin embargo, el interés mayor de Béjar se orienta hacia el análisis de las complejidades del mundo rural, las dificultades como las posibilidades de la reforma y el escrutinio de los comportamientos de distintos actores sociales y políticos.

Luis Cueva y Efraín Salas, en "La comunidad laboral", informan de los antecedentes de esta institución y de las conductas de trabajadores y empresarios. Describen sus características participativas y los conflictos de interés que la acompañan. Finalizan ensayando una evaluación de la experiencia.

Hélan Jaworski, en "Democracia y socialización en los medios de comunicación", realiza un amplio estudio del contexto en que se inscribe la reforma de los medios, describiendo los criterios y medidas que la impulsaron. Jaworski centra su análisis en las pistas que brinda la experiencia para el replanteamiento de temas sensitivos: el derecho a la producción de la informa-

UNMSM-CEDOC

ción, la libertad de expresión diferenciada de la libertad de publicación, la participación en un nuevo orden de la comunicación, la economía de los medios, el control de éstos, etc. Culmina su trabajo contrastando la "utopía" de la propuesta y sus resultados.

José Rivero, en "La reforma de la educación: sus expresiones participativas", comienza describiendo el enfoque conceptual de la reforma y las condiciones que definieron su estrategia de desarrollo. Luego informa y explica el proceso de nuclearización, los mecanismos de participación de la comunidad educativa, el comportamiento del magisterio y las experiencias de educación no formal. Concluye ponderando el significado global de la reforma.

Mario Tueros, en "Autogestión y propiedad social: una evaluación", estudia la evolución del sector de propiedad social dentro del contexto de los cambios producidos en la orientación del gobierno militar. Analiza igualmente la influencia de las políticas gubernamentales en la constitución de las empresas autogestionarias, las modalidades de organización interna de éstas y sus resultados económicos, concluyendo con una evaluación de sus logros y carencias.

Finalmente, Jorge Billone, Jorge Carbonel y Daniel Martínez, en "Política gubernamental en los pueblos jóvenes y la experiencia de Villa El Salvador", examinan el crecimiento del sector urbano marginal y sus causas, historian las políticas de los gobiernos peruanos anteriores frente al surgimiento de barriadas y señalan las características de la política militar como de las reacciones de las organizaciones de la población de pueblos jóvenes. Finalmente, ilustran los avances, límites y conflictos de la experiencia a través del estudio de un caso: el surgimiento y desarrollo de "Villa El Salvador".

Nuevas conclusiones provisionales

Si bien el conjunto de los estudios anteriores incrementa de modo considerable el conocimiento del proceso de cambios en el Perú de los 70, ellos no permiten ciertamente establecer una suerte de "balance final" del mismo. Ello se explica no sólo por el carácter contencioso de la experiencia, sujeta inevitablemente a distintas interpretaciones, sino también porque su significado, como corresponde a todo proceso histórico de su importancia, se seguirá revelando progresivamente a la luz de la evolución posterior de la sociedad peruana. Las diferencias que el lector podrá sorprender en los análisis de procesos y situaciones, a pesar de la convergencia central de los enfoques, contribuyen asimismo a mantener abierta la discusión aun al interior del grupo responsable del libro. A pesar de ello, es posible retirar un sumario conjunto de conclusiones provisionales que, expresando las posiciones comunes de los autores, traducen su "testimonio de parte" o, en otras palabras, la evolución experimentada por su lectura de una experiencia con la cual se comprometieron intelectual y políticamente en el pasado.

UNMSM-CEDOC

Entre ellas podemos mencionar las siguientes:

a. La conversión de la fuerza armada en sujeto político del proceso de cambios fue el producto de un conjunto interactivo de condiciones entre las que podemos mencionar las siguientes: *i)* del conjunto de instituciones de la sociedad oligárquica peruana, *la fuerza armada fue la única cuya función específica la obligaba a percibir un país dependiente, multiétnico, heterogéneo y atravesado por conflictos de interés,* como una nación, "la nación peruana" y a convertir su forma estatal unitaria: "el Estado peruano", en el objeto principal de su interés; *ii)* siendo la única institución implantada en la totalidad del territorio, ella permitió a su oficialidad conocer y experimentar la diversidad de escenarios y situaciones a través de los cuales se revelaban los problemas del país; *iii)* a diferencia de otras fuerzas armadas del continente, la peruana, y muy especialmente el ejército, reclutaron sus miembros de los sectores populares y las clases medias; *iv)* varias de las promociones militares comprometidas con el proceso de cambios fueron integradas en los años finales de la década del 30 y comienzos de los 40 por grupos de jóvenes que por las circunstancias de la época —el cierre de las universidades— no pudieron acceder a otros centros de formación. Esta circunstancia varió la tradicional composición social e intelectual de la fuerza armada; *v)* los cambios en la tecnología militar, la preparación en los centros de contrainsurgencia y la guerra fría, luego de la primera conflagración mundial, advirtieron a la oficialidad acerca de la necesidad de iniciar un proceso de modernización institucional y esbozar una concepción que vinculara la seguridad interna y el bienestar nacional; *vi)* la creación del Centro de Altos Estudios Militares implicó una drástica ampliación de la currícula formativa a las distintas disciplinas de las ciencias sociales, el diseño de proyectos de desarrollo nacional y la vinculación con intelectuales nacionalistas y políticamente independientes. Ello permitió el desarrollo de una concepción moderna de la sociedad y el Estado y la progresiva redefinición del rol de la institución militar; *vii)* la represión del movimiento guerrillero en los años 64 y 65 incrementó la importancia atribuida por la institución a los problemas sociales y a la necesidad del desarrollo; *viii)* al promediar la década del 60, la fuerza armada comienza a redefinir su función en términos de una doctrina basada en la vinculación de seguridad interna, defensa nacional y desarrollo socioeconómico; *ix*) la frustración de las expectativas castrenses ocasionada por el abandono del programa reformista por el presidente Belaunde; el nivel alcanzado por la corrupción administrativa; la abdicación por el gobierno de una antigua bandera nacional, la explotación del petróleo, recurso ligado a la defensa del territorio, así como la crisis política y el vacío de poder en el año 68, predispusieron a la fuerza armada, *en ausencia de un relevo reformista alternativo, políticamente viable, a la toma directa e institucional del poder; x)* la conciencia del interés institucional y de la necesidad

UNMSM-CEDOC

nacional de una fuerza armada unida así como el respeto del principio de jerarquía, en cuya base se funda la unidad institucional, permitió que cuando un grupo de oficiales nacionalistas decidió iniciar un proceso de cambios sociales, estuviera en aptitud de convertir su propia decisión grupal en un compromiso institucional.

A través de esta decisión, una institución del Estado, articulada subordinadamente al bloque de poder oligárquico, se separa de éste e inicia "desde arriba" la revolución nacional. De este modo, se sancionaron históricamente dos tendencias inherentes al específico patrón nacional que gobernó la historia secular del Perú oligárquico y dependiente: la carencia de una voluntad nacional popular que permitiera a un movimiento político realizar desde abajo la revolución nacional y la capacidad determinante del Estado para reorganizar, con un alto grado de autonomía política, la vida de la sociedad.

Si bien el papel jugado por la fuerza armada peruana fue distinto al de sus homólogas de América Latina —lo que le presta a su comportamiento un carácter original convencionalmente reconocido—, el mismo tuvo antecedentes indiciarios tanto en el Perú como en la región que nunca fueron reconocidos a plenitud. Estos antecedentes son mucho más evidentes cuando la comparación se extiende al Africa y Asia, especialmente a esta última. No es por azar, en tal sentido, que el Perú comienza a ser reconocido como el más "oriental" o "asiático" país latinoamericano.

b. La orientación ideológica y política del gobierno militar se elaboró a partir del encuentro entre la corriente nacionalista de un grupo de oficiales de la fuerza armada y la corriente participativa y autogestora de grupos de intelectuales independientes.

La progresiva convergencia de ambas orientaciones se expresó por vía negativa, en un primer momento, a través del rechazo del capitalismo, sistema bajo el cual el país se había forjado como estado dependiente, y del "comunismo", entendido como una indeseable forma burocrática estatista de organización del poder. Posteriormente, la convergencia ideológica se expresó afirmativamente en la imagen finalista de una "democracia social de participación plena", sociedad genéricamente caracterizada por una economía mixta crecientemente organizada en torno al sector autogestor y por un sistema político descentralizado y movilizado por la participación directa de las organizaciones populares en distintos niveles del poder.

La conciencia del carácter independiente de su orientación ideológica y política advirtió a la fuerza armada, y a los grupos civiles que cooperaron con ella, que el proceso de cambios sociales en el Perú se realizaría en conflicto con los intereses básicos de los dos grandes bloques de poder mundial y que la conducción política del mismo debía controlar cualquier posibilidad de interferencia externa, disminuyendo progresivamente la vulnerabilidad política del país en el campo internacional. Igualmente, se advirtió que, en el lar-

UNMSM-CEDOC

go plazo, los intereses del proceso de cambios eran claramente distintos tanto de los grupos económicos y políticos internos, oligárquicos e industriales, vinculados a los intereses del imperialismo norteamericano, como a los de aquellos grupos y organizaciones ideológica y políticamente dependientes de los intereses de los estados autodenominados socialistas. Ello implicaba rechazar cualquier tipo perdurable de frente, alianza o coalición con ellos y controlar cualquier posibilidad de desarrollo de los mismos que pusiera en peligro el independiente rumbo elegido.

Importa advertir que la específica combinación del "nacionalismo revolucionario" de los grupos de la oficialidad militar y del "socialismo autogestor" de los grupos civiles contribuyó decisivamente a definir la orientación del proceso. Para el grupo militar dirigente, la creciente opción por la autogestión y la "democracia participativa" no fue el producto de "una reflexión sobre el socialismo" sino el resultado de la profundización de su posición nacionalista revolucionaria y de la necesidad de articular su opción "no capitalista y no comunista" en un tipo de sociedad diferente a las que rechazaba.

c. La estrategia de tránsito, elaborada a partir del examen de la sociedad de partida y en función de la orientación elegida, se definió inicialmente por la construcción de un Estado planificador y empresario, la progresiva organización de una economía mixta integrando al sector público, privado y autogestor, la realización de una reforma agraria radical a través de diversas modalidades de propiedad asociativa y el desarrollo de una política internacional independiente, tercermundista y no alineada.

Las líneas tendenciales de la estrategia concluyeron fundándose en la visión de un encuentro gradual de un nuevo y poderoso sector estatal, generado a partir de un extendido proceso de nacionalización de empresas monopólicas extranjeras y nacionales en los campos de la industria extractiva, industria básica, finanzas, servicios, comercialización interna y externa, y de un naciente sector de economía participativa, generado a partir de cooperativas de producción, modernización de las comunidades campesinas y sociedades agrícolas de interés social en el campo, comunidades laborales en las áreas de la industria, minería, comunicaciones y electricidad y empresas autogestoras de propiedad sectorial.

Si bien al sector estatal se le asignó un enérgico rol dirigente en la prevista primera fase de la estrategia de tránsito, se promovió simultáneamente un sector económico cooperativo, participativo y autogestor de modo de evitar la desviación burocrática del proceso. Posteriormente, el incremento de la gravitación del sector autogestor debía permitirle pasar de su anterior condición protegida a la de corresponsable del desarrollo económico bajo la forma de una articulación concertada de sus flujos económicos con el sector público. La estrategia de tránsito finalmente preveía su extinción en el momento en que el sector autogestor adquiriera el predominio en la dirección

UNMSM-CEDOC

y regulación del desarrollo nacional. Al sector privado se le reconoció el derecho a una existencia permanente pero ejerciendo un rol complementario y económicamente subordinado. Ello explica que la política proteccionista al sector industrial moderno, de carácter privado, se acompañara simultáneamente de su reforma por la vía de la comunidad industrial.

En el plano político-organizativo se preveía, en correspondencia con cada una de las fases económicas de la estrategia de desarrollo, la promoción de nuevas y autónomas instituciones populares con base económica participativa pero dimensión sectorial; la progresiva articulación de las mismas y su expresión en el doble plano de la constitución de un movimiento político nacional como de su presencia en los diferentes niveles del poder del Estado; finalmente, el ejercicio ulterior del poder del Estado transferido por la fuerza armada.

En el plano de la organización del Estado, la estrategia de desarrollo anticipaba el reforzamiento inicial del gobierno central, la constitución ulterior de gobiernos regionales y locales con recursos y competencias transferidas en el proceso de descentralización político-administrativa y la plasmación final de un estado nacional democrático-participativo.

Finalmente, en el plano de las instituciones socioculturales de la sociedad, la estrategia de desarrollo se expresaría en la generación de mecanismos y organizaciones participativas en las áreas de la educación (núcleos educativos comunales), comunicaciones (transferencia progresiva de los medios a organizaciones populares), vida urbana (comités vecinales), etc.

Una vez descritos sumariamente el objetivo societario y la estrategia de transición, veamos ahora la estrategia política empleada por el gobierno militar.

d. La estrategia política del gobierno militar se basó en la concentración de las decisiones estratégicas en la cúpula del Estado, la conservación de la unidad de la fuerza armada y la apertura de la participación de los trabajadores en las unidades económicas y en organizaciones representativas sectoriales. El reforzamiento del Estado y la centralización de las decisiones en su dirección política servirían a los propósitos de direccionar los cambios y enfrentar, con el poder necesario, las presiones de los monopolios extranjeros y el gobierno norteamericano, por un lado, y las oposiciones de los grupos de poder internos, por otro. El mantenimiento de la unidad de la fuerza armada no sólo fue el producto del origen del proceso y de la prevalencia de los propios intereses institucionales sino también de la percepción de la oposición del Apra y de los grupos de la nueva izquierda leninista como de la aguda conciencia en la dirigencia política del Estado de que sólo la fuerza armada, en cuyo nombre actuaba, disponía del poder suficiente para derrocarla y cancelar la experiencia. La promoción de formas asociativas y autogestoras en la economía, como el desarrollo de organizaciones de representación sectorial de los intereses populares, fue examinada simultáneamente co-

UNMSM-CEDOC

mo una respuesta a la necesidad de alterar la base económica en que se apoyaba la institucionalidad económica y política de la sociedad oligárquica, como la creación de una base independiente de apoyo social para el gobierno y como el origen de una nueva institucionalidad democrática y participativa.

Inherente a la estrategia política fue la creencia en la disposición de un dilatado plazo histórico en el poder que permitiría resolver los conflictos evidentes entre sus tres componentes básicos. De esta manera se previó que la progresiva transferencia del poder de decisión de la cúpula gubernamental a las bases sociales, la promoción de una reforma democrática de la conciencia política de la fuerza armada y el desarrollo de los mecanismos de participación política, articulación de intereses y fortalecimiento de las nuevas organizaciones populares harían posible una suerte de encuentro histórico entre dirección política, fuerza armada y organización popular que fundara las bases pretendidamente estables de una nueva sociedad y un nuevo estilo de desarrollo.

e. Los extraordinarios riesgos políticos de la estrategia elegida fueron evidenciados por las amenazas que convocaba: la oposición de la casi totalidad de los grupos de interés económico y político organizados en torno al antiguo sistema institucional puesto en cuestión, las inercias ideológicas de la mentalidad castrense y el lento proceso de autoorganización y autoconciencia de las nuevas instituciones populares.

Sin embargo, su riesgo mayor radicaba en la fragilidad de su base política real: un minoritario grupo de militares dentro de la fuerza armada y un minoritario grupo de civiles dentro del Estado. El poder de los primeros radicaba en su ocupación de los puestos de mando de su institución y en el empleo del principio castrense de jerarquía. El de los segundos, tanto en su capacidad persuasiva para lograr que el Estado hiciera suyos sus propios planteamientos como en su capacidad para promover organizaciones populares autónomas. Las imágenes públicas de una fuerza armada unida, un Estado políticamente unificado y de un movimiento popular emergente en progresivo acuerdo con la dirección del proceso global, como los esfuerzos para transformarlas en realidades operativas, se convirtieron entonces en *necesidades políticas* para la preservación y desarrollo de las propias posiciones de ambos grupos y por tanto del movimiento revolucionario. Articular las contradictorias demandas de la fuerza armada, del Estado y del movimiento popular, simultáneamente agentes del proceso pero también escenarios de competencia política con otras alternativas, se reveló como una tarea extraordinariamente compleja y crecientemente superior al poder y capacidades de ambos grupos. Los laboriosos esfuerzos por concertar las dispares evoluciones de la conciencia política, lenguajes e intereses de los agentes del cambio mostraron progresivamente sus límites y generaron la adopción en la dirigencia militar y civil del proceso de un estilo de acción política crecientemente am-

UNMSM-CEDOC

biguo, si se le considera desde la perspectiva de los intereses inmediatos de los agentes convocados.

En estas condiciones, el desarrollo de la experiencia comenzó a fundarse en la extraordinaria capacidad dirigente del conductor de la revolución quien se convirtió en el centro de condensación y unificación de las distintas tendencias que se expresaban en la fuerza armada, el Estado y el movimiento popular. El general Velasco devino entonces en el articulador del grupo militar y civil, el garante de la viabilidad de la estrategia política y en el árbitro de los conflictos de interés. Cada una de las tendencias en competencia dentro de las fuerzas armadas, el Estado y el expansivo movimiento popular concluyó reconociéndole la autoridad política necesaria para resolver los conflictos y conducir el proceso de cambios. Cuando ello ocurrió, el mismo movimiento que aseguraba la continuidad del proceso revelaba su más extrema fragilidad.

La centralización del poder y la unificación de las decisiones políticas fundamentales en su conductor no son, según el análisis realizado, una necesidad intrínseca a la estrategia elegida o una característica original del proceso peruano.

La recurrencia histórica a un liderazgo personal carismático en países multiétnicos, de poderoso pasado colonial y heterogéneas condiciones de existencia sociocultural, parece ser una condición política necesaria para el tránsito de sociedades oligárquicas a sociedades nacionales. El liderazgo personal carismático aparece entonces como el sustituto político-funcional de la carencia de una masiva voluntad nacional-popular que democratizaría las formas políticas de tránsito de una sociedad a otra, pero simultáneamente como el promotor histórico de su surgimiento y desarrollo. Según nuestra opinión, esta es la razón última para explicar tanto el extraordinario papel del liderazgo político en experiencias como la peruana, como su radical fragilidad. En tal sentido, una prueba ilustrativa de lo señalado es la simultaneidad del inicio de la crisis política del proceso peruano de cambios y de la incapacidad física de su conductor político.

f. La forma política de ejercicio del poder, necesaria para la producción de cambios sociales y la promoción inicial de la participación popular en un plazo histórico breve, entró en conflicto progresivo con las necesidades de expansión y desarrollo de la participación política de los sectores populares. Ello determinó una pauta de relaciones entre el gobierno militar y las organizaciones populares caracterizada por las siguientes secuencias: *i)* decisión y ejecución inicial de las reformas estructurales por el gobierno sin una demanda visible o presión popular que las motive; *ii)* inicio de la articulación de intereses, organización y participación de los sectores populares con apoyo gubernamental; *iii)* incremento de las demandas populares y conflicto dentro del gobierno entre sectores favorables y contrarios a su satisfacción; *iv)* bloqueo del proceso participatorio y divisiones dentro del gobierno.

UNMSM-CEDOC

Entre las condiciones que se articulan para la explicación de los problemas de la participación popular en la experiencia peruana podemos citar las siguientes: *i)* La radical aversión que convocaban los planteamientos participatorios en las élites de poder y recambio del conjunto de la institucionalidad oligárquica y la ruptura que aquellos produjeron en los estilos de orientación subordinada, particularista y personalista de vastos sectores populares. La poderosa experiencia de expropiación material y simbólica resentida por las élites dirigentes y opositoras, de derecha a izquierda, y la inevitable lentitud del cambio de los sistemas de orientación popular contribuyeron poderosamente a dificultar el desarrollo real del proceso participativo. *ii)* El velamiento del sentido de la política participatoria por la necesaria inclusión de su contenido dentro de una forma autoritaria de gobierno. La percepción popular era atraída simultáneamente tanto por el contenido participativo o autogestor de reformas que otorgaban poderes o recursos no reclamados pero demandaban cambios en los tradicionales estilos de comportamiento, como por un estilo de acción política basado en el hermetismo de decisiones adoptadas en secreto por un grupo militar ubicado en la cúspide del poder vertical del Estado y ejecutadas de arriba-abajo, de acuerdo a pautas castrenses de centralización operativa, procedimientos burocráticos y ritualismo expresivo. Que la fuerza armada y el Estado, vinculados en la memoria popular con las tradiciones más autoritarias y conservadoras del pasado, se constituyeran en los sujetos políticos del proceso participatorio, tornaron menos transparente aún la dirección y el sentido de éste. *iii)* Los límites del enfoque y la estrategia de la participación. El grupo que elaboró el planteamiento y la política participativa del gobierno no estuvo en condiciones de articular las reformas en la propiedad, gestión y excedente de las empresas y el diseño de los mecanismos institucionales con una adecuada estrategia de desarrollo económico. Fue particularmente evidente su relativo conocimiento de la heterogeneidad de las productividades existentes en el país y de las articulaciones específicas entre el sector industrial moderno, el sector informal urbano, el sector agrícola moderno y las comunidades campesinas. Ello afectó su visión del modelo de acumulación existente y originó que su intento de transformarlo por la vía del autocentramiento del aparato productivo no se acompañara de una política intensa de transferencia interna de capital, de una adecuada regulación de los desequilibrios intersectoriales y del control decisivo del sector externo. Por ello, la prevista modernización de las comunidades campesinas no tuvo el apoyo de un específico programa de desarrollo del agro serrano. Por ello también las cooperativas de producción agrícola no pudieron capitalizarse en la medida requerida por la falta de una clara política de precios. Las acciones de apoyo al desarrollo de comités vecinales en las poblaciones urbano-marginales no se correspondió con una vigorosa política de empleo. Y el sector industrial moderno reformado por la comunidad laboral siguió conformando su producto con los bienes demandados por una estrecha franja de consumidores de medianos y altos ingresos.

UNMSM-CEDOC

La consecuencia de todo ello fue que la participación creciente de los trabajadores en las empresas no se acompañara de una redistribución significativa de los ingresos, un incremento sostenido de la productividad, un cambio en la composición del producto y un descenso de la vulnerabilidad del sector externo. Más allá de los desequilibrios originados en el proceso global, principalmente cuando se inicia en el 74 la crisis mundial, ello originó el conflicto entre los procesos de participación y acumulación de capital sobre cuya convergencia se basaba teóricamente el proyecto de desarrollo.

Igualmente, la propuesta participativa no se enraizó suficientemente en el conocimiento y análisis de las antiguas estrategias de supervivencia empleadas por los grupos más pobres y marginales del país en la región andina y en los agrupamientos urbanos vecinos a las grandes ciudades. Tales estrategias, basadas en distintas combinaciones del interés colectivo e individual, mostraron su aptitud histórica para hacer frente al probablemente más despiadado y opresivo sistema de dominación de América Latina. Las combinaciones de trabajo en común y parcelas individuales, en las comunidades campesinas; explotación cooperativa y chacra familiar en el nuevo agro costeño; y comités vecinales para la gestión colectiva y de trabajo independiente, en los pueblos jóvenes, etc. no fueron conocidas suficientemente. Ello no sólo limitó el desarrollo teórico de la propuesta, la formulación del diseño estratégico y las políticas de promoción sino también, y como consecuencia, la definición de los mecanismos locales y empresariales, políticos y económicos de la participación.

Cuando grupos intelectuales, como el comprometido con el proceso de cambios en el Perú, asumen responsabilidades de gobierno, las carencias de sus enfoques conceptuales se convierten en limitantes de su estrategia política y tienen inevitables repercusiones sociales. Consciente de ello, y asumiendo las responsabilidades que se derivan, el grupo que preparó este volumen considera que esta experiencia replantea, o acaso plantea por primera vez con suficiente claridad, la relación entre proceso de cambio en sociedades periféricas y desarrollo del conocimiento social. Brevemente resumida, la conclusión del análisis realizado indica que, por lo menos para el caso peruano: *i)* los conocimientos científico-sociales se desarrollan de un modo autónomo con relación a la evolución de la conciencia política e ideológica de la sociedad en su conjunto y de los agentes sociopolíticos que actúan en ella; *ii)* que el conocimiento científico-social es un poderoso e independiente coproductor de la dirección y eficacia de los procesos de cambio; *iii)* que si una sociedad en proceso de cambio, y más específicamente su comunidad intelectual y científica, no dispone ni produce el instrumental de enfoques, conocimientos y metodologías de análisis y acción, requerido para enfrentar los extraordinariamente complejos problemas que plantea la superación del subdesarrollo y la dependencia (y que no se encuentran disponibles en el mercado internacional de conocimientos), entonces los procesos

UNMSM-CEDOC

de cambio social, desarrollo económico y participación popular experimentarán crecientes dificultades y eventualmente serán paralizados.

Con especificaciones que no podemos desarrollar en esta presentación, el caso peruano permite plantear y discutir esta temática. Años después de la finalización del proceso de cambios en el Perú, la comunidad intelectual y científica del país crecientemente reconoce la carencia de una estrategia de desarrollo que permita enfrentar la crisis de la sociedad en el desafiante marco de la crisis mundial iniciada el 74. Años después del término de las reformas del 70, la comunidad intelectual y científica no ha podido diseñar las distintas pero complementarias estrategias de desarrollo de las comunidades campesinas y el agro serrano, el sector informal-urbano y las poblaciones urbano-marginales.

En fin, transcurridos estos años, no existen avances suficientes en el conocimiento de las estrategias de supervivencia de los grupos más pobres y marginales de la sociedad peruana. Se sigue de lo anterior que las limitaciones de enfoque relevadas en el análisis sobre la participación popular expresaban las limitaciones existentes en el bagaje de conocimientos disponibles en la sociedad peruana al inicio de los 70.

g. La crisis final y el término del proceso de cambios se produce como consecuencia de la interacción de las siguientes condiciones: *i)* Pérdida progresiva, por el deterioro de su salud, de la competencia del conductor del proceso para controlar la dirección y desarrollo de éste. Esta circunstancia decisiva determinó el incremento de los conflictos entre las diferentes posiciones existentes al interior de la fuerza armada y en los grupos civiles actuando dentro y fuera del Estado y, por extensión, la creciente incapacidad del gobierno para responder unitaria y eficazmente a los complejos problemas que le fueron planteados. *ii)* La incapacidad de la dirección económica del gobierno para enfrentar la vulnerabilidad del sector externo cuando se inicia la crisis económica mundial, incapacidad que, como se analiza en el presente volumen, está ligada a su inadecuada estrategia de desarrollo. El descenso de las exportaciones, la liberal política de precios relativos, crédito y cambio, el compromiso de importantes recursos en la compra de armamentos, la lenta maduración de los proyectos de desarrollo, etc., consecuencia todos ellos de las limitaciones de la estrategia económica, se expresaron en el inicio de la crisis fiscal y en la creciente incapacidad económica del gobierno para responder a las demandas de la población. *iii)* El cambio del contexto internacional expresado por el derrocamiento de los gobiernos progresistas de los países vecinos con los cuales el peruano había establecido relaciones políticamente favorables y el incremento de las tensiones militares por antiguos problemas fronterizos. Ello determinó, dentro de la fuerza armada, un cambio progresivo de los criterios políticos, basados en las reformas, por criterios militares, basados en la seguridad. A su vez, tales modificaciones condujeron a privilegiar el rol castrense sobre el rol político y a

UNMSM-CEDOC

desplazar, hacia el equipamiento bélico, una cantidad importante de recursos que pudieron utilizarse en programas de desarrollo mientras la preocupación por la unidad nacional se subordinaba al interés por los cambios sociales. El cambio del contexto internacional inmediato para una experiencia políticamente independiente, y por tanto hostilizada por el gobierno norteamericano e indiferente para los intereses últimos de los estados denominados socialistas, tuvo una importancia que no ha sido hasta ahora convenientemente reconocida. *iv)* La coincidencia política creciente de los ataques al gobierno por parte de todos los grupos de poder expropiados o afectados y de la acción de la dirección del Apra y los nuevos grupos de la izquierda leninista. Si bien el comportamiento de los grupos de poder tiene causas conocidas y justificables, el de la dirección del Apra y la nueva izquierda leninista, que los vuelve corresponsables de la frustración del proceso de cambios y del rumbo conservador que tomó posteriormente la política peruana, resulta inexplicable a la luz de sus orígenes y de sus actuales posiciones. La coincidencia de estas oposiciones con el debilitamiento de la base de apoyo social del régimen, consecuencia del debilitamiento de las posiciones participativas y del correlativo reforzamiento de las posiciones autoritarias dentro del gobierno, contribuyó a revelar la fragilidad del proceso de cambios *v)* La carencia en el grupo de oficiales que promovió con Velasco el pronunciamiento militar de una adecuada estrategia de relevo de la conducción política. El desconocimiento de que su poder castrense y político no era propio sino derivado de aquel de Velasco, les impidió realizar los esfuerzos suficientes para concertar con éste el traspaso de poder. Por ello, concluyeron asociándose, en condiciones estratégicamente subordinadas, con las tendencias militares que obligan al cambio de la presidencia. De este modo, el grupo cercano de oficiales que inicia con Velasco la revolución nacional interviene en su cancelación. Con ello, sin quererlo, contribuyeron a fundar la intelectualmente estremecedora conclusión popular de que "la revolución era Velasco".

Para el grupo responsable del presente volumen, el significado preciso de los cambios sociales del 70, en la perspectiva del "largo tiempo" histórico, es la cancelación de la sociedad y el estado oligárquicos peruanos y el inicio de la construcción de una sociedad y un estado nacionales. Tales cambios fundaron cuatro tendencias que probablemente contribuirán a modelar el desarrollo histórico de la sociedad peruana en el futuro: el papel rector del Estado en el desarrollo económico; el crecimiento y diversificación de las modalidades cooperativas, participativas y autogestoras dentro de una economía mixta que concerte el Estado, el capital y el trabajo; la demanda por un régimen político distinto a las democracias-representativas como a los sistemas burocrático-estatistas; y finalmente, el contenido nacionalista, antiimperialista y no alineado de su política exterior.

La creciente percepción en el país del poder configurador de estas cuatro tendencias identifica la naturaleza esencial del proceso de cambios de la

UNMSM-CEDOC

década con la primera y dramática ruptura del patrón secular que gobernó la historia del Perú. Realizada por un reducido grupo de militares y civiles, marginales a las élites de poder y oposición de la institucionalidad oligárquica y excluidos de la clase política, la revolución nacional concluyó siendo, en cierta medida, una "revolución contra todo y contra todos". El contenido de sus planteamientos fue más allá del nivel de la conciencia popular y de los proyectos de las dirigencias partidarias. No realizándose dentro de los consensos de una conciencia nacional larvaria predijo aquellos en su discurso, al tiempo que se empeñaba en generar los cambios sociales y las experiencias populares que hicieron ésta posible. Basada en la creencia de que el socialismo sólo puede en el Perú ser la expresión final del desarrollo de la nación, ella contribuyó a prepararlo afirmando orgullosamente, contra los signos históricos más aparentes, la viabilidad de un camino nacional inevitablemente independiente en el plano de las ideas, las estrategias y las instituciones. Expresión del poder de la voluntad política, ella convocó contra sí poderes superiores a los suyos pero antes de ser abatida pudo abrir las compuertas que excluyeron a millones de campesinos y obreros de toda posibilidad de supervivencia que no fuera la servidumbre o la subordinación. Fundó por tanto la experiencia histórica sin la cual la conciencia popular no puede advertir que el cambio de su situación y la del país es posible.

Por ello, si su inicio fue la expresión del poder de la voluntad política, su derrota no pudo ser sino la expresión del poder de las inercias históricas. Pero, podemos preguntarnos ahora: ¿cuándo es que una revolución triunfa o es derrotada?; ¿qué criterios nos pueden servir para elaborar una respuesta precisa a esta interrogante? Ciertamente, si el éxito de un proceso revolucionario se mide por la continuidad en el poder de su conducción política, por la permanencia de su orientación en el gobierno de las circunstancias, por su capacidad para reproducir el cambio como un mecanismo habitual de la sociedad, el proceso revolucionario peruano fue derrotado. Mas si la medimos por la manera como fecundó el sentido común y el instinto popular, por el reconocimiento ulterior de sus propios adversarios del sentido históricamente positivo de sus reformas o por la vasta sensación de que "algo muy importante le ocurrió al Perú en los 70", para usar una expresión común en estos días, entonces ella garantizó su perdurabilidad histórica.

Sin embargo, ninguno de los criterios y respuestas anteriores son satisfactorios. Y no lo son, entre otras razones, porque la revolución peruana fue interrumpida. Acaso por eso, sólo cuando una vasta coalición de fuerzas sociales reinicie "desde abajo" el interrumpido proceso de transformación nacional iniciado por ella "desde arriba", la revolución peruana habrá, definitivamente, concluido.

Lima, abril, 1984

UNMSM-CEDOC

UNMSM-CEDOC

PRIMERA PARTE

De la Sociedad Oligárquica

UNMSM-CEDOC

UNMSM-CEDOC

EL MODELO DE ACUMULACION DESCENTRADO Y DEPENDIENTE

Daniel Carbonetto

INTRODUCCION

El propósito central del presente ensayo es mostrar, discutiendo la evidencia histórica, la existencia en el Perú de un modelo de acumulación sustantivamente diferente a los modelos capitalistas del norte desarrollado al que denominaremos como "el modelo de acumulación descentrado". El mismo será calificado por nosotros como la base económica sustantiva de la estructura subdesarrollada y del régimen oligárquico que organizaron la vida del país hasta 1968.

Para el logro de tal propósito, y sobre la argumentación de un análisis comparativo, intentaremos evidenciar que mientras los capitalismos originarios se desarrollaron sobre la base de una articulación balanceada del sector productor de maquinaria y tecnología y del sector orientado a la satisfacción de la demanda de medios de consumo, en el Perú (como en la mayoría de los países de América Latina) el modelo de acumulación se sustentó, en cambio, sobre la producción primaria de exportación y la articulación directa de la producción de consumo con el sector productor de tecnología y equipamiento de los capitalismos desarrollados. La prematura especialización primario-exportadora y la carencia de un sector nacional productor de medios de producción "descentró" al sistema económico al imponer la determinación exógena de la tecnología y quebrar, dentro del marco nacional, toda necesidad de correspondencia entre producción y consumo, entre crecimiento de la productividad y del tipo de salario y entre el ritmo de acumulación del capital y la absorción del excedente estructural de traba-

UNMSM-CEDOC

jo. Precisamente por ello, aquí se designará a ese patrón de organización y evolución de la economía "periférica" peruana con el término de modelo de acumulación descentrado. Como parte inherente de este enfoque sostendremos, asimismo, que la especialización primario-exportadora y la conformación del modelo descentrado presuponen modalidades específicas en la estructuración del poder político y, por tanto, de las características de la participación popular en el proceso nacional de toma de decisiones.

PARTICIPACION POPULAR Y AUTODETERMINACION NACIONAL

Antes de presentar el orden temático que ordenará nuestra exposición, creemos necesario subrayar el vínculo, generalmente desatendido, entre modelo de acumulación descentrado y limitación de la participación popular. La separación recurrente en la literatura especializada entre ambas categorías, derivada de una concepción que desarticula economía y política convirtiendo el modelo de acumulación en un proceso exclusivamente económico mientras reduce la participación popular a la condición de un proceso enteramente político, torna inevitable el tratamiento del tema.

Si se entiende por desarrollo histórico del proceso participatorio la evolución sufrida por la capacidad individual y colectiva de los peruanos para autodeterminar su modo de vida, la calidad del crecimiento económico y su estilo de organización social, se advertirá entonces la existencia de dos rasgos simultáneamente económicos y políticos que atraviesan toda la historia del país:

a. La restricción de la capacidad de participación de los sectores mayoritarios del país debido a la concentración del poder en una élite oligárquica al interior de la sociedad nacional; y

b. la restricción del ámbito de la autodeterminación colectiva, vale decir, de la nación y el estado peruanos, por el alto nivel de dependencia del exterior.

La primera restricción se expresó en la extrema heterogeneidad y concentración elitista de las oportunidades de acceso de la población al proceso nacional de toma de decisiones tanto en relación con las grandes opciones del desarrollo global como con aquellas que corresponden al ámbito institucional en los niveles microsociales. Las desigualdades referidas se vincularon con el distinto tipo de inserción de la población en la estructura económica, la diversidad étnico-cultural, el origen y pertenencia a diferentes clases, grupos e instituciones, las

UNMSM-CEDOC

relaciones entre la ciudad y el campo, las diferenciaciones regionales y la marginación y atraso de vastas áreas del país.

La segunda restricción se reveló en la sustracción del campo decisional de la nación y el Estado de un conjunto significativo de procesos económicos y políticos sometidos finalmente al poder determinante del exterior.

Es por esa doble vía que la cuestión del carácter más o menos autocentrado o descentrado del patrón de organización social y económica del Perú se torna inescindible del tema de la participación colectiva del hombre peruano en la construcción de su existencia nacional. Permítasenos que, a título ilustrativo de la afirmación precedente, tomemos un ejemplo sencillo de la esfera económica: el de la hipotrofia del sector productor de bienes de capital y tecnología. Es sabido que la industria peruana no cuenta, salvo en algunos perfiles industriales (y de modo muy incipiente), con producción local de ese tipo de bienes. La mayoría de sus requerimientos son abastecidos desde el exterior por el sector productor de equipamiento y tecnología de los países desarrollados. Asimismo, no es menos conocido el hecho de que, en una estructura productiva moderna, es precisamente ese sector el encargado de revolucionar la productividad del trabajo, de definir el ritmo y la clase de progreso tecnológico y de regular la combinación entre factores productivos. Por consiguiente, la dependencia generalizada de tal clase de abastecimientos implica la pérdida de la capacidad de decidir en aspectos tan fundamentales como el tipo de tecnología y de procedimientos de fabricación, la calidad y composición de los requerimientos ocupacionales y educativos, el empleo de distintos recursos naturales, etc. Esas determinaciones son tomadas en los centros desarrollados y vienen incorporadas en los equipos, las plantas industriales y la tecnología adquiridos para abastecer la industria nacional. Siendo ello así, se comprende que tal vez las más importantes opciones en materia de aplicación del excedente, de asignación de recursos, de combinación de factores productivos, de alternativas tecnológicas y de consumo son examinadas, descartadas o elegidas en función de objetivos y racionalidades ajenas, fuera del ámbito nacional de decisión. Desde luego, tal clase de "descentramiento" hacia el exterior de la estructura decisional del país no se restringe al ámbito de la producción y la tecnología. La inducción de nuevas pautas de consumo, la manipulación del sistema de preferencias individuales, la traslación mecánica de paradigmas interpretativos de la realidad social, la dependencia cultural y la subordinación a la red de informaciones de los centros desarrollados son otras tantas manifestaciones del mismo fenómeno.

De lo señalado hasta aquí se desprende que los problemas planteados en torno al desarrollo de la participación colectiva en socieda-

UNMSM-CEDOC

des como la peruana no se resuelven exclusivamente, como parece ser el caso en las sociedades desarrolladas, al interior de los espacios nacionales sino que abarcan inevitablemente la compleja red de vinculaciones económicas, culturales y políticas con el exterior. Es inherente a esta concepción que el reclamo por el incremento de la participación popular en decisiones no se procesa solamente en el área del conflicto entre grupos y clases dominantes y subordinados dentro del estado nacional sino que se extiende al ámbito de los conflictos entre los estados "periféricos" y "centrales". Precisamente por ello, los sujetos sociales de los procesos participatorios en sociedades como la peruana son necesariamente distintos de aquellos que movilizan tales procesos en las sociedades desarrolladas. En efecto, en la medida en que se identifica el proceso participatorio con el proceso por la autodeterminación colectiva y que éste cubre la arena internacional como uno de sus ámbitos esenciales, entonces la lucha por la participación en nuestras sociedades deviene en un movimiento que incluye, como sujetos, a la nación y el estado. De este modo, como proceso simultáneamente social (al interior de la sociedad) y nacional (dentro del espacio internacional), el proceso por la participación tiene como sujeto privilegiado en sociedades como la peruana un bloque de fuerzas nacional-populares.

La anterior es una versión sumaria del enfoque desarrollado por el equipo de la revista *Socialismo y Participación* y en los libros y artículos publicados por el Centro de Estudios para el Desarrollo y la Participación.

Ahora bien, mirada desde esta perspectiva resulta clara la vinculación en nuestras sociedades entre el escaso grado de participación de la población en la estructura del poder interno y el escaso grado de autodeterminación del Estado nacional en la estructura de poder internacional. Dicha correspondencia es la expresión resultante de una forma de organización política, el estado oligárquico, y de una forma de organización económica, el descentramiento dependiente, que constituyen las fundamentales e interrelacionadas dimensiones del modelo oligárquico que signó la vida republicana del Perú.

Orientados por la creencia de que cualquier esfuerzo destinado a incrementar la autodeterminación colectiva, si no es acompañado con igual impulso para el logro del autocentramiento nacional, no habrá de trascender el marco de una ficción de participación semi-colonial, se persigue en este documento estudiar la evolución histórica de ambos pares carenciales. El de la participación interna versus el ejercicio elitista del poder y el de la autodeterminación colectiva versus el descentramiento y la dependencia externa. En el presente trabajo se sostendrá que el bajo grado de participación de la población en la estruc-

UNMSM-CEDOC

tura del poder local y el escaso grado de autodeterminación nacional son manifestaciones de una forma de organización político-económica específica: el *modelo oligárquico*, que signó la vida republicana del Perú.

PUNTOS DE VISTA Y ORDEN TEMATICO

Se comprende, por tanto, que los objetivos del ensayo sean el estudio de las principales características de ese modelo, sus condiciones limitativas en materia participatoria y de autodeterminación nacional, sus orígenes y rasgos más importantes y la dinámica de su reproducción y transformación.

Dos tesis centrales ordenan el desarrollo temático del ensayo. En primer lugar, plantearemos que el modelo de acumulación descentrado y dependiente se origina en la modalidad del contacto, en el siglo XIX, del capitalismo de los centros con el modelo colonial vigente en el Perú. En segundo lugar, que el modelo de acumulación descentrado que se constituyó en el Perú era una vía *alternativa y excluyente* de la opción de desarrollo capitalista nacional.

Para argumentar estas tesis, se seguirá en el presente trabajo el siguiente orden expositivo:

En *primer lugar,* se describirá el modelo colonial y el modo de producción dominante en su período maduro: las explotaciones de carácter servil-mercantil. Ese análisis permitirá extraer las principales características que presentaba la economía de la colonia a la hora de su contacto con el "centro" en expansión: *a)* relativa autarquía técnico-productiva respecto a la antigua metrópoli; *b)* relaciones de producción en las que la extracción del excedente se realizaba por vías extramercantiles, en tanto que su circulación y realización en el espacio colonial se efectuaba en términos mercantiles; *c)* estructuración del poder tradicional en torno al principio de jerarquización étnica de la población.

En *segundo lugar,* se estudiará la evolución del centro capitalista autocentrado: la lógica de su expansión y de su avidez por los mercados externos. Su tratamiento se realizará atendiendo más a la discusión teórica de los principios de funcionamiento del capitalismo autocentrado que a la descripción histórica del proceso de acumulación central. Con ello se pretende relevar un enfoque distinto al de la tradición neoclásica, volviendo a las ideas centrales de los clásicos, especialmente de Marx. Se considerará principalmente el hecho de que el crecimiento balanceado de la producción capitalista en una formación nacional exige que —de período en período— la capacidad de producción y la capacidad de consumo guarden suficiente correspondencia. Y

UNMSM-CEDOC

que, dado un cierto nivel —constante— de consumo por los propietarios de medios de producción, es indispensable —para evitar las crisis en el proceso de reproducción del capital— que el salario alcance aquel valor de equilibrio que sea capaz de garantizar una fluida colocación de la producción de medios de consumo. A partir de esta proposición, se comprenderá por qué un capitalismo autocentrado operando en condiciones de salario bajo (como fue el caso de la economía inglesa durante el siglo XIX), compensó el déficit de la demanda efectiva nacional mediante la conquista de mercados externos.

En *tercer lugar,* se analizará la conformación del modelo oligárquico resultante del encuentro entre el centro capitalista en expansión y la economía colonial: las condiciones técnicas y económicas que tornaron factible el intercambio, las ventajas comparativas de la producción servil-mercantil y las consecuencias de la inserción dependiente en la división internacional del trabajo. Entre esas consecuencias cabe relevar: *a)* el "descentramiento" de la matriz productiva de la antigua organización económica colonial; *b)* la aparición de un régimen de reproducción ampliada del capital basado —en un primer estadio— en la expansión de la producción no capitalista nativa dirigida al mercado mundial.

En cuarto lugar, se estudiará el período de transición hacia el capitalismo dependiente (segundo estadio del proceso de descentramiento), acentuándose la atención en sus dos manifestaciones más significativas: *a)* la inversión de modernización del sector exportador, que comenzó a prosperar cuando la peculiar combinación de equipamiento importado con mano de obra barata se tornó más rentable que la producción pre-capitalista servil o esclava; *b)* la inversión de sustitución de los bienes finales importados, que se inicia cuando la dimensión del mercado local de dichos bienes sobrepasó la escala mínima de las plantas industriales usadas para producir el bien final.

La ausencia de un sector local productor de maquinaria y tecnología en el nuevo modelo descentrado fue "suplida" por el sector exportador, que generó las divisas con que la naciente industria ligera doméstica pudo financiar sus importaciones de bienes de capital. Pero la determinación exógena de las tecnologías condicionó gravemente al proceso de industrialización capitalista local. Obsérvese que: *a)* la relación capital-trabajo es definida por el fabricante de equipos en función de la disponibilidad y el precio relativo de los factores en el centro (no por los vigentes en la economía periférica); *b)* el tamaño de las plantas guarda correspondencia con la dimensión de los mercados finales de la producción central (no de la producción sustitutiva local); *c)* la combinación de equipos de alta productividad con los salarios de-

UNMSM-CEDOC

primidos de la periferia arroja tasas de rentabilidad superiores en la plaza local que en los centros e imprime un movimiento concentrador de las rentas.

Se examinarán posteriormente los efectos derivados de la determinación exógena de las tecnologías sobre tres procesos característicos de las economías subdesarrolladas: *a)* la reproducción y profundización de las desigualdades distributivas originarias; *b)* la reproducción y ampliación del excedente estructural de trabajo; y *c)* la recurrencia del estrangulamiento externo de la economía periférica.

Con una visión de tal clase se pretende mostrar que la heterogeneidad de la estructura de productividades, la extrema desigualdad en la distribución del ingreso (su reproducción y profundización), la subsistencia de un fuerte excedente estructural de fuerza de trabajo (subempleados por ingreso y nivel "informal" de la economía), la tendencia al bloqueo del crecimiento por desequilibrio externo y otras numerosas manifestaciones del subdesarrollo, no deberían considerarse como "anomalías" o "deficiencias" de un presunto desarrollo capitalista nacional sino —por el contrario— la expresión del funcionamiento regular de otro modelo: la acumulación descentrada propia del estado oligárquico instaurado en las postrimerías del siglo XIX.

PRECISIONES CONCEPTUALES

En el desarrollo de las siguientes páginas, el lector habrá advertido el empleo de expresiones tales como "patrón o modelo de organización socioeconómica", "modelo oligárquico", "modelo colonial", "estado oligárquico", "excedente", etc., que siendo de uso habitual en este tipo de trabajos reciben significados distintos. En aras de una mejor comunicación con el lector, y dado que en las próximas secciones serán frecuentemente utilizadas, creemos pertinente adelantar el sentido que les atribuimos.

a. Aquí se designará con el nombre de "patrón (o modelo) de organización socioeconómica" al perfil de articulaciones principales alrededor del cual se genera, realiza y acumula el excedente nacional. Esta noción se basa en un esquema del sistema económico constituido por *una pluralidad orientada y específica de modos de producción cuya orientación (y las jerarquías resultantes) es definida por las principales modalidades de generación del excedente y de sus rutas de realización (internas y externas).*

Como quiera que la noción de "excedente" es, al mismo tiempo, política y económica (poder disciplinador de la relación producto necesa-

UNMSM-CEDOC

rio/sobreproducto), la racionalidad del conjunto de formas de producción, su articulación y jerarquías, dependen de un momento del quehacer social en que se fusiona lo "político" y lo "económico". Por tanto, la síntesis de las instancias política y económica en un "modelo", es tal que invalida toda consideración acerca de supuestas preeminencias de una u otra de esas esferas del quehacer social.[1]

Sirva por ahora recordar —a mero título ejemplificativo del uso del concepto— que, si la modalidad más importante de generación del excedente es aquella del aprovechamiento extensivo de recursos naturales y del uso intensivo de mano de obra barata, y su ruta de realización principal es la colocación de las materias primas con bajo grado de elaboración en el mercado mundial (a cambio de manufacturas modernas provenientes de las industrias capitalistas avanzadas de países más desarrollados), es de presumir que —en torno a ese esquema de generación y realización del excedente— tenderá a configurarse un modelo de organización social y económica cuyos rasgos distintivos serán: *i)* la estabilización de cierta combinación específica de modos de producción, cuyo conjunto (e intercomunicaciones) resulte funcional con el circuito de realización externa del producto y con el modelo global de acumulación; *ii)* la emergencia de un bloque de fuerzas económicas y sociales, locales y extranjeras, con una concepción del país, de su organización y del tipo de estado deseable, consistente con el patrón económico-social descrito; *iii)* el establecimiento de una estructura industrial descentrada en la que es la metrópoli quien provee la tecnología, los bienes de capital y los insumos complejos y quien define el ritmo del progreso técnico.

Alternativamente, si la modalidad principal de generación del excedente es la producción de bienes y servicios con revolución permanente de la productividad del trabajo, articulada con un vasto sector nacional productor de maquinaria, insumos industriales y tecnología y si —consecuentemente— la ruta de realización principal del excedente es el abastecimiento a la demanda de consumo masivo proveniente de un mercado interno en expansión (salarios altos y crecientes), entonces es probable que el patrón de desarrollo y organización socioeconómica habrá de sustentarse en formas de producción radicalmente diferentes a las descritas anteriormente. Se tratará, en cambio, de una estructura productiva fuertemente autocentrada y con escaso

1. Sobre el doble carácter (político y económico) del excedente social y de su proceso de gestación, véase "Prefacio para una nueva economía política" de Celso Furtado. Esta tesis es fundamental y el trabajo citado es suficientemente esclarecedor: sin productividad suficiente no hay excedente estable, pero sin poder político el consumo puede absorber cualquier excedente. Sin la política, y sólo a partir de la economía, no se puede explicar el excedente.

UNMSM-CEDOC

nivel de dependencia de los abastecimientos y la tecnología extranjeros, en la que emergerá un bloque de fuerzas nacionales consustanciadas —material e intelectualmente— con tal camino de desarrollo.

Desde luego, los perfiles que se acaban de describir no pretenden expresar modelos generales a partir de los cuales se puedan "deducir" los comportamientos de los actores sociales y económicos. Nada más lejos de nuestro propósito. Sólo se ha querido ejemplificar el método de análisis de las relaciones entre los componentes de tipos alternativos de desarrollo. El estudio de éstos debe realizarse a partir de su comportamiento histórico. El "modelo" se construye estilizando la realidad (lo que es indispensable para evitar el empirismo ingenuo) y —una vez hecho esto— del modelo no se pueden deducir sino ciertas hipótesis de comportamiento, que deben ser verificadas y descartadas al contrastarlas con el desarrollo real de los acontecimientos.

No obstante, con lo dicho hasta aquí puede señalarse: *i)* Que la constitución de un sujeto social portador de un proyecto de organización y desarrollo del país presupone habitualmente la participación de grupos sociales procedentes de múltiples modos de producción, sobre todo en las naciones del Tercer Mundo, debido a su peculiar estructura socioeconómica.[2] *ii)* Que al interior de un modo de producción y en el seno de una clase social (por ejemplo, el sector de empresas capitalistas modernas de una formación periférica o dependiente) pueden emerger fuerzas sociales y económicas fuertemente antagónicas, en la medida en que adscriban a proyectos de país y a formas de acumulación distintas. Tal el caso de las empresas orientadas al mercado interno, cuyos intereses se hallan más o menos asociados con el crecimiento "hacia adentro", la protección del espacio mercantil nacional o regional, el aumento del consumo masivo, etc., vis a vis el sector capitalista primario exportador. En este caso, el antagonismo entre ambos sectores de la burguesía se explica fácilmente: la clase de país y de organización social y económica actual y *deseable* por unos y otros tiende a diferir radicalmente. *iii)* Que grupos o clases sociales cuyos intereses pueden ser relativamente antagónicos debido a su ubicación en roles opuestos dentro de un mismo modo de producción (como empresarios versus asalariados) pueden encontrar que sus concepciones fundamentales en torno a la clase de país deseable son fuertemente convergentes en el largo plazo. Un vasto conjunto de intereses comunes, de tareas a compartir y de obstáculos y peligros a sortear de modo asociado puede ser razón suficiente para que ambos sectores se subordinen a tales objetivos y resuelvan negociadamente sus oposiciones de carácter

2. Ello es particularmente relevante en países, como el Perú, en los que la clase obrera industrial no supera las 300,000 personas sobre una población total de 18 millones.

UNMSM-CEDOC

estructural (reparto del excedente).[3] Y ello es posible dado que la participación de los distintos sectores en un mismo proyecto de país no se vincula exclusiva, ni siquiera principalmente, con sus antagonismos distributivos como clases opuestas dentro de un mismo modo de producción, sino con el futuro que cada uno de ellos espera que le depare la calidad y la orientación del patrón global elegido (y ello a pesar de las posiciones conflictivas que ocupen en la pugna distributiva interna). *iv)* Que la transición de un modelo de acumulación descentrado a otro de naturaleza autocentrada presupone: 1. cambios globales en los polos de generación y en los circuitos de transferencia y realización del excedente; 2. reestructuraciones más o menos profundas en las formas de producción, en sus articulaciones y jerarquización; 3. modificaciones en la titularidad y el contenido del proceso de toma de decisiones interno y en la estructura participatoria vigente; 4. alteración en el grado de autocentramiento de la pirámide decisional y, por tanto, del ámbito de autodeterminación colectiva; 5. cambio de naturaleza del estado. *v)* Que la transición de uno a otro modelo no constituye una *revolución social,* en el sentido marxiano del término, sino una *"revolución nacional".*

b. La expresión "estado oligárquico" ha sido frecuentemente empleada para designar el poder vigente en el Perú hasta 1968. Francisco Guerra, refiriéndose al concepto mismo de Estado ha alertado contra la restricción del mismo a la sola denominación de los instrumentos, instituciones y mecanismos a través de los cuales ciertos grupos o clases sociales oprimen a otros grupos o clases. Según Guerra:

«Su significación es más compleja: el concepto de estado expresa la existencia de grupos privilegiados y mecanismos de dominación, pero implica también procesos de ajuste e integración. La dinámica del cambio se configura a través del conflicto, pero también mediante la integración y articulación de intereses».

El mismo Guerra agrega que el concepto de oligarquía hace referencia al conjunto de grupos sociales que, constituyendo una pequeña minoría en estrecha asociación con el estamento gerencial extranjero, logró mantenerse durante largo tiempo en la cúspide del sistema de dominación de la sociedad:

«Hasta mediados de la década de los años 50, la fracción hegemónica estuvo constituida por el grupo agro-exportador más ligado hasta ese momento con los inversionistas extranjeros y responsable de más de un 40% del total de divisas generado por los distintos sectores que producían para la exportación».

3. Ver Carlos Franco, "Los sujetos sociales y el movimiento por el socialismo" en *Socialismo y Participación* Nº 20. Diciembre 1982.

UNMSM-CEDOC

El autor releva la asociación de dicho grupo con el sector latifundista serrano —más retrasado— y el apoyo de la fuerza armada, de modo que hasta 1968 lograron mantener, con una extraordinaria habilidad negociadora y corruptora, casi la totalidad de sus posiciones y privilegios.[4]

En esta perspectiva, el estado oligárquico del Perú republicano se define como un sistema estable de organización del poder social bajo el dominio de los grupos agroexportador y latifundista serrano, a los que se asocian progresivamente los estamentos gerenciales que administran las inversiones extranjeras en los sectores mineros, financieros e industriales.

En el plano sociopolítico, el estado oligárquico se singulariza principal aunque no exclusivamente, por las características siguientes: *i)* organización vertical de las relaciones sociales al interior del conjunto de instituciones sociopolíticas y estructuración en las mismas de liderazgos unipersonales de naturaleza autoritario-paternalista; *ii)* combinación de ordenamientos institucionales basados en la segmentación y jerarquización étnica, predominantes en los espacios sociales regulados por relaciones señoriales-serviles, y en la subordinación clientelista y particularista en los espacios sociales regulados por el salario y el autoempleo; *iii)* marginación de la mayoría de la población de las formas institucionales de representación económica y política y, correlativamente, estrechamiento de la cobertura social de las instituciones operantes en el sistema político; *iv)* prevalencia del ejercicio dictatorial o impositivo del poder sociopolítico y obliteración de todo recurso al consenso y la consulta; *v)* centralización del poder, recursos y servicios en la capital y el gobierno central y articulación del poder centralizado con una red de poderes locales relativamente autónomos bajo la autoridad de caciques políticos y señores de la tierra.

En el plano socioeconómico, los rasgos sobresalientes del estado oligárquico fueron los siguientes: *i)* la coexistencia estable de múltiples formas de producción subordinadas al ciclo primario-exportador; *ii)* la conservación de mecanismos coactivos de extracción del excedente sustentados en la segmentación y jerarquización étnica de la población. *iii)* la heterogeneidad extrema en materia de productividades, empleo, calidad de vida, niveles culturales, etc., asociada con una pirámide dis-

4. "En toda esta época, la característica definitoria del poder gubernamental fue la de su sometimiento a los intereses de los grupos económicos nacionales dominantes: la llamada oligarquía peruana y su socio el estamento gerencial extranjero. La alianza entre el poder económico interno y externo y el poder militar mantuvo el control del aparato estatal y se expresó a través de sucesivos gobiernos de contención que postergaron las demandas, exigencias y pretensiones de las clases populares y sus organizaciones sindicales y particulares". Francisco Guerra García: "Algunos conceptos para interpretar el proceso peruano", en *Socialismo y Participación* Nº 7. Junio 1979.

UNMSM-CEDOC

tributiva exageradamente regresiva; *iv)* la insuficiencia dinámica del modelo revelada por su incapacidad, tanto para extender al conjunto del país las relaciones mercantiles y la forma capitalista de producción, como para inducir una transformación homogénea e integral de la forma de vida de los peruanos.

c. Las cuatro características señaladas no agotan, ciertamente, la descripción de la organización socioeconómica. En verdad, apenas alcanza su enumeración para evocar una imagen muy preliminar de la misma. No obstante, creemos que ello es suficiente para formular algunas preguntas iniciales: *i)* ¿Por qué la organización socioeconómica se construyó sobre tal multiplicidad de modos de producción y cuáles fueron las relaciones que ordenaron ese universo? *ii)* ¿Por qué la producción capitalista —a diferencia de otras experiencias históricas— no fue capaz de disolver el contexto no-capitalista y, en vez de extinguirlo progresivamente, tendió a someterlo garantizando su perdurabilidad? *iii)* ¿Qué relación se estableció entre tales fenómenos y la articulación del Perú con los países capitalistas del norte, o dicho de otro modo, cuál fue la relación existente entre la "multiplicidad de modos de producción" y el "ciclo primario-exportador" de acumulación y realización del excedente?

La significación de tales cuestiones proviene del hecho de que su absolución es un paso intermedio insalvable en el camino para comprender las reglas de juego y la lógica económica que hicieron posible el sistema económico y político oligárquico y le confirieron tan larga vigencia histórica hasta su remoción por los cambios estructurales que se introdujeron a partir de octubre de 1968.[5]

Nosotros creemos que la respuesta a tales cuestiones (multiplicidad estabilizada de modos de producción, ciclo primario-exportador como eje de jerarquización, insuficiencia dinámica del capitalismo vernáculo) se debe buscar en el peculiar modelo de acumulación surgido de la articulación que se produjo a mediados del siglo pasado entre la estructura productiva local, heredada de la colonia y de carácter no capitalista, y la "producción capitalista" europea en su fase de expansión imperialista.

5. Recuérdese igualmente que la transición al capitalismo en los países actualmente desarrollados abarcó períodos de tiempo bastante más cortos que el lapso de existencia del modelo oligárquico en el Perú. Fueron suficientes 50 años (1860-1910) para industrializar Francia, EE.U.U, Alemania, Japón, etc. Aquí, en cambio, desde la disolución del régimen colonial y el inicio del intercambio comercial con Inglaterra hasta los años 60, transcurrieron más de 120 años y desde la constitución acabada del modelo algo más de 80 años. Tales hechos sugieren que sería poco fructífero entender éste como un modelo inestable, de transición al capitalismo, aun cuando, dentro de esa concepción, se le conceda el status analítico de una *ruta específica.*

UNMSM-CEDOC

d. El uso del término "subdesarrollo" o de la expresión "patrón subdesarrollante" será reservado para designar al estilo de organización y funcionamiento del patrón tradicional de organización socioeconómica. Es claro, por tanto, que su uso nada tiene que ver con la convencional idea de una situación de menor desarrollo medido en relación con un estadio superior que por analogía se identifica con la situación actual de los centros capitalistas del norte. Por lo contrario, el concepto de "subdesarrollo" se empleará aquí para referir el modelo de acumulación característico del estado oligárquico. De lo anterior no debería desprenderse empero la existencia de una relación biunívoca entre uno y otro. Más bien, lo que aquí se señala es que el modelo de acumulación descentrado es la expresión histórica del subdesarrollo peruano. Ello, como se colige fácilmente, no impide reconocer: *i)* que en otros países el subdesarrollo puede y de hecho se asocia con otro modelo y otro estado; y *ii)* que en el futuro el subdesarrollo no adopte en el Perú otra forma de organización económica y política.

Ahora bien, es sabido que para muchos autores —especialmente los dependentistas— la estructura económica de los países "subdesarrollados" es el producto de la expansión del capitalismo mercantil europeo y de su reformulación posterior durante la fase de expansión imperial.

Esa visión se aproxima al punto de vista antes expuesto, pero privilegia el agente externo, la expansión del centro, que es, más bien, uno de los protagonistas del encuentro histórico que funda el subdesarrollo. Nosotros preferimos, en cambio, una aproximación que parta del hecho mismo de la *articulación entre dos formas de producción diferentes y localizadas en distintos espacios nacionales,* para luego estudiar las consecuencias de ese contacto sobre la estructura productiva local y su organización socioeconómica. Se evita de ese modo, creemos, algunas estilizaciones poco apropiadas de la realidad, tal como la de obviar —en la interpretación— el aporte y la responsabilidad que correspondió a las formas de producción locales, de carácter no-capitalista, y a los principios de organización social vigentes en el país durante el proceso de conformación del modelo oligárquico. Obsérvese que, de no adoptar un enfoque de esta clase, esto es, pensándose el subdesarrollo como un producto casi exclusivo de la expansión del centro, puede caerse en generalizaciones que no permitirían explicar las rutas tan distintas que adoptó esa articulación inicial en países como Perú y Brasil vis a vis los de áreas despobladas (Australia, Canadá) o de escaso desarrollo colonial y baja población (Uruguay, Argentina).

Por eso, creemos que existen dos requisitos que deben ser especialmente respetados en el estudio del modelo oligárquico en el país. En primer lugar, la necesidad de acceder al mismo vía una aproximación

UNMSM-CEDOC

de tipo histórico-estructural. En segundo lugar, evitar todo tipo de transpolaciones de esquemas analíticos que, habiendo sido creados para explicar fenómenos propios de otras latitudes, son inadecuados para interpretar fenómenos tan específicos y, en gran parte, históricamente irreproducibles, como el de la generación de una estructura subdesarrollada vía la puesta en contacto de formaciones que se encontraban en distinto grado de evolución técnico-productiva y con distintos tipos de organizaciones económicas y sociales.

e. Para comprender el enfoque histórico del modelo de acumulación característico del estado oligárquico, queremos aquí señalar nuestras diferencias con el sesgo eurocentrista que incidió con mayor fuerza en el análisis de la materia en debate.[6]

Nuestros puntos de vista son los siguientes: Primero, la génesis del capitalismo en el Perú (como en los otros países periféricos) *no es igual a la de los países del norte desarrollado.* Segundo, el impacto de la expansión del centro capitalista sobre el mundo colonial *no produjo directa e inmediatamente relaciones de producción capitalista.* Tercero, el universo productivo no-capitalista vigente *en la época colonial no estaba constituido por unidades del tipo feudal europeo,* sino de carácter servil-mercantil.

Examinemos sumariamente cada uno de ellos: *i)* El desarrollo capitalista no reconoce en estas regiones una génesis igual, ni siquiera parecida, al de los capitalismos originarios de Europa o al de países en los que el modelo de acumulación tradicional fue destruido tempranamente (EE.UU.). La distinta mecánica de gestación determinó diferencias profundas en la estructura productiva básica de unos y otros. Consecuentemente, tampoco existe similitud en sus leyes de acumulación y desarrollo. El capitalismo vernáculo, *tal como lo vislumbró en los años 30 Haya de la Torre,*[7] fue inducido por los capitalismos metropolitanos que se encontraban en fase de expansión imperialista. La estructura productiva local quedó signada por este hecho que, como se verá más adelante, es la causa del fenómeno que hoy suele denominarse "hipotrofia del sector productor de equipamiento, insumos y tecnología". La acumulación en los centros se caracterizó, desde su comienzo, por la producción simultánea y sincronizada de medios de producción y de medios de consumo. Aquí, el desarrollo capitalista se basó en el desarrollo unilateral de la industria liviana dirigida al consumo final. Este departamento de la producción se articuló con el departamento productor de bienes de capital de los centros antiguos. En este

6. Para la descripción y crítica del enfoque eurocentrista en el caso del paradigma marxista, ver: Carlos Franco, *Del marxismo eurocéntrico al marxismo latinoamericano.* CEDEP, 1980.

7. Véase: Víctor Raúl Haya de la Torre, *El antiimperialismo y el APRA.* 1936.

UNMSM-CEDOC

sentido Haya tenía razón: en los países de América Latina *el imperialismo precedió al desarrollo capitalista en lugar de sucederle. ii)* La inducción de la transición hacia relaciones de carácter capitalista no fue directa, ni inmediata. Antes bien, consistió en un largo proceso de transformación de la sociedad "atrasada" que se inicia en el siglo pasado con la penetración de la mercancía inglesa, la destrucción de la producción local (tanto de las unidades servil-mercantiles, como de los artesanos de la ciudad y de las comunidades rurales), la aparición del desempleo estructural y la expansión de la producción no-capitalista dirigida a la exportación y que deriva posteriormente en la constitución de un modelo oligárquico en el cual la transición al capitalismo se verifica lenta y deformadamente enfrentando fuerzas que tienden a bloquearla. En rigor, el contacto entre el mundo colonial y el imperialismo inglés generó una regresión de la estructura económica vernácula donde el fenómeno inmediato no fue la transición hacia formas capitalistas sino, todo lo contrario, la consolidación y rápida expansión de las explotaciones de carácter servil-mercantil capaces de exportar materias primas brutas (algodón, azúcar, lana, etc.). La única diferencia con la época colonial fue que en vez de abastecer el mercado local las formas no-capitalistas se reorientaron hacia el mercado mundial. Desde este punto de vista es claro que la articulación inicial centro-periferia no "produjo" desarrollo capitalista. En su primera fase generó expansión de las formas no-capitalistas (haciendas y explotaciones serviles). En una fase posterior "produjo" el modelo oligárquico y la estructura subdesarrollada en el seno de la cual la transición al capitalismo adoptó formas absolutamente diferentes a las centrales.[8] En este sentido puede decirse, *a diferencia de la tesis de Haya, que el imperialismo no fue ambivalente;* su acción, en combinación con el pasado colonial, determinó el subdesarrollo del país y (a diferencia de la lectura marxista tradicional) no transfirió relaciones capitalistas "normales" hacia estas tierras: generó el modelo oligárquico. *iii)* El mundo colonial no es un mundo feudal. Comparar las explotaciones que, haciendo uso de trabajo esclavo o servil, producían mercancías para realizarlas en el espacio nacional (o, más tarde, en el mercado mundial) con los feudos europeos, es otro error heredado de ese enfoque eurocentrista de

8. "Interesa señalar que la fuerte expansión internacional del capitalismo mercantil derivada del aumento del excedente en las áreas en que tuvo lugar la revolución industrial, no fue acompañada por una difusión paralela del modo capitalista de producción. En muchas regiones, por lo menos *en una primera fase,* la expansión del intercambio externo se hizo sin modificaciones de real significación en la organización interna de la producción y el excedente continuó siendo apropiado esencialmente por la *vía autoritaria...*". "Las viejas formas de dominación social basadas en el control de la tierra e incluso en el control directo de la población (*esclavitud* y formas apenas disimuladas de *servidumbre*) sobrevivieron y en algunas regiones pudieron incluso ser reforzadas". Celso Furtado, op. cit., pág. 75.

UNMSM-CEDOC

nuestra realidad.[9] Es claro que en el mundo colonial las relaciones de producción eran no-capitalistas, pero no lo es menos su carácter mercantil y en algunas de ellas su especial relación de dominación ejercida sobre las comunidades de autoconsumo. Lo procedente es, por tanto, partir de una forma histórica real, la que existía en el Perú durante la época colonial y la que se puso en contacto con el centro capitalista en expansión. En el presente trabajo designaremos a ese modo de producción con el término de "unidades servil-mercantiles". Más adelante se verá que ellas incluyen dos variantes: las explotaciones de exportación de la costa (en su fase inicial no-capitalista) y las haciendas de la sierra.

EL ORIGEN Y LA FORMACION DEL MODELO OLIGARQUICO

Como se ha señalado en la introducción, el modelo oligárquico fue el resultado de la combinación de las formas no-capitalistas heredadas de la colonia y la producción capitalista europea. Su comprensión, dijimos también, exige un enfoque histórico-estructural que reemplace la idea del "centro de expansión" como productor del modelo oligárquico por la consideración de éste como el resultado de la articulación específica no-capitalismo local-capitalismo central.

El desarrollo de este enfoque requiere, por tanto: *a)* examinar las características que presentaba el modelo colonial; y *b)* estudiar la dinámica expansiva del capitalismo central.

El modo de producción servil-mercantil en el modelo colonial

La conformación del modelo colonial. La economía colonial en su etapa madura se asentó en la existencia de una amplia red de circulación e intercambio de mercancías que se extendía a lo largo del eje andino Quito-Lima-Potosí, región de mayor población y desarrollo productivo en la época, mientras su radio de influencia alcanzaba a Buenos Aires y Santiago por el sur y a Bogotá y Caracas hacia el norte. En verdad, los últimos puntos —Buenos Aires, Santiago y Caracas— constituían las terminales periféricas en desarrollo, relativamente pobres y atrasadas, del fuerte y estructurado mercado interno de la región andina.

9. Ver sobre este punto la temprana e interesante argumentación de Eduardo Fioravanti en torno al modo de producción vigente en los valles de La Convención y Lares en *Latifundio y sindicalismo agrario en el Perú*, Instituto de Estudios Peruanos, 1976, pp. 97-104. Sobre el proceso de constitución del espacio mercantil andino en el cual se insertaron después las haciendas coloniales, es de indispensable lectura el trabajo de Carlos S. Assadourian, *La producción de la mercancía dinero en la formación del mercado interno colonial.*

UNMSM-CEDOC

Destacar la existencia de un importante mercado interno y un complejo sistema mercantil durante la colonia es condición necesaria para comprender cuál fue la verdadera naturaleza de la "herencia colonial" y qué tipo de impacto ocasionó en el siglo XIX el contacto con el mundo capitalista europeo. Lo es también para emprender un examen más riguroso de otros numerosos temas propios del siglo XIX peruano (y otros países de la región), tales como el significado de la emancipación y del alineamiento de fuerzas locales e internacionales en ese período aunque, desde luego, ello escapa al propósito de este trabajo.

Resulta relevante para el análisis del modelo colonial constatar que, hacia el fin de esa etapa, aquel vasto circuito mercantil de intercambio, ese amplio y bastante vertebrado mercado interno de la América andina, se asentaba en un sistema productivo conformado, principalmente, por unidades no-capitalistas en las que la organización del trabajo y la extracción del excedente se realizaba por vías extramercantiles, de *carácter servil o esclavo.* Las haciendas coloniales eran los principales productores de alimentos, lanas y fibras, estas últimas destinadas a los obrajes y obrajillos en los cuales se generaba la mayor parte de la producción manufacturera local. Ambos tipos de establecimientos productivos (hacienda y obrajes) fueron verdaderos prototipos de las células básicas de producción del modelo colonial.

Es claro, por tanto, que la nota específica del modelo colonial fue la *combinación de relaciones de producción serviles con relaciones de intercambio mercantiles* dentro de un solo *"modo de producción".* De allí la necesidad antes señalada de distinguir claramente este sistema de la producción feudal propia del medioevo europeo. Como señalamos anteriormente, este modo de producción servil-mercantil no fue destruido y sustituido por relaciones capitalistas cuando, en la segunda mitad del siglo XIX, se produce la articulación con el centro capitalista en fase de expansión imperial. Fue reorientado y consolidado a través del descentramiento del modelo colonial. Dado que aquí reside el *movimiento generatriz del nuevo sistema oligárquico,* se comprenderá la necesidad de examinar cuáles eran las reglas de funcionamiento y la lógica económico-productiva del modelo colonial.

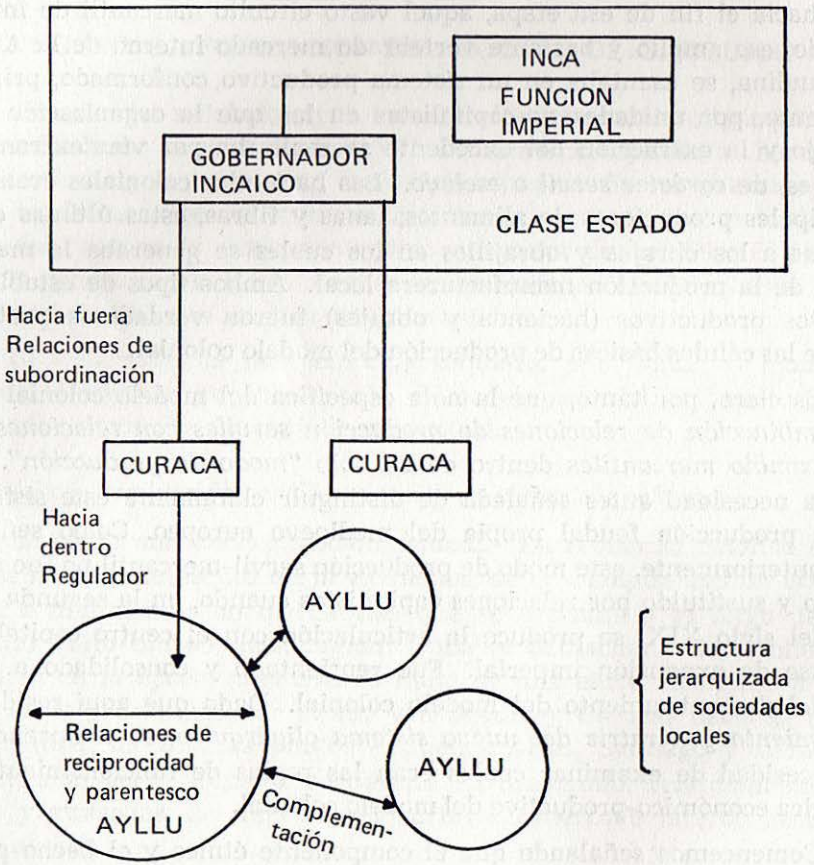
Comencemos señalando que el componente étnico y el hecho político-militar de la conquista constituyen dos factores decisivos en la conformación del modo de producción servil-mercantil:

a. La instauración de relaciones de producción de carácter servil —a diferencia de lo ocurrido en el medioevo europeo— tuvo aquí, como condición de posibilidad, el principio de jerarquización étnica de la

UNMSM-CEDOC

FIGURA 1

Esquema básico de generación y extracción del excedente en el incanato



UNMSM-CEDOC

población. Las relaciones serviles se fundaron en la relación de subordinación entre dos segmentos raciales de la población. Esto es: la dominación ideológico-religiosa y político-estadual del segmento nativo andino por la fracción hispánica.

b. La condición de posibilidad político-ideológica de la instauración de relaciones de producción serviles o, en general, *del uso de la coacción como instrumento de organización de la producción y de apropiación del excedente* está directamente vinculada con el hecho militar de la conquista y con el establecimiento del poder de estado colonial. Ese estado, construido por el segmento hispánico, reorganizó el sistema productivo tradicional, liquidó modos de producción antiguos y generó nuevas relaciones de producción. Obsérvese que desde la conquista española es el estado quien "organiza" la economía y la sociedad. No es, por tanto, su expresión sino el polo dirigente de la evolución. Con el tiempo, en la etapa republicana, ello se traducirá en un estado que precede y construye a la nación, a la economía y a la sociedad en vez de ser su producto.

La transición del régimen de encomienda al de unidades servil-mercantiles. Cuando los españoles conquistan el imperio inca no "feudalizan" (a la europea) el régimen de producción local. En un primer período, que se extiende por un lapso de 80 a 100 años, los conquistadores restringieron su acción a la obtención del excedente de las comunidades andinas, sustituyendo en ese plano el rol tradicional del estado inca, pero respetando el núcleo básico fundamental de organización productiva quechua: la producción comunitaria del ayllu (ver figura 1). El curaca transfirió al encomendero, en especie, alimentos y otros productos agropecuarios, mientras éste se ocupó de la conversión de esos valores de uso en mercancías (valores de cambio). Entre tanto, el oro y la plata de Potosí alimentaron el circuito mercantil de intercambio y parte del excedente, bajo la forma de metal precioso, fue remitida en concepto de "tributo imperial" a la corona de España (ver figura 2).

En el modelo de dominación colonial "temprano", el nivel de excedentaridad y la composición del producto era en gran medida *autodeterminado* por las comunidades. Desde la unidad familiar hasta la sociedad productora local y, aun en las relaciones horizontales entre estas últimas (complementaridad inter-ayllu), las antiguas relaciones de producción, el código andino de articulación de esas instancias y, en gran parte, su ordenamiento ecológico permanecieron intocados.

Cuando la expansión de la producción minera a partir de las innovaciones técnicas (uso del azogue) introducidas por el Virrey Toledo comenzó a demandar cantidades crecientes de mano de obra, insumos

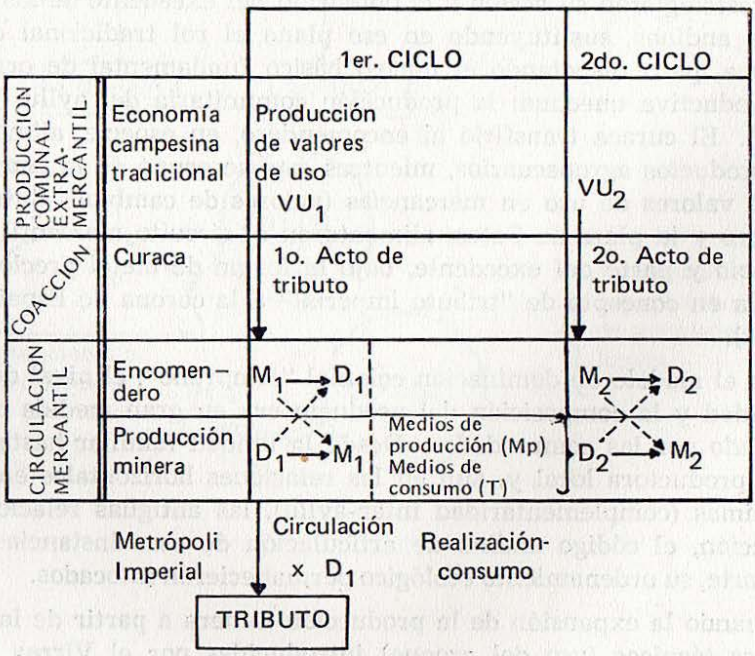
UNMSM-CEDOC

FIGURA 2

Las relaciones sociales de producción y circulación en el modelo colonial de la encomienda

(Fase inicial del período colonial)

Relaciones de reciprocidad →	Relaciones tributarias de subordinación étnica →	Relaciones mercantiles
Valor de Uso	Conversión no equivalente de Valor de Uso en Valor de Cambio	Valor de Cambio
Organización de la producción en el Ayllu	Apropiación del excedente	Circulación del excedente



UNMSM-CEDOC

y medios de producción, el nivel de generación de excedente obtenido con el viejo sistema incaico comenzó a resultar insuficiente. El sistema mercantil requería mayor sobreproducto físico. Según el ya citado trabajo de Assadourian, ésta sería la causa fundamental de la aparición y gradual extensión del nuevo régimen de hacienda en el que el segmento hispánico asumió directamente la organización de la producción apropiándose de la tierra y empleando mitayos que se sustraían al régimen del encomendero. Este tipo de explotaciones serviles, dedicadas a la agricultura y a la crianza de ganado, permitieron una intensificación apreciable de la apropiación de excedente y respondieron gradualmente al aumento de los requerimientos impuesto por la revolución minera de Toledo.

A tales procesos debe aunarse el aumento de la población española y el descenso significativo de la población indígena que presionaron por el reemplazo del sistema inicial de conservación de las relaciones de producción andinas (combinadas con el régimen de la encomienda) por el de explotaciones serviles en propiedad del grupo hispánico.[10] El nacimiento de las haciendas y de los obrajes textiles señala una nueva fase en la conformación del modelo colonial. Es el fin de la combinación comunidades locales-encomenderos-circuito mercantil y el comienzo de la instauración del modo de producción servil-mercantil.

En efecto, con la mita agrícola, las reducciones y la conformación de empresas agrarias españolas, comienza a transitarse de una a otra modalidad. Así, el sistema autoritario jerárquico penetró en la esfera de regulación interna de las unidades productivas. El segmento ibérico asumió, directamente, la facultad de organizar el trabajo y disciplinar al grupo productor. La escisión originaria entre "extracción autoritaria del excedente" y organización antigua del trabajo basada en la reciprocidad y el parentesco —escisión, por otro lado, común al imperio y a la temprana estructura de dominación hispánica— tendió progresivamente a resolverse en la pérdida gradual de la autonomía relativa de la forma antigua.

10. "En términos económicos y políticos, el sistema de hacienda no surgió del sistema de la encomienda sino más bien en oposición a ésta. La debilidad básica del sistema de la encomienda estribaba, como ha sido demostrado, en que dependía de la economía tradicional. Pero la economía tradicional, debilitada por la desorganización y la rápida declinación de la población indígena, pronto se vio imposibilitada para sostener el gran número de españoles que iba llegando al país...". "Fue así como, en las décadas de 1550 y 1560, la habilidad de los gobernadores para asignar concesiones de tierras y un número limitado de indígenas para el trabajo (tomados de entre los indígenas cuyo trabajo era ahora negado a los encomenderos) a los agricultores, hizo posible el brote de un pequeño sector de la economía parcialmente independiente, dedicado a la agricultura y a la crianza de ganado, sector que durante los años subsiguientes había de tornarse cada vez más independiente, a medida que iba controlando el suministro de mano de obra mediante el reemplazo de los mitayos por negros en la costa y con yanaconas en la sierra". Robert G. Keith, *El origen del sistema de hacienda*, pág. 57.

UNMSM-CEDOC

La hacienda colonial, el obraje y la minería del azogue suponen la invasión de la esfera de la producción por parte de las relaciones autoritario-jerárquicas y coactivas de organización social. Relaciones estas que, en su comienzo, estuvieron reservadas con exclusividad al rol de extracción del excedente (vínculo encomendero-curaca-comunidad) generado por las comunidades heredadas del incario.

Este paso del sistema de encomiendas al modo de producción servil-mercantil tiene importancia decisiva en la configuración del modelo colonial. Desde ese momento, al apropiarse de los factores productivos y organizar "directamente" la producción, los españoles se van constituyendo en una clase social específica que interviene en la determinación coactiva —a nivel de cada unidad servil-mercantil— de la *relación trabajo necesario/sobreproducto.* A partir de la hacienda colonial y del obraje, es este nuevo sector social quien determinará la tasa de excedente y orientará su génesis en la esfera productiva.

El ciclo de producción servil-mercantil. La característica principal de las unidades servil-mercantiles consistió en el hecho de que el proceso productivo se realizó a través del desarrollo simultáneo y combinado de un *ciclo monetario,* que vinculaba a la unidad productiva con la esfera de la circulación mercantil, y de un *ciclo de intercambios físicos,* que —en el interior de la explotación— permitía reproducir la fuerza de trabajo y una gran parte de los insumos y medios de producción empleados (ver figura 3).

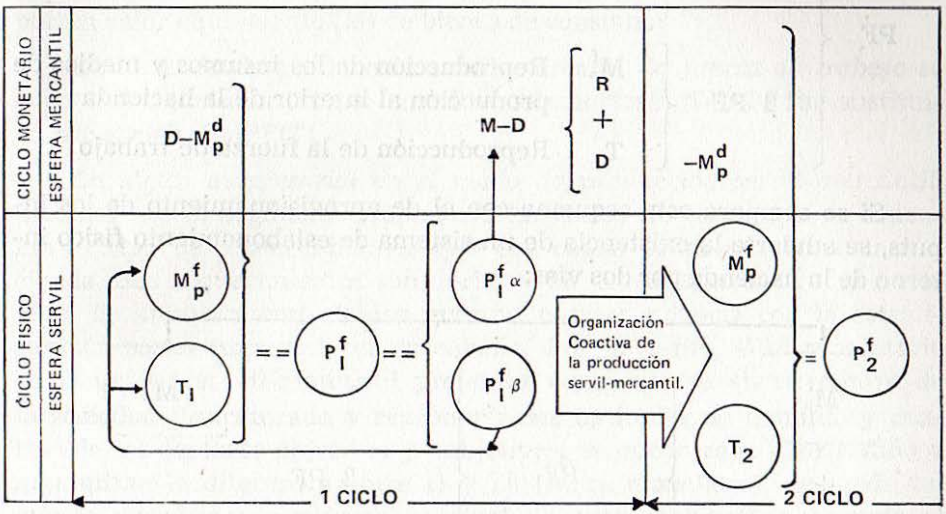
El ciclo era aproximadamente el siguiente. El terrateniente sólo "adelantaba" una pequeña proporción de capital-dinero (D) para la adquisición de una fracción de los medios de producción (M_p) que no podían ser producidos en la misma hacienda, tales como: papel, herrajes, medicamentos, etc. Mientras tanto, otra fracción ampliamente mayoritaria de los medios de producción e insumos incorporados al proceso productivo (M_p), así como los medios de reproducción de la fuerza de trabajo (T), se generaban dentro de los límites de la unidad servil-mercantil. Si designamos M_p^d a los medios de producción comprados con el capital-dinero del hacendado y con M_p a los que no provenían de la circulación mercantil externa sino que eran fabricados en la explotación, el esquema de los inputs resulta:

$$\left.\begin{array}{ll} [D] \text{ —— } M_p & \\ M_p & \\ T & \end{array}\right\} \text{ PF (Producto Físico)}$$

UNMSM-CEDOC

FIGURA 3

El ciclo de producción servil-mercantil



Por consiguiente, el producto físico de la unidad servil-mercantil se generaba a partir de la aplicación de una pequeña partida de capital-dinero (D) y de un conjunto importante de inputs autoprovistos (M_p^f + T).

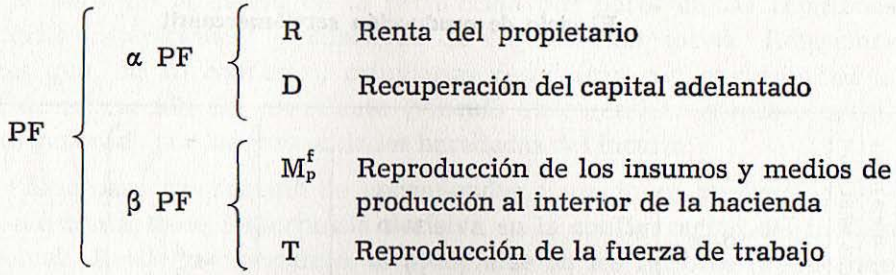
Para satisfacer el balance productivo (de ciclo en ciclo), una parte β del producto físico (PF) era destinada a la reconstitución, dentro de la misma explotación, de los recursos físicos gastados en el período: $M_p^f + T = \beta PF$. Luego $\beta = \frac{M_p^f + T}{PF}$

El coeficiente β expresa así el grado de eslabonamiento "hacia adentro" de la unidad productiva: su tendencia a la autosuficiencia por el lado de los insumos y el nivel de autonomía vis a vis la red de circulación externa de mercancías.

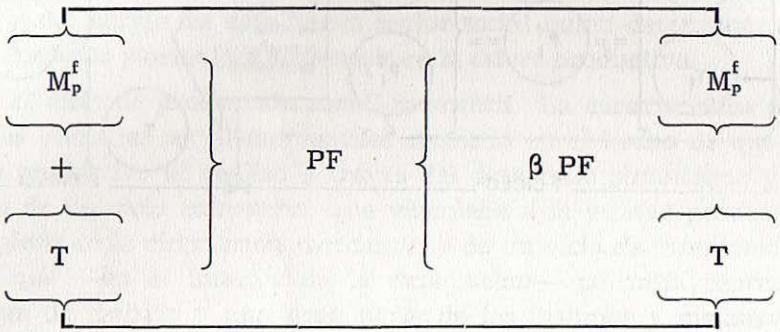
Otra parte α del producto físico obtenido en el período era vendida por el propietario, incorporándose a la corriente del intercambio mercantil, a fin de recuperar el capital-dinero "adelantado" (D) y obtener un excedente (o renta) R. Luego: $D + R = \alpha PF$

UNMSM-CEDOC

El esquema de realización y uso del producto resulta:



Si se compara este esquema con el de aprovisionamiento de los inputs, se advierte la existencia de un sistema de eslabonamiento físico interno de la hacienda por dos vías:



La *ruta de autoabastecimiento* de los insumos M_p^f-βPF-M_p implicó la *exclusión de la unidad productiva servil-mercantil como polo de demanda de mercancías* y el aborto de toda posibilidad de desarrollo local y/o microrregional de producción mercantil de insumos o de servicios productivos.

Por su parte, la *ruta de autorreproducción de la fuerza de trabajo* (T): T-βPF-T impidió a un vasto segmento de población cualquier potencial inserción al sistema de intercambio mercantil de bienes de consumo.

Ello es de fundamental importancia para comprender los efectos que tuvo ese modo de producción en la estructuración del sistema económico colonial y los condicionamientos que impuso más tarde a la conformación de la economía republicana. Su importancia se revela al comparar este tipo de ciclo servil-mercantil con el ciclo de acumulación capitalista. En este último, la realización del producto se hace íntegramente a través del intercambio mercantil. Y en la configuración del mercado final es precisamente el ciclo de reproducción de la fuerza de trabajo quien se constituye en un componente decisivo de la dimensión

UNMSM-CEDOC

y la calidad de la demanda. El ciclo de reproducción de la fuerza de trabajo asalariada sigue la trayectoria T-D-M constitutiva del mercado de bienes de consumo masivo. El trabajador aporta su fuerza de trabajo (T) a cambio de un salario (D) que, posteriormente, intercambia por un valor equivalente (M) de bienes de consumo.

En el modo de producción servil-mercantil *la fuerza de trabajo se encontraba excluida de esa ruta.* La metamorfosis T-D-M fue sustituida por el ciclo T-βPF(T).

La lógica empresarial en el modo de producción servil-mercantil. Ciertamente el segmento propietario hispánico no restringía su consumo al tipo de abastecimientos que era capaz de proporcionar la hacienda. Sus requerimientos suntuarios y de ostentación así como cierto nivel de atesoramiento debían guardar correspondencia con la estratificación social imperante en la colonia. Por lo tanto, si el propietario de la unidad servil-mercantil pretendía conservar su status dentro de la sociedad jerarquizada y reproducir sus aptitudes de dominio y control de los factores objetivos y subjetivos, se encontraba constreñido a maximizar la diferencia entre D y D^1 (renta monetaria), de modo tal que le permitiera conservar su nivel de renta habitual, cubriendo el consumo personal y manteniendo el nivel exigido de su contribución a la reproducción de los factores institucionales y estatales del poder.

Ahora bien, bajo las condiciones descritas de circulación del producto y de apropiación del trabajo, es razonable aceptar que su objetivo principal como organizador de la producción servil haya sido minimizar —hasta donde le fue posible— el empleo de factores externos a la hacienda, puesto que el costo de producción quedaba definido por el total del capital-dinero adelantado al comienzo del ciclo (D) usado en la adquisición de los medios de producción e insumos que la explotación era incapaz de generar internamente. Por su parte, el excedente —expresado como renta monetizada— resultaba también directamente de la diferencia entre moneda gastada y moneda recibida por la venta del producto físico; $R = D^1 (\alpha PF) - D(M_p)$. La expresión anterior indica que la renta del propietario se contabilizaba en términos puramente monetarios como la diferencia entre lo que ponía y lo que sacaba de la corriente mercantil durante cada ciclo.

Una segunda manera de incrementar la renta consistió en aumentar la fracción α del producto físico (PF) destinado al mercado. Para ello —sin incorporación de progreso técnico— sólo existía un procedimiento: comprimir el costo físico de reproducción de la fuerza de trabajo. Sea directamente, sustrayendo una parte del producto empleada para ese fin o, indirectamente, vía el aumento de la producción total, exigiendo más faenas por la misma parcela o asentando más familias

UNMSM-CEDOC

en la hacienda. Sin embargo, cualquiera de estas fórmulas presuponía aumentar aún más la tasa de explotación (producto necesario/sobreproducto) y, dado su muy alto nivel absoluto, ello podía derivar (y derivó muchas veces) en el incremento de la tensión dentro de la unidad de producción y en el violento reajuste del sistema de coacción.

Relación entre la unidad servil-mercantil y las comunidades. En tal contexto, el medio principal al que pudieron recurrir los hacendados fue la incorporación de nuevas tierras. Ello permitía incrementar el producto físico total (PF) y el monto orientado al mercado (αPF) sin tener que enfrentar mayores tensiones internas (la relación producto necesario/sobreproducto se mantenía constante). Desde luego, para que esto fuera posible, la hacienda colonial tendía a expulsar de las tierras aptas a las comunidades vecinas, comprimiendo sus áreas de pastoreo, desplazándolas a tierras más pobres, etc. Desde este punto de vista, la relación entre la unidad servil-mercantil y las comunidades adyacentes se estableció en términos de "vecino-agresor".

Se desarrolló así un largo proceso de concentración de la propiedad de los principales factores productivos en el segmento social de origen hispánico. Las tierras agrícolas más ricas de los valles interandinos y de la costa y las mejores áreas de pastoreo en la sierra fueron siendo progresivamente apropiadas por la nueva clase de los hacendados españoles.

A medida que ese proceso de concentración de la propiedad de los mejores recursos naturales fue avanzando, la población nativa desalojada de esas áreas fue, a su vez, reorientada hacia dos tipos de roles. O bien era incorporada a la hacienda colonial bajo condiciones de organización y explotación servil o bien iba siendo marginada hacia zonas territoriales con magra potencialidad productiva.

La población "sobrante", ubicada en áreas de subsistencia, quedó convertida en reservorio de fuerza de trabajo.[11] Este es un segundo efecto de la implantación del modo de producción servil-mercantil. Se trata del inicio de un fenómeno que contextuó persistentemente y has-

11. "La población de Canta estuvo relacionada con una economía fundamentalmente organizada en torno a la extracción minera para fines de exportación, la que era altamente remunerativa por causa de la baratura de su mano de obra. Esta procedía de la población indígena, a manera de tributo, por medio de la institución de la mita. Canta fue sede de un Corregimiento que incluyó desde el siglo XVI a la totalidad del valle alto, cuyos establecimientos humanos, colocados dentro de esta jurisdicción, fueron en su práctica totalidad reducciones de indígenas. Así surgieron las 27 comunidades de indígenas, aisladas y sin haciendas que las rodeen. Es decir, *reconcentraciones* de la población nativa, diezmada por guerras civiles y epidemias, cuyo papel en la sociedad creada por los conquistadores era, fundamentalmente, el constituir *reservorios de fuerza de trabajo* y centros de provisión de productos alimenticios y de tejidos". José Matos Mar, *Hacienda y comunidad*, Instituto de Estudios Peruanos, pág. 16.

UNMSM-CEDOC

ta el presente la evolución económica del país: *el excedente estructural de trabajo*. El modo en que éste se reproduce, la modalidad de supervivencia que adopta fue, desde luego, cambiando a través de los años; pero, su existencia y su incidencia en el funcionamiento general del sistema económico y productivo peruano siguió siendo, como estudiaremos más adelante, de decisiva importancia en la configuración del fenómeno del subdesarrollo.

Las consecuencias. Entre los efectos más importantes resultantes de la implantación del modo de producción servil-mercantil, cabe señalar:

a. El aumento de la tasa de explotación (relación sobreproducto/producto necesario) del trabajo nativo en las haciendas y obrajes respecto de la tasa de excedente con que operaba el antiguo sistema comunidad-curaca-encomendero.

b. El cambio en la calidad de la inserción de la población nativa dentro del modelo colonial. Se produce la pérdida total de su relativa autonomía en el nivel local, sea por su subordinación jerárquica a los nuevos propietarios, sea por su marginación a las áreas de subsistencia. Lo que importa relevar aquí es la transferencia de la facultad de *autodeterminación* del nivel de excedente de la *comunidad local* a los propietarios de las unidades servil-mercantiles. Obsérvese que esta pérdida de la autodeterminación no sólo implica un aumento de la concentración elitista del poder sino también, y simultáneamente, un robustecimiento altamente significativo de la *segmentación étnica* de las condiciones de participación en la sociedad colonial.

c. La creación de un excedente de fuerza laboral respecto al requerido para una explotación "eficiente" de la unidad servil-mercantil. Como quiera que dentro del área controlada por las unidades servil-mercantiles aumenta la relación producto/costo de reproducción de la fuerza de trabajo por unidad de recurso (hectárea), el resultado necesario es el aumento de la producción agregada y/o la disminución del empleo de mano de obra. Es posible que ambos efectos hayan tenido lugar. Pero, ciertamente, es el segundo el que predominó en términos absolutos. El español, al apropiarse de tierras aptas, requería "desalojar" parte de las familias ocupantes. Con el resto de trabajadores, una técnica más eficiente, una disciplina fuerte y un bajo costo de reproducción, lograban "crear" un excedente apreciable. Ya se ha dicho que éste fue bastante mayor que el logrado por los antiguos ocupantes. Se desprende de ello que el área servil-mercantil de explotación se convirtió en un polo de expulsión de fuerza laboral. Servilizó el segmento necesario y marginó el sobrante.

UNMSM-CEDOC

d. La estabilización de un sistema productivo basado en la combinación de *la explotación extensiva del recurso natural;* y *la explotación intensiva de la fuerza de trabajo.*

Con la complementación de una fuerte disponibilidad de fuerza de trabajo cuya reproducción se hacía fuera de la hacienda, las comunidades, reducciones y otras *modalidades de subsistencia* periférica a la unidad servil-mercantil jugaron el rol de *reservorios del factor trabajo.*

e. El bloqueo del mercado interno local, regional e interregional en virtud del *autoabastecimiento de insumos en la esfera servil de producción;* y *la exclusión de la población servilizada y de los reservorios de subsistencia del mercado de consumo.* Estos grupos fueron excluidos del ciclo (T-D-M).

De todo lo anterior se desprende que la configuración "madura" del modelo colonial contenía muchos de los elementos que más tarde serían de relevante importancia para definir el tipo de articulación "posible" entre la economía local y el capitalismo europeo en expansión: *a)* relaciones serviles en la organización del trabajo; *b)* bloqueo del mercado interno; *c)* explotaciones extensivas de recursos naturales e intensivas de mano de obra con magros costos de reproducción; *d)* la existencia de una nueva clase de productores mercantiles.

Ahora bien, como hemos señalado en un estudio anterior,[12] recurriendo a la evidencia histórica disponible, el desarrollo del *modo de producción servil-mercantil* (haciendas y obrajes) *combinado con la expansión de las relaciones mercantiles* a un área cada vez mayor de la región andina hizo que se perfilara, hacia el siglo XVIII, un *modelo económico relativamente autocentrado* y cuyo grado de dependencia de la metrópoli era bastante reducido. Esta organización económica era, tal vez, poco dinámica y muy probablemente apenas superaría el régimen de reproducción simple pero, en cambio, se fue asentando sobre una estructura productiva bastante autárquica, con un nivel apreciable de integración insumo-producto a nivel regional y, en parte, intercolonial.

Puede afirmarse que hacia 1750 la estructura no-capitalista (servil-mercantil) vigente en la región andina presentaba un significativo grado de autocentramiento y todo parece indicar que ello se debió principalmente a dos factores: el eslabonamiento hacia atrás de la producción minera y la disminución del comercio trasatlántico con la metrópoli. Ambas condiciones contribuyeron a sentar las bases de la integración productiva intra e intercolonial.

12. Daniel Carbonetto, "El modelo colonial", (mimeo), CEDEP, 1982.

UNMSM-CEDOC

La lógica económica de la expansión capitalista

La acumulación en el capitalismo originario. Se sostuvo al comienzo de este trabajo que la conformación del modelo oligárquico o, lo que es lo mismo, de la estructura subdesarrollada del Perú, se explica a partir del encuentro y del mutuo pero desigual reordenamiento que se produjo en el siglo XIX entre la expansión del centro capitalista y el modelo colonial vigente en el país.

Como se han examinado sumariamente la gestación, desarrollo y las principales características del modelo colonial, resta ahora analizar la dinámica expansiva del centro. Se comprende que para explicar, aunque sea muy someramente, la lógica de aquella expansión, es necesario abordar el tema de la acumulación en los países de capitalismo originario. Y ello es precisamente lo que se intentará en lo que sigue.

De manera muy simplificada se puede admitir que en el proceso de acumulación capitalista originario se destacaron dos factores. De un lado, la magnitud del excedente capitalizado de período en período y la relación de correspondencia a largo plazo entre la tasa de crecimiento del capital y la tasa de expansión de la fuerza laboral. Del otro, la capacidad de transformar el nuevo capital en medios de producción de acrecentada eficiencia (ritmo de absorción del progreso tecnológico).

Es bien conocido el hecho de que las sociedades antiguas se caracterizaron por su incapacidad para acumular el excedente bajo la forma de nuevos y más eficaces medios productivos. El excedente se dilapidaba en financiar el consumo de las clases dirigentes, en la guerra o en las obras de prestigio. Con la aparición de la forma de organización capitalista del trabajo y de la industria moderna, nació la posibilidad del aprovechamiento intensivo del excedente. Pudo éste, dentro del mismo período de producción, sustraerse del consumo inmediato, de la guerra o de las obras de ostentación y "acumularse" bajo la forma de un *excedente de maquinaria* (y de toda clase de activos materiales e intangibles), de un *sobrante,* en relación a la dotación inicial luego de reponerse la cuota desgastada en el ciclo. Se abrió con ello la posibilidad de la acumulación productiva. Hoy es fácil advertir que la característica principal de la industrialización capitalista ha sido su capacidad para desarrollar *simultánea y articuladamente* la producción de medios de consumo y de medios de producción.

La articulación intersectorial característica de las estructuras autocentradas. Es conveniente hacer notar, como lo hacían los economistas clásicos del siglo XIX, que la peculiaridad y el éxito revolucionario de la industria capitalista radicó precisamente en la articulación equilibrada que supo establecer entre dos sectores o departamentos: el uno

UNMSM-CEDOC

(S I), dedicado a la producción del equipamiento y la tecnología requeridos por el conjunto del sistema, y el otro (S II) dedicado a la producción de bienes de consumo final para atender las necesidades de reproducción de la fuerza laboral y la demanda de los grupos superiores. Dentro de ese esquema de especialización técnica, el S I produce, de período en período, una cantidad de medios de producción superior a la requerida en cada ciclo. De este modo, el gasto de inversión neta o excedente de producción de medios de producción de un período (en maquinaria, existencias, investigación y entrenamiento de la mano de obra, información, infraestructura), se convierte en la ampliación del acervo de maquinaria y conocimientos que incrementarán la dotación de medios de producción, materiales e intelectuales, en el período subsiguiente.

Dada la lógica de acumulación del sistema, el excedente capitalizable puede aplicarse sea a la ampliación del empleo (inversión de expansión de la capacidad de producción), sea al aumento de la productividad (inversión de progreso tecnológico).

Cambios en la tecnología producida por el S I (incorporados a los equipos) promueven incrementos en la productividad de ambos sectores, abaratando a la vez el costo de los medios de consumo destinados a satisfacer las necesidades sociales y el de los mismos equipamientos y otros bienes de capital en uso.

Los actores económicos. La división intersectorial es uno de los aspectos esenciales de la producción capitalista. El otro es la división de la población en clases con roles y atributos económicos específicos.

Desde este otro punto de vista la definición del modo de producción capitalista presupone: *a)* un sistema de producción conformado, cuanto menos, por dos clases de actores económicos: *i)* el grupo propietario de los factores productivos (acervo de capital) que se apropia de un porcentaje del producto *(ganancia)* en función de su participación en la propiedad del factor, que asume el riesgo empresarial y que organiza la producción; *ii)* otra clase no-propietaria que vende al grupo anterior su fuerza de trabajo obteniendo un salario monetario en función de las horas aportadas y la calidad del aporte; *b)* la división de la ganancia de los propietarios en dos fracciones, una destinada a satisfacer su propio consumo y la otra (ahorro) orientada a la reinversión; *c)* el destino de parte o todo el salario de los trabajadores al financiamiento de su demanda de bienes de consumo.

Desde luego: *a)* si los capitalistas usan el total de la ganancia en satisfacer su consumo, el sistema opera en régimen de reproducción simple; *b)* si los trabajadores no consumen el total de sus salarios, pue-

UNMSM-CEDOC

den desviar parte del mismo hacia el proceso de ahorro-acumulación; *c)* los activos pueden ser financiados no sólo con aportes de capital del empresario (propietarios del factor y organizadores de la producción) sino con pasivos que devengan interés a su propietario. En este caso aparece en el esquema un tercer actor económico: el propietario de activos financieros que percibe una tasa fija y no asume riesgo empresarial en el curso del proceso; *d)* la existencia del sector gobierno presupone una deducción sobre el producto destinado al financiamiento del gasto público.

Como se observa, estas y otras numerosas notas pueden complejizar el esquema y disminuir el nivel de abstracción. No obstante, su ausencia no altera la definición del modo de producción. De lo anterior se deduce que es posible obtener un enfoque sistémico a partir de las dos notas esenciales de la producción capitalista. Esto es: si se combina la división del mismo en dos departamentos productivos y la definición del modo de producción en función de dos clases de actores económicos (cuanto menos) con roles específicos.

El esquema de reproducción autocentrado. El esquema esencial de un modelo capitalista "originario" dividido en dos sectores o grandes departamentos productivos se presenta en el gráfico 4. En él pueden verse los intercambios en fuerza de trabajo, materiales y productos que se requieren para conservar el equilibrio entre sus dos protagonistas y entre sus dos sectores. Tal configuración constituye una matriz básica del sistema cerrado (sin comercio externo) en la que ninguno de los flujos físicos o monetarios representados puede estar ausente sin que su carencia afecte la definición del sistema económico (capitalista).

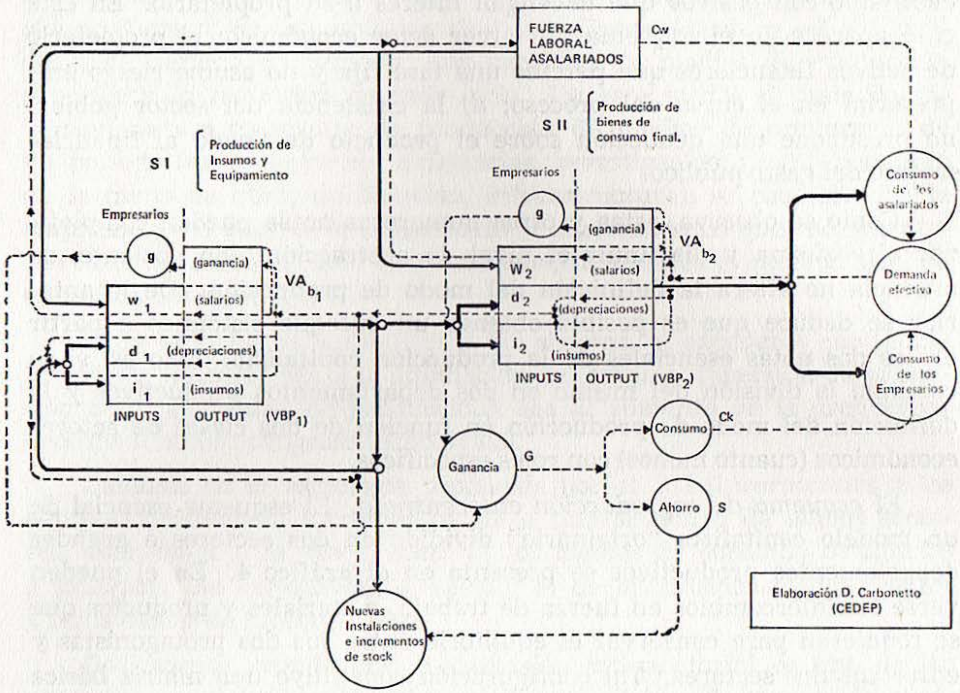
Obsérvese que, a diferencia de la tradición neoclásica y en coincidencia con el enfoque adoptado tanto por Marx como por la línea keynesiana de reflexión, aquí se parte de la idea de que la dotación de capital con que se inicia un período económico viene dada por el proceso de acumulación histórica. La estructura productiva, entendida como el total del equipamiento instalado con un determinado nivel tecnológico y con un coeficiente promedio de capital/trabajador (K/L) definido, se convierte de ese modo en un dato histórico a partir del cual se analiza la evolución económica en el corto plazo.

En el gráfico, como se observa, se presenta esta última situación. Existe una distribución dada del capital en las distintas ramas y sectores de la economía. Esa estructura productiva "heredada" se ordena en dos grandes departamentos: el sector II productor de los medios de consumo y el sector I productor de los medios de producción requeridos para reponer el desgaste del período y para ampliar la dotación.

UNMSM-CEDOC

FIGURA 4

Configuración autocentrada del modo de producción capitalista



La producción del S II es "comprada" con el monto de los salarios devengados en ambos departamentos y con las ganancias que los empresarios, también de ambos sectores, destinan al consumo familiar. La producción del sector I es "comprada" con las depreciaciones del período (S I + S II) y con el total de las ganancias no consumidas por los propietarios del capital.

Los equilibrios internos en la reproducción capitalista autocentrada. El corto plazo. Cabe ahora preguntarse cuáles son las condiciones de equilibrio y de crecimiento de un sistema de este tipo.

Aceptado el enfoque anterior, es claro que el esquema de reproducción ampliada de la economía que se presenta encierra varias condiciones de equilibrio; algunas, de carácter estático, referidas al equilibrio de pleno empleo del acervo total de capital con que se inicia el ciclo ($K_I + K_{II}$) otras, de tipo dinámico, que conciernen a las tasas con que deben crecer los distintos componentes del sistema si éste va a permanecer en equilibrio de pleno empleo del capital al pasar de uno a otro ciclo.

UNMSM-CEDOC

En primer lugar, obsérvese que, como se asume que el total del ahorro procede de las ganancias, entonces las utilidades netas (G) resultan igual a la suma de la inversión efectuada en el período (I) más el total de las ganancias dedicadas a satisfacer el consumo personal de los capitalistas (C_K): $G = I + CK$. Esta teoría del beneficio es la derivada por Kalecki del enfoque de Marx en torno a la reproducción capitalista y expresa la misma noción que la igualdad keynesiana de ahorro-inversión.

De lo dicho se podría desprender, como lo hicieron Kalecki y Keynes por diferentes vías, que *el gasto de inversión es la variable exógena* cuyo monto sirve para determinar el nivel de equilibrio del sistema en el corto plazo. Así, para cierto nivel de consumo de las ganancias (constante o proporcional al monto del producto) habría un nivel de gasto de inversión que permitiría la plena operación del capital instalado. Valores inferiores (a través de la acción del multiplicador keynesiano) definirían niveles de producción más bajos de los que permite el pleno uso de la capacidad instalada, abriendo una brecha recesiva y dejando desempleada una parte del total de los trabajadores que podrían estar empleados si se usara el total del equipamiento instalado.

Marx, en cambio, si bien no explicitó su teoría de corto plazo, parece haber adoptado un punto de vista distinto en relación a la variable de ajuste. Para él, de los *tres grandes componentes de la demanda agregada,* el *salario* de los trabajadores, el *consumo de los capitalistas* y el *gasto de inversión,* habría que descartar a este último como factor capaz de decaer autónomamente conduciendo a una situación recesiva. En Marx está siempre presente la idea de que las decisiones de inversión se vinculan con la adicción a la acumulación que posee todo propietario de capital. Siendo ello así, mal podría fundarse la insuficiencia de la demanda agregada en la reticencia de los empresarios a invertir su saldo de caja del período. Dice Joan Robinson:

«En general, Marx lleva su argumentación sobre el supuesto de que no hay problema para inducir a los capitalistas a invertir en capital real. '¡Acumulad! ¡Acumulad! ¡La acumulación es la gran panacea!'

«Los capitalistas no están particularmente interesados en disfrutar de gastos extravagantes; están interesados en adquirir más capital y cada uno se ve obligado por la lucha de la competencia a acrecentar su capital tanto como a aprovecharse de las nuevas técnicas. Mientras ellos tengan algunos beneficios que invertir, se puede confiar en que los invertirán, e independientemente de la perspectiva de beneficio o de la tasa de interés».[13]

13. Joan Robinson, *Introducción a la economía marxista,* pág. 50.

UNMSM-CEDOC

Puede aceptarse también que, para Marx, el empresario invierte buscando obtener el máximo retorno por unidad de capital y que la competencia entre los capitalistas de las distintas ramas (desatada para cumplir con ese propósito) tiende a formar una tasa de ganancia promedio en el sistema. Aunque bajo determinadas condiciones la tasa evolucione a la baja, no por ello los capitalistas dejarían de invertir.

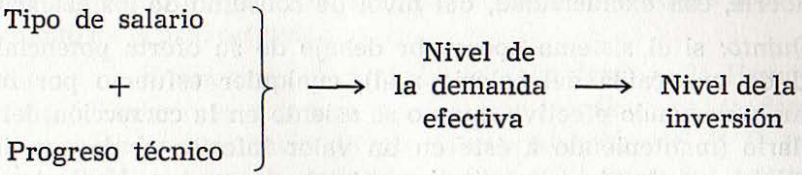
A la par del gasto de inversión, Marx descarta también el consumo de los capitalistas como factor de regulación del nivel de la demanda efectiva del período. En el corto plazo, los hábitos de consumo y el patrón de vida de la clase propietaria no varían. El hecho de que las oportunidades rentables sean escasas, no es motivo para que la ganancia se oriente hacia el consumo familiar de los propietarios. Estos, en principio, no pretenden mejorar el disfrute presente del valor agregado apropiado y mucho menos cuando deben enfrentar una situación de baja más o menos generalizada de rentabilidad del capital. Por lo contrario: tenderán a competir para conservar su poder en las ramas respectivas o bien a mejorar la rentabilidad a través de inversiones de progreso técnico.

De un enfoque de tal tipo se desprende que las causas de fluctuación de la demanda efectiva deben buscarse en factores distintos al gasto de inversión o al consumo del segmento propietario. Aceptado esto sólo resta, como agente regulador, el tercer componente de la demanda agregada: el ingreso salarial. Así, en el corto plazo, para un acervo de capital y una estructura productiva dada, cambios en el tipo de salario implicarían variaciones inmediatas de la demanda de bienes y servicios destinados a satisfacer el consumo de los asalariados. Esas variaciones gobernarían los cambios en el nivel de la demanda agregada. Cuando el tipo salarial cae por debajo de cierto nivel, una parte de la producción del sector II no halla salida. Si la tendencia se profundiza, aquellas ramas del sector productor de medios de consumo que sean más elásticas a la caída del ingreso de los asalariados, se encontrarán muy pronto en niveles de producción y venta inferiores al requerido para cubrir su punto de equilibrio. La caída de las ventas y de las utilidades en esas ramas conllevaría la suspensión de sus pedidos de reposición y de nuevo equipamiento al S I. Con ello, las ventas y el nivel de empleo tienden a la baja en este otro sector. Así, la ola recesiva repercutiría a través de la caída del nivel de empleo sobre el conjunto del sistema.

El modo de regulación de las economías autocentradas. El rol de la demanda efectiva y del salario real. Joan Robinson señala y creemos que con suficiente razón, que en Marx la variable exógena que reemplaza a la inversión es la demanda efectiva y a través de ella el

UNMSM-CEDOC

tipo de salario real. Tal vez su lectura del proceso de inducción de la inversión sea:



De este esquema se deduce:

Primero: la variable exógena que regula el nivel de actividad del sistema no sería de carácter económico: el tipo de salario es la resultante de un conflicto de poder inter-clases. Por cierto, en su desenvolvimiento influye el progreso técnico puesto que cuando la acumulación del capital tiende a agotar el excedente de fuerza laboral, las innovaciones que ahorran mano de obra reconstituyen e impiden que la presión hacia el alza de los salarios destruya el margen de ganancia. Pero, el progreso técnico juega en el largo plazo, esto es: de uno a otro período de producción. En el corto plazo la evolución del salario real dependería de factores extra-económicos.

Segundo: el gasto de inversión se endogeniza puesto que pasa a depender del nivel de la demanda efectiva (crece o disminuye con ésta) y por su intermedio del tipo de salario real (sólo la inversión de progreso tecnológico guarda cierta autonomía respecto de la demanda agregada del período).

Tercero: en una visión de tal clase, el salario real se convierte en el mecanismo regulador del nivel de producción en el corto plazo: *existe un tipo de salario (y sólo uno) que permite que la demanda agregada corresponda cualitativa y cuantitativamente con la oferta agregada potencial,* esto es, con la oferta de plena utilización de la estructura productiva instalada. Si el nivel de salario real pretende superar ese valor de equilibrio, genera un exceso de demanda respecto a la capacidad de oferta potencial y se reajusta a la larga más o menos espontáneamente por la modificación de los precios y salarios nominales. Si la tendencia persiste puede abrirse un proceso inflacionario por exceso de demanda. Si el nivel de salario real es más bajo que su valor de equilibrio, se abre un proceso recesivo. Cae la demanda del S II y, por su intermedio, desciende el nivel de producción y ventas del sector I. Subsiguientemente, la caída de la producción conduce al despido de trabajadores y a la aparición de capacidad ociosa.

Cuarto: es claro que en un esquema interpretativo como éste, el gasto de inversión del período se comporta como una variable dependiente del nivel de consumo final. Como en la composición de este

UNMSM-CEDOC

último se considera que el gasto de consumo de los capitalistas es relativamente constante en el corto plazo, entonces el gasto de inversión dependería, con exclusividad, del nivel de consumo de los asalariados.

Quinto: si el sistema opera por debajo de su oferta potencial (en virtud de una caída del salario real), cualquier esfuerzo por incrementar la demanda efectiva que no se asiente en la corrección del tipo de salario (manteniendo a éste en un valor inferior al de equilibrio) conduciría a un desajuste *cualitativo* entre la demanda y la oferta agregada. En efecto, si se recurre, por ejemplo, al aumento autónomo del gasto de inversión (pública o privada) para recuperar el nivel de la demanda agregada, lo más probable es que la composición de ésta se desajuste significativamente respecto a la estructura de la oferta potencial. En tal caso se combinan excesos sectoriales de demanda con capacidad ociosa en otras ramas, dando origen a un proceso recesivo-inflacionario fuertemente desequilibrante del conjunto del sistema económico.

El crecimiento capitalista en condiciones de autocentramiento. Una vez más el salario real. A las consideraciones anteriores en torno al nivel de equilibrio en el corto plazo y al rol preeminente del salario real en la determinación del grado de utilización de la capacidad instalada, añadiremos ahora algunas reflexiones en torno a la dinámica del sistema en el largo plazo.

Veamos, en primer lugar, qué ocurre cuando la acumulación de capital arrastra el empleo y tiende a consumir el excedente de fuerza laboral. Es claro que en tales circunstancias una presión hacia el alza de los salarios tenderá a reducir el margen de ganancias y que esta tendencia sólo puede ser neutralizada en base a la introducción de técnicas más productivas "ahorradoras" de mano de obra. En este punto el rol del progreso técnico es decisivo. Una vez alcanzado el pleno empleo de la fuerza laboral, *la rentabilidad del capital se mantiene si y sólo si el ritmo de avance de la productividad es suficiente como para liberar de ciclo en ciclo igual cantidad de mano de obra que la que es requerida para poner en marcha el equipamiento comprado por el gasto de inversión del período.* Esta es, por tanto, una primera condición para la reproducción equilibrada del sistema en el largo plazo.

Pero, existe una segunda condición que se relaciona una vez más con el salario real: *¿Cuáles son las salidas del producto acrecentado por el aumento de la productividad y la expansión de la capacidad instalada?* Si se asume que el consumo de los capitalistas en el largo plazo crece al mismo ritmo que la productividad, entonces el salario debería también igualar esa tasa puesto que un valor inferior conduciría al bloqueo de las salidas. Es decir, al pasar de uno a otro ciclo, el sa-

UNMSM-CEDOC

lario debe continuar ubicándose en el nivel que asegure el pleno uso de las instalaciones. Si el sistema está inicialmente en esa situación, su mantenimiento exige, desde luego, que los salarios reales acompañen al aumento de la productividad.

Las rutas alternativas al crecimiento del salario real. Hemos visto que si el salario se estanca, la crisis por insuficiencia de demanda efectiva es su consecuencia directa. La producción del S II no encuentra salida, aparece la capacidad ociosa y el paro; las nuevas inversiones se detienen.

En tales condiciones existen sólo dos rutas alternativas capaces de obviar la crisis y/o de reconstituir el equilibrio: *a)* el incremento del consumo de los capitalistas en forma más que proporcional al aumento de la productividad; *b)* la exportación de mercancías.

La primera es un mecanismo "poco capitalista" en tanto contradice la necesidad de ahorro, acumulación y reproducción de la ganancia que es condición de sobrevivencia del capitalista. No obstante, a veces ha sido la solución y en muchas ocasiones el capitalismo autocentrado adoptó modos indirectos de disipación del excedente: gastos publicitarios, comercialización, expansión del gasto militar, etc.

La segunda es la que más nos interesa en este trabajo: la conquista de mercados externos. Es hoy bastante aceptada la idea de que Inglaterra compensó el bajo nivel de salarios internos durante el siglo XIX a través de la ampliación de las salidas externas. Ello le permitió realizar la reproducción equilibrada del sistema, conservando niveles salariales menores a los que hubiera elegido el desarrollo sin comercio externo. Y ello fue así tanto en el caso de la exportación de mercancías del S II como en lo que se refiere a la exportación de medios de producción, cuya valorización se efectuaba en el exterior (exportación de capitales).

De las condiciones de equilibrio dinámico se deduce con facilidad cuál ha sido el motivo de la avidez que manifestaron los capitalismos originarios por ampliar sus mercados. Pero si bien explica el *móvil*, ciertamente no da cuenta del problema de la viabilidad de esa expansión.

En efecto, lo dicho hasta aquí hace referencia exclusivamente a la potencialidad del proceso de acumulación, pero no explica cuáles son *las razones por las que el capital acumulado puede encontrar una aplicación productiva.* ¿Qué es lo que impulsó el crecimiento de la producción y la productividad de la manufactura? Todo parecería indicar que con la revolución de la productividad y el abaratamiento de las manufacturas, la industrialización capitalista abrió la ruta de una expansión sostenida de sus mercados. Pero, también es evidente que ello presupone cierto umbral mínimo de tamaño de planta lo que, a su

UNMSM-CEDOC

vez, exige dimensiones adecuadas de la demanda. Cuando crece el tamaño del mercado se puede esperar un aumento de las posibilidades de extender e intensificar la división y la especialización del trabajo. Por otro lado, en la medida en que una más intensa y extensa división del trabajo estimula el crecimiento de la productividad, aumenta la producción y acentúa las interrelaciones en el sistema productivo, es claro que la presencia de *rendimientos crecientes* sería concomitante al crecimiento del capitalismo autocentrado.[14]

De acuerdo con las ideas expuestas, y en disidencia con las creencias neoclásicas más tradicionales, puede asumirse que el *aumento de la productividad* no se determina en forma exógena, sino que depende del crecimiento de la producción manufacturera y éste —he aquí lo más importante— del incremento de la demanda o, más exactamente, de la expansión del mercado. Lo mismo ocurre con el crecimiento del empleo. Existe pues, *una relación de directa dependencia entre los aumentos de la productividad y del empleo, por un lado, y el crecimiento de la producción y el mercado por el otro.*[15]

El móvil de la expansión capitalista del siglo XIX. Si se acepta la interpretación anterior según la cual la expansión del mercado es el motor del crecimiento de la producción y la productividad industrial, reaparece entonces la importancia que tiene el salario real (y el nivel de ingreso popular) en el desarrollo de tales fenómenos. El crecimiento del producto manufacturero se asienta en el mercado interno y se complementa con el mercado de exportación. Para economías cuya dinámica central se basó en la expansión de la demanda interna, es evidente que la demanda de consumo masivo alimentada por la corriente de salarios y de otros ingresos por trabajo (independientes, campesinos, etc.), se constituyó en el motor de la expansión industrial.

Se desprende de lo dicho que, salvo cuando una parte sustantiva del producto es colocada en el exterior (caso de la expansión de la manufactura inglesa), el crecimiento del producto depende del aumento gradual (y proporcionado al incremento de la productividad) del ingreso real de los trabajadores (EE.UU.). Un muy bajo nivel de salario bloquea la acumulación, la expansión del empleo y el producto y limita las posibilidades de introducir innovaciones revolucionarias de la productividad (mercado estrecho y altamente diversificado).

14. Sobre este punto ver el trabajo de Félix Jiménez, "La expansión del sector manufacturero como generador de crecimiento económico y el papel del sector externo", en *Socialismo y Participación* Nº 18. 1982.

15. Véase: (a) P.J. Verdoorn, "Fattori che regolano lo sviluppo della produttivitá del Lavoro", *L'industria,* 1949; (b) R.E. Rowthorn, "What remains of Kaldor's law?"; *The Economic Journal,* marzo 1975; (c) N. Kaldor, "Economic growth and the Verdoorn law: A comment on Mr. Rowthorn's article", *The Economic Journal.* Diciembre, 1975.

UNMSM-CEDOC

Se puede sostener, consiguientemente, que *la condición de factibilidad del crecimiento sostenido y a largo plazo de la productividad del trabajo es la ampliación de los mercados y el acceso a tecnologías que exigen mayores escalas de producción.* Si se trata del mercado interno, ello se traduce en la necesidad del aumento del consumo masivo de bienes-salario y, por tanto, la condición de crecimiento de la productividad se asocia con la de un aumento sostenido y a largo plazo del salario real y del empleo. Por su parte, el crecimiento del salario real se sustentó en el *aumento de la productividad* de la fuerza laboral y en una evolución suficientemente favorable para la clase trabajadora de la *relación de poder* con los propietarios del capital.

Obsérvese que las proposiciones anteriores encierran, en alguna medida, un esquema de causalidad circular. El aumento del salario presupone el crecimiento de la productividad pero, a su vez, el desarrollo de ésta *exige* el alza del primero.[16]

Como dice Michael Aglietta, la solución de esa *cuadratura del círculo* se encuentra en el desarrollo de los sectores medios, cuadros técnicos y profesionales, comerciantes, etc. que amplían la demanda de algunos productos superiores, sirviendo de instrumento para el pasaje de muchos bienes propios del consumo capitalista a bienes de consumo popular. Así se genera una demanda social creciente de bienes de consumo que previamente se consideraban de lujo. La generalización de tales transformaciones al conjunto del S II es ciertamente gradual y depende de la magnitud que revista el grupo inductor del proceso. Cuanto mayor dispersión salarial exista y más concurrido se encuentre el segmento de población intermedia (gerencias, tecnocracia, cuadros profesionales, comercio, etc.), más rápidamente la ampliación del consumo de aquellas mercancías permitirá su producción en masa.

En resumen: *un crecimiento sostenido y simultáneo de la producción, la productividad y el empleo es la característica peculiar del proceso de industrialización, pero su evolución balanceada y sin bloqueo exige que, a lo largo del mismo, el aumento del salario real guarde proporción con el incremento de la productividad del sistema, puesto que la velocidad del proceso depende del ritmo de expansión del mercado y, por tanto, del crecimiento del ingreso que financia el gasto de consumo masivo.*

16. "Los medios materiales de consumo producidos sobre una base capitalista son mercancías cuya producción se realiza en serie, y están destinadas a ser adquiridas con las rentas individuales. Su incorporación a la norma de consumo obrero significa también su contribución a la formación del salario. Esas mercancías sólo pueden formar parte de la norma de consumo si su valor de cambio unitario es decreciente y suficientemente reducido. Para ello, es necesario que las condiciones de producción de esas mercancías sean las de un proceso de trabajo común de producción en serie. Pero, para ello, es a su vez necesario que la demanda social sobre esas ramas sea suficientemente importante y creciente". Michael Aglietta, *Regulación y crisis del capitalismo.* Siglo XXI, 1979, pp. 62-63.

UNMSM-CEDOC

Pero, lo dicho hasta aquí sólo tiene valor en el marco de un sistema cerrado. *La colocación de los bienes de consumo final en el mercado mundial disminuyó notablemente dicha restricción en el caso del crecimiento industrial inglés al desvincular, en gran medida, el nivel de salario de su fuerza de trabajo de la dimensión del mercado final.* El peso decisivo que llegó a tener la exportación de manufacturas en la composición de la demanda agregada, le permitió una fuerte expansión de su producción, el aumento de las escalas y el incremento de la productividad, a pesar de mantener bastante bajo el salario real de sus obreros industriales y sin compensar esa brecha con el incremento del consumo personal de sus ganancias. Salarios bajos, escaso consumo personal de las ganancias y una ruta externa que garantizaba la realización del producto, constituyeron una excelente combinación para maximizar la tasa de acumulación durante el período de expansión mercantil inglesa.

Se comprende entonces la avidez por obtener mercados externos que caracterizó en el siglo XIX al capitalismo europeo. En contraste, obsérvese que, en la misma época, el desarrollo capitalista en EE.UU., se asentó en un nivel alto y creciente de salarios y en la expansión de su mercado interno.

LA CONFORMACION DEL MODELO OLIGARQUICO

La nueva articulación centro/periferia

El estudio efectuado sobre la lógica de la acumulación autocentrada es suficiente para dar cuenta del móvil que impulsó al capitalismo central en su búsqueda de nuevos mercados. Salarios relativamente bajos, un consumo rentístico limitado, altas tasas de acumulación y un buen ritmo de progreso técnico, generaron la adicción de las potencias capitalistas europeas por la conquista de mayores espacios mercantiles.

Resta ahora explicar cuáles fueron las condiciones del intercambio entre el centro en expansión y el modelo colonial. Aquí se tratará de mostrar que éstas se establecieron a partir del crecimiento revolucionario y desigual de las productividades en el sistema capitalista. Ello definió el tipo de articulación comercial y la clase de especialización adoptada por la periferia.

Durante los siglos XVIII y XIX se produce en el S II (bienes de consumo) un aumento considerablemente más rápido de la productividad física del trabajo que la que venía experimentando el S I. *La diferencia entre las tasas de innovación técnica determinó el distanciamiento de las productividades medias de uno y otro sector.*

UNMSM-CEDOC

Hay suficiente evidencia empírica para afirmar que *el progreso técnico se difundió en "cascada" desde las áreas que producían bienes finales —en las cuales la dimensión de los mercados posibilitó la introducción de nuevos procedimientos técnicos— hacia la producción intermedia y las fábricas de bienes de capital.* En las primeras, el cambio técnico conllevó el uso de más trabajo indirecto —aumento del equipamiento por hombre— y el incremento consecuente de la productividad. El avance en "cascada" hacia el sector productor de medios de producción consolidó las nuevas técnicas empleadas en la producción final y, asimismo, amplió el mercado intermedio habilitando escalas de producción mayores para la producción intermedia y de bienes de capital. *Tales factores, y especialmente la difusión de las ventajas de escala, exigieron tiempos que determinaron condiciones de desarrollo desigual al interior del sistema capitalista en expansión.* Naturalmente, las desigualdades en el crecimiento de la productividad física entre las distintas ramas se expresó en la evolución, o mejor, en la *revolución permanente de las tasas de cambio internas.* Es decir, en periódicas modificaciones del sistema de precios relativos. *Abaratamiento de mercancías finales, encarecimiento relativo del equipamiento y de gran cantidad de insumos y materias primas.*

Por consiguiente, todo parece indicar que el desarrollo desigual de las productividades sectoriales fue la regla imperante en la producción capitalista europea durante el período de transición y durante la fase de crecimiento extensivo. Y es precisamente en esa etapa cuando la articulación comercial del capitalismo central con la periferia no capitalista cobra significancia transformadora. Nos referimos a la expansión de la colocación de mercancías finales cuya magnitud ya fue comentada anteriormente.

En resumen, las tendencias prevalecientes a nivel de la acumulación autocentrada durante el período de la articulación comercial con la periferia precapitalista pueden expresarse a través de los siguientes aspectos:

a. Al promediar la fase de desarrollo extensivo, la estructura técnica de la producción capitalista (vinculada a las condiciones de factibilidad determinadas por las escalas de producción) presentaba un alto grado de heterogeneidad en las tasas de crecimiento de la productividad del trabajo vigente en los diferentes sectores, ramas y actividades productivas.

b. En general, se había experimentado un avance acelerado de la productividad en el sector de producción de bienes de consumo, en tanto que en el S I el progreso técnico había sido más lento y tardío.

UNMSM-CEDOC

c. Asimismo, al interior del S I, las actividades de extracción, recolección y manufactura primaria de la mayoría de las materias primas, minerales y orgánicas, constituyeron los segmentos más atrasados del abanico de productividades.

d. A su vez, con salarios reales relativamente bajos, la expansión de la estructura autocentrada dependía de la colocación de una parte de la producción de su S II en el mercado mundial.

La combinación de este conjunto de factores se tradujo —durante el siglo XIX— en dos tendencias muy claras del capitalismo autocentrado inglés: *a)* la búsqueda de mercados externos a fin de superar los límites impuestos a la realización del producto del S II por el nivel salarial insuficiente con que operaba el sistema; y *b)* la obtención de insumos y materias brutas baratas para abastecer al S I.

La definición de sus intereses en el marco de una división internacional del trabajo que fuera funcional a los mismos se asoció así con el cumplimiento de un doble requisito. *Frente al desarrollo desigual de las productividades sectoriales, proveerse de materias primas baratas en la periferia no-capitalista. Frente a la restricción del circuito T-D-M de realización de la producción del S II, abrir los mercados del entorno no-capitalista.*

Desde tal perspectiva, no es difícil comprender cuáles fueron las condiciones técnicas y económicas que tornaron factible el intercambio creciente entre el centro capitalista y la periferia no-capitalista. La evolución desigual de las productividades intersectoriales que acompañó el desarrollo de la acumulación capitalista durante el siglo XVIII y la mayor parte del siglo XIX, determinó que la estructura del costo de los bienes finales (S II) se caracterizara por una baja participación de la mano de obra, en tanto que el monto de los salarios representaba una parte sustancial del costo de los productos del S I. Predominaban aún en esta área, y especialmente en las actividades primarias, los patrones tecnológicos intensivos en mano de obra.

Las ventajas comparativas de la producción servil-mercantil

Es evidente que ello otorgó *"ventajas comparativas" a la producción servil-mercantil de la colonia* sólo en aquellas ramas del S I donde se pudiera emplear abundante mano de obra de baja o nula calificación y en que se dispusiera de recursos naturales suficientes para operar en condiciones extensivas de explotación (guano, algodón, lanas, azúcar, minerales, etc.).

De este modo, en el sistema productivo del modelo colonial se tiende a abandonar la producción artesanal o servil de manufacturas y a

UNMSM-CEDOC

especializarse en la producción de insumos, materias brutas agrarias, pecuarias y mineras que le permitieron obtener, vía el comercio externo, una masa superior de productos de consumo final que aquella que se venía obteniendo dentro del espacio colonial con un equivalente de factores productivos.

Por lo tanto el centro, en virtud del desarrollo desigual de su propia estructura de productividades, al abaratar rápidamente los costos de la producción final, condicionó la naturaleza del intercambio inicial e impuso la especialización de la periferia en aquellas ramas en que, precisamente, su propio desarrollo había demostrado menor avance técnico: las ramas extractivas y primarias del S I.

Lo que resulta más importante destacar es que, en esa etapa del desarrollo técnico, *la especialización sectorial se convirtió también en especialización de la forma de producción.* ¿Qué mejor y más adecuado sistema *que la forma servil-mercantil o la explotación esclavista* para responder a los requisitos planteados en materia de mano de obra o en lo tocante al carácter extensivo de la técnica?

Obsérvese que la doble especialización que se acaba de señalar —a cambio de ventajas comparativas y del incremento consecuente de la tasa de acumulación— *comprometió el perfil de la estructura productiva casi por un siglo e indujo un reforzamiento regresivo del modo de producción servil-mercantil* (reorientado desde entonces al mercado mundial).

A diferencia de la dependencia tributaria hacia España, esta nueva forma de articulación conllevó desde su inicio múltiples combinaciones de procesos de producción (o de sus eslabones) entre ambos sistemas, forjando en la periferia una matriz productiva dependiente que habría de signar su futuro desarrollo.

Bajo la nueva dependencia, fruto del "descentramiento" de la organización económica colonial, el *producto consumido en la periferia* contendría, desde entonces, fuerza de trabajo con costos de reproducción diferentes y en su elaboración participarían procedimientos técnicos y formas de organización del trabajo que fueron desde el esclavismo hasta la producción capitalista más avanzada de la época. La relación tributaria de la vieja dependencia fue así reemplazada por la fusión de gran parte de las estructuras productivas y la combinación desigual de técnicas y costos de reproducción de la fuerza de trabajo de las colonias con la nueva metrópoli capitalista.

La especialización de la periferia

Como quiera que esta reorganización se efectuó en base a la expansión de las actividades no-capitalistas capaces de producir los bienes

UNMSM-CEDOC

demandados por el centro capitalista en desmedro de la producción dirigida a la satisfacción de la demanda local, el proceso originó un "efecto de descentramiento" de la economía atrasada, con la consecuente modificación de la asignación de los factores productivos al interior de la economía colonial.

En efecto, desde el momento en que se produce el encuentro histórico de las formas "antiguas" de producción vigentes en la colonia con el auge capitalista de la Europa Occidental, se abre una nueva perspectiva de acumulación para la clase dominante de la sociedad local. Hasta entonces su modo de vida se aproximaba al de una reproducción simple basada en la apropiación de una fracción más o menos estable del producto que era destinada, fundamentalmente, a la satisfacción del consumo rentístico, al gasto de demostración de status y a la conservación de los instrumentos sociopolíticos de dominación no-capitalista. El artesanado nativo y algunas "empresas manufactureras" locales de carácter servil o esclavista proveían, en lo sustancial, los bienes y servicios requeridos para la satisfacción de tal clase de consumo.

La producción para el mercado mundial implicó un cambio radical en el modo de vida de la clase dirigente puesto que, con ella, se abría una ruta de acumulación del excedente y de sus formas de absorción totalmente desconocida hasta entonces. Poco a poco, una fracción creciente del producto generado bajo relaciones serviles o esclavas de organización del trabajo, se dirigió a la exportación. Desde entonces, los latifundistas y comerciantes locales se beneficiaron no sólo con el excedente generado durante el proceso productivo no-capitalista, sino también con la apropiación de gran parte *del fruto del excedente acrecentado a través del intercambio internacional.* Por su parte, el consumo personal de estos sectores tendió a ser satisfecho cada vez en mayor medida por la importación de mercancías del centro, más baratas y/o más perfeccionadas técnicamente que aquellas que ofertaba la manufactura local. De tal manera, la articulación comercial condujo a un cambio profundo de la composición del producto del sistema colonial —especialización para la exportación— que comprendió la expansión de las actividades de explotación primaria y la ruina de la manufactura servil o esclava local así como de la artesanía tradicional.

Pero, a su vez, *el producto de las unidades servil-mercantiles realizado en el mercado mundial en formación, dejó en manos de la clase dominante un excedente monetario* que, en gran parte, se acumuló bajo la forma de capital-dinero, abriéndose simultáneamente la posibilidad de su reinversión en el área de la producción para la exportación. Ello revolucionó la forma de vida tradicional de las colonias, dando origen a la creciente reinversión del excedente no capitalista —mone-

UNMSM-CEDOC

tizado— en las nuevas actividades de exportación. Comerciantes y hacendados latifundistas encontraron desde ese momento que las actividades de exportación constituyeron la principal fuente de enriquecimiento. El régimen de *reproducción simple,* que caracterizaba hasta ese entonces el funcionamiento del modelo colonial en situación de aislamiento relativo, se transformó en un régimen de reproducción ampliada como resultado de su articulación con el mercado capitalista europeo. Pero, este cambio de régimen no fue la consecuencia de un incremento generalizado de la productividad física del trabajo sino del efecto de concentración del excedente propiciado por el reordenamiento de las fuerzas productivas —ruina del artesanado y nacimiento del denominado desempleo estructural— que acompañó a la especialización de la estructura productiva tradicional.

La inversión de expansión no-capitalista orientada al mercado mundial

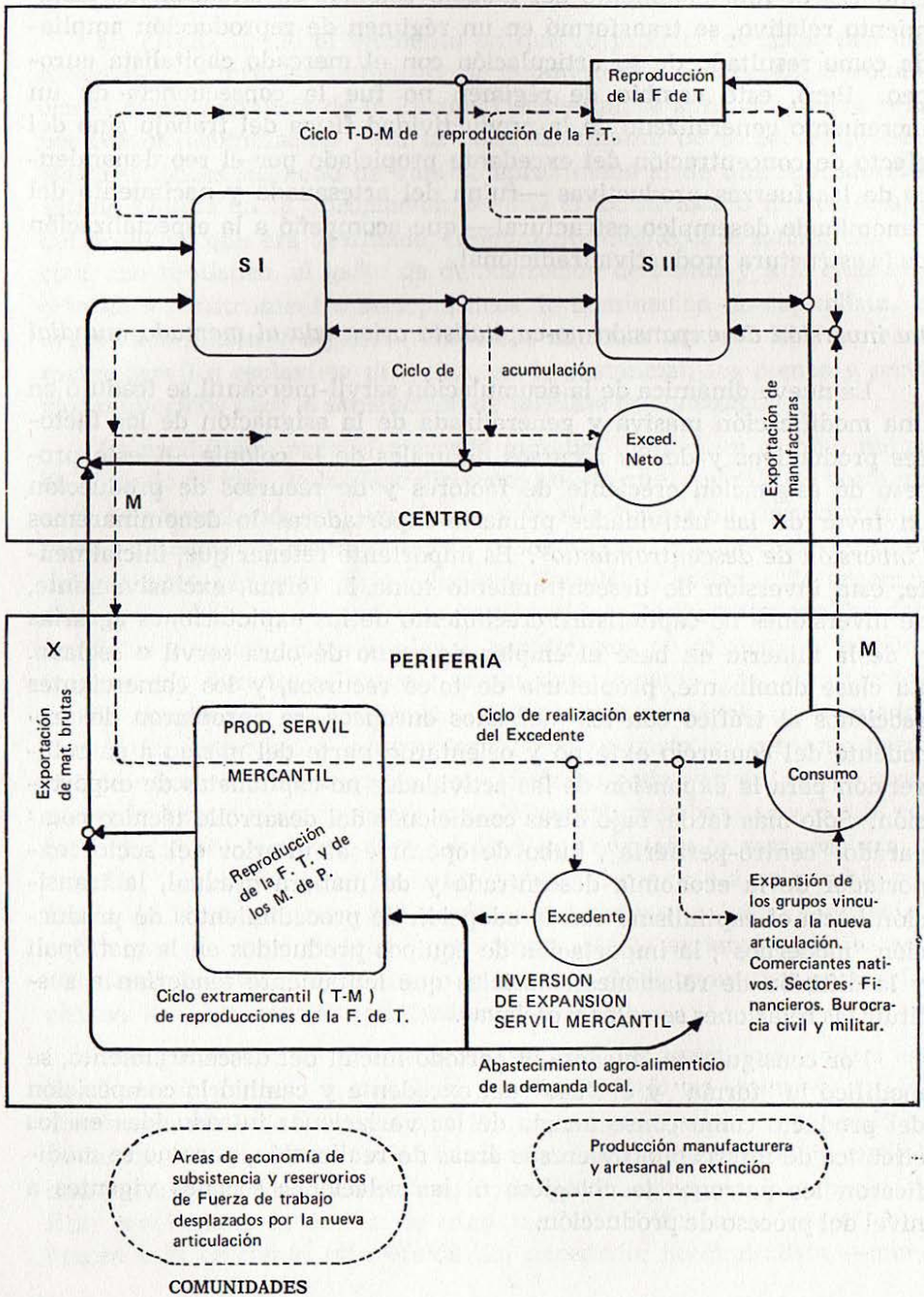
La nueva dinámica de la acumulación servil-mercantil se tradujo en una modificación masiva y generalizada de la asignación de los factores productivos y de los recursos naturales de la colonia. A este proceso de asignación creciente de factores y de recursos de producción en favor de las actividades primario-exportadoras lo denominaremos *"inversión de descentramiento".* Es importante retener que, inicialmente, esta inversión de descentramiento toma la forma, exclusivamente, de inversiones no-capitalistas: crecimiento de las explotaciones agrarias y de la minería en base al empleo de mano de obra servil o esclava. La clase dominante, propietaria de tales recursos, y los comerciantes asociados al tráfico con los mercados europeos, se apropiaron del excedente del comercio externo y orientaron parte del mismo a su reinversión para la expansión de las actividades no-capitalistas de exportación. Sólo más tarde, bajo otras condiciones del desarrollo técnico comparado "centro-periferia", hubo de operarse al interior del sector exportador de la economía descentrada y de manera gradual, la transición hacia el capitalismo con la adopción de procedimientos de producción "modernos", la importación de equipos producidos en la metrópoli y la difusión de relaciones salariales que lentamente tenderían a sustituir las relaciones serviles y esclavas.

Por consiguiente, durante el período inicial del descentramiento, se modificó la "forma" y el "uso" del excedente y cambió la composición del producto como consecuencia de las variaciones introducidas en los circuitos de intercambio y en sus áreas de realización, pero no se modificaron los patrones tecnológicos ni las relaciones sociales vigentes a nivel del proceso de producción.

UNMSM-CEDOC

FIGURA 5

La génesis del modelo oligárquico
Articulación entre el capitalismo autocentrado en expansión y la producción no-capitalista local



UNMSM-CEDOC

El esquema centro-periferia

Desde luego, este reordenamiento generalizado de la economía tradicional condujo a la desaparición del mercado que aseguraba en la colonia la salida de la producción artesanal y de la manufactura incipiente. (Ver el Diagrama de la Articulación Centro-Periferia de la figura 5).

Dentro de este nuevo esquema "descentrado" de la economía local se destacan varias e importantes características. Algunas, por su influencia en el curso de la acumulación central; otras porque, con el tiempo, se habrían de constituir en las factores básicos de la estructura subdesarrollada de la economía local. Veamos las más notables.

La superación de la restricción T-D-M en el proceso de acumulación del capitalismo central. En el diagrama anterior puede observarse que la penetración de mercancía del centro en el espacio colonial (flujo de salida del sector II del centro) se convirtió en el mecanismo de superación del ciclo T-D-M compensando la estrechez de ese canal de realización de los bienes de consumo masivo dentro del sistema capitalista (ocasionado por el retraso del aumento de los salarios reales). Ello tuvo consecuencias significativas en el balance interno de la producción autocentrada, al permitir que la misma pudiera operar con salarios más bajos que el valor de equilibrio correspondiente al pleno uso de su capacidad productiva. Así, el mercado periférico se convirtió en motor de la expansión mercantil inglesa (salida del S II), sustituyendo en ese rol al salario y, en general, al ingreso de los trabajadores del centro.

La especialización de la economía colonial. La realización de la producción del S II en la periferia fue posible en la medida en que ésta tendió a abandonar la producción manufacturera y especializarse en la exportación de materias primas, cerrando el ciclo de intercambio con el centro a través de su *aporte a la corriente de inputs del S I metropolitano.*

El balance de los movimientos de intercambio. La conservación del equilibrio dinámico durante el proceso de descentramiento exigió que los avances en uno y otro proceso —penetración de manufacturas del S II central en el espacio colonial e inversión de expansión de la producción servil-mercantil local— guardaran debida proporcionalidad. La ruptura de la correspondencia entre ambos movimientos habría supuesto la parálisis del proceso de descentramiento o bien el financiamiento externo de aquél.

Hacia 1840, uno de los dos movimientos de descentramiento —el de penetración de la manufactura del S II central y destrucción de la manufactura local— había concluido en la mayor parte de América

UNMSM-CEDOC

Latina. Pero, su complemento indispensable para el montaje estable de una matriz descentrada (la especialización de la producción en actividades primario-exportadoras) recién comenzaba a tomar suficiente vigor. Hasta entonces, el descentramiento había sido frenado por el retraso de la inversión de expansión de la producción precapitalista para el mercado mundial. Ello, que es especialmente cierto para el caso peruano, fue paliado, en parte, con el "financiamiento" que Inglaterra otorgó a las nuevas economías latinoamericanas. El equilibrio de la nueva estructura descentrada no sería logrado sino cuando el ritmo de crecimiento de la inversión de expansión precapitalista alcanzara significación suficiente para compensar la importancia de la apertura de la economía colonial a las manufacturas importadas del centro.

La apropiación del excedente del comercio externo por parte de los propietarios no-capitalistas locales y la regresión distributiva en la periferia. La reconversión de la economía colonial fue acompañada de un cambio significativo de la distribución del ingreso imperante en la misma. La creciente valorización de la producción de materias primas operada en virtud de su mayor cotización en el mercado externo, determinó una fuerte tendencia a la concentración del ingreso en favor de los propietarios terratenientes que dominaban en ese sector de la economía local. Es precisamente este fenómeno de concentración del ingreso el que permitió el desarrollo de la inversión de expansión no-capitalista de exportación, cuando la misma fue suficientemente alentada por el crecimiento de la demanda de materias primas por el S I de los centros.

Adicionalmente, la producción no-capitalista para la exportación se expandió a través de medios extraeconómicos, tales como el despojo de tierras a las comunidades, la conquista de nuevo territorio y la apropiación "ilícita" de capital-dinero en poder de los nuevos estados. Esa expansión fue acompañada en toda América por métodos compulsivos de concentración de los recursos, que en alguna oportunidad se pretendió reconocer como un proceso de acumulación originaria del "capital nacional" pero que, teniendo en cuenta su destino (la inversión de expansión de las unidades no-capitalistas dedicadas a la producción de exportación), poco o nada tiene en común con los fenómenos que bajo aquel nombre posibilitaron en Europa el despegue de las nuevas formas capitalistas.

La liquidación de la producción manufacturera local. La nueva articulación implicó, desde su inicio, una fuerte acción de disolución de aquella parte del contexto no-capitalista que resultaba disfuncional al intercambio externo. Mientras se consolidaba y ampliaba la producción servil-mercantil orientada al mercado mundial (guano, salitre, algodón,

UNMSM-CEDOC

minerales, etc.), otro segmento muy importante de la antigua economía no-capitalista era marginado del sistema (los obrajes, obrajillos, el artesanado y, en general, la manufactura tradicional).

La incorporación de factores productivos a la producción servil de exportación. Como hemos visto, el mecanismo principal empleado por el hacendado para incrementar la producción servil-mercantil de exportación fue incorporar nuevos factores productivos vía la expropiación extra-mercantil de tierras y hombres. Explicamos también que éste era el modo de lograr maximizar el producto físico "mercantilizable" sin recurrir al incremento de la tasa de explotación del trabajo al interior de la hacienda, evitando así el aumento de las tensiones y de los conflictos entre el campesinado servilizado y el terrateniente. De esta manera, el aumento del excedente apropiado por el hacendado no dependió principalmente de una disminución del costo de reproducción de la fuerza de trabajo empleada, sino del incremento del área de la hacienda y de la masa de trabajo comprometida.[17] Proceso este que da cuenta de la avidez de los hacendados por el recurso tierra y de la intensa relación conflictiva entre haciendas y comunidades campesinas. El conflicto interno entre los trabajadores de la hacienda, interesados en mantener constante o aumentar el valor de reproducción de la fuerza de trabajo, y el esfuerzo del hacendado por incrementar la tasa de explotación, se metamorfoseó en el conflicto hacienda-comunidades.[18]

En tal contexto, la posibilidad de que se tornasen rentables los procedimientos técnicos en el uso de capital (procedimientos caracterizados por su mayor productividad y su propensión al empleo de trabajo asalariado) quedó subordinada, durante largo tiempo, a la subsistencia de las formas serviles y a la viabilidad y persistencia del proceso de expansión de la hacienda a través de los mecanismos descritos anteriormente. Mientras éstos no variaron significativamente, el cambio técnico no halló justificación económica. De hecho, los latifundios —especialmente de la sierra— basaron su rentabilidad en el uso extensivo de recursos naturales y en el empleo de mano de obra servil o semi-servil con un exiguo costo de reproducción de la fuerza de trabajo. El gamonal no emprendió la ruta de la innovación tecnológica pues en tanto pudo conservar la organización precapitalista (extracción autoritaria no-mercantil del excedente) y mantener su poder subordinador en relación a las comunidades campesinas circundantes, la "anti-

17. Incremento de la masa absoluta del sobreproducto sin variaciones del monto de trabajo necesario por familia.

18. Marcelo Carmagnani describe un modelo operacional sencillo del sistema productivo formado por la combinación de la unidad servil directa o explotación principal y la unidad servilizada o indirecta (comunidades).

UNMSM-CEDOC

gua" estructura de los inputs productivos seguía siendo "rentable". El patrón tecnológico tradicional era racional en la medida en que el bajo nivel del costo de reproducción de la fuerza de trabajo guardaba correspondencia con el uso extensivo y poco eficiente del recurso natural en cuestión.[19]

La coexistencia subordinante hacienda-comunidad. La búsqueda incesante de nuevas tierras, que se profundizó a partir de la república, se constituyó también en condición de posibilidad del crecimiento de la hacienda y su desarrollo resultó funcionalmente interdependiente con el grado de participación de los gamonales en la estructuración del poder oligárquico a nivel nacional. El acceso al uso actual o potencial de la "violencia legítima" y a sus distintas modalidades de coacción indirecta —ideológica, institucional, administrativa, etc.— fue un factor indispensable dentro de la lógica de apropiación extramercantil de tierra y de fuerza de trabajo. Tal dinámica se relacionó estrechamente con la transición de la hacienda colonial a la republicana. El desarrollo del "colonato" y la constitución funcional de las comunidades campesinas en unidades de producción "feudalizadas" o de carácter servil indirecto (reservas de fuerza de trabajo y áreas donde, a la par de proceder a la explotación intensiva de la mano de obra, se sumaba la explotación intensiva de recursos pobres); *se asociaron, en un solo movimiento, con el descentramiento de la economía tradicional* ocurrido durante la segunda mitad del siglo XIX.

Desde luego, la coexistencia hacienda-comunidad y, en general, el patrón de organización rural que se fue imponiendo en el país, no se explica sino en el marco de una lógica social mayor: el carácter del estado oligárquico, que hizo posible la sobrevivencia de las reglas de juego propias de las unidades de tipo servil-mercantil. La historia de éstas, indispensable para comprender el tipo de relaciones técnicas y el comportamiento económico de las unidades agrarias tradicionales, se confunde con la historia política de las clases subordinadas del agro y de sus opresores; la historia del estado oligárquico y de las luchas campesinas.

La reducción del costo de reproducción de la fuerza de trabajo nativa y la concentración de la propiedad agraria. La descrita dinámica hacienda-comunidad produjo la consecuente compresión del nivel de vida —reducción del costo de reproducción— de la población nativa afectada y la constitución de áreas rurales pobres, en las cuales la soportabilidad agrícola limitada obligaba a que una parte de sus ocupantes trabajara por exiguas contraprestaciones en las haciendas veci-

19. Sobre este tema ver Flores Galindo y M. Burga, *Apogeo y crisis de la república aristocrática.* Lima, 1977, pág. 27.

UNMSM-CEDOC

nas, y que otra parte migrara hacia los polos del sector "moderno" naciente en búsqueda de fuentes alternativas de sustento. A partir de 1900, uno de los factores determinantes de la migración campesina fue la concentración cada vez mayor de la tenencia de la tierra en las zonas rurales. De esta manera, se producen las denominadas "migraciones definitivas" y "migraciones estacionales". Los relativos bajos ingresos de estas nuevas poblaciones urbanas (migrantes campesinos) favorecían limitadamente la expansión de los mercados internos y obstaculizaron su incorporación efectiva.

De esta forma, la expansión de las explotaciones basadas en el uso extensivo de recursos naturales y en formas tradicionales de organización precapitalista del trabajo permitió, de un lado, la constitución de reservorios de mano de obra barata para satisfacer las necesidades de las haciendas y el desarrollo de los colonatos y, del otro, generó las condiciones suficientes para la depresión estructural del mercado de trabajo. El bajo costo de reproducción de la mano de obra, resultante del proceso descrito, fue un factor decisivo en el retraso de la adopción de técnicas capitalistas de producción, tanto en el sector extractivo orientado a la exportación, como en el área de la producción alimenticia, destinada a satisfacer el mercado local.

Las consecuencias internas del desarrollo de la producción servil-mercantil. Por la importancia que revistieron en la conformación global del modelo oligárquico conviene destacar algunas de las trascendentes consecuencias que se derivaron de la expansión de las unidades servil-mercantiles al amparo de su nueva articulación en el mercado mundial: *En primer lugar,* la tendencia *al autoabastecimiento por el lado de los insumos* y la ausencia del ciclo mercantil T-D-M implicó:

a. La inexistencia de una demanda mercantil de medios de producción e insumos sencillos que hubiera podido servir de base, a nivel microzonal, para el desarrollo de manufacturas locales, la promoción de pequeñas y medianas industrias, la gestación de un intercambio regional e interregional próspero, el crecimiento de empresas comerciales, la implementación de infraestructura vial, etc.

b. La sustracción de la población subordinada de la esfera del intercambio mercantil. La reproducción de la fuerza de trabajo dentro de la unidad productiva, a través de instituciones del tipo del colonato o en general por medio de la producción para el autoconsumo, operó en igual sentido que el bajo nivel de abastecimientos mercantiles de insumos: estancamiento microrregional y regional.

c. La compartimentación de las explotaciones rurales, incomunicadas entre sí, poco relacionadas con aldeas y pueblos de la localidad, limitó también el proceso de integración interno. Dentro del fundo no

UNMSM-CEDOC

hubo razones técnicas o económicas para mejorar las comunicaciones con las comunidades campesinas periféricas, los pueblos y las aldeas vecinas. Por lo contrario, existieron motivos, que atendían a la seguridad y la "disciplina" interna, para conservar un fuerte nivel de desarticulación entre los "asentamientos".

En segundo lugar, el uso extensivo de los recursos naturales determinó:

a. La disminución de la capacidad de empleo de mano de obra en torno al área de recursos naturales relativamente más ricos de la microregión o de la zona.

b. El estancamiento de la productividad de los recursos.

c. El relegamiento de la población campesina hacia la periferia menos rica. Ello impuso techos excesivamente bajos a la productividad agrícola familiar y la escasa soportabilidad de los mismos fue causa de la continua migración de los campesinos, que alimentó el excedente estructural de trabajo tanto en el medio rural andino como en las explotaciones de la costa.

En tercer lugar, la "satisfactoria" racionalidad económica de este tipo de explotaciones, basadas en sistemas extramercantiles de apropiación del excedente, enfrentó con éxito la alternativa de la modernización capitalista y la introducción de relaciones salariales en casi toda la región andina hasta pasada la primera mitad del siglo XX. Las consecuencias de tal clase de estabilidad de las formas no-capitalistas de producción fueron múltiples y afectaron no sólo la configuración del mundo rural en el cual se hallaban instaladas (espacio andino), sino de manera general al patrón de desarrollo rural y también, en gran medida, al estilo de desarrollo de la economía global. Su sobrevivencia se encuentra asociada con:

a. El retraso técnico y el estancamiento de la producción y de la productividad en la región de la sierra.

b La desarticulación productiva económica, vial, institucional-administrativa y la carencia de ejes de desarrollo microrregional dentro del espacio andino.

c. El subempleo, la carencia de tierras, las formas minifundistas de explotación y la baja productividad imperante en la región.

d. La migración masiva y, consecuentemente, la alimentación del excedente estructural de mano de obra con que opera la economía "moderna".

UNMSM-CEDOC

e. La presión a la baja del jornal del peón rural de las explotaciones de la costa.

EL CAPITALISMO DESCENTRADO DEL MODELO OLIGARQUICO

La inversión de transición capitalista en condiciones de descentramiento estructural

Como se ha dicho, la articulación del modelo colonial con el centro no fue acompañada por la propagación inmediata del modo de producción capitalista.

En el desarrollo del *descentramiento* de la matriz productiva tradicional vigente en la periferia, se pueden distinguir *dos momentos.* El primero, que se viene de estudiar, fue gobernado por la penetración de manufacturas capitalistas del centro y la *expansión de la producción no-capitalista local* dirigida al mercado mundial. Ese estadio del descentramiento se basó en el crecimiento de las *unidades productivas consumidoras de trabajo servil y esclavo* que concentraron aceleradamente los recursos productivos de la colonia y se articularon con los centros del norte capitalista orientando su producción a la satisfacción de la creciente demanda de insumos de la industria europea. El segundo momento del proceso de descentramiento consistió en la *lenta y parcial transición hacia el capitalismo dependiente* operada a través de dos vías: una, a partir de la *modernización del sector exportador,* en la medida en que los procedimientos técnicos capitalistas combinaban equipamiento importado de los centros con mano de obra barata de la periferia, se fueron tornando más rentables que la producción precapitalista servil o esclava; otra, a partir de la fabricación local —con procedimientos y equipos capitalistas— de los bienes finales importados.

De acuerdo a tales criterios es posible clasificar del siguiente modo los distintos tipos de inversión que dieron origen al modelo oligárquico:

<table>
<tr><td rowspan="2">Inversión de descentramiento</td><td colspan="3">Inversión de expansión precapitalista</td></tr>
<tr><td>Inversión de modernización del sector exportador</td><td rowspan="2">Inversión de transición al capitalismo dependiente</td></tr>
<tr><td>Inversión de recentramiento</td><td>Inversión de sustitución de importaciones { 1ª fase / 2ª fase }</td></tr>
</table>

UNMSM-CEDOC

Como se tratará de mostrar más adelante, la transición capitalista bajo condiciones de descentramiento reconoció una mecánica sustancialmente diferente a aquella bajo la cual se había operado la transición en la metrópoli autocentrada. La "racionalidad económica" de la transición dependiente —esto es: salto tecnológico determinado por la importación de las técnicas capitalistas del centro— quedó subordinada a las características del descentramiento inicial ocasionado por la articulación centro-periferia. Es en esta virtud que denominaremos a tal clase de inversiones con el nombre de *inversión de transición dependiente.*

Hemos visto que la expansión del centro, al contactar con el modelo colonial vigente en el país, originó —en un primer momento— *el reforzamiento y expansión de las formas antiguas no-capitalistas* y su especialización en la producción de materias brutas para alimentar el desarrollo del centro. Estas transformaciones, que en otras áreas del continente se iniciaron en la primera parte del siglo XIX, aquí tuvieron su punto de partida (con cierto retraso) hacia mediados del siglo pasado. Con la exportación de guano y salitre y más tarde de algodón y azúcar, se fueron consolidando las nuevas tendencias hasta alcanzar su maduración recién en las últimas décadas del siglo.

Es sobre esta estructura descentrada[20] de la producción local (básicamente formas no-capitalistas orientadas a la exportación) que germinaron, hacia fines del siglo XIX y principios del XX, los dos tipos de inversión de transición hacia formas capitalistas señaladas anteriormente:

a. La inversión de *modernización capitalista del sector exportador.*

b. La inversión de *sustitución* de las manufacturas importadas.

La aplicación de procedimientos capitalistas en las antiguas explotaciones servil-mercantiles se explica por el hecho de que el mejoramiento creciente del equipo producido en los centros terminó por hacer más rentable la aplicación de los mismos bajo formas capitalistas

20. Dice Fernando H. Cardoso: "La aproximación (al estudio de la dependencia) debe ser histórica y, en consecuencia, debe partir de la constitución de las formaciones sociales (el subdesarrollo se considera entonces como un proceso no sólo concomitante a la expansión del capitalismo mercantil y reformulado por el capitalismo industrial, sino también, engendrado por ellos), y debe subrayar igualmente la *especificidad* de las situaciones de dependencia con relación a las sociedades de los países de economía central (la formación social que subyace a las situaciones de dependencia, aunque sea el producto de la expansión del capitalismo, se distingue del modelo general, en la medida en que el 'colonialismo esclavista' — o cualquier otra forma de explotación colonial— se encuentra en la base de la articulación entre las sociedades dependientes y dominantes)". Fernando H. Cardoso, "Los EE.UU. y la teoría de la dependencia", en *América Latina: cincuenta años de industrialización.* Varios autores, 1978.

UNMSM-CEDOC

que seguir empleando las formas serviles tradicionales. Ello fue así incluso en las actividades de carácter primario-exportador y aun considerando el bajo costo de reproducción de la fuerza de trabajo imperante en la periferia. No obstante, este fenómeno fue gradual: sólo afectó algunas ramas extractivas (sobre todo cuando se fue agotando la disponibilidad de recursos para ampliar las explotaciones de carácter extensivo) y no alcanzó, en el Perú, más que a transformar parcialmente las antiguas relaciones de producción de carácter servil-mercantil.

En el proceso de ampliación del sector exportador (SX), es conveniente destacar que la inversión de modernización capitalista, a diferencia de la de expansión no-capitalista (servil-mercantil), fue asumida en gran medida por el capital extranjero. Las inversiones inglesas, primero, y más tarde norteamericanas en el sector minero y en menor escala en el área de las exportaciones agropecuarias, se constituyeron en el motor principal de la modernización capitalista del SX. El rol preeminente que adquirió la inversión directa extranjera en la nueva etapa, respecto a su escasa o nula participación en el período inicial de la articulación centro-periferia, se comprende fácilmente si se tiene en cuenta que la expansión servil-mercantil se basó, en gran medida, sobre la participación directa en el control político de la sociedad tradicional.

El carácter no-capitalista de aquella expansión inicial del SX influyó sobre la fuente de financiamiento, en los mecanismos extraeconómicos comprometidos en ese proceso y, consecuentemente, en la mayor o menor viabilidad de la participación del capital extranjero. Estos y otros múltiples aspectos vinculados todos ellos con el carácter no-capitalista del fenómeno —acceso a la propiedad de los recursos, relaciones políticas y familiares, alianzas con caudillos militares y funcionarios locales y, en algunos casos, la representación directa en la burocracia del nuevo estado— hicieron que, mayoritariamente, la inversión de expansión servil-mercantil fuera asumida ventajosamente por los propietarios locales. Es claro que al cambiar las reglas de rentabilidad y tornarse ventajoso el empleo de procedimientos, equipo y organización capitalista, hacia fines del siglo XIX y principio del XX, la inversión extranjera directa prosperara rápidamente.

Por su parte, en el caso de la inversión sustitutiva, su avance se explica por el hecho de que, a medida que crecía el mercado interno (abastecido inicialmente por las manufacturas del S II del centro), algunas ramas alcanzaban un nivel de demanda capaz de justificar la implantación de una industria capitalista en el país.

Ya se ha hecho notar antes que el mercado local de manufacturas importadas del S II del centro se financió en un principio —casi exclusivamente— con el gasto de consumo de las rentas de los sectores

UNMSM-CEDOC

terratenientes y de otros grupos asociados a la clase dominante: importadores e intermediarios locales, funcionarios, burocracia civil y militar, etc. El acceso gradual de nuevas capas medias de profesionales, empleocracia gerencial, comerciantes, etc., a este tipo de consumo impulsó, si bien bastante lentamente, el crecimiento del mercado interno. Hacia fines del siglo XIX, y principalmente en las primeras décadas del XX, surge la posibilidad de desarrollar industrias locales en aquellas ramas del S II en que el umbral de escala era más bajo y las tecnologías más sencillas (industria de la alimentación, bebidas, confecciones, etc.).

El avance de este primer esfuerzo sustitutivo quedó *regulado desde su inicio por la relación entre la dimensión que iba adquiriendo el mercado local y la escala mínima de producción asociada con las tecnologías disponibles en el centro.* Cuando la demanda de una manufactura importada (proveniente del S II central) superaba la escala mínima de las plantas ofertadas por el S I (del centro), comenzó a tornarse rentable la instalación de éstas en el país y abrió la posibilidad de la fabricación local de la manufactura de la rama correspondiente.

Siguiendo esta lógica, el Perú, como las demás economías periféricas de la región, fue dejando de proveerse de bienes de consumo del S II central y, en su lugar, se fue transformando en demandante de equipos, tecnología e insumos del S I del centro. Desde luego, este paso implicó la adopción no sólo de técnicas y procedimientos de fabricación modernos sino también la implantación de relaciones salariales y de la organización capitalista del trabajo. Nace así la clase obrera peruana. Se trataba del inicio del proceso sustitutivo de importaciones, una de las dos modalidades que adoptó la transición al capitalismo dependiente dentro del modelo oligárquico.

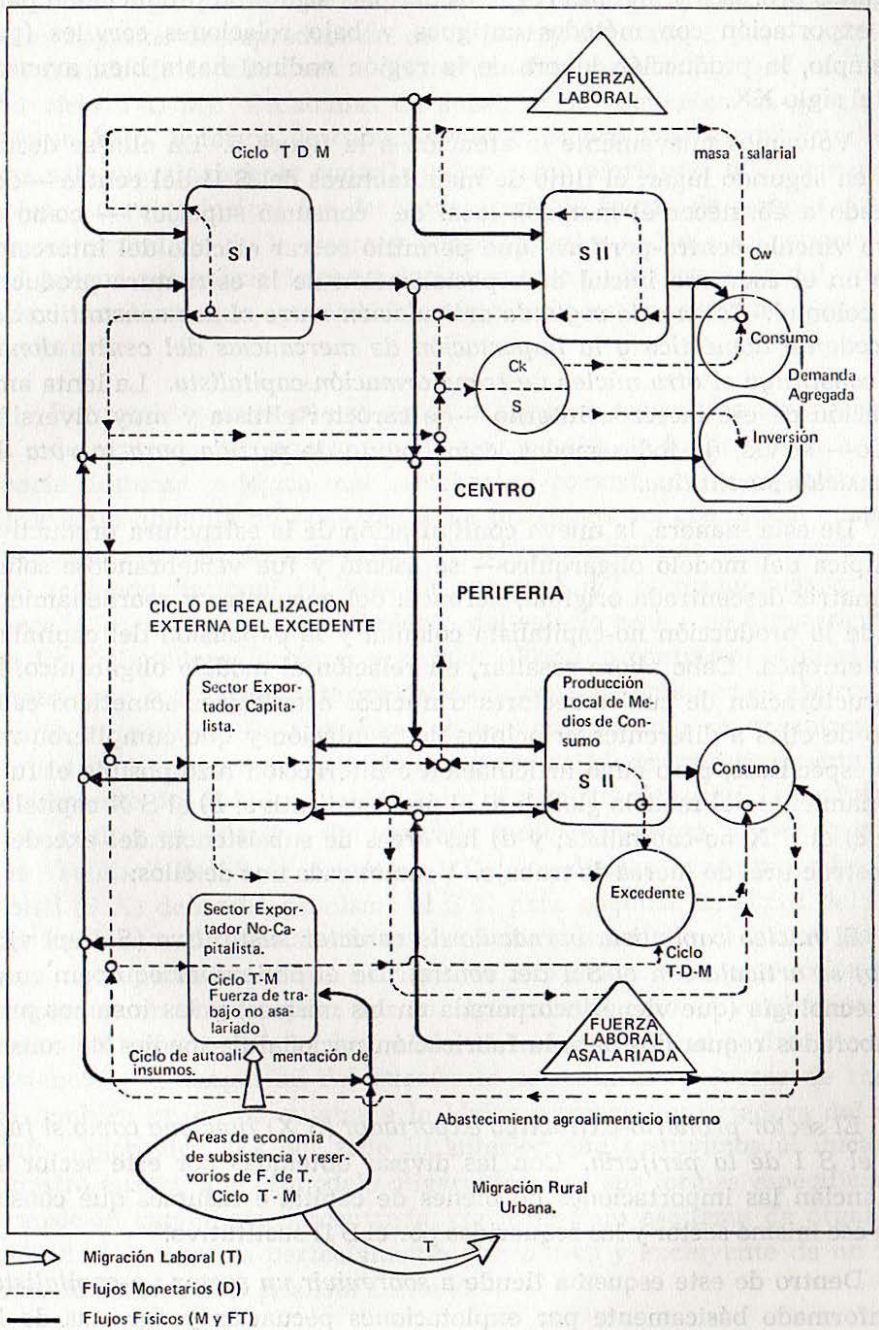
El esquema de reproducción descentrada

Del análisis efectuado de los dos tipos de inversión de transición —modernización del S X y sustitutiva— se desprende que el proceso de transición descentrada al capitalismo dependiente transcurrió vía la transformación de las dos articulaciones iniciales entre el centro capitalista en expansión y el modelo colonial. Esos procesos se pueden ubicar en la figura 6. Allí se representa el resultado del intercambio (y de la especialización) entre la producción servil-mercantil local y cada uno de los dos sectores de producción del capitalismo central. Ahora bien, es precisamente en el *flujo que unía a la producción primario-extractiva de exportación (unidades servil-mercantiles) con la corriente de inputs del sector I del centro donde se gestó gradualmente lo que hemos designado como inversión de modernización.* La producción servil de la costa peruana fue siendo reemplazada por las explotaciones más modernas en que se combinó la introducción de equi-

UNMSM-CEDOC

FIGURA 6

La estructura capitalista descentrada del modelo oligárquico



UNMSM-CEDOC

pamiento importado con el uso del salario. Se conformó así un sector exportador de carácter capitalista.

Ya se dijo que este tipo de modernización fue lento y desigual pues algunos procesos y algunas regiones del país siguieron produciendo para la exportación con métodos antiguos y bajo relaciones serviles (por ejemplo, la producción lanera de la región andina) hasta bien avanzado el siglo XX.

Volvamos nuevamente la atención a la figura 5. En ella se destaca, en segundo lugar, el flujo de manufacturas del S II del centro —dedicado a abastecer el mercado local de "consumo superior"— como el otro vínculo centro-periferia que permitió cerrar el ciclo del intercambio en el esquema inicial de especialización de la estructura productiva colonial. *Es en esta segunda articulación entre el uso consuntivo del excedente doméstico y la importación de mercancías del centro donde se constituye el otro núcleo de transformación capitalista.* La lenta ampliación de ese mercado interno —de carácter elitista y muy diversificado— sirvió, de todos modos, como *punto de partida para la ruta de transición sustitutiva.*

De esta manera, la nueva configuración de la estructura productiva —típica del modelo oligárquico— se asentó y fue vertebrándose sobre la matriz descentrada original, herencia del encuentro y reordenamiento de la producción no-capitalista colonial y la expansión del capitalismo europeo. Cabe ahora resaltar, en relación al modelo oligárquico, la estructuración de cuatro sectores o núcleos económicos sometidos cada uno de ellos a diferentes principios de regulación y que cumplieron roles específicos, pero cuya articulación e interacción hizo posible el funcionamiento del modelo global: *a)* el área sustitutiva; *b)* el S X capitalista; *c)* el S X no-capitalista; y *d)* las áreas de subsistencia del excedente estructural de fuerza de trabajo. Veamos cada uno de ellos:

a. El núcleo capitalista vernáculo de carácter sustitutivo (S II periférico) se articula con el S I del centro. De él obtiene el equipamiento, la tecnología (que viene incorporada en los mismos) y los insumos preelaborados requeridos para la fabricación nacional de medios de consumo.

b. El sector primario-extractivo exportador (S X) funciona como si fuera el S I de la periferia. Con las divisas obtenidas por este sector se financian las importaciones de bienes de capital e insumos que consume ese mismo sector y las requeridas por el S II sustitutivo.

c. Dentro de este esquema tiende a *sobrevivir un sector no-capitalista,* conformado básicamente por explotaciones pecuarias y agrarias de la

UNMSM-CEDOC

región andina, cuya producción complementa, en parte, a la del nuevo S X (y se realiza en el mercado mundial) y, en parte, se orienta hacia la satisfacción de la demanda alimentaria interna.

d. Areas significativas del mundo rural-andino siguieron funcionando como espacios de reproducción de la fuerza de trabajo, pero excluidas del mundo de la circulación de mercancías (circulación T-M en lugar del ciclo T-D-M). Economías de subsistencia asentadas en geografías pobres, bajo la forma de comunidades o de productores minifundistas que sólo marginalmente contribuyeron como ofertantes de bienes agrícolas. Su rol principal fue de proveedoras de fuerza de trabajo al sector no-capitalista de la sierra y contribuyentes al flujo migratorio rural-urbano que habría de pesar decisivamente en la formación del tipo de salario real con que operaron los otros sectores en curso de transición capitalista.

Reconocidas estas cuatro áreas o sectores específicos de la economía descentrada del modelo oligárquico, resulta de fundamental importancia destacar la lógica que vertebra su coexistencia y reproducción. Obsérvese que ella no responde a los principios del crecimiento capitalista autocentrado. El polo dirigente del crecimiento no es la ampliación del mercado nacional en base al aumento del consumo masivo sustentado, a su vez, en el crecimiento del salario real y de otros ingresos de los trabajadores urbanos y rurales. Todo lo contrario, el polo dirigente es la realización externa del excedente generado en el sector primario extractivo. Es alrededor de ese circuito que se organizan los otros tres sectores o áreas de la economía señalados anteriormente. Del crecimiento del S X (capitalista y no capitalista) dependió la conformación cuali y cuantitativa del mercado local de consumo y, por lo tanto, las "salidas" del S II doméstico. De las divisas proporcionadas por aquél (S X) dependió asimismo el S II para adquirir en el S I del centro los bienes de capital con que se iba conformando el acervo de capital de la industria local. El ritmo de expansión de la producción y el empleo se encontró sujeto, por consiguiente, al ciclo de realización externa del excedente. Se desprende de lo anterior que el área de subsistencia y la magnitud del excedente estructural de fuerza de trabajo también quedaron sujetas a la lógica primario/exportadora del modelo oligárquico. Es por todo lo anterior que sostuvimos al inicio de nuestro ensayo que el modelo oligárquico, con sus formas específicas de transición capitalista descentrada, constituyó un esquema de organización de la economía perfectamente alternativo y excluyente de un modelo de desarrollo capitalista nacional.

UNMSM-CEDOC

Principales características del modelo oligárquico

Podemos ahora resumir las características principales del modelo oligárquico:

a. La identificación de los polos de generación del excedente con las explotaciones primarias de uso extensivo de recursos naturales y de uso intensivo de mano de obra barata de carácter capitalista y no-capitalista orientadas a la colocación de su producción en el mercado mundial *(realización externa del excedente).*

b. La articulación de la economía nacional con las economías desarrolladas a través de dichas rutas de generación y realización del excedente: *el Perú como abastecedor de materias brutas y comprador de manufacturas, insumos y bienes de capital.*

c. La coexistencia perdurable de diferentes formas de producción dentro del perfil de acumulación primario-exportador: la calidad de la articulación y los niveles de subordinación inter-formas fueron presididos por la lógica del intercambio con el mercado mundial.

d. La fuerte estabilidad de las formas no-capitalistas (serviles, mercantil simple, comunitarias de autoconsumo, etc.) y de las relaciones de producción no-asalariadas complementarias o funcionales al patrón de organización tradicional: reproducción de la fuerza de trabajo dentro de las haciendas y formas comunitarias y minifundarias de subsistencia.

e. La gestación de un sector manufacturero nacional inserto en el patrón primario-exportador de carácter capitalista, pero sustentado —por una parte— en una articulación descentrada con los capitalismos desarrollados del norte (producción unilateral y exclusiva de bienes de consumo final y compra de insumos, maquinaria y tecnología extranjeros) y —por otra— en un mercado interno sumamente restringido y financiado por el gasto de consumo altamente diversificado de las capas de medianos y altos ingresos. Este sector "capitalista autóctono" se encontró constreñido en su expansión e integración interna por el patrón global de la economía. Su carácter originariamente descentrado —carencia de un sector doméstico de producción de equipamiento, insumos y tecnología— lo transformó en un aparato dependiente de las divisas obtenidas por el sector primario-exportador.

f. La constitución de un sistema de alianzas (y control oligárquico, pero compartido del poder del estado) entre los sectores terratenientes modernos (latifundios capitalistas de la costa peruana), inversores extranjeros, latifundistas no-capitalistas de la sierra y grupos importadores y financieros, cuya suerte e intereses se mancomunaban y estructuraban alrededor de la conservación de la organización económica tradi-

UNMSM-CEDOC

cional, del modo de acumulación e inserción internacional de la economía descrito anteriormente y del mantenimiento de los privilegios y beneficios políticos, institucionales, jurídicos y administrativos garantizados por el estado oligárquico.

Las principales diferencias entre el desarrollo capitalista autocentrado y el modelo oligárquico descentrado

Lo señalado hasta aquí permite una visión más clara de la insuficiencia de *potencia capitalística* que caracterizó al modelo oligárquico. Ello se confirma, creemos, con el análisis siguiente:

a. La estructura descentrada se caracterizó por el inicio del desarrollo capitalista en ausencia de un sector local de producción de equipamientos e insumos industriales. A diferencia de los centros del capitalismo originario (o autocentrados) en los que ambos sectores (I y II) se desarrollaron simultánea y sincronizadamente, en el capitalismo descentrado la industria liviana orientada a la producción de medios de consumo surgió en ausencia de un S I local y se articuló, directamente, con el de los centros capitalistas.

El descentramiento originario de la estructura industrial tiene dos consecuencias de fundamental importancia. En primer lugar, el país que proporciona la maquinaria define simultáneamente la clase de procedimientos técnicos que se pondrán en uso dentro del S II periférico. Esto quiere decir que la tecnología es determinada exógenamente. Con ello, dos decisiones económicas fundamentales escapan a la regulación nacional del proceso. De un lado, la intensidad de capital con que opera el S II: la relación capital-trabajo (K/L) es definida por los productores de equipos del S I metropolitano. De otro lado, la escala mínima de producción de las nuevas plantas es también definida externamente en función de la ampliación de los mercados del S I del centro.

Ya se ha visto que ambas determinaciones, la de la relación capital-hombre (K/L) y la del umbral de escala, guardan proporción, en los capitalismos autocentrados, con la *expansión del mercado interno y la disponibilidad relativa de factores,* respectivamente. El crecimiento de K/L (y, consecuentemente, de la productividad del trabajo VA/L) tiene que ver en los centros con el agotamiento del excedente de fuerza laboral pues la reproducción del capital exige que el progreso de la productividad permita liberar mano de obra para valorizar el nuevo capital en acumulación. El aumento de las escalas de producción, facilitado por la expansión de los mercados, estuvo a su vez fuertemente asociado con el acceso a tecnologías de mayor productividad.

Todos estos equilibrios a largo plazo se pierden cuando la determina-

UNMSM-CEDOC

ción de tales cuestiones es totalmente ajena a la evolución interna de la economía. Así, el empleo de tecnologías intensivas en capital, frente a la escasez de este factor y la abundancia de mano de obra (propia de las economías periféricas en curso de especialización primario-exportadora), condujo a la reproducción y ampliación del excedente estructural de fuerza de trabajo. Ello, por su parte, presionó a la baja sobre el salario real y limitó las posibilidades de expansión del consumo masivo vía el ciclo T-D-M. De otro lado, la determinación exógena de las escalas de producción se constituyó en una barrera muy importante para el proceso de integración de los perfiles industriales. Como se verá más adelante, es éste un factor decisivo en el fenómeno de hipotrofia a largo plazo del S I periférico.

Simultáneamente, en la estructura industrial descentrada y a diferencia de los centros, *la condición de balance intersectorial* no se establece entre el S I (inexistente) y el S II (sustitutivo) sino entre este último y el S X. Recuérdese que en la configuración autocentrada el valor agregado del sector I debe igualar dentro de cada período a la suma de los insumos, la inversión bruta del S II y la inversión neta del mismo sector I:

$$VA_{S\,I} = (i + d + I)_{S\,II} + I_{S\,I}$$

En la estructura descentrada "pura"[21] esta igualdad se sustituye por la condición de que el valor agregado del sector exportador (S X) debe igualar a la suma de los insumos, la inversión bruta demandada por el S II local y la inversión neta del S X:

$$VA_{S\,X} = (i + d + I)_{S\,II} + I_{S\,X}$$

No basta, por tanto, que el país periférico genere ahorro interno. Su capitalización exige que el S X permita convertir el mismo en las divisas suficientes para "capitalizar" a aquella fracción vía la adquisición de maquinaria e insumos del S I central. De tal manera, en la estructura descentrada *el comercio externo define el techo del proceso sustitutivo.*

b. La existencia de un mercado de bienes de consumo en el que el ciclo T-D-M de reproducción de la fuerza de trabajo asalariada sólo jugó un rol secundario. Una parte importante del ciclo de reproducción siguió verificándose fuera del circuito mercantil (ruta T-M dentro de las explotaciones servil-mercantiles y en las unidades comunitarias y minifundiarias andinas), en tanto que una fracción importante del mercado del S II sustitutivo fue financiada por el consumo de los percep-

21. VA del SI = 0.

UNMSM-CEDOC

tores de excedente (ganancias internas) y por el ingreso de la burocracia civil y militar, de los profesionales independientes y de otros miembros del segmento superior de la escala distributiva. La consecuencia necesaria de tales fenómenos fue la *conformación de un mercado diversificado y de muy lenta expansión.*

Con ocasión de estudiar el proceso de acumulación y expansión del capitalismo autocentrado se examinó el rol que juega en este modo de producción: *(i) La ampliación del mercado de medios de consumo masivo financiado principalmente por el ciclo T-D-M de inserción del asalariado en el circuito mercantil-capitalista;* y *(ii) la importancia que posee la ampliación de ese mercado en el acceso progresivo a escalas de producción asociadas con niveles crecientes de productividad del trabajo.* Se hizo notar asimismo que, en ausencia de una realización masiva del producto del S II en el mercado mundial (tal como, por ejemplo, fue el caso de Inglaterra en el siglo XIX), puede aceptarse que el ritmo de crecimiento de la producción industrial es una función del crecimiento —a largo plazo— de la demanda interna. Ello es de fundamental importancia puesto que permite relacionar producción-mercado interno-nivel de ingreso de los sectores de consumo masivo. *Se deriva de lo anterior que la integración vertical del aparato productivo (desarrollo de un sector I de producción de maquinaria y equipo) es una función directa de la expansión de la demanda agregada y una función inversa de su grado de diversificación.* Y, por tanto, que el *grado de diversificación y la lentitud de la expansión del mercado interno* combinados con *la determinación exógena de crecientes escalas de producción* constituyeron un cuello de botella de singular influencia en el proceso de integración vertical de la matriz insumo-producto.

c. La existencia y sobrevivencia del excedente estructural de mano de obra. Cuando se analizaron las consecuencias de la expansión colonial de las explotaciones de carácter servil-mercantil y del reforzamiento y aceleración de ese proceso a la hora de la especialización exportadora de las unidades servil-mercantiles, se explicaron también las razones que dieron origen a la marginación de vastos sectores de la población nativa del sistema "moderno" y a su desplazamiento hacia áreas pobres del medio rural (reservorios de fuerza de trabajo). Tal excedente de mano de obra no pudo ser absorbido por la transición capitalista descentrada. A diferencia de los capitalismos originarios, aquella fue impotente para disolver el contexto no-capitalista e incorporar a dicho excedente. Es claro que, en la base de tal insuficiencia, se halla el fenómeno —antes señalado— de la determinación exógena de las tecnologías. Si se acepta que una tecnología es "adecuada" para una dotación dada de factores productivos cuando es capaz de poner en pleno empleo el conjunto de los recursos disponibles, es claro que las tec-

UNMSM-CEDOC

nologías incorporadas a los equipos importados de los centros no fueron —en absoluto— adecuadas a la disponibilidad relativa imperante en el espacio nacional. Intensivas en el factor capital y exigentes de escalas mínimas cada vez más altas, trabaron el crecimiento del empleo en un doble sentido. Directamente, por su relación K/L demasiado alta vis a vis el capital (K) y la fuerza laboral (L) existente y/o disponible en el Perú. Indirectamente, al tornar muy lento el proceso de integración vertical de los perfiles industriales. La constitución de un sector I local y la generación de empleo en ese departamento se retrasaron casi hasta los años 60 y —aun entonces— se trató de un proceso muy poco vigoroso.

Los límites de la transición capitalista dependiente dentro del modelo oligárquico

El excedente estructural de trabajo, la extrema diversificación y estrechez de los mercados, la determinación exógena de las tecnologías, el control oligárquico del poder estatal y la fuerte concentración de la propiedad rural pusieron límites muy severos a los dos movimientos de transición al capitalismo dependiente. Tanto la *modernización del sector exportador* como la *industrialización sustitutiva* fueron avanzando muy lenta y desigualmente dentro del modelo oligárquico a lo largo de la primera parte del presente siglo. Hacia la década del 60, el desarrollo sustitutivo sólo había prosperado en el S II. No existía aún un sector nacional de producción de equipamiento y tecnología (salvo la producción de algunos equipos e insumos muy sencillos y en muy pocas ramas de producción).[22] Por su parte, hasta el inicio de la Reforma Agraria del gobierno del general Velasco, imperaron relaciones de producción de carácter no-capitalista en gran parte de la región andina.

Teniendo en cuenta la caracterización del modelo descentrado, examinaremos subsiguientemente cuáles fueron los límites a que se vieron expuestos cada uno de los dos tipos de inversión de transición:

Los límites a la inversión de modernización. En lo que hace a la producción servil-mercantil, el proceso de modernización capitalista sólo avanzó significativa y tempranamente (a principios del siglo) en la costa (azúcar y algodón) y en la minería de exportación. En las explotaciones alimentarias de la sierra y en la producción lanera de exportación, con externalidades escasas y con reservorios de mano de obra barata, la vieja estructura servil-mercantil —aislada del ciclo T-D-M y marginada del mercado de factores (autoabastecimiento por el lado de los insumos)—, persistió hasta los años 60. La conservación

22. Ver Daniel Carbonetto, "La crisis del modelo de acumulación sustitutiva", en *Socialismo y Participación* Nº 1, 1977.

UNMSM-CEDOC

de estas formas de producción se explica por el simple hecho de que las mismas no hubieran sido rentables en el caso de introducirse modalidades capitalistas.[23]

Se debe recordar, sin embargo, que la producción agrícola para la exportación y las actividades comerciales y de servicios conexas se desarrollaron especialmente en el área costera, sea para aprovechar las tierras fértiles y planas (algodón en Piura e Ica, azúcar en Lambayeque y La Libertad), sea porque la exportación se realizó obviamente por vía marítima (Paita, Pimentel, Callao, Ilo). Como consecuencia de ello, las ciudades se expandieron con mayor celeridad en la costa que en el resto de la república, concentrando gran parte de la actividad comercial y de los servicios públicos. *A partir de las primeras décadas de este siglo tiende a verificarse la consolidación de un área de modernización capitalista en el eje vertical costero.*

Estas transformaciones, vinculadas con el incremento de la demanda de los productos de exportación (algodón y azúcar) *justificaron, para los propietarios de unidades de producción agrícola de la costa, la introducción de tecnologías más avanzadas y del contrato salarial, a fin de lograr incrementos de producción y de productividad que respondieran a la nueva situación del mercado.* No es casual, por otra parte, que este proceso de modernización se llevase a cabo en las empresas agrarias de la costa. De hecho, *para las antiguas unidades de producción servil-mercantil de la sierra peruana, el incremento de la producción era factible vía la anexión de nuevas tierras comunales y la servilización de la mano de obra de los feudatarios;* es decir, *por la expansión en el uso de recursos (naturales y humanos) de costo cercano a cero.* Sin embargo, éste no era el caso de las unidades de la costa, constreñidas a una faja geográfica que les impedía continuar la anexión de tierras comunales, ya casi inexistentes.

Por consiguiente, la desigual y parcial modernización capitalista de las antiguas explotaciones de carácter servil-mercantil puede explicarse, principalmente, por la respuesta diferente que dieron al crecimiento de la demanda aquellas áreas que aún disponían de territorios circundantes apropiables y de reservorios de fuerza de trabajo barata y servilizable (región andina) y aquellas otras zonas del país (costa) en las que este proceso se había agotado tempranamente (fin del siglo XIX). En estas últimas, la vía más apropiada para incrementar la oferta fue la transformación capitalista de las unidades productivas. Muy pronto a la modernización del eje costero se unió la penetración de capitales norteamericanos en la actividad minera (centro) y en la petrolera (norte del país).

23. Ver el trabajo de Flores Galindo ya citado, págs. 26 a 28.

UNMSM-CEDOC

Los límites del proceso sustitutivo. Ellos derivaron de la combinación de tres factores constitutivos de la estructura descentrada. Primero, de la carencia de un S I doméstico y, por tanto, de la determinación exógena de la tecnología; segundo, de la existencia en el país de un fuerte excedente estructural de fuerza de trabajo y, tercero, del mercado interno estrecho y diversificado en el cual, inicialmente, la participación del ciclo T-D-M de reproducción de la fuerza de trabajo fue casi insignificante. La acción combinada de estos tres factores tuvo múltiples y trascendentes consecuencias, muchas de las cuales interactuaron a lo largo del siglo, reforzando los efectos limitadores (iniciales) de la estructura descentrada sobre la potencia capitalística del proceso sustitutivo.

La determinación exógena de la tecnología (incorporada en los equipos importados del centro) produjo tres efectos deformantes del desarrollo capitalista local:

a. La imposición de una relación capital-trabajo demasiado alta, inadecuada a la disponibilidad relativa de factores con que contaba el país. De este modo, al confrontarse con un fuerte excedente estructural de fuerza de trabajo heredado del período anterior y tener que operar con una relación K/L alta, la industria se mostró incapaz de absorber dicho excedente a un ritmo aceptable. Antes bien, tendió a reproducir e incluso ampliar el segmento de fuerza laboral redundante. Tales fenómenos contribuyeron decisivamente a la formación de un exiguo nivel de salario real y facilitaron su estancamiento o un muy lento crecimiento.

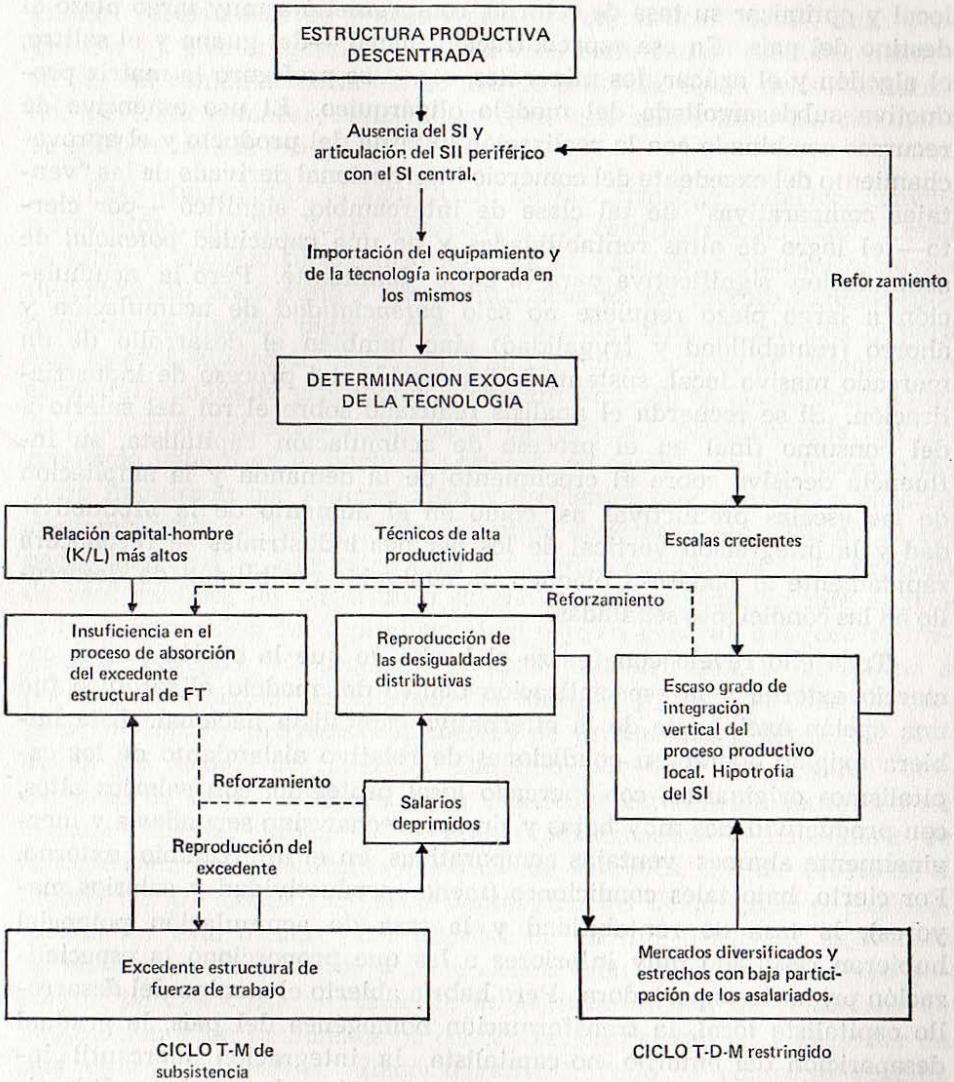
b. El empleo de técnicas de alta productividad que, combinadas con el uso de mano de obra barata, tendió a reproducir y reforzar las desigualdades distributivas imperantes al comienzo del proceso sustitutivo.

c. El incremento rápido de las escalas de producción mínimas exigidas por las nuevas plantas industriales. Este hecho, combinado con las limitaciones ya señaladas del mercado interno, se constituyó en un obstáculo muy grande para la integración hacia adentro de los perfiles industriales. A su vez, la lentitud de este proceso y su escasa contribución a la generación de empleo en actividades manufactureras muy complejas, reforzó la insuficiencia del proceso sustitutivo para modificar las condiciones excedentarias de mano de obra y la depresión del mercado laboral.

Todo lo anterior influyó en la conformación de un aparato industrial muy dependiente del extranjero. Poco integrado (hipotrofia del S I) y con mercados diversificados, tendió a operar con coeficientes de importación altos. El proceso sustitutivo se encontró de ese modo res-

UNMSM-CEDOC

FIGURA 7



tringido a depresiones cíclicas impuestas por el techo de divisas definido por el S X. El cuadro 7 muestra el conjunto de interrelaciones descritas.

El modelo oligárquico como opción excluyente al desarrollo capitalista nacional

Luego del examen realizado en torno a los límites del desarrollo capitalista dentro de la estructura descentrada que caracterizó al modelo oligárquico, es fácil convenir en que la articulación inicial centro/

UNMSM-CEDOC

periferia del siglo XIX, al especializar la producción servil-mercantil local y optimizar su tasa de retorno, comprometió a muy largo plazo el destino del país. En esa especialización inicial —del guano y el salitre, el algodón y el azúcar, los minerales, etc.— se prefiguró la matriz productiva subdesarrollada del modelo oligárquico. El uso extensivo de recursos combinado con la realización externa del producto y el aprovechamiento del excedente del comercio internacional derivado de las "ventajas comparativas" de tal clase de intercambio, significó —por cierto— el logro de altas rentabilidades y de una capacidad *potencial* de acumulación significativa para la clase dominante. Pero la acumulación a largo plazo requiere no sólo *potencialidad* de acumulación y ahorro (rentabilidad y frugalidad) sino también el desarrollo de un mercado masivo local, sustento indispensable del proceso de industrialización. Si se recuerda el análisis realizado sobre el rol del salario y del consumo final en el proceso de acumulación capitalista, su influencia decisiva sobre el crecimiento de la demanda y la ampliación de las escalas productivas así como en el aumento de la productividad y la integración vertical de los perfiles industriales se reconocerá rápidamente el poderoso bloqueo de cualquier posibilidad de desarrollo en las condiciones señaladas.

Todo ello revela con fuerza el hecho de que la opción por el comercio externo y la especialización dentro del modelo oligárquico fue una opción excluyente de la alternativa capitalista nacional. Esta hubiera exigido operar en condiciones de relativo aislamiento de los capitalismos originarios, con mercado local protegido, con salarios altos, con productividades muy bajas y sin aprovechar sino secundaria y marginalmente algunas ventajas comparativas en el intercambio externo. Por cierto, bajo tales condiciones (menor productividad y salarios mayores), la tasa de rentabilidad y la tasa de acumulación potencial hubieran resultado muy inferiores a las que proporcionó la especialización primario-exportadora. Pero habría abierto el camino del desarrollo capitalista local, la transformación homogénea del país, la gradual desaparición del entorno no-capitalista, la integración mercantil interna, en fin, el crecimiento y la modernización a largo plazo. Este tipo de desarrollo capitalista habría sido compatible con un mayor grado de democratización del proceso de toma de decisiones en los niveles locales y globales de la economía y la política con un mayor grado de autodeterminación de la existencia colectiva en los planos nacional e internacional.

Es por esa razón que sostuvimos al inicio de este ensayo la inexistencia de ambivalencias en el comportamiento y las consecuencias de la combinación específica entre el capitalismo en fase imperialista y el modelo colonial o, para decirlo más brevemente, entre el imperialismo

UNMSM-CEDOC

y el modo de producción servil-mercantil. De esa articulación no surgieron efectos positivos y negativos a la vez, ni dos "caras", una "progresista" y otra "regresiva". Surgió más bien, como "producto histórico" de tal combinación la estructura descentrada típica del subdesarrollo. Se trata entonces, sencillamente, de una *salida histórica alternativa y diferente a la salida capitalista.*

Para comprender el significado de la afirmación anterior, conviene recordar, aunque fuere brevemente, el caso norteamericano. Como se sabe, el modelo oligárquico (aun en su fase de expansión esclavista-mercantil) predominó y fue asentándose en los estados sureños productores de algodón para el mercado mundial. Allí, en esa área y para esos estados, el modelo tampoco fue ambivalente pues su articulación con el capitalismo inglés presuponía el descentramiento de la economía a largo plazo y el entronizamiento de la estructura subdesarrollada. El capitalismo yanqui en el norte se sustentó, en cambio, en un mercado interno impulsado por salarios altos y crecientes que, aunados a más de cincuenta años de fuerte proteccionismo, generaron —dentro de su espacio "nacional"— una estructura productiva autocentrada. El primero de esos modelos (el oligárquico sureño) constituyó ciertamente el fruto de la expansión del capitalismo inglés y, en general, del "centro originario" europeo. El segundo, el norte industrialista, se conformó a partir del desarrollo simultáneo, sincronizado y, una vez más, "protegido" del sector productor de medios de producción y del sector productor de medios de consumo. Emergió, por tanto, del gradual crecimiento de la manufactura y las relaciones capitalistas dentro de un espacio nacional aislado de la acción perturbadora y deformante de la expansión del capitalismo avanzado de su época. En ese contexto, si alguno de los modelos presentó ambivalencias de progreso y explotación, fue este último, pues impulsó un enorme desarrollo *capitalista* de las fuerzas productivas y de modernización de la sociedad (lado positivo), pero a costa ciertamente de la instauración de relaciones de explotación y de fenómenos de concentración del capital y de poder en una élite "plutocrática" (lado negativo). Todo lo contrario resultó, en cambio, de la acción del imperialismo en los estados del sur o en cualquiera del resto de los modelos oligárquicos de América Central y Sur. En éstos, la penetración capitalista europea fue monovalente: generó el subdesarrollo.

Debemos matizar nuestras conclusiones, sin embargo, a partir de los resultados que el impacto de la expansión imperialista tuvo en aquellos países donde el modelo oligárquico no se asentó sobre un pasado colonial fuerte y no encontró ni una "población nativa desarrollada" ni el requerimiento de mano de obra abundante y de baja calificación por parte de las explotaciones primario-extractivas. Pensamos, por ejem-

UNMSM-CEDOC

plo, en las grandes explotaciones ganaderas del Río de la Plata, donde la especialización regresiva impuesta por la demanda de lanas, carnes, cueros, etc. del "centro", si bien terminó por descentrar sus economías, no generó —en cambio— la consolidación de relaciones serviles, impulsando más bien la "modernización" capitalista en el proceso de trabajo.

Ahora bien, del enfoque desarrollado a lo largo del presente ensayo se infiere la necesidad histórica de cancelar el modelo oligárquico como condición ineludible para lograr el desarrollo del país y la autodeterminación nacional. Sin embargo, se plantean de inmediato en relación con ello dos interrogantes: 1. ¿Es la cancelación del modelo oligárquico una condición *suficiente* para autocentrar la economía nacional e incrementar la autodeterminación colectiva? y 2. ¿Bajo qué condiciones de conducción económica y política es posible impulsar de modo consistente y estable el desarrollo nacional? Las respuestas provisionales a tales interrogantes serán elaboradas a través del análisis de la política económica del gobierno militar dirigido por el general Velasco, materia ésta de un ensayo posterior en este mismo libro.

UNMSM-CEDOC

LA SOCIEDAD OLIGARQUICA: CULTURA POPULAR Y POLITICA POPULAR EN LOS COMIENZOS DEL SIGLO XX EN LIMA

Steve Stein

Este ensayo intenta encontrar una vía preliminar para comprender la interacción entre las normas culturales y la conducta política de los sectores populares de Lima en las primeras décadas del siglo XX. Numerosos observadores en esos años y más tarde han hecho hincapié en el alto grado de personalismo que parece penetrar el sistema político del momento, un personalismo que encuentra su expresión política más importante en dos movimientos, el sanchezcerrismo y el aprismo, que emergieron para dominar la escena política en 1930-31.

Para comprender la especial atracción de esos movimientos y la notable importancia del personalismo, este ensayo pone énfasis en el desarrollo de una orientación subjetiva hacia la política y los políticos en las masas limeñas. Sugiere algunos de los más importantes elementos que debieron intervenir en la formación de esa orientación subjetiva. Es, al mismo tiempo, una mirada introductoria al interior de algunas de las instituciones y estructuras que contribuyeron a la formación de los valores culturales populares. Y como las actitudes políticas son simplemente una faceta del más amplio universo cultural del pueblo, cualquier análisis de cultura es implícitamente también un análisis de política.

Al mismo tiempo que podemos hacer uso de un estudio de la cultura y de la formación cultural para estudiar la política, podemos también entender mejor las normas culturales de un sector social particular analizando su participación política formal o su apoyo a un movimiento político definido. Los valores culturales no pueden ser cuantifi-

UNMSM-CEDOC

cados. Pero la conducta política, desde la participación en una manifestación por un candidato hasta el acto de sufragio puede, aunque frágilmente, medir las normas subjetivas que caracterizan a cualquier grupo político.

Antes de considerar a la cultura como alguna especie de entidad integrada, debemos primero descubrir esas fuerzas que jugaron los principales roles en su formación. No existió un solo factor preponderante en la creación de un sistema de valores en las masas de Lima a comienzos del siglo XX. Más bien, ese sistema fue el producto de la interacción de una serie de influencias del medio ambiente, las cuales pueden ser agrupadas bajo los dos rubros generales de experiencias de socialización y restricciones estructurales. Las relaciones familiares, la vida escolar, las prácticas religiosas y la interacción con el sistema político fueron elementos fundamentales del proceso de socialización de los sectores populares de Lima. Los valores aprendidos en esas áreas fueron reforzados por la confrontación diaria del individuo con las relaciones estructurales de la sociedad urbana. Los elementos estructurales que afectaron particularmente la formación de valores incluyeron la distribución del poder y la riqueza entre los varios estratos sociales y la prevalencia de ciertos tipos de relaciones sociales tradicionales. Una premisa básica de este enfoque para el desarrollo de un conjunto específico de valores es que las creencias que lo forman fueron aprendidas por cada individuo a través de un ajuste personal a las realidades de la existencia cotidiana. Cada miembro de las masas urbanas experimentó un proceso de "enculturación" con el cual, en respuesta a los estímulos generados por su propia experiencia, obtuvo una manera de ver y enfrentarse al mundo.

Muy importantes para adquirir disposiciones hacia la conducta política fueron las lecciones aprendidas en la vida acerca de la autoridad y la relación propia con personajes que la representaban. Su contacto inicial con la autoridad vino de la realidad íntima de la familia. Al interior de ésta los integrantes de los sectores populares limeños aprendieron primero a definir un rol social propio y a hacer distinciones entre los estatus de subordinados y superiores. El sistema dominante en el hogar, conformado con premios y castigos, enseñó al niño los modelos de conducta que suscitaban aprobación y los que merecían un juicio contrario.

Hacia los inicios del siglo XX el sistema de premios y castigos en las familias de clases trabajadoras tenía preponderancia en cuestiones relacionadas con la obediencia de los hijos. Corrientemente los padres demandaban en todos los aspectos absoluta sumisión de su descendencia a su autoridad. Un crítico agudo de la familia peruana, José Antonio Encinas, caracterizaba esta situación como una en la cual: "El pa-

UNMSM-CEDOC

dre es todo, sus gustos, tendencias, preferencias y ambiciones son regla. El niño no es nada".[1] Una importante faceta de la buena educación era mostrar respeto a los mayores a través de manifestaciones exteriores de humildad.

Como se creía generalmente que la obediencia no viene naturalmente sino que puede ser conseguida con ciertas formas de coerción, varias formas de castigo se tenían a la mano para asegurar el mantenimiento de normas aceptables de conducta y de hecho el castigo tomó primacía sobre el premio como modalidad en la mayoría de los hogares. El interés de un miembro joven de la familia por participar en una conversación de sobremesa, un pasatiempo estrictamente reservado a los adultos, podía ser literalmente destruido con una reprimenda verbal, como en la sarcástica descripción de Manuel González Prada:

«Cuando uno de esos jóvenes siente (por suerte o milagro) el impulso a expresarse con orgullo y dignidad... a toda la familia le toma por sorpresa de la manera más extraordinaria y se encuentra en un estado de asombro total, como si hubiese visto una libra esterlina transformada en un centavo... Por suerte, la madre está allí para reprimir el escándalo y salvar el honor de su hijo: la experimentada y sagaz matrona no pronuncia discursos interminables, ni tampoco ofrece consejos espontáneos; recurre a una parquedad espartana. Ahoga el impulso malo del niño con una especie de abracadabra supersacramental de un indiscutible efecto mágico: 'Tonto, come y calla'»[2].

Paralelamente a la censura verbal, los padres comúnmente recurrían al empleo del temor para corregir una mala conducta diciéndoles a sus hijos que el espíritu de una persona muerta o el "cuco" vendría a jalarles los pies o llevárselos. Si los otros métodos no daban resultados, el castigo físico era empleado frente a los niños que no observaban las estrictas reglas familiares.[3]

La estructura autoritaria y de rígida jerarquía en estos hogares debió haber dejado una huella indeleble en sus miembros jóvenes. La continua conformidad a la poderosa y muchas veces arbitraria autoridad paterna produjo un estado de inseguridad y temor en estos niños fijando una tendencia a retraerse frente al conflicto con personas a las cuales se les percibía formando parte de un "estatus superior". Gon-

1. José Antonio Encinas, *Higiene mental*, 2ª edición, Santiago, 1946, p. 259.
2. Manuel González Prada, *Bajo el oprobio*, París, 1933, págs. 114-15.
3. La más valiosa fuente de información sobre la estructura de la familia peruana de comienzos del siglo XX hasta 1940 es el trabajo del psicólogo-educador José Antonio Encinas. Sus estudios siguientes pueden ser consultados: *Higiene mental*, especialmente págs. 15-16, 31, 45, 62 y 105; y *La educación de nuestros hijos*, Santiago, 1938, págs. 57 y 92.

UNMSM-CEDOC

zález Prada describe esta exagerada sumisión de sus compatriotas más pobres a las autoridades que los gobiernan como una demostración extrema de la mentalidad del "come y calla" que fuese aprendida durante su juventud:

«La mentalidad del come y calla ha sido difundida de tal manera que merece colocarse en el reverso de nuestras monedas. Revela un rasgo básico de carácter... El asno, trabajador y sufrido, no busca comprender la psicología del arriero; mastica su pasto y permanece callado; las masas, aún más miserables y quizás más pacientes que la mula, no indagan acerca del valor moral e intelectual de sus arrieros; ellas ayunan y se callan»[4].

González Prada insinúa que el tutelaje autoritario que caracterizaba las relaciones familiares creó también un individuo con poca confianza en su habilidad para influenciar significativamente o controlar su medio ambiente. En su lugar, la excesiva dependencia en el hogar pudo haberlo llevado a la búsqueda de gratificaciones a través de la sumisión a los hombres de "arriba".

Estas experiencias iniciales con la autoridad pudieron haber sido transferibles más tarde a las percepciones acerca del funcionamiento del sistema político y acerca de los atributos de sus dirigentes. El sistema del "come y calla" que excluía la participación en la toma de decisiones en el hogar pudo haber llevado a esperar un rol pasivo similar en el proceso político. Y los padres estrictos de la juventud trabajadora pudieron convertirse en su mayor punto de referencia para elegir a los dirigentes políticos en su madurez. En el contexto de la política populista de los años 30, Luis M. Sánchez Cerro y Víctor Raúl Haya de la Torre exhibían muchas características de un padre ideal de las masas. La participación de las clases laborales urbanas en estos movimientos dirigidos por hombres con estilos políticos a la vez protectores y autoritarios, que proclamaban el ejercicio del poder en beneficio de sus seguidores pero sin la activa participación de éstos, fue un tipo de retorno político a las formas de dependencia y protección experimentadas en sus primeros años. El dirigente populista podría tomar el rol de un padre sustituto.

Para muchos integrantes —aparentemente la mayoría— de las masas limeñas, los verdaderos padres no formaban parte del hogar. Más bien, la forma más común de uniones conyugales era la convivencia. Datos de los censos de Lima de 1908 y 1930 indican que aproximadamente dos tercios de los hijos de las clases trabajadoras eran ilegíti-

4. Manuel Gonzalez Prada, *Bajo el oprobio*, págs. 116-117.

UNMSM-CEDOC

mos y que, en términos comparativos, Lima tenía uno de los porcentajes más bajos del mundo de personas casadas en el total de su población. De este modo, una alta proporción de las relaciones familiares populares no fueron entre padres e hijos sino entre madres e hijos.[5] Es posible que estos hogares matriarcales aumentaran la tendencia de los hombres de bajos estratos a buscar más tarde lazos dependientes en la política y en otros dominios. En estudios en otros lugares del mundo sobre diferentes orientaciones políticas de los hombres de hogares de padre y madre versus hogares cuya única figura era la madre, se encontró que estos últimos producían (niños) "más infantiles, dependientes y sumisos que aquellos de hogares en los cuales el padre estuvo presente".[6] En parte, estos patrones se derivan de las características de "sobre protección, dominación y exigencias" adscritas a las madres de familia de padre ausente, particularmente en los rangos inferiores de la escala social.

Los sectores populares, como el resto de la sociedad, comenzaron el aprendizaje de valores sociales en la familia, pero el proceso no terminó allí. El impacto relativo de los valores aprendidos en el hogar sobre la vida posterior dependió en gran medida del grado en que la experiencia posterior modificó o reformó las lecciones aprendidas en el seno familiar. Para la mayoría de los niños de las clases bajas de Lima, el contacto formal inicial con la sociedad en su conjunto llegó en la escuela primaria. En las tres primeras décadas del siglo XX aproximadamente el 70% de los niños de la capital en edad escolar asistió a la escuela primaria en algún momento. El aprendizaje de los valores en la escuela ocurrió de dos maneras. Primero, los estudiantes asimilaron, a través del ambiente y estructuras del aula, conocimientos implícitos acerca de las normas básicas de estratificación social y los modelos aceptables de conducta. Con respecto al aprendizaje político, a menudo el profesor fue el primer representante de la autoridad política que el niño encontraba. La relación entre el profesor y el alumno tuvo un efecto profundo más tarde en el enfoque que este último adquirió hacia los políticos. Segundo, la escuela primaria dio lecciones explícitas tanto sobre la "moral" apropiada como sobre la conducta política, al enseñar temas que iban desde urbanidad hasta Historia del Perú. Los roles, las relaciones y los materiales curriculares aprendidos en la escuela fueron extremadamente importantes en la for-

5. Perú, *Censo de la provincia de Lima (26 de junio de 1908)*, Lima, 1915. Vol. I, pág. 232; Perú, *Censo de las provincias de Lima y Callao levantado el 13 de noviembre de 1931*, Lima, 1932, págs. 130-131; Enrique León García, *Las razas en Lima*, Lima, 1909, págs. 26-29; y Richard Patch, Life in a callejon, *American Universities Field Staff Reports*, West Coast South America Series, VIII: 6. Junio 1961, págs. 20-21.

6. Kenneth P. Langton, *Political Socialization*, New York, 1969, pág. 31. Langton basa sus conclusiones sobre datos de encuestas llevadas a cabo en Estados Unidos y Jamaica.

UNMSM-CEDOC

mación de la personalidad. Como afirmó un prominente educador peruano, "todo el mundo exterior" se refleja en este "pequeño mundo" del aula.[7] Las enseñanzas formales e informales del aula fueron posteriormente legitimizadas por el hecho de que la educación pública constituía una de las únicas formas aceptables de conseguir alguna movilidad, aunque marginal, para el sector popular.

Como en el hogar, la obediencia fue la norma de la "sociedad" representada en el aula de la escuela primaria. Muchos de los esfuerzos de los profesores estaban dirigidos al mantenimiento de un ambiente apropiado de orden y silencio. En la típica escuela de los distritos más pobres de Lima:

«Los niños deberán permanecer sentados, con las espaldas rígidas, atentos a la voz y a las órdenes del profesor. Ningún movimiento es posible, ninguna pregunta es permitida, debe reinar el silencio de los cementerios»[8].

A la luz de estas condiciones, la descripción de estas escuelas por Francisco García Calderón como "pequeños cuarteles donde debía marchitarse la juventud popular",[9] no parecería inapropiada. Varios factores facilitaban a los profesores el logro de esta disciplina estricta. Estaban investidos con el rol de padres sustitutos por la administración de la escuela y por los verdaderos padres de los alumnos quienes de costumbre presentaban a sus hijos a los profesores declarando: "Profesor, señor, con todo el debido respeto, vengo a traerle a su segundo hijo. Usted será su segundo padre de ahora en adelante".[10] Cuando faltaba en la clase el "respeto filial", los profesores recurrían con frecuencia al castigo corporal para mantener su autoridad suprema. "La letra con sangre entra", una máxima comúnmente usada para simbolizar el proceso educacional en la escuela primaria peruana, tuvo una aplicación más que figurativa. Los estudiantes que quebrantaban las reglas rígidas de conducta, o que no alcanzaban a recitar sus lecciones apropiadamente, eran usualmente objeto de corrección con una regla, y en algunos casos con un látigo. Aquellos alumnos, en cambio, que demostraban un alto grado de obediencia y aun de servilismo eran objeto de frecuente aprobación de parte del profesor. Para la mayoría de los profesores que entendían la educación como la disciplina y dominación de sus alumnos, los valores supremos de la sociedad representados en el

7. José Antonio Encinas, *Un ensayo de escuela nueva en el Perú*, Lima 1932, p. 197.
8. José Antonio Encinas, *Educación de hijos*, p. 169.
9. Francisco García Calderón, *En torno al Perú y América*, Lima 1954, p. 76.
10. Esta situación fue detallada al autor por Próspero Pereyra, Entrevista, marzo 4, 1971 y ha sido repetida casi al pie de la letra en un número de entrevistas subsiguientes con otros individuos.

UNMSM-CEDOC

aula eran la buena conducta y la obediencia a sus órdenes. Medían a los niños en relación a estas cualidades dentro de una escala de pasividad y sumisión; los mejores alumnos eran aquellos que no sólo obedecían sin protestar sino que exteriorizaban constantemente su deferencia hacia el profesor al lustrar diligentemente la manzana profesoral. Un crítico particularmente sensible a los aspectos autoritarios de la escuela primaria de inicios del siglo XX los describe sin omitir detalles en su agrio informe de la conducta de los profesores:

«Cerrado, dentro de un absurdo criterio de autoridad... más drásticos que en el hogar... el profesor se considera convertido en policía o juez, transformándose con frecuencia en un dictador que posee todas las peculiaridades de los que se erigen en amos de un pueblo o de los que se creen 'providenciales'. Les gusta ser obedecidos, halagados; sienten fruición cuando todos se consideran sus subordinados; a diario están en espera de alguna lisonja, de alguna dádiva, de algún obsequio, de alguna pleitesía; se rodean de su corte que generalmente son los muchachos serviles, o que se entrenan para serlo; éstos son los encargados de pronunciar discursos laudatorios... Engreído y ensoberbecido, juzga que la escuela es su patrimonio, y que los niños han sido llevados allí para ponerlos a su entero servicio».[11]

Los valores de obediencia y sumisión aprendidos por los niños de la clase trabajadora, primero en la atmósfera del hogar, eran luego fuertemente reforzados por la dictadura profesoral en la escuela. El alumno descubrió en el salón de clase, por ejemplo, que el escape seguro a un castigo arbitrario se encontraba en el servilismo. Por lo tanto, la escuela contribuyó significativamente a la internalización de la conducta servil como la fórmula favorita para la confrontación con personas a las que se consideraba portadoras de gran poder. Actuando directamente en contra del logro de autoconfianza por parte del alumno, el ritual diario del salón de clases de la escuela primaria alentó, por el contrario, una búsqueda constante de aprobación y apoyo de las figuras autoritarias. Durante el proceso los alumnos aumentaban su respeto básico por las jerarquías sociales preexistentes.

En el ámbito de la enculturación política, las condiciones opresivas del aula, en la que la crítica y el cuestionamiento no eran atendidos y más bien generalmente castigados por el maestro autoritario, desalentaban el posterior cuestionamiento y crítica de los hombres poderosos y de las instituciones de la política nacional.

11. José Antonio Encinas, *Escuela nueva,* p. 196; e *Higiene mental,* p. 48.

UNMSM-CEDOC

Un dirigente aprista de las décadas de 1920 y 1930, que atacaba amargamente el "pesimismo político" generado por el proceso educacional, se lamentaba así:

«Podemos aún testimoniar las consecuencias de una educación diseñada para formar espíritus débiles, indecisos y sumisos, a través del período del gobierno civilista... encontramos espíritus que constituyen un receptáculo de desesperanza y que creen que todo está perdido porque juzgan el enemigo sobre la base de su complejo de inferioridad, viéndolo a éste enorme y poderoso».[12]

Igualmente la terrible competencia en la escuela por los favores del dictador-preceptor, trabajaba directamente contra la creencia de que las formas de acción colectiva podrían usarse con éxito para el progreso individual o grupal. Por el contrario, la situación del aula estimularía al niño de la clase trabajadora a considerar la sociedad y la política simplemente como una competencia más grande por los favores de los poderosos. Al mismo tiempo se buscaría alguna recompensa dentro de esa competencia a través de la sumisión al tutelaje de un líder superior con atributos similares a aquellos del profesor autoritario. Más aún, las relaciones de dependencia personal que caracterizaban el "gobierno del aula" podrían alentar a los alumnos a ver al gobierno nacional en términos personalistas similares. Las entrevistas con miembros de los sectores populares de Lima con relación a sus experiencias en la escuela primaria son especialmente demostrativas de la formación en el aula de una percepción personalista del Estado. La siguiente identificación del gobierno con la persona del presidente José Pardo hecha por un entrevistado al explicar cómo se distribuían libros y materiales en las escuelas es característica de las descripciones de la relación de la persona de Pardo con las escuelas. "Don José Pardo nos enviaba los libros de segundo grado donde aprendíamos los poemas de memoria. El presidente don José Pardo daba de todo a las escuelas hasta materiales de escritorio: para el segundo año daba compases. ¿Cuánto cree Ud. que cuesta un compás? Es bien caro, por supuesto". Cuando se preguntaba si José Pardo sacaba de sus recursos personales para proveer estos implementos, esta persona respondió: "No, no. El gobierno del señor Pardo distribuía. Cada provincia tenía su representante y ellos veían por su provincia".[13]

Otra faceta de la educación popular masiva en los comienzos del siglo XX en Lima que estimuló la formación de valores sociales y políticos conservadores era el extenso uso del aprendizaje de memoria co-

12. Juan de Dios Merel, *Principios del aprismo*, Santiago, 1936, p. 64.
13. Próspero Pereyra, Entrevista, marzo 4, 1971.

UNMSM-CEDOC

mo método de enseñanza. De acuerdo a un crítico del sistema: "desde el comienzo de la escuela el estudiante debe desarrollar su memoria y su humildad. La memorización es la principal obsesión del profesor y del alumno".[14] En el aula típica, el maestro asignaba una o dos páginas de un texto a sus alumnos para ser memorizadas. Después de dos o tres horas de "absoluto silencio" durante el cual esta memorización se realizaba, el maestro examinaba a sus alumnos haciéndoles recitar palabra por palabra el pasaje memorizado. El rendimiento de un niño era evaluado por el número de palabras, incluso de sílabas olvidadas. En algunos casos los errores llevaban al castigo inmediato, usualmente en la forma de aplicar golpes en la mano del alumno con una regla según el número de errores que tuviera en el recitado. En cualquier caso, los estudiantes que olvidaban frecuentemente partes de sus lecciones eran objeto de abuso verbal por parte del maestro que los catalogaba como ociosos y estúpidos innatos. Las reglas incontestadas de este sistema eran la veneración de la frase y la aceptación ciega de las palabras del profesor que eran, en muchos casos también, el producto de su lectura en un texto en voz alta. Una canción memorizada comúnmente por los alumnos del primer año a los comienzos de siglo en las escuelas públicas, señalaba este fenómeno:

«Cuando en mi banco querido, padre me pongo a estudiar, se me figura la escuela transformada en un altar. Los libros son un tesoro, y los maestros la luz. De Dios la ciencia es imagen que ella salvará al Perú. Es tu mansión un edén.

Y tus claustros benditos en los que hallaremos el bien».[15]

El análisis o escepticismo de parte de los alumnos, que hubiera podido conducir a cierta conciencia de que las cosas podrían ser distintas a lo presentado, no entraban por definición en el proceso educacional y se consideraban por cierto subversivos. En lugar de estimular a los alumnos a observar y experimentar, el sistema de aprendizaje de memoria los acostumbraba a escuchar pasivamente y a aceptar la "Verdad" que venía desde arriba. Los padres presentaban a menudo apoyo efectivo al aprendizaje memorístico al juzgar el trabajo de los niños en la escuela sobre la base del número de lecciones memorizadas que ellos les repetían. La conversación imaginaria presentada en un texto de la época entre una madre y un niño ilustra muy bien la medida cuantitativa paternal del logro escolar:

14. Carlos Enrique Paz Soldán, *De la inquietud a la revolución: diez años de rebeldías universitarias (1909-1919)*, Lima, 1919, pp. 13-14.

15. Relatado al autor por Próspero Pereyra, Entrevista, marzo 4, 1971.

UNMSM-CEDOC

Madre

«El Perú es grande, hijo mío, tiene muchas ciudades... cuyos nombres estás ahora aprendiendo en Geografía.

Hijo

Tienes razón mamá, y escúchame: 'El territorio del Perú está dividido en veinte departamentos, subdivididos en provincias, de allí en distritos... Los departamentos son: Amazonas, su capital Chachapoyas, Loreto, su capital Moyobamba, Lambayeque, su capital Chiclayo...'

Madre

Está muy bien, hijo mío, es suficiente. Ahora puedo ver que tú estás muy avanzado en el estudio de la Geografía».[16]

El material real que se presentaba en clase para la memorización respaldaba ampliamente los valores aprendidos a través de la estructura autoritaria y estilos de enseñanza de la educación primaria urbana masiva. Los cursos expresamente diseñados para formar un conjunto de creencias políticas y sociales eran aquellos que enseñaban moral, urbanidad y buenas maneras. En las mentes de muchos maestros y alumnos por igual, estos cursos eran la parte más importante del currículum de la escuela primaria. Los maestros ponían énfasis especial en las lecciones de buena conducta, a fin de aumentar la disciplina del aula y los alumnos hallaban que la conducta enseñada en las clases de moral tenían mayor aplicación directa en su vida diaria en el hogar y en la escuela que cualquier otra materia. La instrucción en urbanidad que trataba de todo, desde modales en la mesa hasta principios éticos elementales, acentuaba dos preceptos básicos: obediencia hacia, respeto por y confianza en las figuras superiores; y la aceptación pasiva del sufrimiento en la vida. El libro de texto más ampliamente usado en estos asuntos, el *Manual de urbanidad y buenas maneras* de Manuel Antonio Carreño, resumía su perspectiva jerárquica y básicamente conservadora en esta descripción del supuesto básico de la urbanidad:

«La urbanidad respeta ampliamente aquellas categorías establecidas por la naturaleza, por la sociedad y por el mismo Dios, y por tanto nos obliga a darle tratamiento preferencial a algunas personas sobre otras de acuerdo a su edad, a su posición social, a su rango, su autoridad y su carácter».[17]

16. José Luis Torres, *Catecismo patriótico y los mártires,* Lima, 1885, p. 9.

17. Manuel Antonio Carreño, *Manual de urbanidad y buenas maneras,* Lima, 1966, p. 3. El trabajo de Carreño fue publicado por primera vez en las últimas décadas del siglo XIX y desde ese tiempo y a través de gran parte del siglo XX ha permanecido en uso como el libro de texto de moral más popular en las escuelas de Lima. Gran parte de esta sección está basada sobre un análisis de su contenido.

UNMSM-CEDOC

Los profesores del curso de moral decían, además, que la jerarquía esencial de una sociedad organizada se mantendría solamente si los hombres de menor rango adquiriesen el hábito de ceder a aquellos de mayor rango. Lecciones específicas sobre ejercicios diarios de esas reglas fundamentales eran definidas en términos de personas "superiores" e "inferiores". En la calle, por ejemplo, los "inferiores" estaban obligados siempre a darle el paso a los "superiores", excepto en casos de circunstancias urgentes. En la casa, los niños "inferiores" estaban obligados a obedecer dócilmente las órdenes de sus familiares "superiores", y la misma regla se aconsejaba en la escuela tratándose de los profesores "superiores". Además, los jóvenes "inferiores" no debían nunca intervenir en una discusión entre mayores como mencionaba un individuo que aparentemente internalizó estas enseñanzas: "Eso era ilógico e inmoral. ¿Qué podíamos saber de los asuntos y costumbres de nuestros padres? Cuando se decidían a llamarnos, nosotros estábamos allí, listos y dispuestos a servirlos".[18]

En los cursos de moral se enseñaba también a los "inferiores" que, tanto en la casa como en la vida en general, un fiel servicio a los "superiores" podía traer recompensas tangibles:

«El pobre debería considerar que... la expiación de sus aflicciones depende en gran parte, directa o indirectamente, de las empresas creadas y fomentadas por el rico, y que en muchos casos esa expiación depende de la generosidad con la cual él da parte de sus ingresos para ayudar en tiempos de necesidad... el pobre debería honrar y respetar tales nobles atributos del rico prodigándole todas las atenciones a las que sus virtudes lo hacen merecedor».[19]

El objetivo establecido de esta educación moral era la formación de individuos inicuos, a los cuales se hace alusión en un texto de primaria como "buenos árboles", cuyas personalidades retraídas y pacientes serían placenteras para todos aquellos que los rodeasen, y especialmente para aquellos de los cuales dependían.[20] En tiempos de adversidad ya sea mayor o menor, la cólera o el resentimiento eran juzgados totalmente inaceptables. Aquellos "malos árboles" que exhi-

18. Próspero Pereyra, Entrevista, marzo 4, 1971.

19. Carreño, *Manual de urbanidad,* p. 342. A los superiores se les enseñó que parte de su servicio en la vida era proporcionar ayuda paternal para los menos afortunados. De acuerdo a Carreño (p. 24), en respuesta a sus actos caritativos, "nuestro corazón siempre siente tal inmenso placer, tan intenso y tan indefinible, que no podría ser descrito ni por las más poderosas expresiones del sentimiento".

20. Torres, *Catecismo patriótico,* pp. 44-45.

UNMSM-CEDOC

bían señales de disconformidad con su suerte eran considerados como seres desesperados y lastimosos que adoptaron la actitud correcta "resignación afectuosa" cuando sufrían las aflicciones que marcaban cada momento de la existencia humana:

«Finalmente el niño nace a costa de crueles sacrificios y su primer signo de vida es un quejido, como si el destino estuviera presente listo para recibirlo en sus brazos e imprimir en su frente la marca del dolor que ha de acompañarle en su peregrinaje desde la cuna hasta la tumba»[21].

Las clases de historia peruana constituían los agentes más directos de la socialización política en la escuela primaria limeña. Como la introducción de un texto de historia anunciaba, estos cursos eran planeados para proveer a los alumnos "ejemplos prácticos de moral cívica".[22]

Dedicados casi exclusivamente a la vida y muerte de los héroes de la nación, las clases de historia y los textos enseñaban a los alumnos a considerar el pasado de su país como una serie de acontecimientos grandiosos realizados por un grupo de hombres casi sobrehumanos y predestinados. De acuerdo con la visión de la historia inculcada en el colegio ni presiones sociales ni procesos políticos y económicos jugaron un rol en la evolución del Perú. Más bien, "héroes providenciales", trabajando a la sombra de Dios y del destino, parecían haber sido los principales modeladores y orientadores de los hechos históricos:

«Los hombres que nos dieron la libertad en el mejor momento (así se tiene que decir) ¡nos dieron también la Patria!... hombres de carácter, hombres de principios, hombres determinados y aparentemente enviados de lo Alto con objetivos "superiores"...» [23]

Por sus grandes obras, profesores y textos declaraban que merecían la gratitud eterna y la admiración de todos los peruanos.[24]

Este énfasis en el rol preponderante dado a los héroes individuales en la historia, que llevó a un comentador a señalar: "Un pueblo sin

21. Carreño, *Manual de urbanidad*, p. 11.
22. F.F. Brenner en Ismael Portal, *Lecturas históricas comentadas*, Lima 1918, p. 138.
23. Portal, *Lecturas históricas*, p. 58.
24. El autor saca estas conclusiones concernientes al culto del héroe en los cursos de historia peruana en la escuela primaria de un análisis de contenido de libros de texto usados en esas instituciones y de comentarios de observadores de ese fenómeno. Los textos consultados incluyen: Portal, *Lecturas históricas;* Torres, *Catecismo patriótico;* David Constantino Ferrer, *Compendio de Historia del Perú para el primer grado de instrucción primaria*, Lima, 1934; J. Vitalicio Berroa, *La epopeya de Arica*, Lima 1916; y Manuel G. Abastos, *Bolognesi y su hazaña*, Lima, 1916.

UNMSM-CEDOC

héroes es un pueblo sin Patria",[25] contribuía a una visión personalista de la política y del Estado. Al mismo tiempo, la propagación de este culto al héroe llevó rápidamente a considerar a las personas con autoridad como las únicas capaces de generar cambios tanto a nivel personal como nacional. Las cualidades personales atribuidas a estos héroes por los autores de los libros de historia los hacían aparecer no solamente como hombres poderosos sino, además, como hombres de los cuales se podía aceptar depender, especialmente en momentos de crisis. Las palabras más frecuentemente usadas en estos libros para describir a los "grandes hombres" de la historia peruana, desde San Martín y Bolívar hasta los héroes de la guerra del Pacífico, incluían: valeroso, generoso, afectuoso, humano, noble, puro, virtuoso, orgulloso, sacrificado. En pocas palabras, reunían las cualidades del patrón ideal. A través de la memorización de sus nombres y hechos, los niños del colegio asimilaban ejemplos de paternalismo positivo, de carne y hueso, que más tarde podrían ser aplicados a los líderes de la política nacional.

Aun cuando la confianza en estos héroes paternales no conducía al éxito, como aconteció, por ejemplo, con la derrota peruana a manos de los chilenos en la guerra del Pacífico, los textos de historia predicaban una "resignación necesaria".[26] El hecho de que, exceptuando a los líderes de la independencia, los principales héroes de la historia del Perú participaran en la causa perdida de la guerra con Chile, llevó a los populizadores del culto al héroe a dar un énfasis particular a la aceptación pasiva de la adversidad. Un tema recurrente en los cursos de historia peruana era el sentimiento de reverencia por aquellos hombres que por propia voluntad se sacrificaron al servicio de la nación. Eran representados como "ejemplos dignos de admiración y a ser imitados... nos legaron lecciones sublimes... que elevan el espíritu en las horas solemnes de prueba... hoy su recuerdo, no debemos dudarlo, es un consuelo frente a la adversidad.[27] Estos héroes nunca fueron criticados por haber fallado en sus esfuerzos. Más bien, la explicación de haber perdido la guerra giraba alrededor de las implacables fuerzas del Destino: "la suerte decidió no darnos sus favores. ¡Misterios de los Cielos!" [28]

Se atribuyó al destino un rol importante en los acontecimientos humanos y en muchas de las historias parece haber trabajado contra los protagonistas; de allí esa sorprendente virtud del pueblo peruano de "tolerar", "ser silencioso" y "sufrir con resignación".[29]

25. Javier Prado y Ugarteche, *La educación nacional,* Lima, 1899, p. 20.
26. Ver por ejemplo Portal, *Lecturas históricas,* p. 117.
27. Torres, *Catecismo patriótico,* pp. 262-63.
28. Portal, *Lecturas históricas,* p. 250.
29. Portal, *Lecturas históricas,* p. 173.

UNMSM-CEDOC

Una fuerza que probablemente tuvo una mayor influencia que la escuela primaria en la formación de actitudes fatalistas en las masas limeñas fue el catolicismo popular. Indujo a los miembros de los sectores populares a considerar su sufrimiento y su pobreza como la inevitable e inalterable condición de sus vidas, como producto de la voluntad divina. La escuela primaria era el mayor auxiliar del catolicismo popular. Religión e historia sagrada eran materias obligatorias y la educación moral enfatizaba que las bases de la sociedad eran dadas por Dios.

Estas creencias fueron centrales en el catolicismo popular peruano, tanto en las áreas rurales como urbanas. Una larga y asentada subtradición de la creencia católica popular, por ejemplo, enfatizaba la imagen de Cristo como el sufrido hijo de Dios coronado de espinas y clavado en la cruz, esperando una muerte dolorosa con resignación. Sacerdotes, padres de familia y profesores de escuela, quienes compartían esta doctrina, a menudo señalaban paralelos con el largo sufrimiento del hombre en la tierra. Como Cristo cargó su cruz, los menos afortunados aprendieron a llevar sus cruces a través del "valle de lágrimas" que parecían constituir sus vidas. Muchos de los que hablaban en nombre de la religión exaltaban el carácter redentor de la pobreza y la humildad, especialmente los desposeídos. Un corolario importante de esta concepción era que la propia miseria de uno nunca debía estimular el deseo para obtener el mayor bienestar y la posición de otros. En su afán de adaptarse a las circunstancias difíciles, el catolicismo popular implícitamente brindaba una poderosa colaboración a la existencia de modelos de una estratificación social extrema en la capital. Mientras la siguiente cita dirigida por un sacerdote a un grupo de trabajadores muestra el rechazo por parte de, al menos, un clérigo de la corriente principal de las visiones más progresistas sobre las relaciones sociales que venían de Roma en forma de la "Rerum Novarum" y otras encíclicas papales, refleja también una afirmación que tuvo eco en los círculos religiosos populares, por la cual la división jerárquica de la sociedad peruana era justa y correcta y cualquier cambio radical en el statu quo debía ser condenado:

«Pero la desigualdad social entre clases, dado el presente estado del pecado del hombre, es necesaria; es esencial en una sociedad que no puede ser concebida sin ésta. La sociedad es un verdadero cuerpo moral que muestra increíbles paralelos con el cuerpo físico del hombre...

¿A qué se parecería el cuerpo humano si todo fuese cabeza? Y qué si todo fuera sólo pies, manos u ojos. Una verdadera monstruosidad, o mejor dicho, una aberración imposible. Más aún, vemos que la ca-

UNMSM-CEDOC

beza es la parte más alta de nuestro cuerpo, como el supremo director de nuestras acciones, que los pies, las manos y los ojos obedecen sumisamente a las órdenes del cerebro... si todo el mundo diese órdenes no habría nadie para obedecer, la sociedad sería un caos. Si todo el mundo fuese rico no habría nadie para efectuar algunos trabajos y quehaceres que incluso si son bajos son necesarios a la sociedad. Si, de otro lado, todo el mundo fuese pobre no habría nadie por facilitarle el capital necesario para dar pan y dinero a los trabajadores, y ellos son el alma de las grandes empresas... ven, mis amados trabajadores que es necesario que existan desigualdades en el cuerpo social... esto es para decirles mis amados trabajadores que debemos aceptar la sociedad como la hemos encontrado y no caer en el absurdo del socialismo que no quiere reconocer la ley de Dios».[30]

Individualmente muchos sacerdotes intentaron asegurar la obediencia a estos modelos de comportamiento, previniendo las consecuencias que provocaría su desviación. El miedo a Dios se inculcó frecuentemente en edad muy tierna. De acuerdo a respuestas ofrecidas en entrevistas realizadas en la década de 1920 a numerosos alumnos de escuela primaria, éstos creían que no obedecer la palabra de Dios equivalía a ser enviado al infierno, ser acechado por el diablo, o simplemente sufrir una muerte prematura. Según la misma investigación, la aceptación de estas enseñanzas religiosas se pensaba como el camino más seguro hacia la felicidad en la otra vida. Puesto que todos los actos humanos eran atribuibles al deseo de Dios, la humilde aceptación de la fatalidad divina parecía el mejor medio para hacer la existencia diaria más tolerable y así alcanzar la máxima felicidad en el cielo.

En el marco de estas creencias populares y dentro de esta resignación el rezo constituía el único medio válido para lograr algún éxito. En la mayoría de los casos el creyente encomendaba sus ruegos a uno o más santos y vírgenes. En la esfera de la religión popular estas entidades actuaban como intermediarios, relativamente accesibles, entre el hombre y Dios. Eran generalmente vistos y tratados como figuras con atributos casi humanos con los cuales una relación personal era posible. Era común que ciertos individuos identificasen su fortuna con la benevolencia de un santo particular, de la misma manera que en política podían contar con la benevolencia de un líder político específico. Había varios signos de la importancia de los santos en la vida de los sectores populares. Raro era, por ejemplo, el callejón que no tuviera una estatua de algún santo patrón o virgen rodeada de velas, colocada en la pared del fondo. Muchos de estos callejones llevaban el nombre de la virgen o del santo patrón. La mayoría de las hermandades

30. Francisco Cabré P.F.M., *La unión de la clase obrera,* Arequipa 1918, pp. 8-11.

UNMSM-CEDOC

religiosas de Lima, a pesar de ser cada vez más subvencionadas por los miembros de las clases altas, estaban esencialmente formadas por gente de extracción popular. Dedicadas a la veneración de un santo particular, o de una virgen, estas hermandades eran responsables de organizar procesiones, preparar las festividades de la celebración del día del santo y, generalmente, de "cuidar con afecto" a sus patrones espirituales. Sin lugar a dudas. el santo más popular de la capital era el Señor de los Milagros, llamado también el Cristo de los Pobres:

«El Cristo de los Milagros es el Cristo que ha aparecido en el corazón de la tristeza. Allí, en el oscuro rincón de la pobreza, en el tugurio de los descalzos sin Pascua ni Domingo, allí, en la choza sin pan ni leche para aquellos que vienen al mundo sin la estrella de Belén, el Cristo de los Milagros es el Cristo de los pobres. El Cristo de los Milagros es el Cristo de los esperanzados sin esperanza... Es el Cristo de las masas que apuestan su último centavo con los ojos fijos en el cielo, siempre esperando el milagro imposible».[31]

Todos los años, durante tres días en octubre, una multitud bulliciosa y devota, principalmente de origen pobre, llenaba las calles para acompañar al Señor de los Milagros en una procesión a través de Lima, una práctica que sigue hasta ahora. Muchos de aquellos que creían haber recibido un favor especial del Señor a través de su devoción, seguían su imagen, algunos descalzos o de rodillas, proclamando en alta voz el favor recibido o que esperaban recibir. Peticiones populares al Señor de los Milagros incluían curación de enfermedades, éxito en el trabajo, suerte en la lotería y protección general contra el daño.

El común recurso de la humilde postración frente a las figuras de los santos en busca de ayuda contribuyó a la noción de que cualquier beneficio que un individuo recibía en la vida era el resultado de un favor otorgado por una figura o fuerza superior y que no tenía ninguna relación con sus esfuerzos personales, excepto cuando éstos eran dirigidos a solicitar servicios de los poderosos. En vez de provocar una acción afirmativa, la prácticas y creencias religiosas de la Lima pobre acentuaron la importancia de los lazos espirituales con personas más poderosas.

En la familia, en el colegio y en las prácticas religiosas del pueblo, las masas urbanas asimilaban un sistema de valores fundamentales que premiaba la adaptación pasiva y la dependencia personal. Este sistema de valores actuaba como una base de referencia, a partir de la cual se podía evaluar la experiencia subsecuente en todos los aspectos

31. Aurelio Collantes, "A ti... señor de los pobres" *Expreso,* octubre 18, 1970, p. 9.

UNMSM-CEDOC

de la vida, incluyendo el universo de la política nacional. Mientras los valores prepolíticos y no políticos formaban las bases de la cultura política de las masas, mucho de lo que se llegó a creer sobre el sistema político era resultado de la observación y del contacto directo con la política real. Los encuentros personales con el proceso político, además del conocimiento sobre la interacción con ese proceso de sus semejantes y anteriores generaciones, contribuyeron al desarrollo de una "memoria política" sobre las reglas del juego político. La experiencia con la política en el pasado inmediato y distante marcó en los miembros de las masas populares una serie de expectativas sobre las formas legítimas de participación política, la forma en la cual el sistema político funcionaba, qué beneficios podría proveer este sistema y la mejor forma de obtenerlos.

Mientras 1931 señaló la primera vez en la historia peruana en que las masas urbanas escogieron libremente por medio del voto secreto al candidato de su preferencia en una elección presidencial, durante la segunda mitad del siglo XIX y la primera del siglo XX la clase trabajadora sostuvo un contacto extensivo con la política electoral. La Lima pobre participó en política durante este período como miembro de clubes políticos que se formaban justo antes de la votación para promover la elección de un candidato determinado. Hasta la reforma electoral de 1895, estos clubes sirvieron como una frágil base de organización para la captura por la fuerza de las mesas electorales. El motivo principal de ser miembro de un club político era la recompensa material inmediata en forma de dinero, comida y/o licor, distribuidos por los candidatos por intermedio de capituleros. Tal era la violencia que acompañaba los actos de sufragio en el siglo XIX que la "profesión" de elector se volvió rápidamente dominio de los componentes varones de las masas limeñas. Como señaló el periodista peruano Manuel Atanasio Fuentes, quien altivamente se apodaba el "murciélago", con respecto a la elección de 1855:

«He notado, sin embargo, yo el murciélago, que las mesas estaban rodeadas solamente de gente de color de luto y que un pequeño número de personas de tonos más claros permanecían detrás, a una cierta distancia, más como espectadores de la gran celebración».[32]

Con la reforma electoral de 1895 la violenta captura de las mesas electorales, que había sido patrimonio de los clubes políticos, llegó a

32. Manuel A. Fuentes, *Aletazos del murciélago*, 2ª ed., París, 1866, Vol. I, p. 97. Fuentes reúne abundante información sobre los comienzos de los clubes electorales en la política peruana. La mayoría de las detalladas descripciones de la formación y funcionamiento de esos clubes fueron escritas por Clemente Palma bajo el seudónimo de Juan Apapucio Corrales, *Crónicas político-doméstico-taurinas*, Lima, 1938.

UNMSM-CEDOC

su fin. Sin embargo, esos clubes y capituleros sobrevivieron, transformando sus actividades en la compra de votos y en la subvención de turbas para llevar a cabo manifestaciones callejeras como un medio de mostrar las capacidades de poder de sus respectivos candidatos. Como antes, remuneración concreta por servicios rendidos era el único estímulo de la participación política de las clases trabajadoras. Y la única opción real ejercida por los miembros de las masas urbanas la encontramos en el campo económico: cuál candidato o capitulero sería más generoso.

Esta visión "comercial" de la política fue más allá de los casos específicos de participación de masas, penetrando hasta las raíces del sistema político. Tradicionalmente, una función primordial del Estado peruano era el otorgamiento de favores políticos en la forma de trabajos, servicios personales y a veces pagos directos en especie. Debido a que la mayoría del pueblo no tomaba parte directamente en la conducción del país, la política parecía esencialmente un asunto de favores individuales y los gobiernos en el poder eran a menudo comparados con organizaciones de "caridad". Según un dicho popular, el Perú no era una república sino una "res pública", "un buey que ha ido al matadero y del cual todo el mundo puede coger un pedazo".[33] Los cambios de gobierno inevitablemente provocaban casi una invasión del Palacio de Gobierno por gente que competía por un pedazo de torta. Según el secretario personal de un presidente peruano, al asumir éste el poder, la carrera emprendida por la gente para obtener su favoritismo era inmediata y abrumadora:

«A veces digo que lo peor que le puede pasar a uno en política es ganar. Porque al día siguiente el ganador es la primera víctima. Porque uno tiene la casa llena de gente, pidiéndole su tarjeta, llamándolo por teléfono: 'recomiéndeme a este hombre, recomiéndeme a aquél, yo quiero esto, usted es mi amigo».[34]

Algunos políticos podían haber encontrado esta práctica desagradable; sin embargo reconocían que esto constituía una parte fundamental del proceso político. Para aquellos que recibían los favores del gobierno, el uso de la política para obtener beneficios personales no sólo era ventajoso materialmente, sino también bastante lógico. Un votante popular en la elección de 1931 explicó su adhesión a esta modalidad política en lenguaje bastante sencillo: "Una vez que los políticos llegan arriba, las masas van a pedir trabajos y toda una serie de co-

33. Alberto Guillén, *El libro de la democracia criolla*, Lima 1924, p. 98.
34. Pedro Ugarteche, Entrevista, febrero 13, 1971.

UNMSM-CEDOC

sas. Nadie ha regado el árbol para que se quede allí nomás, nadie. Todo el mundo fue a participar en la cosecha. Eso es todo ".[35]

La figura central y más visible en los mecanismos de la protección y el favoritismo era el presidente de la república. Especialmente en la mentalidad popular, alejada de los procedimientos cotidianos de la administración burocrática, el presidente era el gobierno. Ver al presidente como la autoridad suprema y, por lo tanto, como el distribuidor máximo de favores no era irreal dado el alto grado de centralismo que caracterizaba a los gobiernos peruanos desde fines del siglo XIX, los considerables poderes reservados por ley y costumbre al primer mandatario y la inclinación de varios de ellos por intervenir en asuntos tan banales como "el contrato de un portero o el despido de un empleado... porque la sicología nacional requiere que se haga así".[36]

Algunos presidentes pusieron mucho énfasis en su rol de patrón político consagrando mucho tiempo a las audiencias personales con sus fieles partidarios. La accesibilidad relativa de los mandatarios peruanos, su aparente omnipotencia y su atención al más humilde de sus "clientes", inspiraron la creencia de que la benevolencia presidencial resumía la mejor parte del sistema político, la parte más sensible a las necesidades del hombre común. Las relaciones políticas generadas no eran diferentes al tipo ideal de relaciones entre padres e hijos, profesores y alumnos, santos y suplicantes. Aunque la autoridad estaba claramente concentrada en el hombre de arriba, los de abajo podrían esperar que la muestra adecuada de deferencia y apoyo lo persuadiría a utilizar su poder en beneficio de ellos. Esta expresión elaborada de humildad hacia el político poderoso se volvió una forma principal del comportamiento político de las masas, especialmente en situaciones en que se pedía favores de aquellos que ocupaban posiciones de liderazgo. Como un escritor insistió ácidamente, "el pueblo fue a ver a los de arriba con elogios zalameros saliendo de sus labios y con sus manos abiertas, a la espera de recibir una ayuda, una propina, un ofrecimiento".[37] En la sombría estimación de otro, la política peruana era esencialmente un ejercicio de suplicar la caridad de arriba:

«Este sentimiento singular de caridad en el Perú se extiende a todas las áreas de la lucha por la existencia. Aquí se ruega por todo, desde puestos en las oficinas del Estado hasta el talento y la gloria... Nada es conquistado. Todo el Perú es un pueblo de mendigos... Nadie hace otra cosa que mendigar favores y protección del Estado y

35. Próspero Pereyra, Entrevista, marzo 4, 1971.
36. Pedro Dávalos y Lissón, *La primera centuria*, Lima, 1919-26, V. 1, p. 60
37. Gastón Roger, "Fuegos fatuos", *Mundial*, IX: 532, agosto 29 de 1930, 14.

UNMSM-CEDOC

el Estado está reducido a un hombre... y de esta persona que constituye todo el gobierno se espera todo».[38]

El contexto estructural en el cual vivieron las masas limeñas de principios de siglo reforzó los valores que habían adquirido gradualmente en la casa, en el colegio, en la iglesia y en el proceso político. La sumisión y dependencia hacia las figuras de autoridad junto con la sensación de impotencia que caracterizaba sus relaciones con individuos de estratos más altos, eran el resultado del contacto cotidiano de las masas con las realidades de su existencia tanto como el producto de creencias aprendidas. El monopolio tradicional de todas las formas de poder por los de arriba y la escasez resultante de los recursos de los de abajo tuvo un impacto decisivo sobre el desarrollo de la cultura política popular. La omnipotencia de la presidencia era simplemente el ejemplo más importante de la acumulación incesante del poder en el Perú. Una consecuencia de esta situación era el alto grado de dominación ejercida por el más poderoso sobre el más débil en todos los niveles de la sociedad nacional. En el taller el artesano dominaba al aprendiz. En la fábrica el maestro dominaba al trabajador. En el campo —el lugar de origen de un gran porcentaje de población urbana—, el hacendado dominaba al peón. Las condiciones de gran desequilibrio en la distribución del poder inducían al dominado a reconocer que su destino dependía en una gran medida de las iniciativas de los hombres que ejercían un desmesurado control sobre los recursos de la sociedad.

Dos tipos de actitudes emergieron de esta aguda división de la sociedad entre poderosos y desposeídos. Primero, los individuos de las clases populares privadas de poder vieron que su débil posición les impedía ejercer efectivamente control sobre su medio. Esta sensación de impotencia en un universo difícil y esencialmente hostil era un ingrediente primario en el desarrollo de una visión fatalista de la vida y favorecía la conformidad con la penuria. Segundo, las influencias dominantes ejercidas por las clases superiores hicieron que las masas dependieran de individuos de élite para lograr éxito en una amplia variedad de asuntos. La tendencia a esperar que iniciativas y recursos vinieran de arriba provenía en parte de la reflexión acertada de que éstos eran, en realidad, dispuestos en su mayor parte desde arriba. Bajo condiciones de amplio dominio, la deferencia y sumisión a las figuras de autoridad constituían una postura racional a adoptar. Por consiguiente, el individuo de las clases populares que discernía acerca de su propia incapacidad para administrar sus asuntos dirigía sus esfuerzos hacia la creación de lazos con personas de un estatus superior con

38. J. Eugenio Garro, "Caridad humana", *Claridad*, 1: 4, enero 1, 1924, 18.

UNMSM-CEDOC

la esperanza de que en el futuro éstas pudieran interceder a su favor. En la búsqueda de lazos con los de arriba, los miembros de las masas urbanas aceptaron implícitamente las grandes desigualdades del status quo y su posición subalterna en la jerarquía social. Además, muchos parecían haber sentido que les favorecía la altamente estratificada estructura social por el hecho de que las ventajas más tangibles que recibían venían a través de su adhesión personal a los representantes influyentes de esta estructura. En suma, el conocimiento de estos severos límites a su poder llevó a los componentes de las clases populares a concluir que lo mejor que podían obtener era un grado de protección paternalista de sus intereses básicos.

La escasez de poder en los estratos bajos de la sociedad urbana era una limitación importante para la formación de lazos horizontales con otros miembros de las clases populares para la acción colectiva por mejores condiciones de vida. El mismo sentimiento de carencia de poder que proscribía manifestaciones de agresión contra figuras dominantes causaba a veces hostilidades entre miembros de la misma clase social, los que se vieron enfrentados unos a otros por la obtención de una cantidad limitada de servicios provenientes de arriba. González Prada denunció fuertemente la veneración al "superior" y la noción de que el provecho personal para un hombre significaba necesariamente la pérdida personal para otro en sus mismas circunstancias:

«Me horroriza ver... el respeto servil dado a hombres vacíos y a instituciones apolilladas... Aquí no vivimos como hermanos bajo la sombra del mismo techo, respirando el mismo aire y amando las mismas cosas, sino más bien peleando por un rayo de sol, como gitanos en una feria; tratando sórdidamente de sacar ventaja el uno del otro como los tramposos en las mesas de juego; odiándose uno al otro.. » [39]

Ejemplos de esta hostilidad abundaban en la vida de las masas limeñas. Moradores de callejones mostraban un alto grado de desconfianza entre sí, insultaban generalmente a sus vecinos detrás de las puertas cerradas y a menudo llegaban a golpearse por el uso del caño o algún otro objeto de contienda. Inmigrantes de clases bajas, especialmente chinos, eran a menudo objeto de ira y violencia física, víctimas de hombres que temían que su llegada empeorara las condiciones de trabajo y aumentara la dificultad de encontrar nuevos puestos. Los líderes laborales se quejaban constantemente de la dificultad de presentar un frente unido en su lucha por salarios más altos y menos horas de trabajo, porque, de acuerdo a la declaración de un sindicato, "las posibilidades de lucha por nuestro sindicato están restringidas por

39. Manuel González Prada, *Páginas libres*, Lima 1966, V. II, pp. 156-57.

UNMSM-CEDOC

prejuicios, falta de confianza y una completa confusión sobre su rol social, lo que podemos comprobar por el absurdo criterio colaboracionista que gobierna las acciones de muchos miembros. . ." [40]

Otro obstáculo a la creación de movimientos de acción colectiva era la represión por parte de las autoridades políticas. Manifestaciones masivas de protesta, ya sea contra el alto costo de los alimentos, las malas condiciones de trabajo o las imposiciones despóticas o impopulares del régimen en el poder, acababan generalmente en choques con la policía y derramamientos de sangre.

El fichar y encarcelar eran procedimientos comúnmente empleados contra los líderes de los movimientos de las clases populares, a fin de desalentar cualquier acción que pudiera atentar contra el "legítimo" orden establecido. El uso extenso de encarcelamientos y deportaciones practicado por Leguía y la severa represión de las huelgas mineras por parte de Sánchez Cerro fueron dos ejemplos del recurso habitual a la fuerza para socavar la formación y las actividades de las organizaciones populares.

La propensión de los individuos de las clases populares a buscar lazos verticales, como medio de sostenerse dentro del conjunto social, era estimulada también por la existencia, desde el período colonial, de una extensa red de relaciones patrón-cliente. Estas relaciones exhibían tres características principales: involucraban a gente de estratos sociales y económicos desiguales; eran recíprocas; y eran llevadas cara a cara sobre bases comparativamente informales. Para el patrón, las relaciones conllevaban protección a sus clientes en las formas de ayuda económica —especialmente en momentos de enfermedad u otras crisis familiares—, ayuda en disputas legales, defensa contra la excesiva explotación por hombres poderosos, recomendaciones para trabajos y otros favores y consejos sobre la prudencia de acciones proyectadas. El patrón reunía, en esencia, los atributos de un guía y un padrino que actuaba en amparo de su humilde cliente en el mundo social "superior". Los mejores patrones eran esos hombres o mujeres que tenían considerable poder y eran lo bastante generosos para usarlo en la protección de sus dependientes.

Los clientes de las clases inferiores recompensaban a sus patrones tratándolos con deferencia y aprecio. En presencia del patrón, el cliente adoptaba una respetuosa postura y a menudo declaraba su sólida lealtad hacia su protector "amado". El celebrado satírico Abelardo Gamarra bosquejó los términos de un intercambio entre un patrón

40. Comisión Gráfica de Organización y Propaganda Sindical, *Manifiesto a los obreros gráficos,* Lima, 1930, p. 1.

UNMSM-CEDOC

y su cliente en su cómica descripción de una matrona de alta sociedad a quien llamó doña María Campanillas:

«Doña María Campanillas es un alto personaje del mundo filantrópico: 'ella es muy caritativa', la gente dice... esta caritativa mujer tiene una clientela especial, una cierta categoría de gente a la cual ella ayuda, o para la cual obtiene ayuda de las instituciones en que tiene influencia. Para pertenecer a su clientela usted necesita tantas o más recomendaciones que para obtener un puesto en la aduana... Una vez que Ud. lo haya logrado, entonces sí, no hay nada que hacer, sino consagrarse a la tarea de alabarla para merecer... ayuda para las pesadas necesidades de la vida... 'Qué buena es', 'Sí, es una santa', 'Hay mujeres caritativas pero ninguna como ella'. Tales son las exclamaciones de la gente que ella ayuda...» [41]

Específicamente en la esfera de la política, los clientes eran capaces de ofrecer tipos más tangibles de retribución a sus protectores. Mediante el voto, la asistencia a manifestaciones y la participación en otras actividades de apoyo a un movimiento político, contribuían directamente al ascenso político de su patrón.

Los tipos más comunes de relaciones patrón-cliente en la Lima pobre eran aquellas que involucraban compadrazgo. Escogiendo un padrino para un bautismo o un matrimonio, el individuo de las clases populares escogía al mismo tiempo un patrón a través del cual podría fortalecer su posición en la comunidad. El acto de "honrar" a un superior nombrándolo padrino tenía el propósito de ganar su confianza y por medio de ello inducirlo a dar trato preferencial a la persona que era su nuevo "compadre" o su ahijado. A través de la institución del compadrazgo los menos poderosos de la población urbana eran capaces de manipular sutilmente los mecanismos sociales de protección buscando esas personas con el más alto grado de generosidad. La importancia de la generosidad en las relaciones entre compadres aparecía claramente en un dicho popular sobre la elección de un padrino:

«Indigno padrino, con los bolsillos cerrados...
no tiene dinero y quiere tener ahijado...
Padrino feo, padrino arruinado
no tiene dinero y quiere tener ahijado...
¡Desgraciado!» [42]

41. El Tunante (pseud.) Abelardo Gamarra, *Rasgos de pluma: primera serie*, Lima 1911, pp. 138-40.
42. Néstor Gambetta Bonatti, *Cosas del Callao*, 1936, p. 123.

UNMSM-CEDOC

Para los integrantes de las masas urbanas, los padrinos típicos incluían los dueños de talleres, gerentes de fábricas, médicos, abogados, burócratas, políticos y hasta el presidente del país. Los únicos límites para escoger a un padrino eran aquellos de posible accesibilidad y generosidad. Esos lazos de patrón-cliente se extendían más allá de las relaciones entre conjuntos de individuos para permear la sociedad entera de arriba abajo. Como Haya de la Torre señaló en una ocasión: "Todo es hecho en Lima por medio de argollas" [43] y, en verdad, la primacía de relaciones clientelistas hizo que la vida de la capital pareciera girar alrededor de una extensa red de vínculos patrón-cliente. Para los hombres de todos los estratos sociales, la seguridad y el progreso dependían principalmente de quienes conocían, o, en otras palabras, de los contactos con personas de posiciones superiores en el sistema. Cuando alguien deseaba algo se comunicaba con un patrón particular, su compadre quizás, el cual, si no era capaz de ayudarlo en su necesidad podía a su vez llamar a una persona asociada a él para resolver el problema. Esta estampa clientelista en la vida era especialmente evidente en el dominio político. Bajo la forma de políticas patrimoniales, los líderes políticos estaban casi forzados a asumir el rol de patrón por el gran número de seguidores que les pedían favores personales. Un autor resumía la supremacía del clientelismo en el proceso político al afirmar:

«Todos nosotros hemos puesto nuestras esperanzas en el Mesías y nuestra maldición en el Canalla... ¿Quién es el Mesías? Nuestro amigo o el amigo de nuestro padre o de nuestro compadre o de nuestro amigo o de nuestro tío Perencejo.

¿Quién es el Canalla? El Canalla es el enemigo, el presidente olvidadizo que no dio una mano a nuestro amigo o al amigo de nuestro padre o a nuestro compadre o a nuestro tío Perencejo».[44]

O, como otro analista declaraba, la más alta figura del mundo político, el presidente, era en efecto, "el padrino número uno del pueblo está allí para dar una mano a sus ahijados..." [45]

Para las masas de Lima, la importancia de esos lazos crecía enormemente en momentos de crisis. Un factor fundamental en la profusión de relaciones clientelistas en todo momento era la percepción de

43. Víctor Raúl Haya de la Torre a Julio R. Barcos, Londres, junio 20, 1925, en Haya de la Torre, *Ideario y acción aprista*, (Buenos Aires, 1930, pp. 77-78).

44. Guillén, *Libro de democracia criolla*, p.40.

45. El Tunante (pseud.) Abelardo Gamarra, *Algo del Perú y mucho de pelagatos*, Lima, 1905, p. 50.

UNMSM-CEDOC

las masas de que disponían de escasos recursos con los cuales enfrentarse a su medio ambiente. Las situaciones de crisis actuaron para hacer los recursos aún más escasos y por consiguiente acentuaron la tendencia de los más necesitados a buscar vínculos de dependencia con patrones potenciales. Semejante situación de crisis se produjo en el Perú por la gran Depresión de los años 30. En parte, la respuesta entusiasta de las masas a los dos movimientos populistas que surgieron en esos años se debió al empobrecimiento creciente de los sectores populares urbanos. Esto los llevó a ver en los líderes de esos movimientos, Sánchez Cerro y Haya de la Torre, dos poderosos y aparentemente generosos patrones con los cuales era posible forjar lazos valiosos de dependencia personal, al menos a nivel simbólico. Por esto, lejos de radicalizar a las clases populares, la Depresión las indujo a responder a esas alternativas populistas materializando fielmente los modelos de dependencia personal a la esfera política.

UNMSM-CEDOC

UNMSM-CEDOC

JOSE CARLOS MARIATEGUI: SOCIEDAD CAMPESINA Y SOCIALISMO INDOAMERICANO

Alberto Flores Galindo

"Encontrar en lo que existe de más antiguo las cosas más nuevas"

MARX

"Unir dos fenómenos esencialmente distintos..."

PLEJANOV

José Carlos Mariátegui se propuso, después de su regreso de Europa (1923), pensar el socialismo en el Perú. ¿Era posible este proyecto? Años después, cuando Francisco García Calderón recibe un ejemplar de los *7 ensayos*, le envía una carta de respuesta para decirle que, sin negar la brillantez del libro, le parecía poco verosímil entender al Perú desde el socialismo: en esa parte de América no existían todavía los requisitos históricos del nuevo sistema social; un país carente de industrias y obreros, sin capitalismo, sumido todavía en la semifeudalidad.[1] Todo el sustento de esta objeción parece más evidente si consideramos que Mariátegui se proponía pensar autónomamente el socialismo. Aunque la revolución era un fenómeno mundial —su entusiasmo por el marxismo partía precisamente de 1917— no existía un *centro* sino que cada nación debía trazar su propio camino. Desde aquí, desde el Perú, el problema era cómo articular a una sociedad en apariencia atrasada, con lo que parecía la expresión más moderna del pensamiento occidental. El marxismo para Mariátegui formaba parte de una constelación en la que figuraban el pensamiento de Nietzsche, el psicoanálisis de Freud, el surrealismo de Breton, la física de Einstein. No se trataba, insistimos, de imitar o repetir, como acostumbraban hacer los latinoamericanos, sino más bien de recrear una idea, pero este esfuerzo no podía prescindir de las condiciones históricas.

1. De Francisco García Calderón a José Carlos Mariátegui, París, 13 de junio de 1929, citada por José Aricó, *Mariátegui y los orígenes del marxismo latinoamericano*, México. Siglo XXI, 1978, p. 72.

UNMSM-CEDOC

La obsesión por la originalidad fue una constante en la reflexión de Mariátegui; el socialismo como creación heroica. De esta manera, un intelectual peruano, al comenzar el siglo XX volvió a interrogarse sobre una antigua cuestión: la relación entre Europa y América Latina.

1. En los *7 ensayos* estaba contenida la respuesta a las objeciones de García Calderón. La clave radicaba precisamente en amalgamar lo más antiguo con lo más moderno. El Perú de Mariátegui era un país rural y campesino. La urbanización apenas comenzaba (Lima, 300,000 habitantes; Arequipa, 30,000; Trujillo, 20,000); más de un 80% de su población se distribuía en haciendas, comunidades indígenas o pueblos de mestizos. Siendo el socialismo ante todo una creación colectiva, hacía falta encontrar en ese medio rural el sustento para este proyecto. Por otro lado, la evolución histórica del país había generado una estructura social muy diferente de la europea. Mientras en el siglo XVI los conquistadores vivían dentro de un sistema feudal, en el mundo andino funcionaba un peculiar régimen de organización social, resultado de la relación entre un Estado fuerte y comunidades agrarias independientes; la conquista destruye la "superestructura" política, pero el colectivismo campesino consigue persistir hasta los tiempos de Mariátegui. Entonces, lo definitorio de la "realidad nacional" no era el atraso (como pensaría un escritor novecentista y establecido de Europa), sino una evolución histórica peculiar, una variante alternativa del camino occidental. Es así como se terminaba cuestionando tanto la noción de "progreso" como la concepción de una "historia universal". Brevemente, la imagen unívoca sustituida por la pluralidad: varias historias. Por eso también podían existir varias revoluciones. No había un camino al socialismo; cada país tenía que construirlo.

El comunismo agrario supérstite permitía que los campesinos pudieran admitir la conciencia socialista. Mariátegui, de esta manera, descubre que el socialismo no es sólo un problema urbano y apenas perceptible por los obreros. En el mundo andino, los campesinos podían hacer suya esta ideología si ella, lejos de cuestionar el colectivismo de las comunidades, proponía mantenerlo y desarrollarlo. Pero entonces hacía falta replantear la cuestión del sujeto de la revolución. En un país donde el proletariado era todavía muy débil, apenas en formación, todavía confundido con el artesanado (ciudades) o con los campesinos (minas y plantaciones), quizá era mejor pensar de manera más amplia en trabajadores, en una "clase trabajadora". ¿Quiénes la componían? La respuesta era muy clara: "... en el Perú las masas —la clase trabajadora— son en sus cuatro quintas partes indígenas. Nuestro socialismo no sería, pues, peruano —ni sería siquiera socialismo— si no se solidarizase, primeramente, con las reivindicaciones indíge-

UNMSM-CEDOC

nas".[2] Esas reivindicaciones eran la lucha contra el gamonalismo (la combinación entre servidumbre y poder local), la expropiación de los latifundios, junto con la defensa de la economía comunal y de todos los rasgos culturales que los campesinos supieron conservar y mantener a pesar del colonialismo y la opresión republicana.[3]

La articulación entre socialismo y campesinado resulta más necesaria si a esta altura recordamos que para Mariátegui el socialismo no se definía como la "concepción científica de la historia"; distante del pensamiento racionalista, no se sentía un hijo de la ilustración y pensaba, por el contrario, en relevar la importancia de la creación espontánea y la intuición. Es cierto que estas apreciaciones se nutrieron de lecturas europeas recientes (nuestro autor no era un chauvinista vulgar) como Bergson y Sorel, pero no nos interesan tanto las fuentes como las conclusiones: el socialismo era una práctica cuya validez dependía de la capacidad de encarnarse en las multitudes. El mito de nuestro tiempo. Marx, además de la crítica del capitalismo, puso los primeros elementos para edificar una concepción total del hombre y la historia. El socialismo estaba llamado a ocupar el lugar que en las almas tuvo antes la religión. Entonces, retornando a nuestra preocupación inicial, cuando Mariátegui se plantea el problema de repensar el socialismo en el Perú, no se está planteando una cuestión que puede ser resuelta por un intelectual en una biblioteca, compulsando textos; el verdadero desafío consistía en la posibilidad de elaborar un mito.

Socialismo y campesinado encuentran otro puente posible precisamente en la concepción del mito. En el Perú de Mariátegui existía un aliento milenarista: se desencadenan diversos motines rurales, rebeliones campesinas que reclaman la "vuelta al Tawantinsuyo", identificando a la sociedad incaica con un régimen justo, igualitario, al que es preciso y posible volver. No interesa discutir qué fue realmente el imperio incaico; lo cierto es que la identificación entre tradición andina y comunismo (o socialismo) era un producto de la imaginación colectiva, elaborado por intelectuales indigenistas pero también por esa esperanza en un retorno al pasado que alentaba en la rebeldía campesina. En cierta manera, en los andes, el mito existía. Por eso Mariátegui recoge esa frase, más que un poco dogmática, de Luis E. Valcárcel, según la cual a la sierra sólo le hace falta un Lenin para dar el salto revolucionario. Podría añadirse también que en su marcha hacia

2. Manuel Aquézolo, *La polémica del indigenismo*, Mosca Azul Editores, Lima, 1976, p. 75.

3. Todo esto constituye una síntesis demasiado apretada; en otra ocasión nos hemos referido a los aspectos contradictorios en el pensamiento de Mariátegui. Cfr. *La agonía de Mariátegui*, Lima, DESCO, 1982, segunda edición.

UNMSM-CEDOC

el socialismo, cuando todavía firmaba sus artículos con el seudónimo de Juan Croniqueur, quedó impresionado por el mayor de caballería Teodomiro Gutiérrez Cuevas quien, bajo el nombre de Rumi Maqui, trató de formar un ejército campesino para restablecer el imperio de los incas: en 1915, cuando en Lima todos vivían embelesados por el progreso, confiados en el futuro, alguien en el altiplano puneño rechazaba esta perspectiva para seguir el camino opuesto y marchar al reencuentro con el pasado.

Ubicado en esas coordenadas, se entiende mejor la defensa que realiza Mariátegui del indigenismo, porque aunque algunas de sus expresiones políticas fuesen poco radicales o inciertas, en el plano cultural, esos intelectuales de provincias como Valcárcel, Romero, Churata, abren otra posibilidad de vincular al marxismo con los medios campesinos. Podría decirse que en la edificación del mariateguismo, tan importante como la polémica con Haya de la Torre, fue el debate con Luis Alberto Sánchez en torno al indigenismo. Allí Mariátegui reconoce que todavía no tiene un programa pero que, por ejemplo, a través de la aleación entre indigenismo y socialismo se puede percibir un derrotero para la forja de un "nacionalismo peruano" (casi una redundancia, pero necesaria). Esta no es una aspiración individual. Lo que Mariátegui piensa en el terreno de la política lo intenta coetáneamente César Vallejo en la imaginación: fundar una nueva escritura que resultara también de la confluencia entre esas dos vertientes de la literatura peruana, pocas veces entrecruzadas, que eran el cosmopolitismo y el provincialismo,[4] escribiendo un texto que inscrito dentro del indigenismo fuese, también, vanguardista como *Trilce* (1922). El título tenía que ser una nueva palabra. Para Mariátegui la poesía vallejiana representa el "orto" de la literatura nacional.[5] Así debería ser también su socialismo.

A pesar de estas derivaciones, el colectivismo agrario sería, para muchos estudiosos del pensamiento mariateguista, uno de sus errores más graves. No faltan quienes tratan de disculparlo aludiendo a la falta de información, la escasez de estudios históricos, la ausencia de reflexión antropológica; pero no interesa discutir si fue un error o un acierto, lo que nos interesa subrayar es que por el camino de buscar la especificidad histórica del Perú, intentando fundar los rasgos de una "realidad nacional", Mariátegui terminó cuestionando la validez de un

4. "Vallejo es el primer escritor que reúne en una sola obra los impulsos disímiles que animan la vida cultural del Perú, concilia las influencias exteriores con los impulsos populares y cercanos, con el viejo espíritu del pueblo andino y consigue ser nuestro primer escritor universal, universal no por un afán cosmopolita sino más bien por un afincamiento en la tierra, en la provincia, en lo más familiar e inmediato", Washington Delgado: *Historia de la literatura republicana*, Lima, Rikchay Perú, 1980, p. 118.

5. José Carlos Mariátegui, *7 Ensayos...*, Lima, Amauta, 1978, p. 308.

UNMSM-CEDOC

centro mundial de la revolución, redefiniendo la concepción de una hegemonía proletaria, encontrando una vía alterna, es decir, creando el concepto de un *socialismo indoamericano*. ¿Qué posibilitó esta articulación del socialismo occidental con las tradiciones andinas o, en otras palabras, entre lo moderno y lo antiguo?

2. El Perú del 900 trasmitía la sensación de una sociedad rígida, jerarquizada e inmóvil: las dos primeras décadas del siglo fueron la edad dorada de la oligarquía. Pero estos rasgos más que describir a una estructura social, expresaban la ideología de una clase dominante sustentada en las finanzas, el comercio y, ante todo, en el dominio ejercido desde las haciendas sobre las masas indígenas. La imposibilidad del consenso en una sociedad escindida por fuertes contraposiciones culturales, la escasa eficiencia de los mecanismos represivos por la debilidad del Estado, obligaban a que esa reducida oligarquía, para dominar el país desde Lima, Trujillo o Arequipa, tuviera que suscribir una alianza implícita con los terratenientes tradicionales del interior. Los gamonales no se limitaban al control sobre su fuerza de trabajo (los colonos de las haciendas), sino que también, mediante la influencia decisiva sobre prefectos, alcaldes o diputados, extendían su poder en los marcos de las localidades andinas. Los Trelles en Abancay, los Lizares Quiñones en Azángaro, los Apaza Fuentes en Cailloma, los Manchego Muñós en Huancavelica, los Puga en Cajamarca. La enumeración podría continuar.

Para estos "linajes" de hacendados provincianos la permanencia era preferible al cambio. Aunque estaban muy bien informados de las modas y los avances que por entonces se daban en Europa, seguían optando por conservar la tradición. El inmovilismo de la hacienda andina, renuente a cualquier modificación tecnológica, con una vocación de autosuficiencia e interesada en mantener a sus colonos al margen del mercado, se trasmitía al resto de la sociedad. Una supuesta caballerosidad, rígidas normas de etiqueta, trabas para la movilidad social. Un mundo donde nada debía cambiar. Aquí nace la desesperación ante el tedio de periodistas como Juan Croniqueur o las angustiantes preguntas que Pedro Zulen dirige a Francisco Mostajo: "¡Oh, esto es la nacionalidad! La ausencia de visión de nuestras clases dirigentes, su falta de moralidad y patriotismo, nos tiene así. Hay un marasmo general. ¿Quién nos sacará de él? ¿Será la expansión económica que se filtra por el canal de Panamá? ¿Será una reaccion de nuestra clase media, arrastrando a la indígena y regenerando a su país por el amor de su propia raza? ¿Abrirán los ojos esos dirigentes entretenidos hoy en disputarse las partidas del presupuesto nacional?" [6]

6. *Archivo Zulen*, Correspondencia Zulen-Mostajo, Lima 2, 1912.

UNMSM-CEDOC

Sin embargo, el año 1912, con el ascenso de Guillermo Billinghurst al gobierno, se produce una primera fisura. Las manifestaciones multitudinarias que en Lima y Callao acompañan su arribo al poder, muestran que por debajo de la oligarquía limeña, existe una masa de trabajadores inconformes. Siete años después, se repetirá una versión ampliada del descontento: Lima queda paralizada en enero y mayo de 1919 por esos mismos trabajadores que reclaman la jornada de las ocho horas y protestan contra el alza de las subsistencias. Pero en esta ocasión, a diferencia de 1912, acontecimientos similares se producirán en Huacho, los valles azucareros del norte, los campamentos mineros de la sierra central y especialmente en el sur andino. Cusco y Arequipa se convulsionan por turbas que reclaman aumentos salariales y, como en Lima, la jornada de ocho horas.

Los acontecimientos urbanos se prolongarán en los campos del sur. El importante libro de Manuel Burga y Wilson Reátegui, *Lanas y capital mercantil en el sur*,[7] nos muestra cómo entre 1920 y 1922 estallan una serie de rebeliones en los departamentos de Puno y Cusco. Al principio parece repetirse el clásico enfrentamiento entre haciendas y comunidades, pero al poco tiempo el conflicto emerge en el interior mismo de la hacienda, quebrando las relaciones de dependencia personal y la rígida subordinación del campesino al gamonal. En algunos lugares, los colonos terminarán apropiándose de las parcelas que antes sólo usufructuaban. En otros, como el latifundio Lauramarca del Cusco (más de 60,000 hectáreas), los colonos controlarán la empresa hasta 1926 ó 1927. Aunque a la postre los terratenientes recuperarán sus propiedades, se había producido una grieta en el sólido edificio de la sociedad oligárquica.

¿Cómo entender esta quiebra del inmovilismo? ¿Cómo explicar que la grieta llegase hasta el interior de las haciendas? Para comprender la rebelión de los colonos es preciso considerar que bajo la monotonía reinante en la República Aristocrática —como dio en llamar Basadre al período comprendido entre 1899 y 1919— se va gestando la configuración de un mercado interior. Nos interesa subrayar que en los departamentos del sur andino, este proceso conducirá al surgimiento, entre los gamonales y campesinos, de un estrato social compuesto por comerciantes mestizos, profesionales e intelectuales. En ese nuevo medio social el movimiento indigenista terminará reclutando a sus más dinámicos propulsores. Entonces los reclamos de los campesinos encontrarán eco en las ciudades del sur, a veces un inusitado respaldo, como el de esos comerciantes que cuando la hacienda Lauramarca está en poder de los campesinos, siguen adquiriendo lana y, además, de las ciu-

7. Manuel Burga y Wilson Reátegui, *Lanas y capital mercantil*, Lima, Instituto de Estudios Peruanos, 1981, p. 49.

UNMSM-CEDOC

dades saldrán algunos agitadores rurales, obsesionados por organizar a los campesinos.

En Lima, Pedro Zulen y Dora Mayer organizan en 1915 la Sociedad Pro Indígena. Aparentemente sólo tienen una función altruista: enterarse de los reclamos campesinos y tramitarlos ante las autoridades. Pero en su órgano periodístico, *El Deber Pro Indígena,* se iniciará ese proceso al gamonalismo que luego Mariátegui prosigue en las páginas de *Amauta* y los *7 ensayos.* Esto no será suficiente y, al poco tiempo, la sociedad se organiza tejiendo a partir de una directiva central establecida en la capital, una red de asociados, colaboradores e informantes, que recorren pueblos y haciendas, indagan por la condición de los campesinos e incluso estructuran una verdadera investigación de largo aliento sobre la economía y la cultura indígenas. Verdadera antesala de una organización política.[8]

La rebelión de los colonos, sin embargo, no reposa únicamente en cambios provenientes del exterior como el desarrollo del capitalismo o la radicalidad de las capas medias; hace falta estudiar con más detenimiento las transformaciones producidas en las concepciones de esos campesinos antes sumisos y siempre alineados con los terratenientes para sofocar cualquier levantamiento rural. Sin ánimo de querer reemplazar esta tarea con unas pocas líneas, podemos sugerir que el punto de partida se encuentra en la Guerra del Pacífico, cuando ese conflicto internacional llegó a la sierra central del país y frente al ejército invasor se forman dos ejércitos campesinos: uno, espontáneo, que se recluta en las comunidades indígenas y otro a partir de las movilizaciones que los hacendados, empezando por el mariscal Andrés Avelino Cáceres, hacen desde sus haciendas. Termina la inmovilidad de los colonos de Junín, Ayacucho, Huancavelica, obligados a recorrer hasta en cuatro campañas los parajes de la sierra. A la postre ambos ejércitos acaban confundiéndose. Paralelamente, los objetivos campesinos terminan desplazando a los móviles nacionalistas, las haciendas son ocupadas y la lucha por la tierra en la región central se prolonga después de terminada la guerra. A los pocos años, el enfrentamiento entre el caudillo popular Nicolás de Piérola y el gobierno de Cáceres lleva a la formación de partidas de montoneros y grupos de guerrillas, compuestas por hacendados y sus colonos que, desde diversos lugares tan distantes como Huánuco o Piura, confluyen en la capital para enfrentar al ejército y terminan derrotándolo luego de tres días de combate: fue una verdadera movilización del país rural y provinciano contra

8. Estas observaciones se basan en la consulta del archivo de Pedro Zulen, conservado por su hermana. Mi agradecimiento por haberme permitido la lectura de esos testimonios tanto a ella como a Wilfredo Kapsoli, estudioso de *El pensamiento de la Asociación Pro Indígena,* Centro Las Casas, Cusco, 1980

UNMSM-CEDOC

la capital. Con esta coyuntura, en 1895, comienza lo que podríamos llamar el "Perú de Mariátegui".

Paradójicamente, la quiebra del inmovilismo termina produciéndose donde menos se hubiera podido prever. No en lo que parecía el eslabón más débil, sino precisamente en la retaguardia del sistema, en las áreas más tradicionales, donde el cambio era menos verosímil. Desde lo más atrasado surgía lo más nuevo. Aunque el protagonista no fuera cabalmente consciente de este hecho, es evidente a esta altura de la exposición, que el proyecto de Mariátegui (articular el socialismo con la tradición andina) se inscribía precisamente en el eje de la encrucijada, en el nudo mismo de los debates que definían el verdadero ingreso del Perú al siglo XX.[9]

3. Hemos señalado algunos elementos que limitan el horizonte ideológico de Mariátegui: la apertura de la imaginación con las nuevas corrientes intelectuales; el milenarismo indígena que desde el sur andino impresiona a los intelectuales limeños; esa verdadera "insurrección de las provincias" que fue el indigenismo.

9. La preocupación por los campesinos, el atraso y el socialismo en el Perú de Mariátegui, no era una problemática nueva en la historia del marxismo. Había sido planteada tiempo antes y en un país muy distante del espacio andino, por esos populistas rusos empeñados desde Herzen en buscar una vía alternativa al capitalismo, que no significase la destrucción del campesinado y que, superado el atraso, aboliese también la servidumbre y el absolutismo zarista. El parentesco entre mariateguismo y populismo fue advertido por Miroshevski (1941) como un instrumento ideológico para restar importancia a Mariátegui. El ensayo motivó la réplica de Jorge del Prado y Moisés Arroyo Posadas —dirigente y militante, respectivamente, del Partido Comunista Peruano— quienes argumentaron, por el contrario, el leninismo del político peruano. A la postre, parece haber estado más cerca de la verdad Miroshevski, pero de entonces a ahora, populismo y marxismo no aparecen, leída la correspondencia entre Carlos Marx y Vera Zasúlich, como dos concepciones radicalmente diferentes. Sabemos que Marx admitió como posible una vía de desarrollo basada en la comuna rusa.

Nos interesa también llamar la atención sobre la similitud en las problemáticas planteadas por intelectuales del Perú y Rusia, ambos inmersos en países campesinos, que parecían renuentes al cambio, ubicados entre el desafío del capitalismo y la occidentalización de una cultura (el fin del mundo eslavo y el ocaso del mundo andino). Si bien eslavófilos y populistas precedieron a indigenistas, no hubo ninguna filiación directa entre las ideas de unos y otros. Ambas problemáticas fueron mutuamente autónomas. Aunque los intelectuales peruanos no dejaron de reparar en las similitudes entre su país y Rusia. José Carlos Mariátegui comparaba el "mujikismo" y la literatura rusa prerrevolucionaria con el indigenismo, haciendo la salvedad de las diferencias de tiempo y espacio. De manera más clara, el tema fue planteado en 1933 por Luis Alberto Sánchez: "Hay el mismo acento de tristeza y renacimiento que en Rusia, en las masas campesinas del Perú, México y Bolivia. La situación política y económica es diversa, pero sin embargo, entre el boyardo y el gamonal suelen existir parecidos sorprendentes, así como entre el *mir* y la comunidad, el *mujik* y el indio. Netas coincidencias —sólo semejanzas pero no identidades— se reflejan en la vida literaria en forma elocuentísima. La novela americana tiende hacia el realismo trascendental de la rusa" (Luis Alberto Sánchez, *América: novela sin novelistas*. Librería Peruana, Lima, 1933, p. 131). Terreno propicio para la historia comparada.

UNMSM-CEDOC

Podríamos añadir, a la enumeración anterior, siquiera una breve referencia a esa significativa transformación cultural que fue la ampliación de la conciencia histórica de los peruanos. Todavía a principios de siglo, el Perú era pensado como un país nuevo, casi una tierra vacía, en todo caso apenas poblada por bárbaros cuando llegaron los europeos. Era posible escribir en 1907 un libro que como *Le Pérou Contemporain*, prescindía de la tradición indígena. Pero con el desarrollo de la arqueología primero gracias a un estudioso alemán afincado en el Perú, Max Uhle, y después mediante las excavaciones y los viajes de investigación de Julio C. Tello, se descubrió la existencia de un amplio trasfondo histórico. Los peruanos tuvieron que admitir que el siglo XX era apenas como la cabeza de un *iceberg* y que, en todo caso, esa enumeración de conquistadores, virreyes y presidentes era nuestra historia aparente, bajo la cual subyacía un mundo rico y desconocido que, a pesar de los criollos, seguía gravitando sobre la actualidad, como el inconsciente freudiano sobre la vigilia. Tello, además, argumentó el carácter autóctono de la cultura peruana y, precisamente en 1919, redescubre su matriz, pasando la cordillera, en las ruinas de Chavín.[10] De la misma manera que en el ensayo social Valcárcel avizoraba a una cultura indígena descendiendo de la sierra a la costa, Tello argumentaba que en tiempos remotos había ocurrido un proceso similar.

Esta ampliación de la conciencia histórica fue acompañada con la emergencia múltiple de una conciencia nacional. Necesidad perentoria a diferenciarse del extranjero. Entre 1900 y 1930, las inversiones americanas controlarán las mayores empresas mineras, petroleras, agrícolas e industriales del país. El mejor testimonio que podemos encontrar de este nacionalismo es que la bandera deja de ser un símbolo limeño y oficial; las fotos de la época la muestran acompañando mítines obreros, reivindicaciones campesinas, actos en la vida cotidiana de los campamentos mineros, etc. No sólo se pasa, como decía Jorge Basadre, de un nacionalismo pasatiempo a un nacionalismo problema,[11] sino que, además de una preocupación minoritaria, se llega a un sentimiento que embarga a amplios sectores sociales. El problema nacional es un problema colectivo. Entonces la aleación entre socialismo e indigenismo aparece como un reclamo histórico, casi, para emplear un término de Mariátegui, "una fatalidad".[12]

10. Durante la década del 20, Julio C. Tello (1880-1947) dirige la revista *Inca* y publica *Introducción a la historia antigua del Perú* (1921) y *Antiguo Perú — Primera Epoca* (1929).

11. Jorge Basadre, *Perú: problema y posibilidad*, E. Rosay, Lima, 1930, p. 245.

12. "El socialismo aparece en nuestra historia no por razón de azar, de imitación o de moda, como espíritus superficiales suponen, sino como una fatalidad histórica", prólogo a *Tempestad en los Andes* citado en *La polémica del indigenismo*, p. 139.

UNMSM-CEDOC

Pero todos estos problemas en realidad deben ser ubicados en el cuadro mayor de una época que se define precisamente por ser un momento de tránsito. Especie de encrucijada donde se produce un nuevo encuentro entre el Perú y Occidente: al comenzar el siglo XX estamos —gracias al canal de Panamá, el cable, la renovación del periodismo, los inicios de la aviación— más cerca de Europa, pero para superar cualquier encandilación, la catástrofe que fue la Primera Guerra invita a tomar distancias. Ocasión propicia para volver a preguntarse qué somos. Tras estos procesos mentales existe también una cruda realidad económica: la penetración del capitalismo en la estructura social del país, con lo que será visible a cualquier observador, desde Raúl Porras hasta Haya de la Torre, ese marcado desarrollo desigual que parece definir al Perú. Recorriendo nuestro territorio se podía ir desde el capitalismo más avanzado hasta los orígenes mismos de la civilización. Es la impresión que trasmite el álbum fotográfico elaborado por Garreaud. Los intelectuales de la década de 1920 experimentaron colectivamente ese viaje a las fuentes que años después realizaría Alejo Carpentier al remontar el curso del Orinoco, llegando a la misma conclusión: "América es el único continente en que el hombre de hoy, del siglo XX, puede vivir con hombres situados en distintas épocas que se remontan hasta el neolítico y que le son contemporáneos".[13]

Las disparidades económicas agudizan viejas tensiones étnicas y culturales. El capitalismo equivale en las áreas rurales a migración, desarraigo, destrucción de las culturas tradicionales. La cultura andina, obligada desde los tiempos coloniales al silencio y casi a la clandestinidad, comienza a soportar un nuevo embate, que la ubica como una cultura a la defensiva, con un destino incierto. ¿Era inevitable su ocaso o podría continuar resistiendo a la invasión europea?

La década de 1920, de esta manera, parece ser uno de esos "nudos" políticos y culturales a los que se refería Gramsci.[14] Momentos excepcionales donde se encuentran tendencias opuestas y contradictorias. Cuando en esas encrucijadas aparece un intelectual habituado desde niño a la observación, atento a los nuevos signos, apasionado por su "escena contemporánea" (empleo el título de un libro de Mariátegui), la historia amplía el horizonte de su reflexión, rompe los marcos estrechos de una conciencia convencional y hace posible la creación, la innovación, todo lo que puede condensarse en la palabra utopía.

13. Alejo Carpentier, *Razón de ser,* Imprenta Universitaria, Caracas 1976, p. 44.
14. Citado por Francis Guibal, *Gramsci, filosofía, política y cultura,* Tarea, Lima, 1981, p . 116.

UNMSM-CEDOC

HAYA Y MARIATEGUI: LOS DISCURSOS FUNDADORES

Carlos Franco

INTRODUCCION

En la década del 20 y con el gobierno de Leguía se inicia el primer proceso de modernización de la sociedad peruana. El mismo concluye con la crisis mundial de los 30 y la revelación de la fragilidad de la nueva articulación de la economía peruana con la economía mundial, especialmente con la de los Estados Unidos, promovida con optimismo por el "oncenio".

Al amparo de un complejo de procesos, que se retroalimentaron mutuamente, se fundó en aquella década la moderna cultura nacional sobre la base, que los años siguientes sorprendieron en su precariedad, del encuentro de las clases medias provincianas y citadinas con los movimientos campesinos, la naciente clase obrera y las demandas regionales. Si bien tal encuentro se origina en un movimiento endógeno, plural pero convergente, de los diversos grupos corrientes y organizaciones, que el lenguaje de nuestros días denomina nacional-populares y si es cierto también que el mismo tuvo un evidente carácter contestatario del gobierno leguiísta, no lo es menos que su desarrollo fue hecho posible, paradójicamente, por éste. En efecto, Leguía en cierto modo "abre" al exterior la cerrada sociedad peruana tradicional, no sólo en términos de intercambios económicos que portan, inscritas en los empréstitos, inversiones, maquinaria minera y fabril, procedimientos bancarios, etc., las creencias occidentales del "progreso" y la "modernidad", sino también en los de una atmósfera cultural cosmopolita en la que el Perú aparece ante la conciencia colectiva ins-

UNMSM-CEDOC

crito en los flujos culturales y políticos de un mundo internacional en expansión. A través de los nuevos vasos comunicantes con el exterior se filtraron entonces hacia nuestro país las informaciones sobre la revolución rusa, la crisis de postguerra, las corrientes europeas estéticas, políticas e ideológicas, el impetuoso desarrollo industrial norteamericano y su filosofía individualista y pragmática, la accidentada evolución de la revolución mexicana, la lucha antiimperialista en el continente, la reforma de Córdova y la balbuceante afirmación intelectual de una identidad latinoamericana. Resulta evidente el rol inductor y dinámico que estas informaciones tuvieron en la cultura nacional y en los diversos discursos de la inteligencia peruana movilizados intensamente por la necesidad de "medirse" en la interpelación y confrontación de los contenidos de la cultura internacional de su tiempo.

Pero la acción de Leguía contribuye en varios otros sentidos importantes a la generación de las condiciones en las cuales se produce el surgimiento de la nueva cultura peruana. Su presencia en el poder, como ha señalado Steve Stein [1] implicó, por primera vez en el siglo, la separación de la oligarquía del ejercicio directo de la conducción política del gobierno, circunstancia que ligada a su deliberada ruptura del partido civilista y al contenido reformista y democratizante de su mensaje público entre el 19 y el 23, que revalorizaba el aporte de la comunidad y la cultura indígena, garantizó, legitimando desde las alturas, el desarrollo de la crítica social al poder, la sociedad y la cultura oligárquicos. Con la modernización del Estado, la política de construcciones y carreteras, la promoción del comercio y la industria y la apertura a la inversión y a la banca internacional, Leguía promovió el desarrollo de la clase obrera, empleocracia y las clases medias liberales mientras su apoyo inicial a los movimientos universitarios por la reforma y su protección a los grupos proindigenistas movilizó a los nacientes grupos intelectuales regionales y limeños. El impulso al desarrollo urbano de la capital, como la conversión de ésta en el centro cultural del país, permitió a su vez el encuentro en ella de los distintos impulsos reformadores animados por las vanguardias intelectuales de Trujillo y Chiclayo en el norte, Arequipa, Puno y Cusco en el sur. De este modo, Leguía fue implantando las condiciones materiales y la atmósfera cultural bajo cuyo abrigo se produjo la primera generación de la *intelligentzia* política del país enraizada en el ascendente y diversificado movimiento nacional de los grupos y organizaciones populares. Fundadores y articuladores de las dispersas corrientes que expresaban y conquistaban el nuevo sentido común de las gentes, los miembros más visibles de la inteligencia peruana de la época no desconocieron los beneficios marginales que brinda el contacto episódico

1. Steve Stein, *Populism in Peru*, The University of Wisconsin Press. 1980.

UNMSM-CEDOC

con los puntos terminales de la burocracia pública. Allí están, para probarlo, los cargos ejercidos, antes de la emergencia intelectualmente independiente de sus talentos, por Haya de la Torre (secretario del prefecto del Cusco), Castro Pozo (funcionario del hoy Ministerio de Agricultura), o la beca al extranjero de José Carlos Mariátegui y los contactos de Valcárcel, Julio C. Tello, entre otros, con los grupos o instituciones del temprano Estado Leguiísta en formación.

Si el surgimiento de lo que hemos llamado la primera generación de la *intelligentzia* peruana reconoce como antecedentes la acción de Leguía y la emergencia de los nuevos grupos sociales y regionales, fue el impetuoso desarrollo de las ciencias sociales de la época el generador de la necesidad intelectual y política de una nueva imagen del país y de un nuevo proyecto nacional. En efecto, los nuevos conocimientos aportados por Tello y Valcárcel en arqueología e historia sobre el pasado andino e incaico, los estudios de Basadre sobre el Perú republicano, las investigaciones sobre la comunidad indígena de Castro Pozo, los análisis literarios de Sánchez, la sociología de Cornejo, la nueva educación de Encinas, los ensayos económicos de Ugarte y Solís, entre muchos otros, motivaron la elaboración de una nueva interpretación de la historia y la sociedad peruanas. Las demandas planteadas desde las ciencias sociales fueron moduladas por las orientaciones ideológicas provenientes, sea de la cultura anarquista del movimiento de artesanos y obreros, sea de la prédica democrático-libertaria de González Prada. Pero resulta evidente que el deliberado "ajuste de cuentas" con la generación del centenario y los grupos hispanistas, la resuelta confrontación con la retórica marxista de la Tercera Internacional y la crítica familiaridad con las corrientes políticas y estéticas europeas constituyeron los más inmediatos estímulos del autónomo y creativo curso seguido por los discursos intelectuales de la década.

Aun cuando la perspectiva de los años permite descubrir, más allá de la temática común, un compartido complejo de ideas-fuerza animando los discursos intelectuales de los 20, ello no reduce éstos a la unidad. Entre el discurso milenarista y mesiánico de Valcárcel anunciando el retorno al Tahuantinsuyo, el socialismo de las cooperativas de Castro Pozo, la aleación de la comunidad y la nación en el socialismo indoamericano de Mariátegui, el Estado Antiimperialista orientado al socialismo de Haya y la confluencia de la formación de la nación con el socialismo de Basadre existieron ciertamente consensos y disensos. A todos estos discursos los habitaba una íntima necesidad de cambio y la acendrada convicción de enraizarlos en la historia nacional y en el desarrollo de un pensamiento que absorbiera las ideologías surgidas en Europa sólo como condición de la afirmación de su propia autonomía. La experiencia rusa de los 17 les hizo comprender que la "revo-

UNMSM-CEDOC

lución socialista" era posible, pero la experiencia mexicana los convocaba a nacionalizar y continentalizar su contenido. Advirtiendo la original naturaleza histórica de la sociedad que pretendían transformar, reclamaron con orgullo el derecho a la disidencia teórica y práctica dentro de lo que consideraban el movimiento revolucionario internacional y afirmaron vigorosamente su independencia intelectual y política. Conscientes de formar parte de una generación, tanto nacional como latinoamericana, creyeron ser ejecutores de una "misión histórica", de una suerte de "mandato social" acunado en muchos de ellos por una actitud mesiánica y "trascedentalista". Ello fundó un sentimiento de responsabilidad política frente al país y su futuro que condujo a algunos a la acción pública. Percibieron la política entonces como campo de realización natural de su producción intelectual en la misma medida en que para ellos su temática intelectual se confundía con la interpretación y la transformación global de la sociedad de su tiempo. De este modo con ellos, como grupo, por primera vez en la historia del Perú, se unifican los roles de "intelectual" y "político". Pero conscientes de las distancias que separaban el contenido premonitor de su discurso de los contenidos de la conciencia de una sociedad básicamente campesina y de la necesidad de construir una nueva ética social sin la cual la revolución era imposible, se atribuyeron la responsabilidad de educar intelectual y moralmente al "pueblo", es decir, a "la nación". Intelectuales-políticos-educadores, fundieron la totalidad de sus vidas personales en una causa colectiva e histórica que les condujo a experimentar la transformación social como una intensa y apremiante necesidad subjetiva. Ninguno de ellos vivió lo suficiente como para verificar la realización de sus planteamientos iniciales y algunos cedieron después a las exigencias de los años y sus desencantos. Adelantados de un tiempo y una promesa incumplidos, la realidad les sorprendió con el desencuentro de su mensaje anticipador con la inmadurez de las conciencias de los movimientos populares en cuyo nombre actuaron y pensaron.

De todos estos discursos, dos sin embargo, ambicionaron fundar una visión indoamericana del cambio, interpelaron deliberadamente al marxismo eurocéntrico y permanecieron atados a la conciencia popular y a la acción política: los de Haya y Mariátegui. A ellos se dedica el ensayo siguiente.

AMERICA LATINA, MARXISMO Y DESARROLLO

Entre 1920 y 1930 dos pensadores y políticos peruanos, José Carlos Mariátegui y Víctor Raúl Haya de la Torre, invirtieron el sentido tradicional del enfoque marxista de América Latina y, al hacerlo, fundaron la primera teoría moderna de la dependencia.

UNMSM-CEDOC

El propósito de este ensayo es mostrar las bases conceptuales y la mutación metodológica que les permitió plantear la temática de la nación, el desarrollo y el socialismo como objeto central del pensamiento latinoamericano y de la revolución en el Perú.

En tal sentido, trataremos de revelar la operación intelectual que los condujo a cuestionar el enfoque según el cual es posible "pensar América Latina desde Marx" y proponer otro por el cual es posible "pensar a Marx desde América Latina". Invirtiendo el sentido de la concepción marxista tradicional, Haya y Mariátegui estuvieron en condiciones de superar teóricamente el marxismo eurocéntrico, que bloqueó la creatividad e independencia intelectual del pensamiento marxista de la región en las décadas siguientes, y enraizar conceptualmente la posibilidad de un desarrollo original del marxismo latinoamericano y nacional.

Al abrigo de este planteamiento, ambos se vieron obligados a desafiar la hipoteca europea que desarraigó el pensamiento regional sobre el desarrollo y a generar los fundamentos de una autónoma visión latinoamericana y nacional del mismo.

Antes de "entrar en materia" deseamos señalar que por la naturaleza de nuestro empeño y el conocimiento del lector sobre las obras de los autores, trataremos de economizar en lo posible las referencias directas. Finalmente, permítasenos advertir que nuestro análisis cubre el período 1920-1930 de modo que los juicios sobre Haya no hacen referencia a sus escritos y comportamientos posteriores.[2]

LA CONCEPCION COMUN

La visión eurocéntrica de América Latina se enraizó en las vanguardias políticas de nuestro continente a partir de dos vertientes del pensamiento marxista; una, más temprana, ligada a la Segunda Internacional; la otra, posterior, al movimiento comunista organizado en la Tercera Internacional. Pero, José Carlos Mariátegui y Víctor Raúl Haya de la Torre, en la década del 20, ensayaron pensar el marxismo desde América Latina. Los planteamientos heterodoxos surgidos de ese empeño los condujeron a discrepar sustantivamente de la visión y práctica de ambas corrientes y muy tempranamente sus enfoques fueron extrañados del cuerpo ideológico del marxismo oficial.

Si entiendo bien, en la fundación del "marxismo latinoamericano" por Mariátegui y Haya se encuentran dos ideas-fuerza cuya complementaridad me parece evidente: 1. La conciencia del carácter *original* de la

2. Lo que sigue a continuación es una interpretación de los textos de Mariátegui y Haya escritos entre 1923 y 1930.

UNMSM-CEDOC

realidad latinoamericana; 2. La percepción del marxismo como un instrumento de conocimiento y transformación de la sociedad.

La primera de ellas se expresó, entre otras, en la determinación de cinco clases de diferencias entre América Latina y Europa:

1. La pauta histórica del desarrollo latinoamericano rechazaba su comprensión a través del modelo unilineal de sucesión de modos de producción predicados para Europa. Ello era así no sólo porque ambos asumieron que el desarrollo de las autocentradas sociedades indígenas originales fue *interferido* por la conquista y el sistema colonial sino porque conjeturaron un modelo multilineal de desarrollo histórico. Esta conjetura, mucho más clara en Mariátegui, es explicable a partir de una matriz conceptual influida por el relativismo y la creencia en la existencia de plurales centros de iniciativa y desarrollo histórico.

2. A diferencia de Europa, América Latina no podía ser analizada a partir de un modo de producción central (capitalista para el caso de Marx y Europa). La especificidad del continente y, más precisamente, de las sociedades andinas, radicaba en la coexistencia de distintos modos de producción cuya histórica articulación se constituyó en su común objeto de estudio.

3. Ni las naciones ni el continente presentaban un principio organizador interno a sus sociedades que fundara su consistencia frente al exterior, como era el caso de las más adelantadas naciones de Europa. La invertebración nacional y continental se expresaba en la ausencia de un "principio técnico-racional" que articulara la producción; en la inexistencia de un "principio jerárquico-salarial" que uniformara la relación entre los grupos productores; en la carencia de una tradición histórico-cultural común a los grupos étnicos; en la evanescencia de un "principio político-estatal" que lograra, desde las alturas, lo que la producción, la relación social, la historia y la cultura no habían construido. En reemplazo de este principio interno, las sociedades latinoamericanas eran crecientemente organizadas por un principio exterior, ajeno a su control, que las constituían como "países de reflejo". En otras palabras, para Haya y Mariátegui, una característica original de las naciones latinoamericanas, frente a las europeas, era su "dependencia".

4. La originalidad del "paisaje social" latinoamericano que, a diferencia del europeo, se caracterizaba por:

a. La débil, y en otros casos inexistente, articulación entre las comunidades agrarias de autoconsumo, los latifundios gobernados por relaciones jerárquico-serviles, las plantaciones mecanizadas con relaciones

UNMSM-CEDOC

autoritario-salariales, los enclaves mineros y petroleros bajo control extranjero, las nacientes empresas manufactureras, el vasto conjunto de productores independientes, el creciente sector terciario. En lugar de un espacio económico nacional para los intercambios económico-financieros, las sociedades de origen indígena mostraban la desarticulación de mercados locales y segmentarios. En este sentido, los enclaves mineros, agrarios y los latifundios, centros mayores de las economías andinas, ejes del desarrollo hacia afuera y bases del poder extranjero y terrateniente, reforzaban el arcaísmo de la estructura económica al no ser capaces de fundar una demanda ampliada y un mercado nacional.

b. El desarrollo desigual, las disparidades regionales y locales, las distintas tradiciones históricas, los diferentes ritmos de crecimiento técnico, el estancamiento autárquico de las comunidades campesinas, los extensos espacios vacíos y las variantes étnico-culturales generaban condiciones de vida, cultura y trabajo radicalmente heterogéneas en relación con las que prevalecían en Europa.

c. La extraordinariamente diversificada gama de grupos sociales incluidos en heterogéneos modos de producción a los cuales les eran inherentes distintos criterios y escalas de distribución del poder, los recursos, el prestigio, los conocimientos y, lo que es tan importante como lo anterior, las identidades étnico-culturales. Con ello lo que queremos decir es que los grupos sociales se instituían pluralmente, con frecuencia de modo *concurrente, pero pocas veces de forma recíproca.* Es evidente, en este sentido, que la ausencia de un modo generalizado de producción y reproducción de la vida (existente sí en Europa) tornaba difícil el levantamiento de un patrón común de referencia, comparación y diferenciación, condición inexcusable para el surgimiento no sólo de una conciencia nacional que ligara a los grupos sociales entre sí, sino también para la conversión de éstos en "clases sociales".

d. La crítica parcelación de las conciencias y de los conflictos por el poder si los comparamos con el patrón europeo de la época. La coexistencia de movimientos indígenas milenaristas, rebeliones antilatifundistas, movilizaciones bajo el mando de caciques políticos locales, demandas regionalistas y anticentralistas dirigidas por los señores de la tierra, reclamos por el salario y/o la determinación de las jornadas de trabajo, protestas localmente circunscritas contra la presencia de empresas extranjeras, levantamientos contra "el fisco", etc., eran otras tantas expresiones, en el plano del movimiento político, de la heterogeneidad de las condiciones de vida, intereses y conciencia de los grupos sociales. El contenido, estilo y cobertura de la conciencia

UNMSM-CEDOC

social y los impulsos y conflictos sociopolíticos eran entonces inasimilables a los europeos.

5. El proceso económico y político latinoamericano no se desarrollaba dentro del marco de Estados nacionales independientes, como en Europa, ni dentro de sistemas coloniales, como era el caso de Asia o Africa, sino al interior de Estados independientes.

Por su historia, sus modos de producción, la inexistencia de un principio organizador interno, su fenomenología sociopolítica y el carácter de sus Estados, América Latina (pero más específicamente las sociedades andinas) era, entonces, una realidad "original".

EL MARXISMO COMO METODO

El reconocimiento de la originalidad de las sociedades andinas, uno de los cuatro sectores en que Haya clasificaba los países latinoamericanos, lo condujo, y con él a Mariátegui, a definir creativamente su relación con el marxismo. Este no apareció ante ellos como una concepción ideológica ni como una teoría cerrada sino más bien como un método de conocimiento y transformación de la sociedad. Es por ello que, en el plano de la teoría, Haya no experimentó ningún problema en asociar el marxismo con el relativismo histórico mientras Mariátegui lo hacía con el anarquismo de Proudhom, el historicismo de Croce, el vitalismo bergsoniano, el psicoanálisis freudiano para aludirse, finalmente, como "un marxista insuficientemente ortodoxo". Como reiteradamente lo afirmaron, el marxismo era para ellos un instrumento, pero no cualquier instrumento. Este, por adecuarse a las demandas de una realidad distinta en relación con aquella en la que se forjó originalmente y por expresar una concepción teórica heterodoxa, tendía a ser lo que los tecnólogos ecologistas llaman ahora una "tecnología dulce", un instrumental discreto, el nombre de una cierta flexibilidad intelectual. Ya el 27, en su mensaje al segundo congreso obrero en Lima, Mariátegui afirmaba: "El marxismo, del cual todos hablan pero que muy pocos conocen y, sobre todo comprenden, es un método fundamentalmente dialéctico. Esto es, un método que se apoya íntegramente en la realidad, en los hechos. No es, como algunos erróneamente suponen, un cuerpo de principios de consecuencias rígidas, iguales para todos los climas históricos, y todas las latitudes sociales. Marx extrajo su método de la entraña misma de la historia. El marxismo, en cada país, en cada pueblo, opera y acciona sobre el ambiente, sobre el medio, sin descuidar ninguna de sus modalidades". Haya, a su vez, el 28 concluía: "La doctrina del Apra significa, dentro del marxismo, una nueva y metódica confrontación de la realidad indoamericana con las te-

UNMSM-CEDOC

sis que Marx postulara para Europa, y como resultado de la realidad europea que él vivió y estudió, a mediados del siglo pasado. Si aceptamos que Europa y América están muy lejos de ser idénticas por su geografía, por su historia y por sus presentes condiciones económicas y sociales, es imperativo reconocer que la aplicación global y simplista a nuestro medio de doctrinas y normas de interpretación europea, debe estar sujeta a profundas modificaciones. He aquí el sentido, la dirección, el contenido doctrinario del Apra: dentro de la línea dialéctica del marxismo interpreta la realidad indoamericana. En lo que la interpretación de una realidad nueva, característica, complicada como es la nuestra, tenga que negar o modificar los preceptos que se creyeron universales y eternos, se cumplirá la ley de las contradicciones del devenir: la continuidad condicionada por la negación".

En este sentido, como se verá más adelante, ellos parecieron adherir a la idea que expresara no hace mucho Touraine cuando sostenía la necesidad de que los instrumentos de análisis se redefinieran cuando se pasa del estudio de las sociedades dominantes al de las sociedades dependientes.[3] Este enfoque de la metodología marxista equivalía a resignificarla y, por ello, a fundarla. Se trataba por tanto de producir el marxismo (para usar una expresión feliz de R. Paris)[4] en contacto con una realidad original y no de reproducirlo, como era el caso de los socialistas latinoamericanos de la Segunda o de los dirigentes del Buró Sudamericano de la Tercera Internacional. Como es obvio, el uso de *este* instrumental metodológico, por aplicarse a una realidad distinta a la europea, los condujo a negar las conclusiones que se elaboraron a partir de ésta. Por ello, Haya afirmó que el Apra era precisamente marxista por negar dialécticamente el "marxismo" y, por lo mismo, el marxismo de Mariátegui lo condujo a discrepar sustantivamente de las más importantes conclusiones formuladas por el Buró Sudamericano a partir de la aplicación del "método marxista" (entendido como "tecnología dura") a la realidad latinoamericana.

LA RELACION CON LOS "PARADIGMAS" DE MARX

Ahora bien, es preciso situar el pensamiento de Haya y Mariátegui en relación con los dos paradigmas interpretativos de Marx respecto al mundo oriental.

3. Ver A. Touraine: *Las sociedades dependientes: ensayos sobre América Latina.* Ed. Siglo XXI. México, 1978. Pág. 45.

4. R. Paris: *Mariátegui y Gramsci: algunos prolegómenos para un estudio contrastivo de la difusión del marxismo-sinopsis* (mimeo) Artículo presentado al seminario sobre "Mariátegui y la revolución latinoamericana" realizado en Sinaloa, México.

UNMSM-CEDOC

En un trabajo anterior[5], y en diálogo con José Aricó,[6] hemos afirmado la existencia de dos perspectivas en Marx, secuenciadas en el tiempo, acerca del "mundo oriental".

La primera visión a la que llamaremos "el paradigma eurocéntrico" y que comienza a concluir en 1858, parece sustentarse en el siguiente conjunto de creencias:

1. El desarrollo del capitalismo inglés y, en general, de la Europa Occidental, tiende a constituirse en una suerte de modelo prefigurativo del desarrollo que seguirían las sociedades orientales.

2. La expansión y penetración del capitalismo inglés, y europeo en general, en las sociedades orientales sería un decisivo factor de progreso para éstas.

3. La misión del capitalismo es la formación de un mercado mundial y la uniformación del modo de producción económico. Esa misión es percibida como inevitable e históricamente progresista.

4. Inglaterra y Europa Occidental en general son identificadas como el centro de la revolución mundial.

5. La clase obrera europea aparece como la clase revolucionaria y su liberación es la condición necesaria para la liberación de los pueblos de oriente y de las nacionalidades oprimidas de Europa.

6. La existencia de una relación subordinada de los movimientos políticos en oriente a los objetivos estratégicos e incluso tácticos del proletariado europeo de los países centrales.

Según mi opinión, el basamento valorativo y cultural de esta visión era la idea del progreso, el dominio del hombre sobre la naturaleza, la revaloración de la tecnología productiva y la laicización de la visión judeo-cristiana de la historia. El centramiento de estos valores en el fascinante objeto de su mirada (el análisis del modelo de desarrollo del capitalismo en Europa Occidental) contribuyó a configurar su visión del mundo oriental *a partir* de Europa.

5. Carlos Franco, *Del marxismo eurocéntrico al marxismo latinoamericano*, CEDEP, 1981. Lima. 112 páginas.

6. José Aricó, *Marx y América Latina*. CEDEP, 1980, Lima, 179 páginas. Existe una segunda edición de este libro publicada por Alianza Editorial de México en febrero de 1983 y que incluye un nuevo texto en el que el autor reformula el sentido de su planteamiento anterior. El tema de estos ensayos, la discusión del eurocentrismo en Marx, ha sido tratado por el propio Haya y Jorge Abelardo Ramos en la década del 60 (ver *El marxismo de Indias*. Editorial Planeta. Barcelona, 1973, 296 págs.) y luego por Oscar Terán y Emilio de Ipola (ver "En torno a Marx y América Latina" en la revista *Socialismo y Participación* Nº 13, marzo de 1981, Lima, págs. 63-72) y recientemente por Alberto Filippi.

UNMSM-CEDOC

Ahora bien, diversas posturas de Marx en la época parecen sustanciar nuestra calificación de este primer período del pensamiento de Marx sobre las sociedades orientales. Entre ellas citaremos las más conocidas:

a. La calificación de pueblos bárbaros o salvajes para aquellos que habitaban las sociedades orientales (ver, entre otros, el *Manifiesto Comunista de 1848*) y el desconocimiento de su capacidad de iniciativa histórica y de autodeterminación nacional.

b. La creencia en el carácter superior de la civilización occidental respecto de las de India y China y del carácter positivo de la intervención y penetración inglesa (ver artículos sobre India y China en 1853).

c. La aprobación de la intervención norteamericana en México, la sañuda crítica de "la personalidad mexicana" (ver Engels 1848 y Marx 1854) y el prejuicioso trato de Bolívar (1858).

d. La asociación de la población campesina con, para decirlo brevemente, las peores características del género humano (ver el mismo *Manifiesto...* o la primera edición de *La lucha de clases en Francia...*[7]).

La segunda visión de Marx, que implica el reconocimiento de una suerte de "descentración de la historia" y que surge en el examen de las experiencias nacionales de China, Rusia, Irlanda, etc., parece sustentarse en las siguientes ideas:

1. Rechazo del intento de transformar su teoría acerca de la génesis del capitalismo en Europa Occidental en una teoría histórico-filosófica que predice los procesos de desarrollo de todas las sociedades, en cualquier situación histórica en que se encuentren.

2. Reconocimiento de la heterogeneidad de los desarrollos económicos del mundo occidental y no occidental y de su conflictiva interde-

7. Para el análisis de esta primera visión de Marx me resultó útil leer el libro de José Aricó ya citado, así como, entre otros, los siguientes: S. Schram y H. Carrere d'Encause: *El marxismo y Asia.* Ed. Siglo XXI. México, 1974; R. Schlesinger, "La internacional comunista y el problema colonial". *Cuadernos de Pasado y Presente* (52), México, 1977; V. Melotti, *Marx y el Tercer Mundo,* Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1974; el primer capítulo de M. Caballero, "La internacional comunista y América Latina, La Sección Venezolana", *Cuadernos de Pasado y Presente* (80), México 1978; y ciertas secciones de S. Bloom: *El problema nacional en Marx: el mundo de las naciones,* Biblioteca del Pensamiento Socialista, Ed. Siglo XXI, Buenos Aires, 1975. Sólo después de escrito el presente trabajo tuve acceso al excelente texto de Lelio Basso: "Marxism faces to the problems of the socialist revolution in the underdeveloped countries", en *Socialism in the World Year Third,* Beograd 1979, número 15, cuya lectura recomiendo al lector interesado en el tema.

UNMSM-CEDOC

pendencia. Percepción de la subordinación del proceso de acumulación de los excedentes en los países no europeos respecto de los europeos y de las consecuencias del carácter colonial de la articulación política entre ellos.

3. Previsión del desplazamiento del centro del proceso revolucionario del mundo occidental al no occidental y constitución de la revolución nacional de los países dependientes en condición de la revolución social de los países europeos.

4. Examen de la posibilidad histórica del pasaje de las sociedades orientales al socialismo sin el tránsito necesario por la estación capitalista. Apertura a la posibilidad, para el caso de Rusia, del pasaje al socialismo basándose en la existencia de instituciones campesinas comunitarias.

5. Percepción de la existencia de distintos sujetos históricos del movimiento revolucionario en sociedades asiáticas y/o coloniales (campesinado, pequeña burguesía, embrionaria clase obrera, intelectuales) vis a vis de aquellos de las revoluciones en sociedades europeas y capitalistas.

6. Afirmación de la distinta naturaleza de las tareas requeridas para la transformación de las sociedades asiáticas y/o coloniales (independencia política, revolución agraria, protección industrial y comercial) en comparación con aquellas a realizarse en sociedades europeas y capitalistas.

Este enfoque se expresa básicamente en:

a. El reconocimiento de la comuna campesina rusa como punto de apoyo de la regeneración social de Rusia.

b. La proposición de un programa para librar a Irlanda de Inglaterra que considera la necesidad de gobierno propio, revolución agraria y tarifas protectoras contra Inglaterra.

c. La defensa cada vez más firme de los movimientos nacionales en India, China y las protestas, aunque más bien con una fundamentación ética, contra la intervención anglo-franco-española en México.

Importa señalar, antes de proseguir, que el pasaje de un sistema interpretativo a otro, no es suficientemente claro no sólo en el plano del contenido sino también en el de los tiempos. Contribuye a esta impresión, el carácter más bien intermitente de la preocupación de Marx por esta temática y los traslapes de su pensamiento con el de Engels sobre el particular.

UNMSM-CEDOC

Ahora bien, el pasaje, aunque lento y elusivo, de un esquema interpretativo a otro implicaba, como Aricó ha señalado, una vasta alteración de los centros de referencia del pensamiento de Marx. Si tal pasaje ocurrió fue porque la concepción centralizadora de la historia del desarrollo capitalista en el mundo, a partir de un modelo europeo occidental que se generaliza y somete al oriente a su regulación, cedió paso a una concepción por la cual se descentra la historia del desarrollo industrial y los procesos nacionales son reconocidos en su pluralidad. Este enfoque debió estar vinculado a su visión acerca de la multilinealidad de los pasajes históricos de los antiguos modos de producción. No escapará al lector que el contenido de su última visión le hubiera permitido asomarse a los plurales y específicos caminos a través de los cuales se construyeron los desarrollos históricos de las sociedades no occidentales. El desconocimiento por el "marxismo histórico" de los textos en que esta concepción se expresa reforzó por varias décadas el paradigma eurocéntrico y la incomprensión del carácter que adoptó el desarrollo en "oriente" y en América Latina.

Es evidente que ni Haya ni Mariátegui conocieron las obras de Marx a través de las cuales se expresa el segundo momento de su pensamiento, aquél en que "la historia se descentra", y que sólo accedieron parcialmente a los libros en que el pensamiento de aquél sigue atado al paradigma eurocéntrico. Sin embargo, una lectura atenta de sus textos del 20-30 indica su ubicación en la perspectiva del segundo Marx. Creo, en este sentido, que cualquier lector con ánimo desprejuiciado observará la relativa identidad de sus puntos de vista con aquellos que venimos de señalar: el rechazo del modelo capitalista europeo como prefiguración y espejo del desarrollo de las sociedades orientales; el reconocimiento de la conflictiva interdependencia entre occidente y oriente; el carácter nacional de los movimientos independentistas; la valoración del campesinado y los intelectuales; el papel de la comunidad agraria en la determinación del cambio social, etc. Ciertamente ambos difirieron en sus grados de libertad con respecto al paradigma eurocéntrico de Marx, pues mientras Haya intentaba una negación simétrica del mismo (recordemos sus citas frecuentes a los escritos de Marx sobre la India y aquellas, más amplias, a Engels), Mariátegui no pareció experimentar la necesidad de elaborar su discurso en contienda con aquél (situación condicionada también por lo que, creo, fue su menor contacto comparativo con los textos de Marx y por su entrelazamiento con la cultura italiana de la época). Estas diferencias en sus relaciones con Marx terminaron expresándose en sus distintos caminos entre el 28 y el 30. Pero lo que quiero indicar aquí es que la relativa identidad de sus puntos de vista con los del segundo Marx, al no mediar el conocimiento de las obras en que éste los expresa, da

UNMSM-CEDOC

cuenta de un proceso *creativo e intelectualmente independiente* de formulación teórica. Reafirmando la autonomía intelectual como condición necesaria (aunque no suficiente) para avanzar en el conocimiento de la realidad y en la elaboración teórica (idea cuya aceptación entre los marxistas latinoamericanos es de reciente data), Mariátegui y Haya estuvieron en condiciones de fundar una aproximación inquisitiva y elaborar un interrogatorio consistente a la realidad latinoamericana que se expresó en la construcción de una primera teoría marxista de la dependencia, cuya calidad es, por lo menos para mí, claramente superior a otros intentos realizados en el Tercer Mundo en la misma época.

LA AUTODETERMINACION HISTORICA

Pero, ¿cuál fue la temática central de la reflexión de Haya y Mariátegui?

Ella fue la autodeterminación histórica de las sociedades andinas. Por tal entiendo la recuperación de la capacidad de las naciones con tradición indígena y, en general, del continente para radicar en su interior las decisiones centrales a través de las cuales se procesa el desarrollo de sus identidades. Como veremos más adelante, ello planteaba la necesidad de analizar un conjunto de temáticas internas al tema central: perfil del proceso de desarrollo, la vinculación entre la construcción de la nación y del socialismo, la concepción del imperialismo y del tipo de dependencia latinoamericana, la constitución de los sujetos sociopolíticos, la modalidad de su organización política, el tipo de Estado a construir, etc., etc.

Es interesante, en este sentido, recordar la concepción de Haya acerca del imperialismo y su papel en la definición de la dependencia económica y política. Es evidente para mí, que ella se constituye en oposición simétrica tanto a la expresada por Marx en sus famosos escritos sobre la India como a la de Lenin. Su definición del imperialismo se organiza a partir de los efectos que genera su presencia en "indoamérica". Aceptando que, desde Europa y los Estados Unidos, él es la última etapa del desarrollo capitalista Haya afirma que, mirado desde Latinoamérica, el imperialismo es la primera etapa del capitalismo. En tal sentido, las pequeñas industrias manufactureras de carácter casi artesanal surgidas anteriormente, son calificadas como un esbozo de industrialización de dificultoso desarrollo no sólo por el contexto tradicional en que operaban sino por la posterior competencia de la manufactura extranjera y la radicación de la inversión externa. El efecto del imperialismo en el desarrollo económico es doble, pues mientras por un lado inicia la industrialización por la maquinaria, pro-

UNMSM-CEDOC

cesos tecnológicos, división especializada del trabajo, conversión del campesino en obrero, incremento de los ingresos, generación del sindicalismo moderno, etc., que introduce en la economía nacional, por otro lado detiene el desarrollo de una burguesía nacional, abate al pequeño y mediano comercio, refeudaliza el campo, destruye las comunidades campesinas vecinas y se apropia del control de las condiciones del proceso de industrialización. Se constituye así la teoría de la doble faz, positiva y negativa, del imperialismo. Ello, si lo observamos bien, es la traslación a su visión del imperialismo de la doble misión —civilizadora y destructiva— que Marx atribuyó a la presencia inglesa en la India. Y como en el caso de Marx, Haya define el carácter "positivo" del imperialismo en "indoamérica" a partir de una comparación con los sistemas técnicos de producción anteriores y presentes en la sociedad tradicional. Sin embargo, al definir el carácter "negativo" de aquél se aparta sustantivamente del enfoque de Marx en dos sentidos: en primer lugar, al definirlo en un sentido distinto en relación con el pasado; en segundo lugar, al analizar la naturaleza de su influencia en el proceso de desarrollo futuro. Veamos. A diferencia de Marx, Haya no califica en términos morales la penetración imperialista, es decir, no la juzga principalmente en relación con la calidad de los métodos empleados, o con la destrucción de las formas originales de vida y los infortunios personales o sociales que genera. Más bien, su crítica la orienta a la cancelación que comporta de un modo de industrialización nacional alternativo y a la formación de una burguesía nacional. Pero las diferencias con Marx son mucho más importantes en el segundo sentido. En efecto, mientras éste asociaba la presencia británica con la implantación de las bases de la civilización industrial en Oriente, el surgimiento del proletariado fabril y el desarrollo económico vía la articulación de la economía hindú con la economía capitalista mundial, Haya sostiene exactamente lo contrario para América Latina. El mismo se desarrolla del siguiente modo: *a)* la producción de los enclaves no es "casi nunca industrial" (en el sentido de transformadora) sino extractiva de materias primas; *b)* dichas empresas son subalternas de la gran industria de los países desarrollados; *c)* la primera etapa del capitalismo (imperialismo) "no construye la máquina", ni forja el acero, ni fabrica los instrumentos menores de producción. Unas y otras, así como las manufacturas, son importadas del exterior. El desarrollo industrial sigue la orientación definida por el interés de los inversionistas y esa orientación es definida en las casas matrices del extranjero. Por ello, la primera etapa de industrialización es lenta e incompleta; *d)* la maquinaria y las manufacturas importadas copan el mercado y la competencia en éste es cancelada por el monopolio extranjero; *e)* el desarrollo de "la industria pesada", originada en Europa y los Estados Unidos por la demanda interna y la integración

UNMSM-CEDOC

de las ramas productivas, no se reproduce en América Latina precisamente por la ausencia de estas condiciones; *f)* el proceso de industrialización, entonces, no se generaliza al resto de la economía sino que refuerza su arcaísmo; *g)* por lo tanto, tampoco extiende el proletariado industrial y el que genera está lastrado en su capacidad de desarrollo por la baja calidad de los procedimientos técnicos que emplea y por experimentar su situación como ventajosa (vía la diferencia de sus ingresos) vis a vis de su antigua condición campesina. Como se observa, el enfoque de Haya se encuentra en las antípodas del "primer Marx".

El pensamiento de Mariátegui sobre el particular es menos preciso por el carácter elaborativo de su formulación, la tensión generada por el conflicto simultáneo con Haya y el Buró Sudamericano de la Tercera Internacional y la necesidad de diferenciar su posición.

Luego de describir el progresivo desplazamiento del poder británico por el norteamericano y la incursión del capital extranjero en la minería, el petróleo, las plantaciones azucareras, el comercio y las finanzas, Mariátegui observa el entrelazamiento dependiente de la economía peruana respecto a la norteamericana, vía el incremento de las exportaciones, importaciones y el endeudamiento público. En el Perú, el desarrollo capitalista interno había surgido lastrado en sus posibilidades por la carencia de "una clase burguesa capaz de organizar un Estado fuerte y apto", su enlace con la aristocracia de la tierra, el poder del latifundismo, el control bancario por los terratenientes y la finanza extranjera y la ausencia en ella de toda aptitud empresarial.

El imperialismo, sin embargo, cumple una función modernizadora vis a vis del latifundio al incrementar la productividad, los procedimientos técnicos y los salarios en aquellas líneas de producción en las que, por su propio interés, decide invertir. Más aún, en su "Punto de vista antiimperialista", al sostener que los objetivos económicos de la inversión imperial son distintos a los de la clase latifundista, Mariátegui llega a admitir que el imperialismo puede eventualmente inclinarse por una democratización de la propiedad agraria y un relativo proceso de industrialización. Sin embargo, en la exposición de la delegación peruana en la reunión de Buenos Aires del 29, concordada previamente con Mariátegui, se sostiene que "bajo ningún concepto creemos que la penetración imperialista sea un factor progresista" y que ella "deforma el proceso capitalista normal". Desafortunadamente, la desaparición del último libro de Mariátegui nos priva de un elemento fundamental para evaluar la naturaleza de su enfoque. Sin embargo, también en este caso nos encontramos con una visión distinta a la de Marx eurocéntrico.

UNMSM-CEDOC

Mariátegui, pero también Haya, distinguieron el problema de "la nación" del de "las nacionalidades". Mariátegui, en este sentido, se opuso a considerar el problema quechua y aymara como el de nacionalidades oprimidas cuya liberación debía adoptar la forma de Estados independientes, separados del Estado peruano. Por ello, su punto de vista fue contrario al del Buró Sudamericano de la Tercera Internacional. Haya, por su parte, criticó acremente la posición comunista.

Ambos reconocieron el contenido étnico-cultural de las reivindicaciones indígenas pero creyeron posible incluirlas dentro de una perspectiva socioeconómica más global para la cual los indios eran definidos, sea como siervos, sea como comuneros, pero siempre como campesinos. De este modo, el contenido étnico-cultural de sus reivindicaciones debía expresarse a través de la lucha contra el latifundismo y por el control de la tierra. En este enfrentamiento, los indígenas revelarían su identidad en el desarrollo de una de sus más antiguas instituciones, la comunidad campesina. Convertir a ésta entonces en el eje de la reorganización del campo implicaba satisfacer simultáneamente la demanda étnica cultural y clasista del movimiento indígena. En este sentido, Mariátegui y Haya, como Marx en relación con la comuna rusa, afirmaron a la comunidad indígena como base de la renovación social del Perú. Para ello era preciso, coincidiendo igualmente con Marx, tecnificar sus procedimientos productivos, industrializar sus actividades y modernizarlas como cooperativas agrarias. Mariátegui, con mayor claridad que Haya, vio en la comunidad la expresión de una tradición nacional, en la cual se soportaba internamente la idea socialista proveniente de Europa y consideró preciso fundar en ella la posibilidad de la construcción del sistema socialista en el Perú. Este enfoque pareció basarse en un análisis de la evolución histórica de la propiedad de la tierra en los países andinos de una notable similitud con aquella que Marx advirtió en Rusia. En efecto, en su Informe sobre el problema de las razas se pregunta: "¿cómo podemos explicar, dentro del violento proceso de la conquista, de la formación de 'reducciones', de los cambios vastos y profundos realizados por las 'composiciones', la persistencia de las comunidades?, ¿cuál momento más propicio tuvieron éstas, después, para evolucionar... que los decretos de las nuevas repúblicas, tendientes todos, directamente a la formación de la propiedad privada?", para concluir: "Verdaderamente, no creo que se pueda afirmar que el carácter del colectivismo primitivo ha sido el de evolucionar a la propiedad privada, cuando las comunidades que han seguido siendo atacadas y fragmentadas por todas partes, por un siglo más de explotación burguesa-republicana, subsisten en un número tan grande y

UNMSM-CEDOC

asoman su cuerpo vigoroso y siempre joven a los albores de una nueva etapa colectivista".

Pero siendo el contingente indígena un eje fundamental de la construcción de la nación no era el único. Contra corrientes milenaristas que proclamaban el retorno al incario y la identificación de la nación peruana con el movimiento indio, Mariátegui y Haya se abrieron a la consideración de los grupos criollos y de las variantes mestizas surgidas de la colonia a quienes percibieron como sujetos étnico-culturales portadores parciales de la nación. Y en tal sentido, reconocieron la necesidad de un proceso de convergencias que, respetando la legitimidad de las diversas parcialidades culturales, permitiera forjar una cultura nacional.

La transformación de la clave socio-étnica en una clave socioeconómica, como criterio para redefinir el problema nacional, los condujo a conceptuar el proceso histórico de formación de la nación como el producto de la articulación de los sujetos sociales bloqueados en su desarrollo por el imperialismo y la clase latifundista en el poder. Campesinos, obreros, artesanos e intelectuales fueron percibidos entonces como titulares de la nación y portadores del proyecto orientado a la reapropiación colectiva de la capacidad de decisión. Es así como el concepto de la nación estructura su concepción del Estado y su concepción de partido. En el partido y en el Estado deberían encontrarse los sujetos de la nación con lo cual uno y otro se convierten en instrumentos de su realización. Pero, ésta, a su vez, sólo es posible a través de un proceso de desarrollo orientado por los mismos intereses que operan en el partido y el Estado. De este modo, pues, la nación se convierte en "la esencia" del partido, del Estado y del desarrollo.

Como se observa, este enfoque de nación, sumariamente descrita por otro lado, funda una perspectiva cualitativamente diferente a la que encontramos en cualquiera de las etapas del pensamiento de Marx.

EL PROBLEMA DEL PODER, LA NACION Y EL SOCIALISMO

El control del Estado por la alianza del imperialismo y el latifundio, articulación a través de la cual el Estado se perdía para la nación y el desarrollo se enajenaba al exterior, planteó a Haya y Mariátegui el problema del poder. Pero plantearse el problema del poder implicaba, en las condiciones del paisaje social latinoamericano, descubrir un principio político organizador de la nación, identificar sus sujetos históricos y construir una forma de organización política de los mismos. Habida cuenta de la heterogeneidad de las condiciones de existencia, la desarticulación de los sujetos sociales, la fragmentación de sus conciencias y la pluralidad de sus impulsos por el cambio, cada uno de ellos

UNMSM-CEDOC

percibió la radical incapacidad de cualquiera de los grupos sociales para vertebrar, por sí mismos, el movimiento nacional contra la dominación extranjera y por el desarrollo independiente. Oponiéndose a la concepción "clasista" y a la tesis de "clase contra clase" de la Tercera, ellos estuvieron de acuerdo hasta fines del 27 en la idea de un movimiento nacional operado por la convergencia política de obreros, campesinos, intelectuales, artesanos y productores nacionales. Cada uno de esos grupos sociales, por su enraizamiento histórico simultáneamente socioeconómico y étnico-cultural portaba parcialmente la nación y, por tanto, el desarrollo de la identidad nacional se fundaría en un movimiento interclasista basado simultáneamente en la definición de la política como articulación consciente y prospectiva de lo diverso y en la presión por la unidad surgida del activo conflicto con el imperialismo y el latifundismo. La ruptura del Apra el 28, dirigida hasta ese entonces por Haya desde el exterior y por Mariátegui en el interior, dio cuenta de las diferencias en el enfoque de este movimiento. Esas diferencias se expresaron en relación con cuatro temas de crucial importancia: la visión de los grupos sociales, la sede en que se estructura el proceso articulatorio, la modalidad política y organizativa de la articulación y la relación del movimiento nacional antiimperialista con el socialismo.

En relación con el primer problema, Haya dudó sistemáticamente de la capacidad de los sujetos sociales para construirse autónomamente como sujetos políticos y decidir voluntariamente su articulación en un movimiento convergente. Su visión del campesinado era tributaria de la despectiva concepción del "primer" Marx para el cual aquél era poco menos que la expresión de la "barbarie". En este contexto, Haya se apoya, no por azar, en la calificación que Engels hacía de los trabajadores del campo como "máquinas de trabajo, no hombres" para soportar sus propios juicios, que variaban entre la consideración de su "primitivismo" hasta el de su "ignorancia". La naciente clase obrera se le aparecía como "joven e inexperta", mientras los pequeños productores industriales carecían de la capacidad para desarrollarse por propia iniciativa. Su juicio respecto a la clase media era más matizado y a un sector de ella le atribuyó un rol importante en la dirección política del Estado. No es casual entonces que Haya usara el símil del "niño" para caracterizar, en uno de sus primeros libros, la condición de las incipientes clases sociales en sociedades dependientes tradicionales. Mariátegui, en cambio, orientaba su mirada hacia las experiencias campesinas que dieran cuenta de su vitalidad, de su disposición para organizar su defensa o su capacidad para adaptarse flexiblemente al uso de nuevas técnicas productivas. Reconociendo las drásticas limitaciones de la naciente clase obrera, la comparaba favorable-

UNMSM-CEDOC

mente con las clases obreras asiáticas de los países coloniales, reconocía su capacidad organizativa, su cultura anarquista y su vocación de autonomía. Y aunque su juicio sobre las "clases medias" las devaluó entre el 28 y 29, reconoció el extraordinario fermento intelectual que las sacude en la década. De este modo, ambos resuelven de maneras diametralmente distintas el complejo problema que las sociedades campesinas plantean a sus intelectuales y políticos revolucionarios.

La distinta visión de los grupos sociales tuvo vastas consecuencias en la respuestas que Haya y Mariátegui encuentran para los restantes problemas. En efecto, Haya entiende que la sede natural de la articulación es el Estado, el cual se le aparece como la instancia dotada del poder necesario para *imponer* un principio de organización y unificación de las parcialidades sociales. Por tanto, la articulación se produciría en un movimiento descendente y autoritario que le permite al Estado construir la nación. Pero operar este proceso histórico desde las alturas supone resolver el problema de la presencia de los intereses de los grupos sociales en el Estado a través del principio de representación. Y para ello, Haya se justifica teóricamente, sea en los párrafos de "la sagrada familia" en los que Marx y Engels, refiriéndose a los trabajadores rurales, señalan que "ellos no pueden representarse a sí mismos, deben ser representados", sea en los juicios de Engels acerca del joven proletariado francés de inicios del XIX que lo muestra "aún enteramente inepto para la acción política independiente... estamento de la nación oprimida y sufrida, incapaz de ayudarse a sí mismo y que a lo sumo podía recibir auxilio desde arriba, de lo alto". Precisamente, es esta concepción del Estado como sede necesaria, imprescindible, del principio de articulación política la que funda en el comportamiento de Haya una línea político-militar insurreccional para la captura del poder, expresada inicialmente en el 28, en un primer intento que condiciona su ruptura con Mariátegui y luego en las numerosas conspiraciones, rebeliones y complots que promueve en los siguientes 15 años.

Mariátegui, en cambio, desarrolla el principio de articulación en otra sede: aquella que imperfectamente llamaríamos "la sociedad civil". Para ello multiplica la concertación de los intereses de los grupos sociales, promueve el desarrollo autónomo de sus organizaciones, impulsa las relaciones político-culturales y organiza una visión ideológica que resignifica los contenidos comunes de los discursos parciales. Ese comportamiento está asociado a la creencia en las posibilidades de forjar la nación en los actos cotidianos, en las instituciones que constituyen la base de la sociedad y en "el mito". El movimiento constructivo de la nación es entonces ascendente y se realiza antes y no después del acceso al poder del Estado. Por tanto, la nación no es el

UNMSM-CEDOC

fruto de una vanguardia estatal representativa, sino la expresión necesariamente lenta e imperfecta de plurales sujetos sociales. Esta concepción, expresiva de una veta anarquista forjada por la atmósfera ideológica peruana de comienzos del 20, explica las especiales relaciones que predica en torno al vínculo entre nación y Estado, que no aparece claramente mediado por el principio de representación. Pero explica también el plazo de las estrategias en torno al poder central. Mariátegui se revuelve contra el apresuramiento y las urgencias de cierta vanguardia por una rápida toma del poder pues entiende que ella debe ser la consecuencia madura de un proceso laborioso de convergencias. Precisamente por ello somete a crítica el proyecto insurreccional de Haya y se distancia de éste.

Los efectos de la distinta visión de los grupos sociales se expresaron asimismo en la distinta concepción de la organización política. La concepción hayista del Apra se basaba en la integración de la dinámica plural de las clases y grupos portadores de la nación dentro de los marcos cerrados de un partido sometido a una disciplina jerárquica, autoritaria y vertical. Con ello pretendía resolver el problema de la unidad y diversidad del cuerpo político nacional privilegiando la primera pero a través de una modalidad organizativa que concluía imponiéndola desde arriba. Sus escritos sobre "la jefatura", la "disciplina" y la despiadada crítica a la que somete al "individualismo" y la pretensión de "autonomía" de los intelectuales constituyen, en este sentido, uno de los testimonios más estremecedores de la literatura política de esos años. A través de su concepción de la organización política, Haya creyó posible aprovechar los distintos y contradictorios beneficios que para la acción política irrogaban el partido, el movimiento y el frente al tiempo que minimizaba sus distintos y contradictorios riesgos. En una carta a Mariátegui, Haya afirmaba que el Apra debía ser *simultáneamente* partido, movimiento y frente de clases. Su análisis del carácter de la sociedad peruana lo conducía a considerar la pluralidad de los intereses sociales en términos de un frente o un movimiento con las ventajas democrático-populares que le son inherentes pero también con las limitaciones de los conflictos internos, característicos de los enfoques corporativos o sectoriales existentes en aquellos. La "inmadurez" atribuida al grado de desarrollo y conciencia de dichos grupos pareció inclinar a Haya a identificar pluralidad con división. Por otro lado, su sentido de eficacia política, definida en términos de centralización de las decisiones y ejecutoria rápida y autoritaria de las mismas, lo presionaba por una fórmula leninista del partido. Si a ello agregamos "el demonio del caudillismo" que, según Mariátegui, lo habitaba, entonces comprenderemos el especial carácter organizativo del Apra que Haya imagina entre el 28 y el 30 y que concluiría en las dé-

UNMSM-CEDOC

cadas siguientes colocando en sus manos todos los poderes enajenados de los grupos sociales constitutivos del partido. Como se observa, existe una extraordinaria coherencia entre su concepción de las relaciones entre Estado y nación y las predicadas entre dirección centralizada y pluralidad de las bases sociales, en su concepción del Apra como partido. En cambio la noción de la organización política en Mariátegui fue claramente distinta. Miembro del Apra hasta el 28, concibió ésta como un movimiento o como un frente de clases que articularía a los distintos grupos sociales portadores del proyecto de constitución de la nación. No existen testimonios acerca de cual era el tipo de organización institucional real del Apra al que adhería pues, hasta el 28, ella no parecía ser otra cosa que pequeños grupos de estudiantes, intelectuales, artesanos y obreros, unos radicados en el Perú y otros deportados a distintos países latinoamericanos. Pero en todo caso, ella debería ser lo suficientemente abierta como para albergar una tendencia socialista de la cual Mariátegui era el promotor principal. Cuando Haya, unilateralmente y desde México, decide convertir el Apra en partido y orientarlo en una línea insurreccional, Mariátegui se esfuerza, por un tiempo, en persuadirlo de la necesidad de mantener la organización como un movimiento o frente. Cuando sus esfuerzos fracasan decide, junto con sus compañeros, constituir el comité provisional organizador del partido socialista al cual hace adherir al Buró Sudamericano de la Tercera Internacional. Sin embargo, sus propuestas en torno al partido y sus bases sociales, así como sus enfoques respecto al imperialismo, el problema nacional y otros, son violentamente criticados por el movimiento comunista latinoamericano. Buscando un espacio entre Haya y la Tercera, Mariátegui da cuenta en sus escritos y acciones de los dos últimos años de su vida de la tensión generada por el enfrentamiento. Reclama el carácter marxista-leninista de su partido, diferenciándose así del Apra de Haya, pero envía una carta a la reunión comunista del 29 declarando su marxismo compatible con tendencias filosóficas y culturales consideradas extrañas al cuerpo teórico marxista por el Buró Sudamericano. Afirma el partido socialista como expresión política de la clase obrera, distanciándose del policlasismo aprista, pero sus delegados en la reunión de Buenos Aires defienden la idea de un partido constituido por obreros, campesinos, intelectuales y artesanos, idea ésta rechazada, de modo irritado, por la dirigencia comunista. Reitera su adhesión a la Tercera Internacional pero se niega a formar un partido "comunista" y aceptar el programa sugerido por aquella. Como se puede rápidamente colegir, estas diferencias expresaban otras más profundas en relación con su concepción del marxismo, el movimiento nacional, la nación, la cuestión indígena y el socialismo. Importa, sin embargo, reparar en dos hechos importantes: primero, no decide crear el partido socialista por su propia voluntad sino cuando

UNMSM-CEDOC

es imposible mantener el Apra como movimiento o frente; segundo, el partido socialista es concebido, a juzgar por la opinión expresada por sus delegados en la citada reunión, como un movimiento interclasista en el cual el grupo "comunista" funciona como una célula secreta. Más aún, cuando se critica en aquella misma reunión la propuesta con calificativos tales como "neo-aprista", "socialdemócrata" o "reformista" y se lanza contra ella la acusación de no asegurar el control comunista, los delegados socialistas no sólo se mantienen firmes en su posición sino que, *admitiendo que la organización puede escapar a su control,* insisten en que, aun en esas condiciones, ella habría sido una experiencia valiosa, un paso adelante en el aprendizaje político de la clase obrera. Mariátegui muere sin modificar sus posiciones a pesar de la fuerte presión del Buró Sudamericano y en una situación de progresivo aislamiento dentro de su propio grupo. A juzgar por lo señalado es posible presumir que: 1) Mariátegui consideraba preferible la constitución de un movimiento nacional de "masas" que la formación de un partido de cuadros; 2) dicho movimiento debía reconocer la existencia de plurales puntos de vista o de tendencias en competencia a partir de las cuales las posiciones marxistas deberían, por medios democráticos, gravitar crecientemente en las definiciones ideológicas y políticas; 3) rechazaba la idea de dar a la tendencia socialista una forma orgánica ajena, exterior o independiente del movimiento político nacional.

Según mi opinión, estas distintas concepciones de la organización política se encontraban interconectadas con la diferente manera como Haya y Mariátegui resuelven la relación entre la nación y el socialismo. Entre el 24 y el 28, en cartas personales más que en artículos públicos, Haya sostiene que el Estado aprista es la condición o la preparación del socialismo y que éste debía ser preparado de una manera eficaz y "silenciosa". Sin embargo, el hermetismo de los textos hace imposible, por lo menos para mí, saber si Haya creía en el socialismo como un momento "superior" del desarrollo del Estado Aprista o como una "etapa" histórica posterior. Como se observa, el problema que aquí discutimos es si para Haya el mismo impulso que construye el Estado y la nación crea el socialismo o si la constitución del Estado nacional y el socialismo son dos procesos distintos y separados en el tiempo.

La idea que ellos son momentos secuentes dentro de un mismo proceso histórico se encuentra sustentada en las características de su reflexión sobre el partido, el Estado y el tipo de desarrollo económico y político conjeturado para el país.

Si bien el Apra era concebido como un partido policlasista, Haya sostuvo que los intereses de las clases dentro de aquél debían jerarquizarse de modo que los de la clase obrera prevalecieran sobre los de los campesinos y los de éstos sobre los de "las clases medias". Es-

UNMSM-CEDOC

te ordenamiento sería garantizado por la manera como se estructurarían los mecanismos políticos y organizativos en la dirección del partido. Si ello no ocurriera y el orden se invirtiera, advertía Haya, entonces el Apra devendría en el sujeto político del capitalismo en el Perú. Ahora bien, como la clase obrera era "joven e inexperta" y Haya privilegiaba el principio de representación, entonces podemos concluir que la evolución del aprismo al socialismo dependía de la permanencia de los dirigentes que expresaban los intereses de aquella en la dirección del partido. No es preciso ser muy perspicaz para darse cuenta, recordando su personalismo y caudillismo, que Haya se concebía como el garante de las posiciones socialistas y de los intereses obreros. Esta misma reflexión se duplicaba en su concepción del Estado: igual orden jerárquico de los intereses sociales, igual principio de representación, etc. De este modo, pues, podemos presumir que el pasaje del Apra al socialismo y del Estado antiimperialista al socialismo sería "asegurado" por la presencia de Haya en la jefatura del partido y el Estado.

El Estado antiimperialista era concebido, a su vez, como cogobernado por "las tres clases" pero a través de modalidades distintas en relación con los planos político y económico. La presencia de los intereses de las clases en la dirección política del Estado, en el orden anteriormente señalado, sería indirecta, dado el primitivismo o la inmadurez de sus conciencias. Pero los méritos atribuidos a la "clase media", especialmente a sus grupos intelectuales, profesionales y técnicos, la harían el titular efectivo de la maquinaria estatal. Que los intereses concretos de los grupos medios no se vieran privilegiados por el ejercicio directo del poder político dependía entonces de los atributos morales, la conciencia política o la ideología socialista de los dirigentes del Apra. La garantía de la larga evolución histórica del Estado antiimperialista al socialismo se enraizaba entonces en la subjetividad de las conciencias. En el plano económico del Estado, sin embargo, el Estado antiimperialista aseguraba la presencia directa de los delegados de las tres clases a través de una institución gubernamental que estatuía el principio de la "participación funcional". Nos referimos al "Congreso Económico Nacional", entidad planificadora del desarrollo económico en la cual las clases articulaban sus intereses. La idea de la participación funcional fue inspirada, según nuestra opinión, por las tesis de los socialistas gremialistas ingleses, cuyos textos, especialmente los de Cole, fueron conocidos por Haya en Oxford. A través de la participación directa y "cualitativa" en la dirección económica, las "clases inexpertas" accedían así a un poder que sólo por representación lograban en el plano de las decisiones políticas.

El desarrollo nacional fue identificado por Haya en los términos de un proceso de industrialización basado en el control estatal de los

UNMSM-CEDOC

ejes de la industria y bajo el liderazgo de un gobierno dominado por las clases productoras. Haya se refiere a la construcción de un capitalismo de Estado que percibe como la modalidad específica a través de la cual, en los países dependientes, es posible someter la inversión extranjera a regulación nacional. No olvidemos, en este sentido, que para Haya el capitalismo no surgía al interior de las sociedades dependientes, esto es, no era un producto endógeno del proceso histórico, como en Inglaterra o Europa, sino que se introducía por impulso externo. Su sujeto social en el Perú, como en las sociedades dominadas, no era entonces la burguesía nativa ni se podía esperar tampoco que ésta se hiciera fuerte en la trama económica y en la sociedad civil para luego hacerse cargo del poder del Estado. Para Haya, el sujeto político debía ser el gobierno, bajo control de las clases productoras nacionales, y el proceso de industrialización, a su vez, se implantaría enérgicamente en la sociedad a partir de las alturas del Estado. Sin embargo, este enfoque no lo condujo a plantear la estatización de la economía. Haya propone, más bien, una economía mixta que caracterizaría el proceso de transición. El Estado, cierto es, asumiría el control de ramas estratégicas y sometería a la inversión extranjera a las condiciones de su propio plan de desarrollo, pero apoyaría a los pequeños y medianos industriales nacionales, cooperativizaría la propiedad agraria y alentaría las comunidades campesinas. Propiedad estatal, propiedad privada y propiedad cooperativa coexistirían entonces... pero bajo distintas condiciones. En efecto, Haya plantea la necesidad de privilegiar el cooperativismo, en el campo y en la industria, y distinguiendo estatización y "nacionalización" socialista se reafirma en la opción de un traslado progresivo de las empresas públicas al control de sus trabajadores. En este sentido, en 1932, la célula parlamentaria aprista propone en el congreso la nacionalización de las empresas extranjeras. La fundamentación teórica de su planteamiento es remitida por Haya a la concepción leninista del capitalismo de Estado y su fundamentación empírica a la experiencia de la NEP. Es precisamente por el carácter del Estado, y la modalidad de la organización económica, que Haya cree en la posibilidad de controlar los "perjuicios" inherentes a la presencia imperialista y al capitalismo y en la viabilidad ulterior del socialismo en el Perú.

Como observamos, la tesis de un progresivo proceso de socialización como un momento interno del desarrollo del Estado nacional antiimperialista se explica por la presencia directa de las clases productoras en la dirección económica del Estado, la transferencia progresiva de las empresas estatales a la gestión de sus trabajadores y el desarrollo de las cooperativas de producción en el campo y la industria, el surgimiento y expansión de una clase trabajadora moderna y adulta a

UNMSM-CEDOC

partir del proceso de industrialización, el aprendizaje político democrático a realizarse por el productor y el ciudadano en los municipios, los comités de desarrollo departamental, el poder regional y en los poderes más tradicionales del parlamento. . . etc, etc.

Sin embargo, otros indicios conspiran contra la aceptación de esta hipótesis. Haya tendió a identificar en esos años el proceso de industrialización con el capitalismo y a considerar que el socialismo precisaba, como etapa previa, de la formación de un proletariado y una burguesía maduros. Afirmó reiteradamente, basándose en textos de Engels más que en los de Marx (pero también en los de éste) que sin el desarrollo del capitalismo y de su maduración, "como en Europa", no era posible plantearse la tarea socialista y expresamente remitió ésta a un futuro tan lejano como inverificable. Por otro lado, el poder retenido por la dirección política del Estado antiimperialista, en su esquema de desarrollo y la naturaleza mesiánica y caudillista de su estilo de liderazgo, siembran dudas razonables en torno a la realización eventual del previsto proceso de socialización de la sociedad peruana.

Mariátegui, en cambio, pareció adherirse a la idea de que el socialismo antes que "un fin" era "un movimiento". No es casual que a esta idea le dedicara varias de las mejores páginas de su "Defensa del Marxismo". En este sentido, Mariátegui percibía el socialismo como una tendencia actual cuyo desarrollo en el presente era condición de su realización en el futuro. Como tendencia actual ella enraizaba en las comunidades campesinas, la naciente clase obrera, las organizaciones agrarias, sindicales y populares, las vanguardias estéticas y culturales, el movimiento indigenista, en los contenidos implícitos de la lucha social y política. Si bien no pareció ilusionarse con lo que en lenguaje "duro" eran las "bases objetivas" de su tendencia, Mariátegui operó en el ambiguo tejido de las posibilidades, ese rostro oculto de la realidad que guarda el decisivo poder de reconstruirla y configurarla. Por ello, el desarrollo de un punto de vista nacional, el "descubrimiento" del linaje socialista de los más profundos impulsos de los movimientos socioculturales, la práctica de la política como operación de concertación y generación de consensos entre los titulares de la nación, el uso diestro de los medios de comunicación creados por él para distintos públicos, el apoyo al crecimiento autónomo de las organizaciones se fueron constituyendo en la identidad de su práctica.

Aunque la pérdida de su último libro nos impide un juicio definitivo, Mariátegui no pareció haberse preocupado *sistemáticamente* por definir un cuadro de transición, ni un programa de desarrollo para la sociedad peruana, ni una estrategia para la toma y uso del poder

UNMSM-CEDOC

del Estado. Según nuestra opinión, ello no sólo es explicable por su muerte temprana y el conocimiento de su proximidad. Acaso tampoco por la "inmadurez" percibida de la situación del país para un "proyecto socialista". Aunque elaboró ciertos criterios que permiten aventurarse en la identificación de sus puntos de vista en relación con estos problemas, nos parece que su tarea fue definida por él en términos distintos a las convenciones tan frecuentes en los "dirigentes revolucionarios" de la época. Parece evidente que, definiendo el socialismo como movimiento actual (y no como "etapa posterior del desarrollo histórico"), o como tendencia presente, operando en un movimiento nacional precisado de articulación, Mariátegui fue conducido a centrar su atención en la práctica social cotidiana, en el desarrollo de "los posibles", en las interferencias eficaces del rutinario sistema de reproducción de la vida. Por esta vía, invirtió la escala temporal de los programas o estrategias políticas, tan frecuentemente orientadas en las denominadas vanguardias hacia futuros tan exultantes como imaginarios, orientándolas hacia el presente. Pero no a aquél, mediocre, que cristaliza los residuos o las excrecencias del pasado, sino a otro que funda el futuro en los límites, las irregularidades, los conflictos de las prácticas de hoy. Una revisión cuidadosa de los numerosos textos que dedica a la fenomenología de los tiempos y a las relaciones psicológicas que estatuye la actividad transformadora entre pasado, presente y futuro, entre tradición y modernidad, entre el poder de las herencias y el de la imaginación, puede confirmar nuestra interpretación. Ello no significa, reitero, la inexistencia en él de una imagen del futuro posible o deseable. Mariátegui afirmó la necesidad de un camino al socialismo basado en la transformación endógena de las comunidades indígenas, la expropiación de los latifundios costeños y su conversión en cooperativas de producción, la vinculación económica entre cooperativas y comunidades, la nacionalización de empresas extranjeras, la democratización del Estado, la reforma del sistema de enseñanza, etc., etc. Más aún, advirtió ambiguamente que una sociedad socialista realizaría ciertas tareas que el capitalismo realizó en otros países. Todo ello es cierto como también lo es la inexistencia en sus obras conocidas del trazado definido de una arquitectura institucional del socialismo o de la estrategia económica y política para organizarlo como Estado y sociedad. No. . ., lo que queremos decir es que orientándose por la idea de que el socialismo era una activa tendencia inscrita en la realidad presente y en el movimiento histórico por el cambio, dedicó su trabajo a la constitución de su identidad y a la expansión de sus fronteras. Ello recentró la temática de su imaginación, de su conciencia y de su práctica en la transformación actual de las resistencias opuestas por la sociedad de su tiempo, en la conquista de un espacio

UNMSM-CEDOC

para el desarrollo contemporáneo de los valores subyacentes a la opción socialista, en la socialización creciente del impulso nacional contra la dominación. Ello explica lo que alguien podría pensar como "carencias de una visión de largo plazo".

Pero la explicación puede encontrarse también en las particulares relaciones que estableció entre la construcción del socialismo y la construcción de la nación. En varios pasajes de sus obras, Mariátegui expresa haber optado por la construcción de un movimiento nacional dentro del cual habite una tendencia socialista. Para comprender el sentido de esta propuesta conviene recordar que el comportamiento de Mariátegui, en distintos escenarios de la sociedad peruana de entonces, se orientaba por una dirección que *simultáneamente construía el movimiento nacional y la tendencia socialista.* Las expresiones de esa conducta han conducido, por ejemplo a Aricó, a creer que para Mariátegui la constitución de un movimiento social nacional era la condición previa para la constitución de un partido socialista "de masas". Esta hipótesis tiene una base consistente. Sin embargo, como hemos señalado, la revisión de la evidencia disponible abre también la posibilidad de un enfoque alternativo que en vez de percibir la secuencialidad entre una y otra, observa su simultaneidad. En otro texto, estamos presentando la evidencia en que podría basarse este enfoque. Utilizamos el condicional dada la ambigüedad significativa de los escritos y movimientos de Mariátegui. Aquí, sin embargo, queremos explorar el significado e implicaciones de este enfoque pues ello nos parece de crítica importancia no sólo para comprender la acción política de Mariátegui sino también varios de los problemas que enfrentan algunos grupos socialistas en la América Latina de hoy.

Si entiendo bien, la organización de los socialistas como tendencia no era para Mariátegui el resultado de un impulso histórico distinto a aquél que construye la nación a través de un movimiento político más amplio de las "clases nacionales explotadas" (el Apra). Por tanto, el desarrollo organizativo futuro de la tendencia no podía percibirse como precipitado o decantación posterior del movimiento político-social más amplio, que le separara políticamente de éste. Esta interpretación encuentra apoyo no sólo en textos previos sino en la extraordinariamente intensa frustración afectiva que Mariátegui expresa en sus cartas luego de la ruptura del Apra así como en las contradicciones de su pensamiento entre ese momento y el de su muerte ocurrida dos años más tarde. Más bien, es posible encontrar indicios, más que evidencias (en sus acciones políticas más que en sus textos), de que Mariátegui optaba por un proceso creciente de gravitación política de la tendencia socialista dentro del movimiento nacional. Este proceso,

UNMSM-CEDOC

que involucraba un complejo conjunto de actividades intelectuales, culturales, morales e ideopolíticas tanto como organizativas, permitiría desplazar el movimiento nacional hacia posiciones que él mismo descubriría a través de su colectiva práctica teórica y política. Ello implicaba, por tanto, apostar por una progresiva socialización de las prácticas del movimiento nacional de modo de hacer del socialismo un momento superior de su desarrollo o, si se quiere, el producto de su autodeterminación colectiva. Para esta visión entonces no existe una separación política de la tendencia socialista respecto del movimiento nacional ni una secuencialidad temporal que hace de aquella un desprendimiento organizativo de éste.

Esta perspectiva plantea el difícil problema de la relación entre la tendencia socialista impulsada por Mariátegui y el conjunto del movimiento sociopolítico nacional. Resulta claro que habitar dentro del movimiento nacional más vasto implicaba para la tendencia socialista ser reconocida como una *tendencia nacional* para lo cual era preciso no solamente constituirse como una "presencia", es decir, como un "estar en" el movimiento, y, menos aún, revelar esa presencia como una operación destinada a instrumentarla para un proyecto extraño. Ser reconocida como una tendencia socialista nacional implicaba participar en la construcción del movimiento nacional, vale decir, intervenir en la organización de su discurso, en la definición de su práctica, en la expresión de su estilo, en el diseño de sus objetivos, de sus estrategias, de sus tácticas. En otros términos, estar en el origen y desarrollo de su identidad. Ello no era posible sin identificar la tarea nacional con la tarea socialista. La tarea nacional se definía en el plano programático por la lucha por la realización, entre otras, de la reforma agraria, la nacionalización de las empresas extranjeras, la industrialización del país, la articulación vial, el crecimiento proporcionado de las regiones, la reforma educativa, etc. En el plano más propiamente cultural, por la revaloración de la cultura indígena, el aliento a las diversas expresiones culturales provincianas y a las vanguardias estéticas de Lima, el encuentro de una articulación entre la cultura occidental y la nativa, el replanteamiento del problema de la nación peruana y el desarrollo de una conciencia nacional. En el plano de la organización política, por el desarrollo de los primeros intentos de organización independiente de campesinos, obreros, empleados e intelectuales y la promoción del Apra como movimiento nacional articulatorio. Todas estas temáticas y acciones, propias de la tarea nacional en esos años, constituyeron el objeto central de la reflexión de Mariátegui, y con distintos grados de amplitud y profundidad, de otros *grupos intelectuales no socialistas,* pero igualmente comprometidos con el surgimiento del Apra. La temática nacional y la práctica política a ella ligada, eran

UNMSM-CEDOC

entonces el unitario quehacer de todas las tendencias del movimiento. La identidad de los socialistas no podía pues fundarse fuera del discurso nacional sino dentro de él. Pero entonces, ¿cómo diferenciar el proyecto socialista?, ¿cómo dotar de personalidad, es decir, de autonomía a su presencia política? Mariátegui no optó, como fue más bien la norma en las décadas siguientes, por plantear una temática socialista agregada y distinta a la temática nacional y cuyo contenido se orientaría a las tareas futuras, a realizarse en "la etapa posterior" al cumplimiento de la tarea nacional. Por ello, no es posible encontrar en sus escritos un diseño organizativo de la sociedad socialista en el Perú o una estrategia o un programa para tal objetivo. La identidad socialista tenía entonces que realizarse en otro plano. Y éste era el de la fundamentación socialista de la temática y práctica nacional. Lo que diferenciaría a los socialistas entonces dentro del movimiento nacional, era su específica construcción del objeto nacional. Ello permitiría un doble movimiento por el cual simultáneamente se instituía el carácter nacional y el carácter socialista de su tendencia. Esta concepción teórica tenía su contraparte organizativa. La organización socialista no podía fundarse exteriormente al Apra (como movimiento) sino dentro de él. Ello planteaba un crucial problema que sólo en apariencia es técnico-organizativo. ¿Cómo habitar dentro del Apra sin que las inevitables fronteras que crea una estructura organizativa dentro de otra mayor no generara los conflictos tan frecuentes en los llamados "frentes partidarios" o "alianzas políticas"? Si entiendo bien, Mariátegui intenta resolver ese problema descartando hasta donde pudo (el 28) la formación de un "partido" y optando por la creación de una "tendencia", es decir, de un grupo abierto, unido más por la temática teórica (la fundamentación socialista de la tarea nacional) y las prácticas de aliento y apoyo a los sujetos sociales y políticos de la nación, que por un diseño organizativo cerrado y jerárquico. Ello significaba entonces descartar la idea de una frontera organizativa que diferenciara institucionalmente a los socialistas de los no socialistas dentro del movimiento nacional. El criterio definitivo para identificar a los socialistas no era su partidarización sino la calidad de sus prácticas teórico-políticas y su disposición para concurrir en un tipo de intercambios creativos con los otros sujetos políticos del movimiento nacional. Sólo de este modo, podría esperarse que: 1) el desarrollo de la identidad socialista no significara la ruptura de la identidad nacional del movimiento, 2) el incremento de la influencia política socialista no implicara ni fuera percibida como la *ocupación* de un territorio político nacional; 3) el movimiento nacional fuera desarrollándose y desplazándose crecientemente por una endógena autoridad cultural, moral, política, ideológica de carácter socialista.

UNMSM-CEDOC

Aunque esto parezca extraño, esta concepción no puede ser comprendida desde la perspectiva de la hegemonía gramsciana. Pero explicar esto ahora es una tarea extraña a un texto excesivamente extenso y que insensiblemente se aventuró más allá del que fue su propósito original.

Es así como, según mi opinión, Haya y Mariátegui elaboran las primeras bases teóricas para una aproximación latinoamericana a los problemas del desarrollo, la nación y el socialismo.

UNMSM-CEDOC

UNMSM-CEDOC

LOS MOVIMIENTOS SOCIALES Y LOS PARTIDOS POLITICOS DESDE 1930 HASTA 1968: SU SIGNIFICADO EN TERMINOS DE PARTICIPACION POPULAR

Héctor Béjar

A comienzos del siglo XX el Perú era un país relativamente despoblado y predominantemente rural. Setenta por ciento de su población vivía en el campo y hablaba el quechua, que no era aceptado como idioma oficial, calidad que sí era reconocida al castellano, traído por los conquistadores españoles en el siglo XVI, y que era hablado sólo por una minoría blanca y mestiza. Durante el siglo XIX había experimentado sucesivamente, las guerras de la independencia, las luchas entre caudillos militares y se había defendido, a veces sin éxito, contra las invasiones de sus vecinos durante el dificultoso proceso de la delimitación de sus límites territoriales y la constitución de un gobierno estable. Luego de la invasión extranjera que siguió a su trágica derrota en la Guerra del Pacífico, reconstruyó su economía sobre la base de la exportación de algodón, azúcar y minerales, productos que eran vendidos en su mayor parte a Inglaterra, Europa y los Estados Unidos. Pero al tiempo que el país fue definiendo su configuración, se consolidó y fortaleció también un régimen en que la participación en la propiedad, la distribución del ingreso nacional y la presencia de las clases sociales en los centros decisorios del sistema político, se daban muy desigualmente. Había grandes distancias económicas y también enormes diferencias de cultura, instrucción, idioma y raza entre el mayoritario pueblo indio, negro y mestizo y la minoría blanca descendiente de los conquistadores, que habitaba los pequeños centros poblados de la época y monopolizaba la propiedad de la tierra, el comercio y los núcleos decisivos del poder político. La minoría dominadora era la que determinaba la composición de los organismos de gobierno. Se apro-

UNMSM-CEDOC

piaba de la mayor parte del ingreso nacional, era propietaria de la mayor parte del área agrícola y de los recursos del país, controlaba la administración de justicia y era la única que podía expresar sus ideas con libertad. La mayoría dominada vivía sus propias expresiones culturales, que tenían poco en común con la cultura dominante, su acceso a la propiedad de la tierra y al uso de los recursos del país era mínimo y estaba marginada de los centros del poder político.

Hacia el interior del país, la red de poder de dicha estructura enlazaba las familias más ricas, dueñas de las más grandes extensiones de tierra y de los negocios comerciales más importantes, con los terratenientes y "gamonales" de las provincias. Hacia el exterior, numerosos lazos económicos y culturales la ataban con Inglaterra, España y los centros de poder capitalista europeo. El siglo XX presenció entonces una aguda contradicción entre la rígida estructura política y económica heredada del siglo anterior y procedente, en último término, del período colonial —que era dominada por las familias de la llamada "oligarquía" en alianza con el capital extranjero— y los antiguos y nuevos sectores sociales que empezaron a asediar dicha estructura y colisionaron con ella. En los casi cuarenta años que median entre 1930 y 1968 los sectores nuevos fueron apareciendo y movilizándose sucesivamente, a la vez que ampliaban y hacían más complejo el rostro social del país. Los artesanos y obreros, que habían surgido como movimiento organizado desde el siglo anterior, empezaron a desarrollar sus primeras luchas sociales: las capas medias crecieron en Lima y otras ciudades importantes como resultado de las primeras migraciones; los sectores marginales urbanos aparecieron cuando las migraciones se hicieron masivas; los grupos empresariales, pesqueros e industriales modificaron el balance del poder cuando entró en auge la pesca y se ensayó una industrialización sustitutiva; y los campesinos presionaron sobre el latifundio cuando éste se hizo económicamente insostenible y socialmente insoportable. La historia de estos años es también entonces la del deterioro y debacle final del régimen oligárquico que había sido construido a lo largo del siglo XIX y en los primeros años del siglo XX.

ARTESANOS Y OBREROS

Ciertamente, aunque de manera eventual, los artesanos habían participado activamente en las luchas sociales del siglo XIX. Pero fue solamente en la primera postguerra mundial (1919-1920) que formaron un movimiento al que los grupos obreros de las primeras fábricas que se habían organizado sindicalmente, dieron coherencia y articulación.[1]

1. Hablamos principalmente de las fábricas textiles instaladas en Lima, que formaron las primeras concentraciones propiamente obreras de nuestra historia.

UNMSM-CEDOC

Ello implicó una ruptura con el mutualismo auspiciado por una parte de la clase patronal y fue consecuencia también de la asimilación de planteamientos ideológicos muy radicales de liberación social por los grupos dirigentes. El movimiento inicial de los obreros y artesanos fue muy unificado y tuvo fuertes lazos con el resto de la población urbana pobre, hecho que fue notorio en la realización de los paros generales que tuvieron lugar en la capital. Liderado por gentes de taller y no por intelectuales, compenetrado de las ideas anarquistas, este movimiento tuvo sus momentos culminantes con el triunfo de la lucha por la jornada de ocho horas, en 1919.

Se ha dicho frecuentemente que este proceso culmina con la formación de la Confederación General de Trabajadores del Perú en 1930, al término del oncenio leguiísta. Pero si 1930 es un año culminante de la lucha política, 1919 lo es de la lucha social. El año 1930 fue un punto de ruptura en la historia del movimiento obrero. La fundación de la CGTP significó también la separación entre el movimiento obrero y los artesanos e inició el languidecimiento de los gremios artesanales que irían muriendo lentamente a lo largo de la primera mitad del siglo. A la vez, el año 1930 señaló la consolidación de una influencia directa y determinante de los partidos aprista y comunista sobre los dirigentes y militantes del movimiento sindical, influencia que se había venido gestando con la introducción de las ideas marxistas y la formación de dichos movimientos, dirigidos por intelectuales de la clase media, entre 1919 y 1930. A partir de ese año, el movimiento obrero empezó a perder su autonomía respecto de los partidos políticos. En adelante, el movimiento obrero hablaría políticamente sólo con la voz y el discurso de los partidos. Y, además, los trabajadores quedarían entrampados en las fuertes luchas que opusieron al Apra y el Partido Comunista durante cuatro décadas y que, a su vez, dividieron la actividad sindical en dos bandos contrapuestos. Quizá por ello, al producirse una "división del trabajo" en que los partidos tenían el monopolio de la participación política y los sindicatos quedaron limitados a la lucha por mejores salarios, el movimiento sindical nunca llegó a cuestionar la propiedad de los medios de producción por los capitalistas ni buscó una participación que fuese más allá de las negociaciones con el patronazgo, reglamentadas por la ley. Esta división entre política y actividad sindical, que no existía en los primeros momentos del movimiento obrero, pero que es característica de los sistemas sociales contemporáneos, marcó el período abierto a partir de 1930 y, con ello, señaló claramente los límites de la participación organizativa de los trabajadores.

UNMSM-CEDOC

LAS CLASES MEDIAS

En las dos primeras décadas del siglo, la concentración de la propiedad de la tierra y la introducción del capitalismo industrial en el agro causaron el empobrecimiento de ciertas familias de la clase alta provinciana. Este fenómeno aconteció especialmente en la costa norte, donde se instalaron grandes complejos agroindustriales para la fabricación de azúcar de caña. Las nuevas generaciones de la clase alta provinciana en proceso de empobrecimiento emigraron hacia Lima y los jóvenes recurrieron a la universidad como un medio para ascender de clase social mediante la adquisición de conocimiento, si ya no era posible hacerlo mediante la acumulación de riqueza. Pero la universidad de la época era todavía un recinto cerrado, destinado a la formación de la élite que ya tenía riqueza y poder y estaba gobernada por la oligarquía ilustrada de Lima. De esta contradicción de intereses entre los estudiantes y profesores conservadores de la capital y los jóvenes provincianos, que planteaban la democratización y ampliación de la institución, surge el movimiento de reforma universitaria, eco de lo que acontecía en Córdoba y otras ciudades de América Latina. La lucha por la reforma convirtió la universidad en tribuna de reclamo, desde donde los grupos más radicales de clase media exigieron participar en el sistema político, y en la base desde la cual organizaron sus movilizaciones. Fundamentalmente el Apra, y en menor grado el Partido Comunista, vienen a ser, de alguna manera, el resultado de este fenómeno social, que acontecía simultáneamente con el nacimiento del movimiento obrero organizado. Por su educación, su capacidad de movilización, liderazgo y organización —y también por sus vínculos aún vigentes con la clase dominante— los grupos políticos de esta "primera" clase media ganaron la delantera al movimiento obrero y artesanal. Habían comenzado por aliarse con él en la década del 20 al 30 y luego lograron conducirlo, utilizándolo como base social en su lucha por el poder político. Este hecho varió también la naturaleza de las contradicciones en el país. En los primeros años del siglo, el movimiento obrero empezó a enfrentarse a la oligarquía con sus propias fuerzas y planteando sus propias reivindicaciones, respaldándose en la ideología de la "revolución social" de los trabajadores. A partir de 1930, el enfrentamiento fundamental ya no sería entre la clase obrera y la oligarquía, sino entre esta última y los sectores radicales de clase media, agrupados fundamentalmente en el Apra.

También varió el tema central de la contradicción. Si bien es cierto que la "revolución social" se mantuvo como telón de fondo motivador del conflicto, la lucha fue canalizada en la práctica hacia la inclusión de la clase media en el sistema político formal, que la oligarquía

UNMSM-CEDOC

mantenía bajo su control y que cerraba aún más, cuando veía que sus intereses peligraban.

Esta contradicción política entre la oligarquía tradicional y las clases medias de origen provinciano de la década del 30 nunca llegó a resolverse en definitiva, porque se diluyó en el crecimiento de la población y en la migración de las provincias hacia Lima. Esta última continuó y se acentuó, hasta hacerse masiva, al promediar la década del 50. También las migraciones fueron cambiando. Al comienzo habían movilizado a la clase alta empobrecida de provincias, después estuvieron compuestas por sectores de clase media baja, y, finalmente, arrastraron a sectores pobres y campesinos. Durante un tiempo, las universidades fueron escalones de ascenso social para los migrantes y para los pobres de la ciudad. Después, aunque multiplicadas y masificadas, dejaron de ser vías de acceso más o menos seguro al empleo, el ascenso social y el poder político. El estado oligárquico no estaba preparado para este fenómeno y no pudo equilibrar el crecimiento explosivo de la población con la organización educativa, el crecimiento de la industria y la demanda de empleo. Por el contrario, acentuó la rigidez del sistema político y lo mantuvo en sus límites tradicionales.

No obstante lo anterior, la progresiva alfabetización de la población y la mayor cobertura de los medios de comunicación masiva produjo un crecimiento notorio de la población electoral. Al iniciarse la segunda mitad del siglo XX, el electorado era cada vez menos controlable por los métodos de clientelaje tradicional, no había vivido las luchas sociales de los años 30 y, por lo tanto, tampoco se sentía identificado en su totalidad con las ideas y los líderes de esa época. Nuevas generaciones de clase media lograron, a partir de los años cincuenta, poblar los medios profesionales, llegar gradualmente a la burocracia estatal, que también se iba ampliando como consecuencia del crecimiento del sector público, e incluirse en la composición más compleja de una economía en expansión. En su mayoría, estos sectores no se sentían atraídos necesariamente por los rígidos planteamientos doctrinarios y la disciplinada organización del Apra y el Partido Comunista. Si bien mantenían una actitud reformista, buscaban expresión en planteamientos más amplios, menos comprometidos con las utopías y más pragmáticos. Junto a ellos crecieron también los nuevos sectores pobres y marginales, para cuyos intereses concretos, los partidos políticos tradicionales tampoco tenían respuesta.

En consecuencia, al lado del sistema político oligárquico y paralelamente a las contradicciones que había generado, surgieron nuevos sectores sociales, medios y populares. Los partidos políticos que expresarían sus intereses serían Acción Popular y la nueva izquierda mar-

UNMSM-CEDOC

xista de los años sesenta. Y en menor grado, como grupos de élite técnico-profesional, la Democracia Cristiana y el Social Progresismo.

EL MOVIMIENTO CAMPESINO

A lo largo del período, y a medida que decaían los latifundios tradicionales, la población rural fue decreciendo relativamente, en proporción inversa al flujo migratorio y al crecimiento de las ciudades y centros urbanos. Pero, al mismo tiempo, fue haciéndose más compleja y dinámica. El cultivo extensivo de la caña de azúcar, la exportación de algodón y la modernización de las explotaciones ganaderas, generaron cambios importantes en la configuración social del campesinado, desde comienzos de siglo. Como hemos visto, se organizaron los tecnificados complejos agroindustriales de la costa norte. Más tarde, al promediar la década del cincuenta, aconteció un fenómeno parecido con la introducción y auge del cultivo del café en las zonas semitropicales de la selva alta. En otros valles de la costa, el cultivo del algodón obligó a los terratenientes a contratar mano de obra eventual y hacer arreglos leoninos con agricultores precarios o "yanaconas", al tiempo que mantener pequeños núcleos de trabajadores asalariados. En los Andes centrales, la Cerro de Pasco Corp., empresa minera norteamericana, organizó grandes explotaciones ganaderas.

Todo ello generó polos de tecnificación y retraso en las áreas rurales y al mismo tiempo incrementó la aculturación de algunos sectores campesinos, su educación y su contacto con otros sectores de la población, disminuyendo su aislamiento. En la costa norte, el cultivo extensivo y la industrialización de la caña de azúcar tropezó con la escasez de mano de obra local. Esta circunstancia obligó a los terratenientes a contratar masivamente campesinos pobres de los Andes y concentrarlos en las explotaciones agrícolas de la costa. Aquí se dio un fenómeno complejo: una migración forzada en busca de salario, un cambio brusco de habitat y una transformación acelerada de los comuneros campesinos o siervos de hacienda en obreros asalariados. Aunque estos trabajadores mantuvieron siempre fuertes lazos culturales con su origen andino, perdieron relación con el resto del campesinado y, por el contrario, se vincularon al resto del movimiento obrero que, por los años 30, se organizaba en el país. Por otra parte, su contacto con los grupos radicalizados de la clase media provinciana, que también habían sido perjudicados por la concentración de la tierra en manos de empresas extranjeras, los convirtió, como hemos visto, en una de las bases más fuertes del partido aprista.

La formación de tecnificadas haciendas ganaderas en la sierra central, conducidas por empresas extranjeras, se realizó mediante el despojo de las tierras pertenecientes a las comunidades campesinas de la

UNMSM-CEDOC

región. Ello originó un conflicto social entre las comunidades y las empresas que duró todo el período hasta que, a partir de los años sesenta, las comunidades empezaron a intentar la recuperación de sus tierras mediante ocupaciones masivas. Durante los años 1962 y 1963, el movimiento de recuperación de tierras se extendió prácticamente a todos los departamentos de la sierra andina, y fue reprimido sangrientamente por el régimen oligárquico que no permitía que la propiedad de la tierra por los hacendados peruanos y extranjeros fuese cuestionada.[2]

La introducción del cultivo del café a los valles semitropicales de la provincia de La Convención en el departamento del Cusco, unida al decaimiento de las zonas altas, atrajo una intensa migración. Los migrantes eran habitantes pobres de la ciudad, campesinos de las zonas altas u obreros sin trabajo. Algunos tenían experiencia de lucha sindical. Muchos lograron ser contratados como "arrendires" o "colonos" en desventajosos contratos de aparcería y servidumbre con los latifundistas de la zona. Ello produjo un doble fenómeno: por un lado vinculó a los recién llegados con los campesinos que vivían en esos valles desde tiempos inmemoriales en condiciones de servidumbre. Y por otro, la producción del café los relacionó con los compradores y comerciantes que bajaban desde el Cusco. Cuando los hacendados trataron de imponer el régimen tradicional de compra y venta de los productos sólo a través de la hacienda, se produjeron graves conflictos que culminaron con la sindicalización de los campesinos y la toma de las haciendas al iniciarse la década del sesenta. Este movimiento también fue reprimido, pero una primera experiencia de reforma agraria, realizada por el gobierno militar de 1962-63, dejó a los campesinos en posesión de las tierras que habían ocupado.

Los movimientos de La Libertad-Lambayeque, Junín y Cusco, que hemos reseñado, constituyen los hechos más notorios de la movilización campesina durante el período. Mientras tanto, el latifundio de la sierra andina, que también había sido formado a costa de la expulsión de las comunidades, decaía lentamente debido a la pobreza de las tierras, su atrasada tecnología y a la ausencia de medios de comunicación. Los latifundios serranos iniciaron también su migración hacia Lima o hacia Europa y su dominación sobre los campesinos fue debilitándose, aunque mantuvo las normas tradicionales de trabajo obligatorio y gratuito. A esta circunstancia, se añadieron los temores que empezaron a preocupar a los propietarios de tierras cuando se formaron las primeras co-

2. En el plano legal, las comunidades lograron la justificación al reclamo histórico sobre sus tierras a partir de 1920, cuando la Constitución de ese año les reconoció sus títulos coloniales, lo que fue reafirmado por la Constitución de 1933, que las hizo inalienables e imprescriptibles.

UNMSM-CEDOC

misiones gubernamentales para examinar el problema y cuando el postulado de reforma agraria empezó a figurar en los programas de los partidos políticos.

Podríamos decir entonces que, si bien es cierto, en general las comunidades campesinas nunca dejaron de luchar en diversas formas por la tierra durante toda nuestra vida republicana, lo que podríamos llamar "movimiento campesino", es decir el conjunto de sectores más activos, organizados y dinámicos de la población trabajadora rural, tuvo presencia allí donde el crecimiento económico del país había originado cambios en la técnica, los cultivos y la organización del trabajo.

Paradójicamente, ese mismo campesinado que hasta mediados del siglo constituía la mayoría de la población del país y cuyos sectores más activos socavaban las bases de la dominación oligárquica, nunca tuvo presencia ni participación en el sistema político. En su mayor parte no votaba, puesto que el voto estaba limitado a los ciudadanos que sabían leer y escribir. Nunca llegó al Parlamento, ni pudo exponer sus problemas de manera organizada ante el gobierno. Usualmente, y siguiendo una práctica tradicional, presentó memoriales ante los poderes públicos, que raras veces fueron resueltos. Cuando inició reclamaciones ante el Poder Judicial nunca pudo ganar un juicio. Sólo una repartición de menor nivel en el Ministerio de Trabajo —la Dirección de Comunidades Indígenas— era la encargada de atender los asuntos de un sector mayoritario de la población. El campesinado vivía en zonas alejadas de los centros de actividad política que eran las ciudades de la costa y, particularmente, Lima. No estuvo, a excepción de los trabajadores azucareros y hasta la década de 1960 en que se vinculó a la izquierda marxista, bajo la influencia de los líderes políticos urbanos. Tampoco, a diferencia de los sectores obreros, alcanzó a tener una organización representativa que invocase representación nacional, puesto que las organizaciones campesinas que surgieron eventualmente sólo tuvieron significación local. Y, sin embargo, sus organizaciones se extendieron por todo el país: las comunidades campesinas en la sierra y los sindicatos de braceros agrícolas y "yanaconas" en la costa.

LOS SECTORES MARGINALES URBANOS

Las migraciones masivas que aparecieron al promediar la década del 50, hicieron crecer aceleradamente las ciudades constituyendo multitudinarios asentamientos en zonas desérticas. A diferencia de los campesinos, los pobladores marginales de la ciudad no cuestionaban con su acción el sistema de propiedad: se ubicaban en tierras eriazas o de propiedad del Estado, cuya carencia de servicios las había hecho poco atractivas para la inversión inmobiliaria privada. El objetivo principal de los miles de familias "invasoras" fue asegurar su permanencia me-

UNMSM-CEDOC

diante la adquisición de títulos de propiedad o la tolerancia a su posesión. Y, en menor medida, aspiraban a obtener la provisión de los servicios públicos esenciales. El único ente que con su acción u omisión podía influir decisivamente sobre la satisfacción de estas necesidades era el Estado.

Esta circunstancia tiñó de ambigüedad a las relaciones entre los sectores marginales urbanos y el resto del sistema político.

En los años cincuenta se temía de ellos poco menos que una catastrófica revolución social. A medida que los años pasaron y cuando se instaló nuevamente la democracia representativa en 1956, se convirtieron en una importante base electoral que, hasta las elecciones de 1963, fue más bien conservadora. A diferencia del movimiento campesino que presionó sobre el latifundio reivindicando su derecho histórico a recuperarlo, y que, por tanto, conmovió las bases del sistema de dominación oligárquica que se sustentaba principalmente en la gran propiedad de la tierra, los sectores marginales urbanos no presionaron ni reivindicaron nada de ella. Buscaron más bien expandirla y ampliarla constantemente alrededor de la ciudad, respetando la propiedad urbana ya establecida por los sectores de mayores ingresos. Generaron nuevos e informales circuitos comerciales y de servicios y formaron una creciente masa subocupada en busca de empleo que, en todo caso, hacía de contrapeso de las luchas sindicales de los obreros estables y organizados, debido a que formaba un contingente de reserva para los propietarios de industrias en caso de huelgas o paralizaciones. A medida que crecía constantemente el sector marginal, la importancia del movimiento obrero organizado disminuyó en las ciudades y el país. Las industrias estratégicas, como la gran minería extractiva, la siderurgia y el petróleo, estaban alejadas geográficamente de la concentración urbana más importante y por tanto el proletariado no podía desarrollar una influencia directa sobre el resto de los sectores populares. Y, por otro lado, aun en Lima, los núcleos fabriles estaban rodeados de masas densas de competidores por ocupación. Disminuyó también, juntamente con el crecimiento de la ciudad, la importancia y "prestancia" del movimiento estudiantil universitario. Debido a que se tiñó del color de los sectores marginales, perdió sus posibilidades de liderazgo sobre el resto de la sociedad urbana, como sí había sucedido hasta 1930. Las grandes masas urbanas fueron también grandes masas desorganizadas y manipulables, sobre las cuales los sectores organizados obreros y estudiantiles, y los partidos políticos como el Apra y el Partido Comunista, perdieron influencia.

Sin embargo, fue precisamente la presencia masiva del sector marginal urbano, la que empezó a causar agudos desbalances en la totalidad del sistema. El crecimiento industrial no generó suficiente empleo

UNMSM-CEDOC

para la masa marginal. Y aunque el sistema educativo creció significativamente desde la década de los cincuenta, tampoco bastó para dar cabida a las promociones de jóvenes estudiantes que se sucedían año a año. La calidad de la educación disminuyó a medida que se masificaba y la educación dejó de ser el vehículo seguro del ascenso social que había sido hasta los cincuenta. Cundió la desocupación profesional y las universidades se "proletarizaron". El sector marginal creció masivamente por fuera del sistema político y aunque, como hemos dicho, no lo cuestionó ni presionó sobre él directamente generó, con su presencia, las condiciones de bloqueo e inestabilidad del sistema que fueron una característica del período.

En una sociedad más simple, estable y pequeña, como fue la que el Perú tuvo hasta la mitad del siglo, los mecanismos formales de participación política reflejaban, comparados con la segunda mitad del siglo XX, un mayor porcentaje de la población, y permitían procesar de manera paternalista una mayor cantidad de sus peticiones. Pero el crecimiento acelerado de los sectores populares, y en especial los marginales, hizo cada vez más pequeños y limitados dichos mecanismos formales.

LOS SECTORES EMPRESARIALES E INDUSTRIALES

Las bases económicas del poder de los grupos dominantes se originaron sucesivamente, durante el siglo XIX, en el manejo de la consolidación de la deuda interna adquirida por el Perú durante la guerra de la independencia; los recursos procedentes de la venta del guano en el mercado internacional; la propiedad de la tierra y las minas. Durante el siglo XX, esta situación no sufrió más alteración que la desaparición del guano como riqueza del país. En su lugar apareció el cultivo del algodón para la exportación, la industrialización de la caña de azúcar y la explotación en gran escala de la minería por el capital extranjero. Así, las riquezas más importantes del país fueron explotadas por la oligarquía latifundista o por el capital extranjero. Y, paralelamente a ello, creció un importante sector financiero y un mínimo sector industrial que producía para un estrecho mercado interno, circunscrito inicialmente a los centros urbanos.

Pero el incremento de la población generó también el gradual crecimiento del Estado en la década del cincuenta y una expansión relativa del mercado interno. La Segunda Guerra Mundial ya había propiciado la aparición de una industria ligera sustitutiva que, aunque aún sin importancia, aparecía como un nuevo elemento en el cuadro económico del país. Este proceso germinal fue cortado bruscamente por la postguerra y reapareció recién en los años sesenta al abrigo de las necesidades de la industria pesquera extractiva y productora de harina de pescado que vigorizó a la metalmecánica, vinculada también a la pro-

UNMSM-CEDOC

ducción de acero y la industria naval que el Perú había instalado desde los años cincuenta. Favorecida por algunas medidas proteccionistas, creció también la industria textil en los años sesenta y, como fenómeno nuevo, se inició el ensamblaje de automóviles. Sin embargo, el conjunto de esta industrialización dependía fuertemente del exterior en insumos y tecnología, y estaba eslabonado a los monopolios internacionales.

La extracción y procesamiento primario de la anchoveta que se convirtió rápidamente en la actividad económica más importante del país y en el primer rubro de exportación, generó también la aparición de un nuevo empresariado rápidamente enriquecido y que no pertenecía totalmente a las tradicionales familias oligárquicas.

En general, el surgimiento de este nuevo empresariado no significó la aparición de posiciones claramente industrialistas, opuestas a la antigua economía basada en la renta de la tierra y la actividad financiera y especulativa. Pero, de todos modos, tornó en más complejo el panorama político y, para la oligarquía tradicional, significó un nuevo factor a tomar en cuenta para el ejercicio de su poder. A través de un tenso juego de contradicciones desarrollado entre dos grupos que controlaban distintas fracciones de poder, y procesada en parte en los medios de comunicación y el parlamento, la acción de los nuevos grupos de presión sobre la oligarquía tradicional produjo nuevas redes económicas y alianzas políticas. Al final del período, la oligarquía desarrollaba sus actividades financieras y estrechaba sus lazos con los monopolios internacionales, sosteniendo las posiciones ideológicas del liberalismo económico.

SIGNIFICADO HISTORICO DEL PROCESO POLITICO DE 1930-1968

Las importantes modificaciones en la configuración social del país que examinamos en el punto anterior, originaron el surgimiento de nuevos actores sociales y políticos: un sector "moderno" del civilismo tradicional, encabezado por Leguía[3] y muy vinculado al capital extranjero; una intelectualidad provinciana que planteaba la defensa y reivindicación de los indios a través del movimiento llamado indigenista; grupos radicales de clase media que postulaban la revolución social ubicándose en el marxismo y el aprismo; el movimiento obrero que, como hemos dicho, había surgido en los primeros años del siglo. Y también el ejército, que, desplazado del poder político en los años siguientes a

3. En realidad, el proceso político 1930-1968 se gesta activamente durante el oncenio del Presidente Augusto B. Leguía, quien gobernó de 1919 a 1930. Leguía rompió con las familias oligárquicas de su época y construyó su poder personal apoyándose en los Estados Unidos y las empresas norteamericanas, una parte de la clase media, en sectores del latifundismo e incluso en grupos intelectuales y obreros. Aprovechó la prosperidad entre las dos guerras mundiales pero cayó como resultado de la crisis económica de 1929.

UNMSM-CEDOC

la derrota peruana en la Guerra del Pacífico y alejado del mismo por Leguía, retorna a él en 1930 con la revolución de Sánchez Cerro. En realidad, los once años del gobierno de Leguía (1919-1930) son el período de preparación del curso que sigue el proceso político hasta 1968, puesto que los actores políticos que surgen esos años abren un ciclo que se cerrará recién en dicho año.

Los 32 años que separan 1930 y 1968 conocieron alternativamente lapsos de dictadura militar y civil y apertura de la democracia representativa formal. Por ello, para los efectos de nuestro análisis, los dividiremos en los siguientes subperíodos: 1930-1933; 1933-1956; y 1956-1968.

Subperíodo 1930-1933: la violencia política

Este subperíodo se abre con la caída del gobierno de Leguía y se cierra con el asesinato del comandante Luis M. Sánchez Cerro. Durante esos tres agitados años se instaló la Asamblea Constituyente que redactó la Constitución que rigió el Perú hasta 1980; fueron fundados los partidos aprista y comunista; se organizó la Confederación General de Trabajadores del Perú; la oligarquía se reunificó, liberada del cisma de Leguía; y el ejército atravesó por una crisis de mando que fue resuelta, a la muerte de Sánchez Cerro, con el ascenso del general Oscar R. Benavides al poder político y su influencia personal sobre la vida política del país que fue muy importante hasta su muerte en 1945.

Fue una época de lucha social, abierto debate ideológico y violenta confrontación política. Los planteamientos estratégicos de José Carlos Mariátegui —ideólogo marxista que murió antes de la caída de Leguía— fueron modificados por el Partido Comunista, que, criticando a Mariátegui, siguió la línea de "clase contra clase" impuesta por la Tercera Internacional. El partido aprista formuló su programa mínimo, tratando de diseñar un proyecto de gobierno para el país (su Jefe, Haya de la Torre, había elaborado algunas de sus ideas básicas sobre el Estado antiimperialista durante los años anteriores).

Su triunfante conspiración contra Leguía transformó a Sánchez Cerro en un popular caudillo militar. El Manifiesto de Arequipa apoyando su revolución había sido suscrito por parte de la intelectualidad liberal de aquella ciudad. Su origen social de clase media provinciana, su apariencia racial de "cholo peruano", algunas de sus actitudes públicas y las medidas iniciales de su gobierno provisional,[4] le atrajeron la simpatía y el entusiasmo del pueblo de Lima. No portaba una ideología sino encar-

4. Sánchez Cerro estableció por primera vez el divorcio, creó comedores populares para el pueblo pobre de Lima y provincias, anuló la Ley de Conscripción Vial (trabajo obligatorio de los indígenas en la construcción de carreteras) y desarrolló una conducta de trato personal y paternalista con los sectores más pobres de Lima.

UNMSM-CEDOC

naba ocasionalmente los sentimientos de los sectores más pobres. Su movimiento militar y populista, aunque confuso en su posición política, era otro de los rostros de la clase media. Aunque aliado de hecho con el civilismo, podría decirse que portaba el embrión de un cierto nacionalismo aún indefinido que se emparentaba con el conservadorismo de las familias oligárquicas que habían sido desplazadas del gobierno por la modernización de Leguía y que por lo mismo se oponía al indoamericanismo de Haya de la Torre y al internacionalismo de los comunistas. El conservadorismo de ciertos grupos civilistas, como la familia Miró Quesada, admitía y hasta propugnaba la realización de algunas reformas en el régimen laboral que mejorasen la condición de los sectores pobres, y veía con desconfianza la modernización del país por el capital extranjero, intentada por el leguiísmo. Pero defendía tajantemente la jerarquización de las clases sociales, y se oponía firmemente a las doctrinas sociales revolucionarias, en lo que coincidía con Sánchez Cerro.

En las elecciones de 1931 se enfrentaron Víctor Raúl Haya de la Torre, el caudillo civil revolucionario y Luis M. Sánchez Cerro, el caudillo militar. Eran dos amplios sectores de la clase media y populares, los que estaban en pugna. La conducta insurgente del Apra y el temor a la revolución social, unificaron a la oligarquía que buscó protección en el ejército y apoyó decididamente a Sánchez Cerro. Por su parte, el ejército se vio amenazado por la posibilidad de una revolución social; por un internacionalismo que, según ellos pensaban, iba directamente contra su tradición patriótica de defensa de las fronteras y el territorio nacional en un país que estaba definiendo sus límites territoriales. Y también por el peligro de una politización radical de los soldados y oficiales de baja graduación sobre quienes se realizaba una activa campaña de convencimiento. El país se dividió así en dos bandos irreconciliables: de un lado Sánchez Cerro, la oligarquía, parte del ejército y de la clase media y los sectores populares limeños; y del otro el Apra, sectores supérstites del leguiismo, los sindicatos y las masas populares y obreras. Las elecciones presidenciales dieron el triunfo a Sánchez Cerro, triunfo que no fue reconocido por Haya de la Torre, quien denunció el fraude electoral y se proclamó "presidente moral del Perú". A partir de ese momento se abrió un violento período de lucha por el poder y de conspiraciones e insurrecciones, que fueron aplastadas sangrientamente.

Subperíodo 1933-1956: la dictadura oligárquica

El conflicto entre Sánchez Cerro y el Apra que, en realidad, expresaba históricamente la contradicción entre el régimen oligárquico y los sectores de clase media y populares, se resolvió al ser asesinado el primero. Con la presidencia de Benavides, los grupos militares

UNMSM-CEDOC

simpatizantes del Apra, democráticos o "populistas", fueron desplazados del mando de las Fuerzas Armadas y la oligarquía ocupó nuevamente todo el territorio de la política oficial. Se instauró una larga época de dictaduras militares y civiles que cubrieron veinte años de nuestra vida republicana, interrumpidos solamente por el breve paréntesis del gobierno democrático de José Luis Bustamante y Rivero (1945-1948). Esta época está cubierta por los gobiernos de Oscar R. Benavides, Manuel Prado y Manuel A. Odría, durante los cuales el Apra y el Partido Comunista estuvieron ilegalizados, el movimiento sindical fue duramente reprimido, la vida cultural languideció, e imperó el estado de emergencia normado por leyes de excepción que sirvieron a la oligarquía para combatir y reprimir a la oposición civil y a los grupos militares discrepantes. Fue también un período de alianza entre la oligarquía y el ejército. Sin embargo la impresión de estabilidad que da esta época a primera vista está lejos de corresponder a la realidad. Las contradicciones entre las familias oligárquicas y entre éstas y el ejército no dejaron de presentarse, a la vez que las conspiraciones y tensiones dentro del ejército se sucedieron constantemente. La imagen común de un "bloque oligárquico" homogéneo y hasta "monolítico" durante este período no corresponde a la realidad. Un análisis más cercano del gobierno de Benavides nos presenta el ejercicio de una autonomía relativa de las Fuerzas Armadas respecto de la oligarquía e incluso, como en 1936, intentos de apertura democrática y entendimiento con el Apra, realizados por militares en contra de la opinión de sectores más recalcitrantes del civilismo.

Hasta el año 1939, las simpatías de algunos sectores de la oligarquía y el ejército se orientaron hacia la Alemania hitleriana y la Italia fascista, en las que veían un ejemplo a imitar por su orden jerárquico, su disciplina social y su desarrollo económico. Pero posteriormente, particularmente en el primer gobierno de Prado y muy especialmente durante el de Odría, se consolidaron las relaciones de dependencia económica, política y militar del Perú con respecto a los Estados Unidos. Este alineamiento comprendió a casi todos los actores políticos: desde luego, a la oligarquía; al ejército, primero durante la Segunda Guerra Mundial y luego con el sistema de seguridad que los Estados Unidos organizaron en el continente para enfrentarse a la Unión Soviética durante la postguerra y la guerra fría. Incluía al Apra que, desde sus originales planteamientos antiimperialistas de 1931, derivó a una dura posición anticomunista y justificadora de la dominación norteamericana buscando el apoyo del Departamento de Estado a su oposición en el Perú y, durante la segunda guerra y los primeros momentos de la postguerra, influyó también sobre el Partido Comunista que, desde la línea de "clase contra clase", desarrollada al comenzar la década del 30, había derivado a una posición de apertura hacia la denominada

UNMSM-CEDOC

"burguesía nacional" y de relación oficiosa con el primer gobierno de Manuel Prado que, rompiendo las primeras simpatías oligárquicas por los países del eje, se había orientado decididamente en favor de los aliados. Pero, a pesar que muchas de las posiciones ideopolíticas de los partidos aprista y comunista cambiaron coyunturalmente, con ocasión del conflicto bélico mundial, el enfrentamiento con la oligarquía continuaba en el país. El breve paréntesis democrático de 1945-1948 no hizo sino impulsar hacia la superficie la lucha por el poder entre la oligarquía y el Apra, enfrentamiento que nuevamente se definió en contra de esta última, con la intervención del ejército que ubicó en el poder al general Odría. Sin embargo, este período no dejó de incluir muchos hechos nuevos en la participación política y sindical de los sectores populares. La sindicalización de los yanaconas y trabajadores agrícolas y, en general, de los trabajadores de la ciudad, recibió un notable impulso; las centrales sindicales retornaron a la plena legalidad y se organizó la Confederación de Trabajadores del Perú, CTP, bajo la influencia del Apra; el gobierno nombró Juntas Transitorias para preparar las elecciones municipales. Y en otros aspectos de los problemas nacionales, el gobierno peruano formuló, por primera vez, la tesis de su soberanía sobre las 200 millas marítimas. En el debate que se abrió sobre probables concesiones petroleras a compañías norteamericanas en el desierto de Sechura, el gobierno y el Apra asumieron una posición favorable, mientras algunos medios ligados a la oligarquía y los medianos empresarios industriales, se opusieron a dar concesiones petroleras al capital extranjero continuando, en el tema petrolero, una línea que venían manteniendo desde el gobierno de Leguía y que se prolongaría hasta la década del 60 en el debate sobre la presencia ilegal de la International Petroleum Co. en el Perú.

Subperíodo 1956-68: la democracia representativa

De alguna manera, el paréntesis democrático de 1945-48 sería el precedente de este subperíodo, al igual que en el pasado podría decirse que el antecedente del período 1945-48 está en el de 1930-1933. El de 1930-33, como el de 1945-48, son períodos democráticos-parlamentarios muy cortos, de aguda lucha social y política cuyo desenlace es la toma del poder por el ejército. El de 1956-68 cubre doce años de régimen parlamentario interrumpidos por un año de gobierno militar.

Como hemos dicho antes, en 1956 hicieron irrupción nuevas fuerzas políticas que cubrieron el espacio generado por el crecimiento de la población, de las áreas marginales y de la clase media urbana. En ese período, la lucha que había enfrentado durante veinte años, a veces sangrientamente, a la oligarquía y el Apra, tuvo un desenlace sorpresivo: la alianza política entre ambas para hacer frente a las nue-

UNMSM-CEDOC

vas fuerzas que competían por el poder desde una posición antioligárquica y ubicándose a la izquierda del partido aprista. En un comienzo, en 1956, el Apra negoció su apoyo al gobierno de Prado a cambio de su legalidad. Luego, en 1963, cuando triunfó el candidato populista Fernando Belaunde Terry, se alió al odriísmo y al pradismo para oponerse al gobierno de Belaunde.

Este es también un lapso de lento desplazamiento en los roles de las diversas fuerzas. Por la vía de la candidatura triunfante de Belaunde, las nuevas capas medias lograron desplazar a la oligarquía tradicional del control directo del poder político, al cual la oligarquía no retornaría más. La Iglesia Católica, que había respaldado con la acción o el silencio al régimen oligárquico, renovó sus planteamientos y se pronunció por la necesidad de hacer reformas en el país. El Apra culminó su recorrido de veinte años hacia la derecha conservadora. Las Fuerzas Armadas comenzaron a orientar su reflexión hacia el desarrollo del país, se tecnificaron y recuperaron su autonomía con respecto de la oligarquía de la cual dejaron de ser garantes y defensores. Y justamente el cambio de ubicación del Apra y la Fuerza Armada continuó enfrentándolas, al punto que, si esta última cerró el paso del Apra al poder en 1931, 1936 y 1948 debido a que el Apra aparecía como una fuerza revolucionaria, en 1962 le impidió nuevamente llegar a la presidencia; esta vez debido a que el Apra se había transformado en una fuerza política conservadora y defensora del régimen oligárquico.

Por eso mismo, el breve período 1962-63 en que luego de un golpe de estado institucional, la Fuerza Armada se hizo cargo del gobierno, resultó un preámbulo del proceso 1968-1975. El desarrollo, la reforma agraria, la planificación, el fortalecimiento del Estado, planteamientos que habían sido condenados por la oligarquía, estuvieron en los planes públicos de los militares.

El gobierno de Belaunde, que se había iniciado de alguna manera bajo los auspicios de los militares, respondió sólo débilmente a dichos planteamientos y se debatió al final dentro de una profunda crisis económica y política, fracasando en sus intentos de reconstituir un frente oligárquico. El movimiento campesino presionó sobre el latifundio, pero la reforma agraria fue postergada primero, mediatizada y neutralizada después. Las guerrillas iniciadas desde 1962 fueron derrotadas finalmente en 1965 por la Fuerza Armada; las universidades multiplicadas y masificadas cayeron bajo la influencia de la izquierda marxista que también avanzó en su influencia sobre el medio sindical, desplazando de allí la hegemonía del Apra. Finalmente, el explosivo problema petrolero con la International Petroleum Company fue el detonante final para la intervención militar del 3 de octubre de 1968.

UNMSM-CEDOC

LA EVOLUCION SOCIOPOLITICA DEL PERU Y LA PARTICIPACION EN EL PERIODO 1930-1968

Hemos visto anteriormente que, desde el punto de vista de la movilidad social, la evolución del Perú entre los años 1930 y 1968 puede explicarse mediante la afluencia sucesiva de: *a)* las clases medias urbanas; *b)* los sectores obreros y artesanales; *c)* los sectores sociales marginales; *d)* los círculos empresariales e industriales (pesca e industria ligera de transformación); *e)* la tecnocracia gubernamental que acompaña el crecimiento del Estado y los grupos profesionales que surgen como resultado de la ampliación y crecimiento de la educación universitaria. Estos nuevos sectores sociales aparecen y empiezan a actuar en estos años y se suman a la presencia de las familias oligárquicas que monopolizaban el poder económico y político, los artesanos y los campesinos.

Hemos dicho también que la presencia de estos nuevos sectores sociales y su colisión con el régimen oligárquico determinó en gran parte el carácter conflictivo de la evolución política de dichos años. Los nuevos sectores sociales encontraron un sistema político estrecho y cerrado y lucharon por ampliarlo, enfrentándose por ello a la oligarquía tradicional. En gran parte, ello explica las luchas antioligárquicas del Apra hasta 1956 en que pactó con una parte de la oligarquía; el surgimiento de nuevas tendencias populistas a partir de esos años —la más importante estuvo canalizada por el partido Acción Popular— y el cambio de rol de instituciones tradicionales como las Fuerzas Armadas y la Iglesia Católica. Desde este punto de vista, al fracasar el primer gobierno de Belaunde, las Fuerzas Armadas empezaron, con la intervención militar de 1968, la recomposición del sistema político, reorganizándolo en función de la evolución de los años precedentes y realizando algunas de las reformas que habían sido reclamadas por el Apra, la izquierda marxista, la democracia cristiana y el socialprogresismo.

LAS AREAS DE LA PARTICIPACION SOCIAL

Nos interesa ahora examinar qué relación existió entre los sectores sociales, los grupos intelectuales y los partidos políticos, y las áreas de participación en el país.

Deberíamos empezar por distinguir entre las áreas de participación reales, muchas de las cuales provenían de las raíces históricas de nuestro país, y las áreas de participación institucionales pertenecientes al sistema político republicano.

Más que como resultado natural de la evolución histórica de las mayorías nacionales, el sistema republicano fue producto de las formulaciones de los pensadores liberales que intentaron repetir en el

UNMSM-CEDOC

Perú las instituciones parlamentarias características de la Europa democrática y de los Estados Unidos. Sin embargo, tal esfuerzo tropezó con grandes obstáculos: la presencia masiva de una población rural quechuahablante, analfabeta, aislada por el latifundio y que no tenía ninguna otra comunicación con las minorías españolas y criollas que aquella procedente de un injusto régimen de dominación; la existencia real de enormes desigualdades culturales, raciales, sociales y económicas; la ausencia de una élite dirigente que pudiera conducir al país de la anarquía que sucedió a las guerras de la independencia a un nuevo orden social y político; y, en general, la existencia de un sistema económico vertical y antidemocrático. La democracia parlamentaria fracasó así en el siglo XIX y tuvo sólo una presencia eventual consintiendo o rubricando decisiones arbitrarias de regímenes civiles discriminantes o dictaduras militares. La participación en el parlamento y el sistema electoral estuvo limitada sólo a los propietarios de haciendas y a los miembros de la clase dominante. Y aun así, el acceso verdadero al poder político se realizó por la vía de elecciones limitadas o fraudulentas, conspiraciones militares, guerras civiles y golpes de Estado.

En el otro extremo de la estructura social, las comunidades campesinas funcionaron como entidades en cuyo interior existía participación democrática y donde la autoridad era respaldada tradicionalmente por el consentimiento de sus miembros. Este funcionamiento tenía que ver sólo con la vida interna y familiar de la comunidad. A diferencia de la institucionalidad republicana que había sido en sus orígenes un producto de importación, la institucionalidad participatoria de la comunidad era un fenómeno cultural muy antiguo. Pero no existía ninguna posibilidad para que las comunidades pudiesen influir sobre el poder ejercido por el gobierno central y menos aún para que pudiesen determinar sus decisiones. La relación de las comunidades con el poder central fue mantenida por personeros, y tuvo que partir de una actitud reverencial y sumisa dirigida a obtener la benevolencia de las autoridades gubernativas para sus necesidades y peticiones. En los planos intermedios existía una complicada red de dominación que aquellas debían atravesar para que sus peticiones fuesen escuchadas y que estaba compuesta por subprefectos, abogados, escribanos, jueces y diputados, representantes del poder central, que estaban comprometidos casi siempre con la estructura de la dominación.

Simultáneamente, las provincias tampoco tuvieron un sistema político de gobierno ni una relación democrática con el gobierno central, lo que devino permanentemente en postergación dentro de la distribución de los recursos nacionales. Así, al comenzar el siglo XX, el centralismo acompañó, en lo político, el dominio económico de la oligarquía sobre la propiedad de la tierra y los recursos del Estado.

UNMSM-CEDOC

Debido a ello, los primeros reclamos contra el sistema oligárquico en las dos primeras décadas del siglo tuvieron dos grandes líneas: la reivindicación indigenista en el plano cultural y racial y el descentralismo en el plano del sistema político. La reivindicación histórica de los indios apareció conjuntamente con la evocación del poder y la justicia social que, según sostenían los indigenistas, habían existido en el Imperio Incaico. Y acompañó a las demandas por la reivindicación de las provincias a través del descentralismo.

En los párrafos siguientes nos referiremos a las diferentes áreas de la participación institucional en el sistema político y económico. Y a la forma cómo el mismo fue analizado en el debate ideológico durante el período 1930-1968.

AREAS DE PARTICIPACION INSTITUCIONAL: EL GOBIERNO CENTRAL, CENTRALISMO Y DESCENTRALISMO

Las familias oligárquicas monopolizaron el gobierno central, pero no siempre lo ejercieron directamente. Ni Sánchez Cerro, ni Benavides, ni Odría podrían ser señalados como parte de la oligarquía, aunque conservaron y ejercieron el poder para ella. Sólo Prado perteneció a los círculos más cerrados de tal poder. La oligarquía se conformó con monopolizar rígidamente el poder económico y delegó en pequeños grupos procedentes de la clase media, la misión de ejercer el poder político desde el gobierno central. Simultáneamente los terratenientes provincianos o sus delegados ocuparon el parlamento, las prefecturas y gobernaciones y poblaron los diversos niveles del Poder Judicial.

En el comportamiento de la oligarquía respecto del gobierno central descubrimos estos rasgos: desinterés por su manejo directo, y tendencia a buscar aliados y testaferros que garanticen estabilidad y seguridad para su establecimiento económico; limitación de las atribuciones del gobierno a lo estrictamente necesario para mantener intacta la totalidad del sistema; despreocupación por las provincias y marginación de los sectores populares.

Por ello, como hemos dicho antes, la aparición de nuevos grupos sociales y tendencias políticas tuvo que implicar, necesariamente, la disputa por el gobierno central. En este terreno fue el Apra el partido que opuso a la presencia oligárquica la concepción integral del Estado Antiimperialista que, en lo político, sumaba a la presencia de varias clases sociales (clase media, obreros y campesinos) en su base de sustentación, y coordinadamente con el parlamento tradicional, la existencia de un parlamento funcional denominado Congreso Económico, cuya finalidad debía ser, según Haya de la Torre, planificar concerta-

UNMSM-CEDOC

damente el desarrollo del país. En dicho Congreso, que funcionaría como una de las cámaras del Poder Legislativo, tendrían intervención los empresarios, el Estado y los trabajadores. El planteamiento del Apra fue presentado y defendido en la Asamblea Constituyente de 1933, pero no prosperó. Fue la primera y última vez que se cuestionó la democracia política, tal como estaba planteada en la teoría, y se propuso reemplazarla por un sistema diferente. Nadie volvió a hacerlo en los años siguientes, en que la lucha política a través de los partidos llegó sólo al parlamento en las épocas democráticas sin afectar el poder económico que la oligarquía ejercía invariablemente.

Opuesto al asfixiante centralismo que caracterizó al país el descentralismo fue una de las primeras aspiraciones de las provincias durante este siglo. Al plantearse el tema en la Constituyente de 1933, se incluyó en la Constitución el funcionamiento de los Consejos Departamentales, pero no se estatuyó claramente sus atribuciones ni organización. Por ello fue que nunca llegaron a organizarse. Más tarde, el problema de la regionalización del país fue introducido en la temática nacional y se hicieron varios planteamientos de regionalización que no fueron debatidos ni llevados a la práctica. Determinadas circunstancias, sin embargo, obligaron al Estado a ensayar sistemas de planificación zonal. Al promediar los cuarenta, el gobierno de Prado propuso el primer plan de desarrollo regional de la cuenca del río Santa, que comprendía una central hidroeléctrica, una acería y un puerto. Y bastante más adelante, en 1956, se desarrolló el denominado "Plan del Sur", destinado a combatir la sequía en los departamentos de Cusco y Puno. En 1963, durante el primer gobierno de Belaunde, se organizaron las Corporaciones Departamentales que habían sido una propuesta del Apra, aprobada en el gobierno de Bustamante y Rivero, y las Juntas de Obras Públicas, destinadas a planificar y orientar, de manera descentralizada, los recursos de cada región y departamento.

Sin embargo, ninguno de estos planteamientos consideró la participación de la población campesina o urbana en la planificación de las tareas del desarrollo económico, a un nivel que fuese más avanzado que la simple cooperación proporcionando mano de obra gratuita. En el caso de las Juntas de Obras Públicas y Corporaciones de Desarrollo, la representatividad popular estuvo limitada a las instituciones existentes en provincias, muchas de las cuales tenían relación sólo con pequeños círculos de la clase alta y media provinciana y no con los sectores populares los que, por lo demás, tampoco estaban organizados.

Las insurrecciones populares de Arequipa en 1950 y de Cusco en 1957, que unificaron a todos los sectores sociales de dichas ciudades contra los gobiernos de Odría y Prado respectivamente, evidenciaron la existencia de reivindicaciones regionales que eran comunes a las

UNMSM-CEDOC

clases sociales y los partidos políticos y que se mezclaban con los requerimientos de una democratización del país.

EL GOBIERNO LOCAL

El Perú del siglo XX heredó la vieja institución colonial de los municipios y cabildos, con atribuciones muy específicas sobre el ordenamiento urbano. Pero los concejos municipales representaban sólo una minoría de la población. A lo largo de todo el siglo, éstos estuvieron formados por Juntas de Notables que reunían a los personajes de mayor poder y riqueza local quienes, además, eran nombrados por el gobierno central. Fue el partido aprista el que planteó elegir a los concejales en elecciones democráticas con voto universal, en cada una de las localidades del país. En 1945, al hacerse cargo de la Presidencia de la República, José Luis Bustamante y Rivero, el Parlamento determinó la elegibilidad de las municipalidades y nombró Juntas Transitorias que debían funcionar hasta la realización de dichas elecciones. Pero éstas no llegaron a realizarse debido a la crisis política y al golpe de estado de 1948 que interrumpió el sistema democrático, depuso al gobierno de Bustamante y, entre muchas otras medidas, volvió al sistema tradicional de nominar a los Concejos Municipales desde Lima. Esta situación perduró hasta 1963, año en que el gobierno de Fernando Belaunde Terry convocó a elecciones municipales. De esta manera, la institución municipal ha tenido una vida accidentada y ha estado sujeta a las variaciones sufridas por el sistema político. Lo anterior ha contribuido también para que no se examine la relación de la institución municipal con el desarrollo urbano, por un lado, y con la representatividad popular de los barrios por el otro. Así, la institución municipal ha trabajado en ausencia de un planteamiento global sobre el crecimiento de las ciudades, fenómeno que es característico de la historia peruana desde los años cincuenta; y en ausencia también de una organización popular articulada en función de las necesidades que crea el crecimiento urbano.

LAS COMUNIDADES CAMPESINAS

Las comunidades campesinas son las instituciones de participación más antiguas del Perú. Su origen se remonta a la antigua tradición colectiva de los pueblos pre-incaicos, su evolución pasa por los ayllus incas y su historia atraviesa toda la época colonial, durante la cual la población indígena fue reagrupada en forma de "reducciones" para ser subordinada al poder colonial. Durante el siglo XIX, y como resultado de los decretos de Bolívar que permitieron la compra y venta de las tierras que les pertenecían, las comunidades atravesaron un período de agresión y decadencia y fueron expulsadas por los hacendados

UNMSM-CEDOC

hacia las tierras más pobres y altas de los andes peruanos. A pesar que en la primera mitad del siglo XX esta situación de marginación no mejoró y antes bien se consolidó la propiedad terrateniente, las comunidades pudieron mantener en gran medida su organización interna, caracterizada por la distribución igualitaria de tareas de riego, cultivo y obras comunales y la elección democrática de sus autoridades. Sin embargo, y a diferencia de la época colonial, la organización republicana no estableció canales formales entre la organización comunal y el poder central, interrumpiendo la comunicación de ida y vuelta entre ambos. Este proceso se desarrolló simultáneamente con una sistemática invasión del poder central en las áreas de decisión de la organización comunal, teniendo como resultado la pérdida de atribuciones de las autoridades comunales. Esto sucedió con la facultad de las autoridades comunales para rotar y distribuir tierras, juzgar faltas, normar tributación y ejercer la autoridad municipal, en la medida en que el Estado delegaba estas facultades en los alcaldes, jueces de paz y gobernadores nombrados por él. Como consecuencia de todo ello, podríamos decir que la historia de la república previa a 1968 registra una constante pérdida de atribuciones y poder por parte de la comunidad. Paralelamente, mientras las comunidades conservaban una limitada y precaria vida democrática interna, estuvieron marginadas de la vida política nacional y de toda participación en la administración del poder central.

ASOCIACIONES DE POBLADORES

Cuando crecieron explosivamente las áreas marginales de las ciudades y principalmente de Lima, a partir de los años 50, se originaron también las asociaciones de pobladores que agruparon organizadamente a las familias que se ubicaban en las zonas recientemente invadidas. De alguna manera, la ejecución común de tareas de "invasión" de tierras y asentamiento en ellas, trazado de calles, vigilancia y relación con los poderes públicos, que fue una de las características de estas asociaciones, evoca profundos lazos culturales que comunican históricamente a estas familias, en su mayor parte provincianas, con las prácticas colectivas de sus comunidades campesinas de origen. Sin embargo, esta participación democrática fue limitada de hecho por la presencia de un sistema económico que no permitía la expansión del poder democrático local, debido a que dichas organizaciones carecían de una base económica que les diera sustento y estabilidad. De esta manera, las asociaciones de pobladores fueron usadas frecuentemente por las empresas privadas y los organismos públicos para realizar tareas complementarias o subsidiarias de sus planes, hecho notorio en el caso de recolección de cuotas o fondos para la instalación de luz eléctrica y

UNMSM-CEDOC

agua potable o el uso de mano de obra gratuita para la remodelación de calles. Estas tareas fueron ejecutadas a pesar que las asociaciones no tuvieron en ningún momento participación en el diseño de su propio crecimiento urbano y menos aún en la distribución de recursos de la ciudad considerada globalmente.

Con las asociaciones de pobladores, además de los hechos anotados, acontece también un fenómeno similar al de las comunidades: no existen canales formales que las comuniquen con la administración municipal de la ciudad y menos aún con el gobierno central. Son entidades limitadas, aisladas y marginadas, y no están integradas al sistema político nacional.

LA PARTICIPACION ECONOMICA

La participación económica puede apreciarse principalmente en los aspectos de propiedad de bienes y la distribución de los ingresos nacionales. Dijimos anteriormente que la propiedad de la tierra y de los recursos naturales en este período estuvo fundamentalmente en manos de entidades privadas individuales nacionales y extranjeras. La excepción a esta regla es el caso de la propiedad comunal de la tierra que hemos analizado en párrafos anteriores. En los aspectos de la distribución y el consumo, se puede mencionar el caso del cooperativismo de crédito, consumo y vivienda, cuya presencia puede observarse en las áreas urbanas al promediar la década del 50. Sin embargo, por sus características, dichas cooperativas no siempre fueron entidades de funcionamiento democrático real ya que respondían ante todo al interés individual de sus miembros, cuya participación se agotaba en la medida en que dicho interés era logrado. Las cooperativas de producción y trabajo en que la vida cotidiana alrededor del proceso productivo permite la agrupación y participación democrática de los miembros, fueron casos muy aislados antes de 1968.

También se puede mencionar el surgimiento de la seguridad social en el Perú, que como respuesta del régimen oligárquico a las demandas de los trabajadores, es implementada, por primera vez, durante el gobierno del general Oscar R. Benavides. Sin embargo, si bien la seguridad social implica un mecanismo democrático de redistribución de ingresos, nunca significó en el Perú un mecanismo de participación real de los asegurados en la administración de sus propios recursos. A pesar de la existencia de representaciones formales de las organizaciones sindicales en los organismos centrales de administración, fue en realidad siempre el Estado quien ejerció el verdadero poder decisorio sobre la administración de dichos recursos.

UNMSM-CEDOC

PRESENCIA DE LA PARTICIPACION EN EL DEBATE IDEOLOGICO Y POLITICO

Algunas grandes corrientes de ideas cubrieron el período: indigenismo, aprismo, marxismo y social cristianismo. Dichas corrientes encararon de diferentes maneras el tema de la participación.

Los indigenistas de comienzos del siglo buscaron reivindicar los valores de la raza indígena y tuvieron una visión evocativa y nostálgica de la sociedad peruana, contraponiendo el régimen oligárquico hispánico al pasado socialista incaico. Esta visión los llevó a plantear la rebelión de la raza indígena contra el poder hispánico, pero, al mismo tiempo, les impidió profundizar en la crítica al régimen oligárquico y plantear una alternativa en cuanto a la participación de las comunidades indígenas y los pueblos quechuas en el gobierno del país. Algunos de los escritores indigenistas llegaron a bordear el tema de la participación económica de los campesinos en la propiedad de la tierra, pero fueron en realidad los pensadores marxistas y principalmente José Carlos Mariátegui, aquellos que incidieron en el problema de la tierra como elemento básico para comprender la dominación de que eran víctimas los pueblos quechuas.

El partido aprista originado a partir de la década de los 20 y organizado en 1931, es en realidad el primero que avanza ideas sobre el probable funcionamiento de un sistema de participación en el Perú. Dichas ideas, expuestas en sucesivos trabajos por su fundador Víctor Raúl Haya de la Torre, desarrollan tres propuestas fundamentales: la concepción de un estado nacional antiimperialista organizado funcionalmente en su nivel central sobre la base de la representación de empresarios, trabajadores y estado en el llamado congreso económico nacional; el funcionamiento de municipalidades elegidas por los pueblos como un nivel local de participación; y la propuesta del cooperativismo como una forma de participación económica en el manejo de algunos recursos. De estas líneas, las dos primeras tenían relación directa con una propuesta de modificación del sistema político; y la tercera buscaba mejorar el nivel de participación económica de los trabajadores.

Los políticos marxistas que sucedieron a José Carlos Mariátegui no desarrollaron ningún planteamiento concreto sobre el tema de la participación y se limitaron a propuestas globales sobre el funcionamiento de un estado nuevo que al comienzo fue planteado como representativo de obreros y campesinos y en los años posteriores a 1940 como una democracia avanzada que incluía la participación política de la burguesía nacional, pero cuya concepción no fue desarrollada en detalle, a partir de la realidad peruana, sino, en todo caso, como una adaptación de las experiencias de los socialismos históricos.

UNMSM-CEDOC

Ninguna de las corrientes de pensamiento anteriores llegó a cuestionar el régimen interno de la empresa capitalista, lo que fue realizado recién al promediar la década del 50 por las corrientes social cristiana y humanista que se organizaron políticamente en el partido demócrata cristiano y el social progresismo. La Democracia Cristiana y el Social Progresismo renovaron a su tiempo la discusión de algunos temas básicos: la necesidad de planificación con participación, el trabajo como origen de la riqueza y la función social de esta última; la urgencia de realizar reformas en las estructuras socioeconómicas del país; y, en general, el cuestionamiento del neoliberalismo económico defendido por la oligarquía. Dichas corrientes plantearon por primera vez la reforma de la empresa como parte básica de una sociedad organizada comunitariamente.

Pero en realidad el aprismo, el marxismo, el social cristianismo y el humanismo no llegaron a una concepción integral de la participación ni a un diseño detallado de la misma partiendo de la realidad peruana y debido a que el desarrollo económico y político del país aún no había llegado a ese nivel. Y también debido a que las posibilidades reales de una transformación revolucionaria se veían como muy lejanas y, por tanto, el diseño de una sociedad de transición en que la participación popular fuese parte indesligable, no era apreciado como una necesidad de corto plazo. Las propuestas que cada una de estas corrientes planteó quedaron como cabos sueltos de una evolución ideológica que sería desarrollada en el futuro.

UNMSM-CEDOC

UNMSM-CEDOC

EL REGIMEN OLIGARQUICO: PROCESOS POLITICOS

Francisco Guerra García

INTRODUCCION

El presente ensayo forma parte de un conjunto de textos cuyo objetivo esencial es la presentación de las experiencias participatorias surgidas en el Perú entre 1968 y 1975. Nuestro propósito, por tanto, es contribuir al logro de un marco de referencia que posibilite la comprensión de las potencialidades y límites tanto de la estrategia y práctica global como de las políticas sectoriales de participación del período en referencia.

Como sabemos, todo proyecto político transformador se enraiza en el pasado y se proyecta al porvenir de la sociedad en la cual se desarrolla. Del conjunto de interrogantes y temáticas que se abren a partir de este enfoque, nosotros trataremos de abordar dos que nos parecen esenciales y que se encuentran estrechamente relacionadas: 1) ¿En qué sentido, la revolución conducida por Velasco entroncó en la tradición de las luchas populares? 2) ¿Cómo se mantuvo el estado oligárquico y, en relación con ello, cuáles eran los procesos sociales que lo iban minando y cuál era la percepción de los problemas y demandas políticas y sociales que en 1968 expresaban las exigencias de transformación social y liberación política?

Intentando responder estas preguntas, estaremos en condiciones de descubrir las líneas de continuidad y ruptura histórica dentro de las cuales puede revelarse el sentido último del proceso dirigido por Velasco.

UNMSM-CEDOC

LA REVOLUCION PERUANA COMO EXPRESION DE LA CONTINUIDAD DE LAS LUCHAS POPULARES

El estudio de todo fenómeno político requiere la consideración atenta de sus antecedentes. No es posible comprender su significación más honda sin rastrear sus causas más profundas. En este sentido, en la búsqueda de las raíces de la revolución peruana muy pronto se descubre que la sola enumeración de los acontecimientos que precipitaron la caída del gobierno de Belaunde es insuficiente para explicar la envergadura de los cambios realizados entre 1968 y 1975. Del mismo modo, el estudio y balance del gobierno de Velasco tampoco da cuenta de la calidad y cantidad de los cambios y, sobre todo, no permite explicar y descubrir la amplitud de ciertos consensos y la madurez de muchas situaciones que lo hicieron posible. Sólo remontándonos cuatro décadas atrás y regresando a los años finales de la década del 20 podemos encontrar los antecedentes más claros y las raíces más firmes del proceso que se iniciara en octubre de 1968. La tesis que sostenemos puede resumirse en los siguientes términos: en los últimos años del gobierno de Leguía surgen ya los fundamentos de las estructuras que tuvo el Perú hasta 1968, apareciendo de este modo muchos de los problemas y características del Perú moderno.[1] En esta época surge una nueva conciencia nacional en torno a los problemas del país y a la dinámica de su desenvolvimiento, se crean nuevas formas de organización política que aspiran a transformar esa realidad y se desarrollan crecientes expectativas en capas cada vez más extendidas de la población. Ahora bien, a lo largo de todo el período que va desde esos años hasta 1968, esos problemas y esas expectativas sólo encontraron una respuesta eficiente en el movimiento iniciado por un reducido grupo de altos oficiales del ejército bajo la conducción del general Juan Velasco Alvarado.

El surgimiento de una nueva conciencia nacional

José Carlos Mariátegui.— En setiembre de 1926 dirigida por Mariátegui nace *Amauta.* Esta extraordinaria publicación es quizá la mejor expresión de aquellos años: clara orientación doctrinaria —un marxismo abierto, creador y crítico—; interés serio y riguroso por el conocimiento y debate de los problemas nacionales; apertura y tratamiento lúcido de la realidad internacional de su época; preocupación cuidadosa por difundir nuestras mejores expresiones culturales.

En 1928 aparece *Labor* y ese mismo año, reuniendo sus escritos publicados en *Mundial* y *Amauta,* Mariátegui publica sus *Siete ensayos*

1. Julio Cotler, *Clases, estado y nación en el Perú,* IEP, Lima, 1978, pág. 184.

UNMSM-CEDOC

de interpretación de la realidad peruana. Este notable trabajo, expresión de un análisis creativo y una observación aguda, sentó las bases de la interpretación marxista de la realidad nacional y asumió el proyecto de una revolución peruana que debería ser "simple y puramente la revolución socialista".

A través del análisis de la evolución económica, el problema del indio y de la tierra, el proceso de la instrucción pública, el factor religioso, el centralismo, el regionalismo y el proceso de la literatura, Mariátegui articula una interpretación de la realidad nacional partiendo de las bases económicas de la evolución de nuestra sociedad cuyo origen se encuentra en la conquista española. Desde esta perspectiva, el proceso de constitución del Perú genera desde su inicio una estructura antinacional, porque impone un régimen de servidumbre para las grandes mayorías y una subordinación del trabajo productivo de los peruanos a los intereses imperialistas, en primer lugar de España y luego de Inglaterra y los Estados Unidos.

Truncada la evolución de la sociedad autóctona, a la que se reconoce la creación de una cultura que privilegió valores colectivos y la adecuación entre el hombre y su medio ambiente, se establece una sociedad feudalizada que se prolongará durante la República donde un tono colonial "penetra y tiñe toda la vida peruana, desde el régimen legal, hasta la educación y la cultura".[2]

Como bien ha señalado José Aricó, en una época difícil y de cristalización dogmática de la historia del movimiento obrero y socialista mundial, Mariátegui supo establecer una relación inédita y original con su sociedad. La crítica radical de las interpretaciones miméticas y economicistas lo llevó a un redescubrimiento de la realidad peruana en la cual busca la identidad nacional a partir del reconocimiento, la comprensión y la adhesión a las luchas de las clases populares. Vinculando el problema del indio con el problema de la tierra encontró en la estructura agraria las raíces del atraso del país y, teniendo en cuenta que en el Perú "las masas —la clase trabajadora— son en sus cuatro quintas partes, indígenas", definió como eje teórico de su reflexión la "confluencia o aleación de indigenismo y socialismo".[3]

En consecuencia, según Mariátegui, la solución del problema campesino era la clave de la transformación nacional y por su conciencia de que las posibilidades de la industrialización requerían de un largo plazo, afirmó que el Perú tenía que desarrollar su economía sobre la

2. Augusto Salazar Bondy, *Historia de las ideas en el Perú contemporáneo,* Lima, 1965, Vol. II, págs. 334-335.

3. José Aricó, *Mariátegui y los orígenes del pensamiento marxista latinoamericano.* Siglo XXI, S.A., México 1978.

UNMSM-CEDOC

base de la producción de materias primas y, por ello, consolidar su economía agrícola.

Para Mariátegui la nación peruana no había sido aún constituida. Su logro implicaba romper las trabas que impiden la transformación del país. La reforma del agro y la superación de la sujeción imperialista son las ideas centrales del programa de acción de la revolución socialista cuya realización sería la obra del proletariado, de la clase de los productores.

Víctor Raúl Haya de la Torre.— En 1927 sale a luz *Por la emancipación de América Latina,* primer libro de Haya de la Torre. Es la época en que el Apra —Alianza Popular Revolucionaria Americana— levanta las banderas de la unidad política y económica del continente y aspira, en consecuencia, a constituir un movimiento de carácter continental. De allí los cinco puntos que deberían servir de base para las acciones nacionales de cada país latinoamericano: acción contra el imperialismo yanqui, unidad de América Latina, nacionalización de tierras e industrias, internacionalización del Canal de Panamá, solidaridad con todos los pueblos y clases oprimidas del mundo.

Entre marzo y abril de 1928 —según los compiladores de sus obras completas— Haya escribe *El antiimperialismo y el Apra,* libro que será publicado en 1936. Esta fue su primera obra orgánica y sin duda la más significativa y de mayor proyección. En ella se plantea que la doctrina del Apra constituye "dentro del marxismo una nueva y metódica confrontación de la realidad indoamericana con la tesis que Marx planteara para Europa" y que es "imperativo reconocer que la aplicación global y simplista a nuestro medio de doctrinas y normas de interpretación europea debe estar sujeta a profundas modificaciones".[4]

La interpretación de la realidad peruana que Haya de la Torre construye en sus primeras obras es indesligable de su concepción integradora de América Latina y de la necesaria lucha antiimperialista: el primer problema de los países "indoamericanos" es su libertad nacional amenazada por el imperialismo que impedirá por la violencia cualquier intento político o social de transformación. El imperialismo no puede ser afrontado sin una política de unidad latinoamericana. Los problemas más profundos de toda América Latina son comunes: el problema del indio, la explotación de la mano de obra barata, el entreguismo de las clases gobernantes, el progresivo sometimiento económico y político, etc. Por todo ello se requiere la federación de los Es-

4. Víctor Raúl Haya de la Torre, *El antiimperialismo y el Apra. Obras Completas,* Vol. IV, II, pág. 150 y siguientes.

UNMSM-CEDOC

tados indoamericanos y la transformación de las actuales fronteras en meros límites administrativos.

La penetración imperialista es causante también del carácter dual de la economía, de la existencia de diferentes intensidades y ritmos de desarrollo: la superposición de "diversas etapas sociales" es el más trágico y tremendo problema del Perú y América. No existen problemas aislados sino aspectos de uno grande y común. Y en esa totalidad orgánica que es América Latina el objetivo primordial es la lucha antiimperialista.

Para el líder aprista, en sus obras "aurorales", el capitalismo no será destruido en los países coloniales o semicoloniales. Antes de la revolución socialista que "llevaría" al poder al proletariado debe pasarse por períodos previos de transformación económica y política que realicen la emancipación nacional y política indoamericana. La etapa capitalista debe cumplirse en nuestros países bajo la égida del Estado antiimperialista que "desarrollará el capitalismo de Estado como sistema de transición hacia una nueva organización social", no en beneficio del imperialismo, sino en beneficio de las clases productoras.

El Apra es el Partido Revolucionario Antiimperialista Latinoamericano que organiza el frente único de trabajadores manuales e intelectuales que debe luchar para capturar el poder político, instaurar el Estado antiimperialista y constituir una Federación de Estados Indoamericanos. El Apra no es un partido monoclasista. Es la unión de los obreros, campesinos, hombres de clase media —pequeña burguesía urbana y rural—, estudiantes e intelectuales de vanguardia.

La captura del poder y el inicio de la formación del Estado antiimperialista implicará la nacionalización progresiva de la tierra y de la industria, la desfeudalización del campo, la liberación del campesino y la organización del nuevo sistema económico estatal de base cooperativa que controlará las industrias, destruirá los monopolios imperialistas y asegurará el dominio nacional de la riqueza. En un país como el Perú donde no existe una burguesía nacional autónoma y poderosa, en el cual predominan las masas campesinas y el proletariado está en completa minoría, el dominio del Estado debería ser compartido por las clases productoras: campesinos, obreros y las clases medias urbanas y rurales.

En estos primeros trabajos, el problema de la identidad más que nacional es un problema latinoamericano. No existe una reflexión sistemática sobre el Perú como una nación distinta del resto de Indoamérica. Según Haya "al Perú los españoles no le han dejado nada".[5] Si

5. Víctor Raúl Haya de la Torre, *Por la emancipación de América Latina. Obras Completas*, Lima 1976, Vol. I, pág. 61.

UNMSM-CEDOC

en México el conquistador se fundió con el indio, eso no ocurrió en nuestro país. El sistema republicano cambió las denominaciones, pero la esencia de las instituciones no varió. Cuando en la costa no se pudo obligar a trabajar al indio de la sierra, se importó al negro. "Pero el indio siguió siendo el esclavo del blanco, y lo singular en el Perú es que esa esclavitud continúa".[6] La clase dominante jamás enfrentó los problemas fundamentales de la nación.

Jorge Basadre.— Entre 1929 y 1931 Jorge Basadre publicará tres libros que deben considerarse entre las obras fundadoras de la historiografía peruana contemporánea y decisivos para la comprensión de la evolución política y social del país: *La iniciación de la República* (dos volúmenes, 1929 y 1930), *La multitud, la ciudad y el campo* (1929) y *Perú: problema y posibilidad* (1931).

Esos libros, como el propio autor lo indicara años más tarde, eran el fruto de una época y del conjunto de corrientes espirituales que lo deciden a asumir una actitud y a emprender una tarea: la búsqueda de la razón de ser del Perú y la dinámica de su proceso histórico.

Como muchos de los hombres de su extraordinaria generación, Basadre expone una visión crítica, desgarrada y rebelde del Perú. Pero, a diferencia de la mayoría de ellos y de quienes los antecedieron —sobre todo de González Prada—, su mensaje no es principalmente de protesta y de condena. Una mayor preocupación científica, vale decir, un esfuerzo tenaz por el conocimiento metódico y por la subordinación de sus propias posiciones y simpatías, le otorga un mayor equilibrio y una amplia perspectiva en su interpretación del proceso histórico peruano y, especialmente, en su preocupación por la realización de "la promesa peruana".

Desde sus primeros años de investigador iniciará esa tarea. Quizá en el Perú, nadie como él encarne mejor al intelectual comprometido con el estudio y la realización de la nacionalidad. Desde su juventud frente a la facilista "negación nacional", sin concesiones, Basadre se yergue, no en la defensa, sino en la búsqueda de los problemas y posibilidades del destino histórico del Perú.

En su quehacer de historiador, intentará un enfoque total de la historia peruana, esforzándose por despojarla de los prejuicios y pasiones que impiden una interpretación más serena y veraz. Critica así las anteojeras de los partidarios y de los enemigos de España; los prejuicios de quienes privilegian la importancia del líder o de la masa; el irrealismo y la estrechez de miras de las posiciones extremas, sean ellas liberales o conservadoras, unitarias o federales, "el separatismo,

6. Ibid. Pág. 62.

UNMSM-CEDOC

el indigenismo puro y anticivilizado, el antilimeñismo avidoso, el limeñismo pedante y ensimismado, todo lo que hay de aldeano y lugareño. . ." [7]

Para Basadre, la conquista española no sólo fue conquista. "El conquistador casi siempre se quedó en América y sufrió su influencia: vencedor fue así vencido".[8] Con ironía recuerda que todavía es necesaria la defensa del mestizaje y que los pueblos se diferencian por los ambientes y la contextura social más que por la raza. "Los grandes representativos de la América auténtica han sido mestizos desde Garcilaso Inca hasta Bolívar".[9]

Si en el Perú la cuestión social fue planteada por los levantamientos indígenas y su símbolo es Túpac Amaru, su reflexión y solidaridad se acrecienta con Pumacahua, cuyo "utópico triunfo" hubiese sido el éxito del Perú fusionado, ni extranjerizado ni regresivo, ni alejado de lo criollo como Túpac Amaru, ni alejado del indio como la emancipación sanmartiniana y bolivariana.

Sobre la base de la cultura inca, el aluvión de la conquista realiza "una nueva formación social".[10] "El 'unitarismo centralista' del incanato, de la colonia y de la república será la condición que posibilite que el Perú sea el Perú", imponiéndose de este modo a las tendencias localistas de las culturas preincaicas, el particularismo de los encomenderos y a la disociación anárquica y caudillista de la primera república.

A lo largo de la república, Basadre busca la existencia de la nación en la multitud —esa eventual forma del espíritu colectivo—; en el pueblo —ese pueblo que abarca todas las clases que aportan algo productivo a la vida social; en las minorías y en los grandes hombres, que nada valen por sí, si no encarnan y expresan necesidades, valores y problemas colectivos. Evoca así "las multitudes que soñaron, se agitaron, se sacrificaron, gozaron y murieron" por el Perú en julio de 1821; mayo de 1866; durante la guerra con Chile y en las grandes rebeliones populares que conmovieron el país en 1854, en 1865 y en 1895. Recuerda que peruanos fueron: Olaya, León Pinelo, Pancho Fierro, Unanue y Salaverry, Guise, Fitzcarrald, Wiesse, Bolognesi, Raimondi, Zulén, etc.

El Perú no es sólo un Estado. Es un país en trance de constituirse como nación. Es una sociedad que marcha hacia su integración a pesar de las supervivencias coloniales, de los privilegios del clero,

7. Jorge Basadre, *Perú: problema y posibilidad,* Biblioteca Peruana, Lima, 1931, pág. 241.

8. Jorge Basadre, *La multitud, la ciudad y el campo,* Editorial Huascarán, Lima, 1947, pág. 35.

9. Jorge Basadre, 1931, pág. 122.

10. Jorge Basadre, 1947, pág. 260.

UNMSM-CEDOC

de la persistencia del centralismo, del incremento de la dependencia. El capitalismo no puede solucionar los problemas del país, porque en su esencia está la subordinación al interés de unos pocos, el egoísmo y la codicia. Con el socialismo debe culminar el proceso de formación histórica del Perú. "Demorará, sufrirá derrotas y traiciones, será o no precedido por estados previos... pero vendrá..." [11]

En esos años aparece *Nuestra comunidad indígena* de Hildebrando Castro Pozo. Se publican *La realidad nacional* y *El debate constitucional* de Víctor A. Belaunde. Salen a luz *Tempestad en los Andes* de Luis E. Valcárcel, *El nuevo indio* de José Uriel García y *El descentralismo* de Emilio Romero. Y en esos años, surge también y, no por accidente, una pintura de gran fuerza y calidad. En Sabogal, Camilo Blas, Vinatea Reynoso, Julia Codesido y Mario Urteaga madura una mirada amorosa, firme y orgullosa del Perú y de lo peruano.

Esta nueva visión reinterpreta nuestro pasado nacional. Abierta a un amplio horizonte de ideas y realizaciones —la revolución mexicana, la revolución rusa, la revolución china, el surgimiento del fascismo, etc.— proyectó la construcción del país mediante un esfuerzo que descubre, denuncia y enfrenta los más agudos e importantes problemas de la época: el carácter internacional de la economía contemporánea y las nuevas formas de penetración del imperialismo, el dominio oligárquico, el problema del indio y de la tierra, el centralismo, el carácter desigual y peculiar de nuestro desarrollo, etc.

Esta nueva conciencia nacional inspira los movimientos políticos antioligárquicos y antiimperialistas que convocan a las clases populares y a los sectores medios urbanos a una acción transformadora de la sociedad. En este período histórico se iniciará la formación de los modernos partidos de masas y la difusión de ideologías favorables al cambio.

Nuevas formas de organización política

Como expresiones políticas de este momento histórico de enorme significación para la transformación del país y la construcción de la nacionalidad aparece en 1928 el partido socialista del Perú y en 1930 el partido aprista peruano.

En estas breves líneas, no nos interesa —como es usual en la izquierda peruana— marcar las diferencias entre los partidos y las concepciones que de ellos tuvieron sus fundadores. Consideramos más rico y sugerente esbozar sus proposiciones doctrinarias más importantes y, enumerar, aunque sea en forma apretada, los planteamientos concre-

11. Ibid, pág. 272.

UNMSM-CEDOC

tos que contienen las reivindicaciones inmediatas considerándolos como tendencias de un mismo proceso. Es posible que sorprenda la abundancia de puntos de contacto entre ambos programas como sorprenda, también, su larga vigencia en la vida política del país.

El programa socialista. Producido el alejamiento entre Mariátegui y el grupo aprista, en setiembre de 1928 se constituye la célula inicial del partido socialista del Perú. La redacción del programa fue encomendada a Mariátegui. Este documento político es anterior al programa mínimo del partido aprista y está compuesto por una declaración doctrinaria y un conjunto de reivindicaciones inmediatas.

Veamos las proposiciones más relevantes incluidas en los nueve puntos de la exposición doctrinaria.

"1. El carácter internacional de la economía contemporánea que no consiente a ningún país evadirse a las corrientes de transformación surgidas de las actuales condiciones de la producción.

2. El carácter internacional del movimiento revolucionario del proletariado... fácil es comprender la ley histórica que, en una época de más acentuada interdependencia y vinculación de las naciones, impone que la revolución social, internacionalista en sus principios se opere con una coordinación mucho más disciplinaria e intensa de los partidos proletarios.

3. El agudizamiento de las contradicciones de la economía capitalista... El imperialismo no consiente a ninguno de estos pueblos semicoloniales, que explota como mercado de su capital y sus mercaderías y como depósitos de materias primas, un programa económico de nacionalización e industrialismo. Los obliga a la especialización, a la monocultura...

4. El capitalismo se encuentra en su estadio imperialista. Es el capitalismo de los monopolios del capital financiero, de las guerras imperialistas... la praxis del socialismo marxista en este período es la del marxismo-leninismo... El Partido Socialista del Perú lo adopta como su método de lucha.

5. La economía precapitalista del Perú republicano que, por la ausencia de una clase burguesa vigorosa y por las condiciones nacionales e internacionales que han determinado el lento avance del país en la vía capitalista, no puede liberarse bajo el régimen burgués... Sólo la acción proletaria puede estimular primero y realizar después las tareas de la revolución democrático-burguesa, que el régimen burgués es incompetente para desarrollar y cumplir.

UNMSM-CEDOC

6. El socialismo encuentra lo mismo en la subsistencia de las comunidades que en las grandes empresas agrícolas, los elementos de una solución socialista de la cuestión agraria, solución que tolerará en parte la explotación de la tierra por los pequeños agricultores ahí donde el yanaconazgo o la pequeña propiedad recomiendan dejar a la gestión individual, en tanto que se avanza en la gestión colectiva de la agricultura, las zonas donde ese género de explotación prevalece...

7. Sólo el socialismo puede resolver el problema de una educación efectivamente democrática e igualitaria, en virtud de la cual cada miembro de la sociedad reciba toda la instrucción a que su capacidad le da derecho...

8. Cumplida su etapa democrático-burguesa la revolución deviene en sus objetivos y en su doctrina revolución proletaria...

9. El Partido Socialista del Perú es la vanguardia del proletariado, la fuerza política que asume la tarea de su orientación y dirección en la lucha por la realización de sus ideales de clase".[12]

Las propuestas más interesantes contenidas en las reivindicaciones inmediatas son: reconocimiento amplio de la libertad de asociación, reunión y prensa obreras; reconocimiento del derecho de huelga para todos los trabajadores; establecimiento de los seguros sociales y de la asistencia social del estado; cumplimiento de las leyes de accidentes del trabajo, de protección de las mujeres y menores y de la jornada de ocho horas en las faenas de la agricultura; establecimiento de la jornada de las siete horas en las minas y en los trabajos insalubres; obligación de las empresas mineras y petroleras de reconocer a sus trabajadores, de modo permanente y efectivo, todos los derechos que les garantizan las leyes del país; aumento de los salarios en la industria, la agricultura, las minas, los transportes marítimos y terrestres y las islas guaneras, en proporción con el costo de vida y con el derecho de los trabajadores a un tenor de vida más elevado; abolición efectiva de todo trabajo forzado o gratuito y abolición y punición del régimen semiesclavista de la montaña; dotación a las comunidades de tierras de latifundios para la distribución entre sus miembros en proporción suficiente a sus necesidades; adjudicación a las cooperativas y a los campesinos pobres de las tierras ganadas al cultivo por las obras agrícolas de irrigación; implantación del salario y sueldo mínimo; ratifica-

12. R. Martínez de la Torre, *Apuntes para una interpretación marxista de la historia social del Perú*, Lima, 1974, Vol. II, págs. 398-400.

UNMSM-CEDOC

ción de la libertad de cultos y enseñanza religiosa; gratuidad de la enseñanza en todos sus grados, etc.[13]

El programa aprista. En 1926 Haya de la Torre publica "¿Qué es el Apra?", pieza convertida posteriormente en el primer capítulo de *El antiimperialismo y el Apra.* En este trabajo expresará sus conclusiones sobre las relaciones entre América Latina y los Estados Unidos, vale decir, sobre la lucha de clases y el imperialismo yanqui en América Latina:

1. Las clases gobernantes de los países latinoamericanos, grandes terratenientes, grandes comerciantes y las burguesías son aliadas del imperialismo.

2. Esas clases tienen en sus manos el gobierno de nuestros países a cambio de una política de concesiones, empréstitos u otras operaciones que los latifundistas burgueses, grandes comerciantes y los grupos o caudillos políticos de esas clases negocian o participan con el imperialismo.

3. Como resultado de esta alianza de clases, las riquezas naturales de nuestros países son hipotecadas o vendidas, la política financiera de nuestros gobiernos se reduce a una loca sucesión de grandes empréstitos y nuestras clases trabajadoras, que tienen que producir para los amos, son brutamente explotadas.

4. El progresivo sometimiento económico de nuestros países al imperialismo deviene sometimiento político, pérdida de la soberanía nacional, invasiones armadas de los soldados y mariners del imperialismo, compra de caudillos criollos, etc. Panamá, Nicaragua, Cuba, Santo Domingo, Haití son verdaderas colonias o protectorados yanquis como consecuencia de la política de penetración del imperialismo.

Relegado el propósito de constituir un movimiento continental en 1930 se organiza el Partido Aprista Peruano. En 1931 aparece *La Tribuna,* diario oficioso del PAP dirigido por Manuel Seoane. En octubre de 1931, ante una manifestación en la Plaza San Martín, Haya de la Torre recibirá el Programa Mínimo, llamado también Plan de Acción Inmediata que había sido debatido y preparado en el Primer Congreso Nacional Aprista.

Este programa mínimo era en realidad un extenso documento ordenado en trece secciones precedidas por una propuesta inicial referida a la estructura económico-político-social del Estado. Las secciones mencionadas correspondían a los siguientes temas: el Perú ante América y el Mundo, administración pública, economía y finanzas, cuestiones

13. Ibid, págs. 400-402.

UNMSM-CEDOC

agrarias, minería, trabajo, educación, redención del indio, justicia, higiene y asistencia social, obras públicas, inmigración y ejército, armada y policía y aviación.

Dada la amplitud del programa y solamente con el fin de indicar someramente su orientación y contenido, veamos algunos de sus más importantes planteamientos: modificación de la demarcación política del territorio de la república con criterio fundamentalmente económico; organización funcional del Parlamento y las Municipalidades; autonomía administrativa y económica de las regiones del país; educación gratuita; seguro social para todo ciudadano que vive de su esfuerzo personal; reconocimiento de los derechos políticos de la mujer y de su independencia en el ejercicio de sus derechos civiles dentro del matrimonio; separación de la Iglesia y el Estado; adquisición de la ciudadanía a la edad de 18 años; estrecha vinculación económica e intelectual entre los pueblos de América Latina; pacto con los pueblos latinoamericanos para la defensa ante cualquier peligro imperialista; reforma integral de la legislación tributaria; reglamentación de los alquileres condicionando la merced conductiva al valor de los inmuebles; recaudación directa de las rentas por el Estado; anulación de los monopolios concedidos a los particulares y de los contratos lesivos para la soberanía nacional; fomento de las cooperativas de crédito, producción y consumo; nacionalización progresiva de los medios de transporte; control y restricción de la exportación de capitales; expropiación pagando su valor justipreciado, de aquellos fundos que el Estado estime conveniente, sea por excesiva extensión, explotación indirecta, hipotecas no redimibles, ubicación inmediata a los grandes centros de consumo, etc.; revisión de la cuestión de la Brea y Pariñas; efectividad de la jornada máxima de ocho horas, salario y sueldos mínimos, según las condiciones de cada región; reforma integral de la educación, con tendencia a la escuela unificada desde el kindergarten a la universidad; incorporación del indio a la vida del país; legislación en pro de la conservación y modernización de la comunidad indígena; reorganización del poder judicial; apartamiento del ejército, la armada, la policía y la aviación de la política y de la política en sus institutos, etc.

El pensamiento utópico en el Perú de los años veinte

Karl Mannheim en *Ideología y utopía*,[14] libro que debe ser considerado como uno de los trabajos más penetrantes y lúcidos sobre el pensamiento y el conocimiento políticos contemporáneos, propone definir como utopías aquellas orientaciones que trascienden la realidad y que, al informar la conducta humana, tienden a destruir parcial o to-

14. Karl Mannheim, *Ideología y utopía*, ediciones Aguilar, Madrid 1966.

UNMSM-CEDOC

talmente, el orden de cosas predominante en aquel momento. Para Mannheim, entre la utopía y el orden social existente se produce una correlación de carácter "dialéctico": cada época permite la aparición de aquellas ideas y valores en los que están contenidas, en forma condensada, las tendencias no realizadas y no consumadas, que representan las necesidades de esa época; esos elementos intelectuales, a su vez, se convierten luego en los detonadores que hacen estallar los límites del orden existente. El criterio que permite deslindar lo utópico de lo ideológico en la mentalidad de una época determinada es el de su realización. Las ideas que resultaron representaciones falsas de un orden social pasado o potencial, fueron ideológicas. Aquellas que fueron realizadas en el orden social subsecuente fueron utopías relativas: "El grado en el que las ideas se realizan constituye una norma suplementaria y retroactiva para diferenciar hechos que, cuando son contemporáneos, se encuentran enterrados bajo los conflictos de las opiniones partidistas".[15]

El pensamiento utópico de los años veinte, como todo fenómeno político histórico concreto, estuvo inextricablemente ligado a la posición de sus autores, a sus ideales, conocimientos relativos, prejuicios y pasiones. Haya y Mariátegui y los programas del partido socialista y del partido aprista fueron sus mejores expresiones.

Cincuenta años después, el análisis de la evolución económica, social y política del país evidencia el valor utópico de su pensamiento y de sus luchas. El prolongado período que transcurre entre los años finales de la década del veinte y el inicio de la revolución peruana es el período más intenso del Estado oligárquico. Durante esta época, los sucesivos gobiernos militares y las pocas experiencias de una democracia formal y excluyente reforzaron la presencia en el poder de una pequeña minoría que asociada con el estamento gerencial extranjero robusteció la presencia de los enclaves extranjeros, favoreció el creciente despojo de la propiedad campesina e intentó neutralizar, por todos los medios, la acción transformadora de las clases populares y sus instituciones representativas, sindicatos y partidos. Pero, esta es una de las caras de la medalla. La otra es la historia de las luchas populares; el largo proceso de organización de obreros y campesinos, artesanos, intelectuales y estudiantes en torno a la causa de la transformación del país y por la destrucción de la sociedad oligárquica sujeta a los intereses y presiones del imperialismo. La entrega a esta causa fue animada principalmente por esa corriente de pensamiento en la que se distinguen nítidamente Mariátegui y Haya. Los planteamientos centrales

15. Ibid, pág. 275.

UNMSM-CEDOC

de sus obras, recogidos en los programas partidarios, mantendrán una clara vigencia hasta 1968. En este año se iniciará en el Perú un proceso de cambios estructurales. Por un camino para muchos inédito e insólito por ser conducido por una élite militar, se realizará un conjunto de transformaciones definidamente antioligárquicas y antiimperialistas que responderá y cumplirá, en buena medida, muchas de las reivindicaciones y previsiones contenidas en el visionario pensamiento de los años 20.

Es necesario indicar que en el plano de la lucha política concreta, la presencia aprista tendrá una gran significación hasta mediados de la década del cincuenta. Posteriormente surgirán nuevos partidos de centro y de izquierda (Acción Popular, Democracia Cristiana y el Movimiento Social Progresista) que renovarán la vida política nacional mientras las organizaciones marxistas ampliarán el ámbito de su influencia y participación. La Democracia Cristiana y el Social Progresismo a pesar de su reducida militancia cumplirán un importante papel en la formación de cuadros técnicos y el enriquecimiento del debate y los programas partidarios. Gracias a ellos, los temas de la autogestión, de la cogestión y de la democracia interna en las organizaciones, son incorporados al debate político nacional.

EL PROCESO OLIGARQUICO

Entre los años finales de la década del 20 y la década del 60, es decir, durante la vigencia del Estado oligárquico en la sociedad peruana se produjeron profundas transformaciones. Pero ellas no fueron consecuencia principal de la acción de los gobiernos sino, más bien, fruto de un intenso proceso de modernización que se estructura como el proceso de transición entre una sociedad predominantemente agrario-minera y una sociedad urbano-industrial.

La evolución del capitalismo dependiente tardío se expresa en el crecimiento del sector moderno: el incremento de las migraciones, la intensificación de los procesos de urbanización, de industrialización y de expansión del aparato estatal y los medios de comunicación masiva. Este proceso se articula por dos tipos de dinamismos. Uno que se impone desde fuera hacia adentro y mediante el cual los factores externos inducen, condicionan y regulan el cambio por la vía de la transferencia de capital, de agentes humanos, de tecnologías e ideologías. Y otro, más bien endógeno, que es la resultante del proceso de lucha y conflicto entre las clases medias y populares y los grupos dominantes asociados con los intereses foráneos.

UNMSM-CEDOC

La oligarquía peruana

Durante esa época, en la cúspide de la pirámide social, se afirmó y mantuvo un conjunto de grupos sociales que, constituyendo una pequeña minoría, durante largos años y en estrecha asociación con los intereses imperialistas manejó el país directamente o a través de intermediarios civiles y militares. Hasta mediados de la década de los años 50 la fracción hegemónica estuvo constituida por el grupo agro-exportador más ligado hasta ese momento a los inversionistas extranjeros y responsables de más de un 40% del total de divisas generado por los distintos sectores que producían para la exportación. Este grupo mantuvo su asociación con el sector latifundista —más retrasado— y cuya importancia para el sostenimiento del sistema, desde los años 30, fue más bien política que económica. También desde los años 30, la fracción agro-exportadora estuvo estrechamente asociada con el pequeño grupo industrial. Este iría progresivamente ampliando su base económica sobre todo en los años 60 y 70 en que la inversión extranjera, principalmente la proveniente de las grandes empresas norteamericanas, diversificará su orientación canalizándola hacia la industria manufacturera aunque, siempre tanto en términos absolutos como relativos, en menor proporción que a la inversión minera. Como ha señalado Bourricaud,[16] los representantes de estos grupos se encuentran también en las empresas mineras, si bien en este caso en una posición claramente secundaria, pero manteniendo el control de los mecanismos de crédito y financiamiento y de los medios de comunicación de masas; prensa escrita, radio y televisión.

A partir de esta base económica y con el apoyo de la fuerza armada —por lo menos hasta 1956— estos grupos consiguieron controlar la marcha de los asuntos políticos y en la práctica hasta 1968 lograron mantener, con una extraordinaria habilidad negociadora y corruptora, casi la totalidad de sus posiciones y privilegios.

La diversificación de la dependencia

En este período el eje de la dominación imperialista se extiende de los tradicionales 'enclaves' minero-petroleros, bajo su control directo, y de los enclaves agropecuarios, cuyo control compartía con la burguesía terrateniente, hacia la producción industrial urbana. Y sin que eso signifique, desde luego, que abandone los sectores tradicionales de su penetración, "refuerza su control financiero-mercantil sobre los nuevos".[17]

16. François Bourricaud, "Remarques sur l'oligarchie perouvienne", en *Revue Francaise de Science Politique*, Vol. 4, Paris 1964.

17. Aníbal Quijano, *Naturaleza, situación y tendencias de la sociedad peruana contemporánea*, CESO, Santiago de Chile, 1967.

UNMSM-CEDOC

En el Perú, los grupos económicos locales no pudieron mantener su control o predominio sobre el sector productivo. En algunos casos, ls sectores económicos controlados nacionalmente fueron paulatinamente desplazados por su incapacidad para reaccionar y competir en la producción de mercancías que exigían condiciones técnicas, sistemas de comercialización y capitales de gran importancia (Casagrande, Cerro de Pasco C.C.). Pero también se dieron situaciones en las cuales el proceso de formación de enclaves se desarrolló directamente en función de la expansión de las economías centrales (Marcona, Toquepala, etc.). En los dos casos, sin embargo, el desarrollo económico basado en enclaves pasa a expresar el dinamismo de las economías centrales y el carácter que el capitalismo asume en ellas con independencia de la iniciativa de los grupos locales.[18]

De este modo, la situación de dependencia del país se refuerza y diversifica en una etapa de desarrollo del capitalismo en la cual las decisiones que orientan su expansión responden a la estrategia de las grandes corporaciones multinacionales. Sectores estratégicos de la producción nacional constituyen una prolongación directa de la economía de los Estados Unidos. El control de las decisiones, en importante medida, depende del exterior y los beneficios generados van a incrementar el capital de la economía hegemónica.

El poder económico adquirido por los representantes del capital extranjero se tradujo en un apreciable grado de influencia política, que por la vía de su alianza con los grupos oligárquicos —alianza que contó con el apoyo de las fuerzas armadas— hizo posible el mantenimiento de las políticas y decisiones más favorables para el mantenimiento de sus intereses. De este modo, el Perú permaneció como uno de los países más retrasados de América Latina en lo que se refiere a la implementación de políticas correctivas que impidieran la descapitalización y posibilitaran un mayor control nacional de la producción.

Esta situación fue también mantenida y reforzada por la acción exterior del gobierno de los Estados Unidos. La política externa de este gobierno estuvo permanentemente orientada por dos grandes objetivos, uno de carácter principalmente económico, el otro de naturaleza fundamentalmente política.[19] Según el primero, la estrategia económica de "la república imperial" se identifica con los intereses y acciones de las grandes empresas multinacionales, convertidas en elemento esencial del mercado mundial. Concretamente en el caso del Perú —y en ge-

18. Fernando Henrique Cardoso y Enzo Faletto, *Dependencia y desarrollo en América Latina*, Siglo XXI Editores, Buenos Aires, 1974.

19. Celso Furtado, "La hegemonía de los Estados Unidos y el futuro de América Latina", en *La dominación de América Latina*, Francisco Moncloa Editores, Lima 1968; Raymond Aron, *La república imperial*, EMECE-Ed., Buenos Aires, 1974.

UNMSM-CEDOC

neral en América Latina—, según la doctrina tantas veces repetida, las empresas privadas norteamericanas deben jugar un papel básico en la promoción del desarrollo y en consecuencia la política de "ayuda" de los Estados Unidos debe realizarse prioritariamente a través de esas empresas. De acuerdo al segundo, la seguridad de los Estados Unidos implica la contención del comunismo. En función de ese objetivo estratégico, debe impedirse que lleguen al poder fuerzas o grupos que simpaticen con el marxismo o que faciliten a los "comunistas" —concepto que desde esta perspectiva tienen un rango significativo muy amplio— "su instalación en el poder". Por estas razones, los Estados Unidos favorecen los gobiernos que mantienen el statu quo y no rechazan su ideología oficial. En suma, prefieren los regímenes de derecha y sabotean e "interfieren" los intentos de transformación: Guatemala, República Dominicana y Chile constituyen clarísimos ejemplos.

Para el cumplimiento de estos objetivos, la política exterior de los Estados Unidos con relación al Perú tuvo como una de sus tareas principales el adoctrinamiento, adiestramiento y equipamiento de las fuerzas armadas. Todo ello no estuvo motivado únicamente por la necesidad de preparar un ejército profesional que fuera suficientemente eficaz para el cumplimiento de las acciones de contrainsurgencia. Estudios ordenados por el propio Departamento de Estado o por otras reparticiones oficiales u oficiosas demuestran palmariamente la conciencia de que los militares latinoamericanos fueron casi siempre gobernantes potenciales o de facto. En consecuencia, aplicando la experiencia de la historia política de nuestros países, los Estados Unidos estrecharon su acercamiento a las fuerzas armadas.

Su injerencia sobre la política internacional contribuyó de manera decisiva a frustrar el desarrollo autónomo de la diplomacia peruana. Con muy pocas excepciones —la defensa de las 200 millas de mar territorial iniciada por el gobierno de Bustamante y Rivero o la personal posición de Raúl Porras Barrenechea en la reunión de la OEA en que fuera expulsada Cuba—, por la acción de sucesivos gobiernos el Perú apareció, en el marco de la guerra fría, como un sumiso seguidor de la política bloquista de los Estados Unidos. Aislados del mundo socialista y ausentes de las luchas de liberación de los países coloniales y subdesarrollados, la presencia externa del país significó muy poco más que un voto en favor de las posiciones norteamericanas en los distintos foros y organizaciones internacionales.

Pero la influencia externa tampoco fue desdeñable en el campo de la cultura. Su asociación con los grupos oligárquicos que controlaban los grandes diarios, la radio y la televisión, posibilitó la manipulación de los medios de comunicación de masas, la desinformación y tergiversación de los problemas de los países del Tercer Mundo y la per-

UNMSM-CEDOC

sistente y a veces sutil campaña de propaganda del "modelo de vida norteamericano". También fue importante su influencia a través de la formación de élites, el asesoramiento de programas gubernamentales y el control de las políticas económicas mediante organismos como el FMI y el BID.

Recomposición de la estructura social

La transición de una economía predominantemente agrario-minera hacia una economía urbano-industrial, implicó el desplazamiento progresivo de las actividades agrícolas por las actividades primarias más industrializadas (pesquería y minería) y por las actividades secundarias y terciarias (industria, comercio y servicios). En este contexto se realiza una recomposición de la estructura social.

Sin duda, la vieja clase terrateniente serrana estaba, hacia los 60, seriamente disminuida por el embate de las luchas campesinas. Pero en la clase dominante, junto a los tradicionales sectores que controlaban la agricultura costeña de exportación y los mecanismos de crédito, financiamiento y comercio exterior tendía a consolidarse un grupo industrial estrechamente vinculado a la inversión externa. Estos últimos grupos no presentaban un frente monolítico, pero sus intereses estaban estrechamente imbricados y sus tensiones internas parecen haber girado alrededor de las políticas monetaria, crediticia y de comercio exterior pero sin que llegaran a producirse conflictos abiertos y de relativa permanencia.

Se produce también un desarrollo significativo de las clases medias sobre todo en el sector urbano. Contribuyó a ello la expansión de la administración pública, el incremento de las actividades comerciales y de servicios, el crecimiento de los mandos medios en el sector manufacturero, la ampliación del sistema educativo, etc. En las clases populares se realiza un crecimiento sustantivo de la población obrera fabril, minera y del trabajador agrícola asalariado en las haciendas de la costa y, en menor medida, en los latifundios y medianas propiedades de la sierra, incrementándose también la población subocupada y desocupada como consecuencia del intenso ritmo del crecimiento demográfico, los aluviones migratorios hacia los centros urbanos y la oferta cada vez más amplia de mano de obra no calificada en un mercado de trabajo de tendencia restrictiva.

El movimiento campesino

A partir de los años 50 es posible reconocer la emergencia de un movimiento campesino que presenta un grado apreciable de organización y una presencia importante en amplias zonas de la costa y de la

UNMSM-CEDOC

sierra. Tratándose de un movimiento que se estructura en un proceso de desarrollo desigual y combinado, su base social está constituida por una población completamente diferenciada.

Aníbal Quijano,[20] considerando criterios culturales, socioeconómicos y los diferentes niveles de modernización alcanzados por las distintas zonas y regiones presenta un cuadro interesante de los sectores campesinos que participan en el movimiento: siervos y semisiervos de las haciendas tradicionales de la sierra, jornaleros agrícolas de la sierra, minifundiarios de la sierra, miembros de las "comunidades indígenas" —que aunque fundamentalmente minifundiarios— forman un grupo aparte por la naturaleza especial de sus organizaciones y tradiciones colectivas, yanaconas y jornaleros agrícolas de las haciendas no industrializadas de la costa y trabajadores asalariados de las haciendas industrializadas de la costa. Estos subsectores de la población campesina ordenados en función de criterios socioeconómicos son atravesados por diferencias culturales que permiten distinguir entre ellos tres grupos fundamentales: los indígenas, los cholos y los criollos: "Los indígenas forman el sector que participa en un mundo cultural formado en gran parte sobre la base de la cultura prehispánica, notablemente modificado con la incorporación de elementos de la cultura hispánica tradicional en la colonia, y otros de procedencia occidental posterior, todos ellos grandemente modificados y reinterpretados. Habitan en toda la sierra, pero básicamente, en los departamentos de la sierra del sur y del centro, mientras que en las otras zonas su densidad no es muy grande". Según Quijano: "Los cholos integran una capa creciente y en emergencia, que se desprende de la masa indígena y que se caracteriza porque su mundo cultural va siendo integrado con elementos provenientes de la cultura indígena y al mismo tiempo por otros provenientes de la cultura occidental criolla, aunque en su gran parte se mantiene bajo la capa de influencia de la cultura indígena, lo cual no obstante, varía de región a región. Habitan en la sierra y en la costa, tanto en el campo como en las ciudades a donde han migrado recientemente, y son de una extrema movilidad geográfica". Los criollos, más bien, "son el sector de la población que participa tradicionalmente de la cultura occidental o de su versión nacional, o que se han aculturado definitivamente ya sea por los medios de la exposición extensa y prolongada a la influencia urbana, o por su apartamiento geográfico de la vecindad y la influencia de la cultura indígena. Por esta razón los criollos habitan, fundamentalmente, en la costa".[21] La movilización política de los años treinta fue canalizada principalmente por el par-

20. Aníbal Quijano, "El movimiento campesino del Perú y sus líderes", en *América Latina*, año 8, Nº 4, 1965.
21. Aníbal Quijano, 1965.

UNMSM-CEDOC

tido aprista y se orientó, fundamentalmente, a la organización de los campesinos asalariados de las haciendas arroceras, algodoneras y azucareras de la costa donde había sido más profunda la expansión capitalista. A diferencia de ella, pero también de las antiguas revueltas campesinas que por su aislamiento fracasaron al enfrentar un aparato represivo poderoso y centralizado, el movimiento campesino de estos años cubre una parte importante de la sierra y una porción considerable de la agricultura costeña, logrando significativos pasos en el proceso de organización, sin que ello significara una coordinación y vinculación de alcance nacional.

El mismo Quijano ha señalado la tendencia de dichos movimientos hacia la expansión y coordinación y, al mismo tiempo, la construcción de núcleos relativamente independientes del poder oficial y tradicional. Los principales canales de expresión y animción se habrían constituido por la sindicalización, las invasiones de tierra, la competencia de los grupos políticos de izquierda por conseguir el control de las organizaciones o por influir en su desarrollo y la incorporación de campesinos como militantes de esos grupos políticos.[22]

El movimiento de invasiones de tierras de los primeros años de la década del sesenta, adquirió un vigoroso impulso y un amplio desarrollo. Los campesinos exigían la propiedad de la tierra y, en muchos casos, la recuperaron. Posiblemente el caso más importante de esta auténtica movilización de masas fue el de la sindicalización de los campesinos en los valles de La Convención y Lares promovido parte por el Partido Comunista Peruano y también por una de las ramas del trotskismo cuya figura más relevante fue Hugo Blanco. Este movimiento que reivindicó muchas veces en forma violenta la propiedad de los medios de producción, cuestionó el sistema de dominación, minó las bases del poder de los terratenientes serranos y abrió el camino de la Reforma Agraria, que después de 1958 sería un punto importante prácticamente en los programas de todos los partidos políticos, evidentemente con muy distintos contenidos e intenciones. La Reforma Agraria realizada en los valles de La Convención y Lares por la Junta Militar de gobierno que asumió el poder en 1962, fue la respuesta militar a esta situación.

La sindicalización de los trabajadores agrícolas de las haciendas costeñas tuvo otro origen y una distinta orientación política. En el caso más representativo, el de las haciendas cañeras, el proceso de sindicalización se inició en la primera oleada movilizatoria de los años 30. La organización y control político corrió a cargo del partido aprista.

22. Aníbal Quijano, "El movimiento campesino del Perú y sus líderes", *América Latina*, Año 8, Nº 4, 1965.

UNMSM-CEDOC

La naturaleza del conflicto fue también otra. Como ha sostenido Bourricaud,[23] el movimiento sindical orientado y controlado por el Apra no reivindicó la propiedad de la tierra; mucho más integrados al sistema de dominación, su lucha estuvo centrada en la conquista de mayores salarios y mejores condiciones de vida.

En los inicios de la década de los años 60 se había ya producido una amplia y creciente organización del movimiento campesino. Se realizaron varios congresos provinciales y regionales, se establecieron numerosos sindicatos, existían federaciones y centrales provinciales y regionales y dos centrales "nacionales" competían por el control del movimiento campesino; la FENCAP, controlada por el partido aprista y cuyo núcleo más consistente estaba en las haciendas industrializadas de la costa norte y la CCDP, bajo la influencia de varios grupos marxistas y con mayor arraigo en algunas provincias serranas del centro y del sur del país. Paralelamente existían sindicatos, también centrales y federaciones locales y provinciales que no pertenecían a ninguna de las dos centrales "nacionales".

El movimiento obrero

Entre los años 30 y mediados de la década del 50 el movimiento obrero estuvo básicamente controlado por el partido aprista. A fines de los años 50 los trabajadores agrícolas dejan de constituir la mayoría de la población económicamente activa, la manufactura mantiene su proporción dentro de la fuerza de trabajo y crecen notablemente las actividades vinculadas al comercio y los servicios (sector terciario). En la minería la producción aumentó (por el uso de nuevas técnicas) sin mayor crecimiento de los trabajadores.

En esta época tanto los mineros como los petroleros consolidaron sus organizaciones sindicales: en 1959, se organizó la Federación Nacional de Trabajadores Mineros y Metalúrgicos y similares, y hasta 1968 existieron dos federaciones de trabajadores en petróleo, una aprista y la otra socialista. El proletariado pesquero se desarrolla a partir de 1957 por el intenso crecimiento de la industria de harina de pescado y en 1962 se constituyó la Federación de Pescadores del Perú.

Por estos años, después de haber reposado principalmente en dos ramas industriales tradicionales, la textil y la alimenticia, la industria manufacturera acelera su modernización y diversificación. Como consecuencia del desarrollo de la industria metalmecánica en 1957 surge la Federación de Trabajadores Metalúrgicos del Perú (FETIMP) y en 1962 la Federación de Trabajadores de las Industrias Químicas, Petro-

23. François Bourricaud, "Syndicalysme et Politique: le cas perouvien", en *Sociologie du Travail*, número especial, París, 1961.

UNMSM-CEDOC

químicas y afines y la Federación de Trabajadores en laboratorios, droguerías y afines.

Los trabajadores del sector construcción están agrupados por Comité de Obra, lo que impone una organización transitoria, pero en un nivel superior se encuentran los sindicatos provinciales o departamentales que se establecen en las grandes empresas constructoras. A nivel nacional existen dos federaciones, la primera conocida como la Federación Nacional de la Industria de la Construcción y similares, fundada en 1942, afiliada a la CTP (Confederación de Trabajadores del Perú fundada en 1944) y bajo el control del Apra y la segunda que surge en 1948 y que desde sus orígenes estuvo ligada al Partido Comunista.

Diversos factores pueden contribuir a explicar la debilidad del sindicalismo peruano de estos años: la dispersión de los trabajadores en pequeños centros de trabajo donde no se pueden formar sindicatos (establecimientos con menos de 20 trabajadores y que comprenden cerca del 60% de la fuerza laboral); la existencia de un exceso de mano de obra en el campo y en la ciudad que permite a las empresas usar el despido como arma principal contra los dirigentes sindicales; la ausencia de una dirección hegemónica; las pugnas internas en las organizaciones sindicales marcadas por el progresivo cuestionamiento del sindicalismo impulsado por el Apra, etc.[24]

En 1956, con el II Congreso de la CTP, en el cual participaron los sindicatos no apristas, el PAP logró recuperar su control sobre la central encontrando la fuerte resistencia de una oposición bastante heterogénea: comunistas, trotskistas, independientes, demócratacristianos, acciopopulistas. Finalmente, antes de que terminara el congreso, se retiraron varias federaciones.

A partir de 1958 se acentúa la división del movimiento sindical. Se alejaron de la CTP las Federaciones Departamentales de Arequipa, Cusco, Puno, la Unión Sindical de Trabajadores de Lima, la Federación de Construcción Civil y la Federación de Empleados Bancarios. El partido aprista mantuvo su control sobre la Federación de Trabajadores Azucareros, las centrales sindicales de Chiclayo, Trujillo y Chimbote, la Federación Textil, la Central de Empleados Particulares y los sindicatos mineros. Después del golpe militar de 1962 surge el Comité de Reorganización y Unificación Sindical de la CTP que posteriormente tendrá una importante participación en la articulación de los sindicatos antiapristas previa a la creación del Comité de Defensa y Unificación Sindical (CDUS) en 1966 y a la constitución de la Confederación General de Trabajadores del Perú (CGTP) en junio de 1968.

24. La información sobre el movimiento obrero la hemos obtenido principalmente del libro de Denis Sulmont, *Historia del movimiento obrero peruano* (1890-1977).

UNMSM-CEDOC

El movimiento obrero de esa época expresa la naturaleza transicional de la estructura productiva del país.[25] El proletariado industrial urbano está concentrado en las industrias ligeras tradicionales y en una proporción inferior al 50% en los nuevos sectores industriales de productos básicos intermedios. La mayor parte de esta población procede del campo —migración relativamente reciente— y participa de una cultura impregnada de valores rurales. El proceso de organización institucionalizada de sus intereses ha avanzado muy poco, existen amplios sectores obreros no organizados sindicalmente y persisten elementos de "paternalismo" en las relaciones obrero-patronales y en las relaciones entre las organizaciones sindicales y el aparato estatal.

No obstante el surgimiento de nuevos sectores sindicales ligados a actividades industriales más sofisticadas en los que se puede encontrar un desarrollo más rápido y consistente de la conciencia de sus propios intereses, los sectores mayoritarios mantienen su comportamiento tradicional: reivindicaciones sindicales generalmente restringidas al propio sector, orientadas a la obtención de mayores salarios y mejores condiciones de vida en una dinámica de lucha que no cuestiona los fundamentos del sistema, que no reclama ni la propiedad ni la participación en la propiedad de los medios de producción, y que no plantea tampoco el derecho de los trabajadores a participar en la gestión y en la distribución del excedente económico de la empresa.

El Estado Oligárquico y el Apra

Cuando intentábamos describir el surgimiento de una nueva conciencia nacional se relevó la importancia del pensamiento de Haya de la Torre y de la ideología y contenidos programáticos del aprismo. Pero como ya ha sido señalado,[26] en el Perú se desarrolló un pensamiento revolucionario sin revolución. El Partido Aprista Peruano (PAP), definido como un frente de trabajadores manuales e intelectuales, logró constituir un eficiente aparato partidario y pudo encuadrar orgánicamente amplios sectores de las clases medias y populares. En una sociedad de incipiente desarrollo industrial cuyo proletariado fabril era claramente minoritario en relación con el asalariado minero y sobre todo agrícola, el PAP se hizo fuerte en las zonas geográficas donde había sido más profunda la expansión capitalista, fundamentalmente en los centros urbanos más desarrollados, en las haciendas más modernas de la costa y en los enclaves mineros. De este modo bloqueó las posibili-

25. Aníbal Quijano, *Naturaleza, situación y tendencia de la sociedad peruana contemporánea*, CESO, Santiago de Chile, 1967.

26. Abelardo Villegas, *Reformismo y revolución en el pensamiento latinoamericano*, Siglo XXI, México 1972.

UNMSM-CEDOC

dades de crecimiento del partido comunista que después de la muerte de Mariátegui, por su rigidez ideológica y la carencia de un liderazgo lúcido y flexible, se vio progresivamente aislado permitiendo de este modo que el PAP se convirtiera largamente en el principal representante político de las clases medias y populares.

Pero el vigoroso surgimiento del Partido Aprista vio cerrado su camino al poder por una alianza entre los grupos económicos dominantes —internos y externos—. Esta alianza pudo mantenerse hasta mediados de la década del 50 gracias al apoyo de las fuerzas armadas. En este largo período, las bases populares del PAP presionaron intensamente por la transformación radical de la sociedad. Se produjeron sucesivos intentos de tomar el poder por medio de las armas, algunos de ellos muy importantes (el levantamiento popular de Trujillo en julio de 1932 o el fracasado golpe del 3 de octubre de 1948 que contó con un apreciable apoyo de ciertos sectores de la Marina y la Aviación). Estos enfrentamientos con las fuerzas armadas y el reiterado fracaso de propiciar revueltas militares se tradujeron finalmente en un intenso y muchas veces violento conflicto entre el partido aprista y las fuerzas armadas. Así, los conflictos sociales entre las clases populares y las clases dominantes se tradujeron en un conflicto político entre el PAP y las fuerzas armadas. La oligarquía peruana y el estamento gerencial extranjero continuaron detentando el control del poder político, consiguiendo así el mantenimiento de sus intereses y privilegios sin asumir directamente los costos del conflicto.

Fiel a su prédica electoral, la dirigencia oficial aprista desconoció los intentos subversivos de su militancia. Progresiva y cautelosamente trató de desdibujar su imagen de fuerza política de raigambre marxista, fundamentalmente antioligárquica y antiimperialista: "el Apra no venía a quitar la riqueza a quien la tiene, sino a crearla para quien no la tiene". El deslizamiento del partido hacia la derecha y la profundidad del viraje se harán patentes cuando en 1956, para salir de la clandestinidad, apoyará como candidato a la presidencia de la república al Dr. Manuel Prado Ugarteche, y "convivirá" con su gobierno de orientación inobjetablemente pro-oligárquica y pro-imperialista (1956-1962). Este comportamiento regresivo se reafirmará en el fracasado pacto con Odría (1963), su ex-perseguidor, y sobre todo, durante el gobierno de Belaunde Terry (1963-1968). El reconocimiento del cambio de posición del partido más importante en la vida política peruana en lo que va del siglo, no implica desconocer su aporte a la historia y a la cultura política del país. El heroísmo e indudable sacrificio de la militancia y de muchos de sus dirigentes animó y caracterizó veinticinco años de lucha por la transformación del país.

UNMSM-CEDOC

La significación histórica del Apra no se encuentra únicamente en el avance ideológico y programático y en el fortalecimiento de las organizaciones obreras y campesinas realizado en sus años "aurorales"; se halla también y fundamentalmente en el logro de una organización que supo enraizar en las aspiraciones y anhelos de miles de peruanos, de miles de cholos, pobres y mestizos, de los desposeídos de siempre que por primera vez se identificaron con una institución política y, mucho más que eso, encontraron y asumieron una causa. Por todo ello es doblemente significativo el cambio de posición que Víctor Villanueva calificara como la tragedia de un pueblo y un partido.[27]

El deshielo político

Hasta mediados de la década de los años 50, el Partido Aprista Peruano seguía siendo la primera organización popular del país. La competencia desde la izquierda estaba representada por el Partido Comunista Peruano (PCP) y el Partido Obrero Revolucionario (POR) de orientación trotskista fundado en 1946 y que tuvo una primera escisión importante diez años después, en 1956, con la creación del Partido Obrero Revolucionario Trotskista. Ambos, el PCP y el POR, con una representatividad claramente minoritaria en relación con el PAP.

Las fuerzas de derecha no parecen haber considerado durante esta época que el partido fuera el mejor instrumento para la defensa de sus intereses. Las organizaciones que se generaron en los inicios de los 30: la Unión Revolucionaria (UR) o la Alianza Nacional durante el gobierno de Bustamante y Rivero, no fueron en realidad verdaderos partidos que contaran con un proyecto ideológico, un programa de gobierno, un mínimo de estructura y organización de alcance nacional y una base social más o menos estable. Fueron, en realidad, alianzas electorales, frentes de contención antipopulares y antiapristas.

En el estado oligárquico, el sistema de partidos no constituyó la base de sustentación del régimen. Como ha sido antes señalado, hasta 1956, es la alianza entre el poder económico —grupos oligárquicos y estamento gerencial extranjero— y el poder militar —concentrado en los altos mandos de las fuerzas armadas— lo que sostuvo el sistema de dominación. Entre 1956 y 1968, la alianza entre el poder económico y el Partido Aprista Peruano constituirá la fórmula política que permite el mantenimiento de la estructura de poder. Más allá de las intenciones "tácticas", por su apoyo al gobierno de Prado —"la convivencia" de 1956-1962— y por su oposición al programa de reformas de la alianza AP-DC (1963-1968) mediante la "coalición" con la Unión Nacional

27. Víctor Villanueva, *La sublevación aprista del 48*, Editorial Milla Batres, Lima, 1973.

UNMSM-CEDOC

Odriísta, "el partido del pueblo" se constituyó en un factor decisivo para la supervivencia del estado oligárquico hasta la irrupción del gobierno de la fuerza armada en octubre de 1968.

Los nuevos partidos

Como expresión del intenso proceso de cambio social anteriormente bosquejado, pero también como reacción al viraje aprista, y al vacío que se produce en el campo de la izquierda, surgen nuevas organizaciones y partidos políticos; en 1955 se funda el Partido Demócrata Cristiano (PDC) y el Frente Nacional de Juventudes Democráticas que apoyará la candidatura de Fernando Belaunde Terry; en 1956 se forman el Movimiento Social Progresista (MSP), el Partido Acción Popular (AP) y el Movimiento Democrático Peruano (MDP); en 1959 en la IV Convención del PAP se produce la expulsión de la oposición de izquierda liderada por Luis de la Puente Uceda, grupo que en 1960 formará el Apra Rebelde y que posteriormente (1962) constituirá el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR); en 1961 surge como organización la Unión Nacional Odriísta (UNO) y aparece también el Frente de Liberación Nacional (FLN), instrumento electoral nucleado por el Partido Comunista Peruano (PCP); en 1962, como fruto de la conjunción de un grupo de ex-militantes del partido comunista y algunos jóvenes estudiantes que hacían sus primeros años de universidad, se funda el Ejército de Liberación Nacional (ELN); esta agrupación en 1963 reemplazará su comando colegiado por una dirección unificada a cargo de Héctor Béjar Rivera.

Los partidos de la derecha

Este agitado período de organización partidaria fue calificado por Bourricaud como una etapa de "deshielo". En él se pone fin al proceso en el cual la dinámica del conflicto político giró básicamente en torno a la oposición entre el partido aprista y la alianza entre el poder económico y el poder militar. De este modo se produce una nueva configuración del sistema de partidos. El partido aprista se desplazará claramente hacia una posición de centro-derecha. La extrema derecha será ocupada por la Unión Nacional Odriísta jefaturada por Manuel Odría —el ex-dictador que gobernara el país entre 1948 y 1956— y por el Movimiento Democrático Peruano presidido por Manuel Prado, ex-presidente de la república (1939-1945) reelegido en 1956. En ambos casos, no se trata de auténticos partidos que respondan a una ideología definida y explicitada como proyecto de una organización política, vale decir, un conjunto de planteamientos que contienen una interpretación del pasado, un diagnóstico del presente y un programa de acción para ser realizado desde el gobierno. Tenían ideología en el

UNMSM-CEDOC

sentido más amplio de la palabra. Pero ideología de grupo social y no de partido político: un conjunto de ideas esquemáticas y a veces contradictorias e incoherentes —"el socialismo de derecha" de la UNO— estrechamente vinculado a la defensa de sus intereses y a su propia imagen de lo que debería ser el desarrollo capitalista del país. Los dirigentes, típicos mediadores del poder oligárquico, se sirvieron de ellas para mantener su posición en la cúspide de la estructura de dominación. La defensa irrestricta de la propiedad privada y de las "libertades" de empresas y de prensa, la oposición al desarrollo de las funciones del Estado, una amplísima apertura al capital extranjero, una especial preocupación por las políticas monetaria y comercial son algunas de las principales ideas fuerza. La fidelidad de los gobiernos de Odría, Prado y Belaunde a estos principios fue muy firme. Las invasiones de tierras de los migrantes serranos en las ciudades de la costa —principalmente en Lima—, cuando afectaron terrenos de importante valor comercial, fueron desalojadas con tanques. En el caso de las invasiones y recuperaciones de tierras en el agro serrano, principalmente del centro y del sur, la represión fue muy violenta y efectiva. Muchos centenares, quizá miles de muertos jalonaron la lucha por la reforma agraria hasta 1968 (Kapsoli, 1977).[28]

Los medios de comunicación en manos de los grupos oligárquicos criticaron y se opusieron a la planificación y al incremento de las funciones económicas del Estado. Trataron de evitar que éstas fueran más allá de la necesaria provisión de los servicios indispensables y del funcionamiento y construcción de la infraestructura física requerida para el desarrollo del sector privado, al mismo tiempo que defendían ardorosamente la "libertad de empresa", "la libertad de prensa", el "libre cambio". Posiblemente, la política económica diseñada e iniciada por Manuel Ulloa (1968), de haber podido desarrollarse, hubiera sido un importante factor de modernización, desde una óptica estrictamente imperialista, es decir, bajo la pantalla de la "teoría de las ventajas comparativas" Los beneficios de la apertura total al financiamiento y la inversión extranjera y la desprotección de la industria para hacerla más competitiva, hubieran sentado las bases de la taiwanización del país.

Desde el punto de vista organizativo, tanto la UNO como el MDP carecían de estructura orgánica y auténtica vida y militancia partidaria. Eran, en realidad, organismos electorales que agruparon a ciertos notables limeños y a los caciques y gamonales provincianos, todos ellos expresión inequívoca de la relación particularista, del clientelismo y el

28. Wilfredo Kapsoli, *Los movimientos campesinos en el Perú*, DELVA Editores, Lima, 1977.

UNMSM-CEDOC

arribismo. La UNO en las frustradas elecciones de 1962 alcanzó un notable respaldo electoral de 481,404 votos (28.44%). En las elecciones para elegir los representantes a la Asamblea Constituyente realizadas en junio de 1978, tanto la UNO como el MDP obtuvieron únicamente un 2% de la votación. Y, finalmente, en las elecciones presidenciales y parlamentarias de 1980 desaparecieron del mapa.

Acción Popular

En 1955, en torno a la figura de Fernando Belaunde Terry se forma el Frente Nacional de Juventudes Democráticas, cuya participación en las elecciones de 1956, ganada en las calles de Lima, obtendrá una alta y significativa votación: 34.58% contra un 42.87% de Manuel Prado quien contó con el apoyo del PAP.

En el mismo año de realización de los comicios, se funda el Partido Acción Popular (AP). Después de 25 años de la fundación del partido aprista, el núcleo gestor de AP enfrentará en la tarea de construcción partidaria una realidad distinta. El país ha cambiado, se ha modernizado. El reclutamiento de su dirigencia se orientará hacia las capas superiores de la clase media: profesionales de renombre (sobre todo arquitectos, ingenieros, médicos), pequeños y medianos propietarios. La militancia y el electorado se encontrarán principalmente en las clases medias y populares representativas de lo que se ha llamado la oleada movilizatoria de los años 50, es decir, grupos y sectores sociales que surgen a la vida política con posterioridad al nacimiento y desarrollo del PAP. Se trata de un típico partido populista: un líder carismático que gozará, desde el inicio, de una gran simpatía en los medios populares; un planteamiento ideológico difuso que predica un nacionalismo "peruano" y que busca enraizarse en el "socialismo incaico" y su "tradición planificadora"; un programa de moderadas reformas que aspira, dentro del capitalismo, a la modernización del país y a una cierta redistribución del ingreso mediante la afirmación de la democracia política. Se propone también el logro del desarrollo económico: la reforma agraria y la implementación de nuevas políticas de industrialización, crédito, seguridad social, salubridad, vivienda, descentralización, educación, integración latinoamericana, etc. Como señala Bourricaud,

«La evocación de las tareas muy generales que él propone con mucha prudencia pueden provocar entusiasmo o escepticismo. Pero él no ataca de frente ningún interés, no choca ninguna convicción. En el fondo, Belaunde toma la posición según la cual, el proceso de movilización puede, si es adecuadamente controlado, conducir si no a una inclusión total e inmediata por lo menos a una recuperación en la co-

UNMSM-CEDOC

munidad política de los marginales y los recién llegados, sin que las categorías dirigentes tengan que sufrir una destitución, aun si algunas de éstas deben consentir ciertos sacrificios».[29]

Según el propio Bourricaud, Belaunde no encontrará los enormes obstáculos que tuvo el PAP. Las reformas son cada vez más admitidas, las fuerzas armadas ven con simpatía el nuevo partido y esto le permitirá dar a su mensaje un cierto carácter consensual. La presentación de los diez temas del ideario del partido, "el Perú como doctrina", pueden ayudar a comprender el estilo y la posición ideológica de Acción Popular: la emancipación alimentaria; agua y tierra, binomio de reforma; la emancipación de los villorrios; de la improvisación al planeamiento; la defensa del capital humano; la educación al encuentro del educando y la conquista del Perú por los peruanos.[30]

Desde el punto de vista organizativo, AP presentará también características muy diferentes a las del partido aprista. Su estructura reposará primordialmente en una organización de base territorial —comités departamentales, provinciales y distritales— carente de grupos funcionales, sólidos y verdaderamente enraizados en las organizaciones obreras, campesinas y universitarias. Esto, evidentemente, no implica que AP no tuviera un número apreciable de simpatizantes o electores en las poblaciones obrera, campesina y estudiantil.

El nacimiento y desarrollo de Acción Popular constituyó un auténtico espejismo político, y este fenómeno estuvo directamente ligado al viraje del partido aprista. Belaunde —anteriormente diputado en el período de Bustamante y elegido con votos apristas— irrumpe en el primer plano de la vida política, precisamente en el momento en que el PAP explicitaba su cambio de posición. Su imagen aparece asociada a un sentimiento colectivo de cambio. Su proyecto —aunque él no lo definiera así— es percibido como la posibilidad, mucho tiempo postergada, de un proyecto nacional y generacional de transformación profunda del país. Su discurso político, más brillante que conceptuoso, la predilección por los gestos espectaculares y románticos, una cierta audacia en la maniobra electoral y una innegable simpatía personal, ocultaron para la gran mayoría de sus correligionarios y electores su excesiva proclividad al compromiso y la negociación, su rechazo al enfrentamiento, una relativamente pobre convicción sobre la necesidad de los cambios propuestos y, sobre todo, la imprevisión y renuencia para asu-

29. François Bourricaud, "Les regles du jeu en situation d'anomie: le cas perouvien", en *Sociologie du travail*, Año 9, tercer trimestre, París, 1967.

30. Véase: Martínez, G. *Ideario y plan de gobierno de los partidos políticos*. Lima, 1962.

UNMSM-CEDOC

mir los costos y sacrificios que implicaba el efectivo cumplimiento de las reformas prometidas.

Acción Popular obtuvo óptimos resultados electorales. Desde el inicio se situó como una de las más importantes fuerzas políticas del país. Su desarrollo estrechó enormemente las posibilidades de crecimiento de la Democracia Cristiana y del Movimiento Social Progresista (MSP) Sería permisible, teniendo en cuenta la existencia de muy importantes diferencias, hacer una analogía entre el desarrollo del partido aprista y el limitado desarrollo del partido comunista y la similar correlación entre el surgimiento y posterior desenvolvimiento de AP, la DC y el MSP.

Pero lo que nos interesa destacar especialmente —y por eso la referencia al espejismo—, es que AP es percibido en sus primeros años como un partido de izquierda moderada y reformista, pero izquierda al fin. ¿Lo fue efectivamente?, ¿la convicción reformista estaba presente sólo en una pequeña fracción de su dirigencia y en una proporción imponderable de su electorado? No se puede juzgar sobre las intenciones. Lo que es objetivamente verificable es que la responsablidad de gobierno sobre las políticas implementadas y los problemas soslayados entre 1964 y 1968 sitúan a AP en el campo de la derecha. Después de 1968, su posición frente a un radical proceso de cambio evitará toda duda. Acción Popular asumirá la defensa del statu quo, vale decir, de los intereses oligárquicos e imperialistas. Inclusive desde una posición más dura que la del PAP. Una de las primeras consecuencias esclarecedoras de la revolución que se inició en el Perú en 1968, fue hacer evidente que frente a los problemas históricos del desarrollo nacional —la reforma agraria, la lucha antiimperialista, el fortalecimiento del Estado, la participación de los trabajadores en sus empresas—, las posiciones de AP eran más conservadoras que las del Apra. Más aún, Acción Popular ya no estaba más a la izquierda del Apra; ni en su imagen, ni en su comportamiento.

La nueva izquierda

Se había señalado que en 1960 aparece el Apra Rebelde, que en 1962 constituirá el MIR y que ese mismo año aparece el Ejército de Liberación Nacional y se producirá una reanimación en la expansión y crecimiento de la izquierda marxista, por muchos años encauzada únicamente por el partido comunista y las dos facciones de trotskismo (POR y POR-T).

Para el análisis de este período debe tenerse en cuenta las consecuencias del viraje aprista y la influencia de fenómenos tales como la crítica del stalinismo iniciada por Krutchev en el XX Congreso del

UNMSM-CEDOC

Partido Comunista de la URSS y el triunfo de la revolución cubana, que modificó las concepciones tradicionales sobre la revolución en los países no industrializados. En consecuencia, el PAP y el PCP fueron los más afectados por el surgimiento de esta "nueva izquierda".[31] Grupos disidentes de ambas organizaciones estuvieron en la conformación inicial del MIR y del ELN. La izquierda "tradicional" estaría constituida por el PCP, los antiguos partidos trotskistas —distinguiéndose de ellos el trabajo de Hugo Blanco— y el muy pequeño partido socialista jefaturado por Luciano Castillo (0.99% en las elecciones de 1962).

Según Béjar, la nueva izquierda tenía como características más importantes: la negación de la posibilidad de ascenso pacífico al poder político para los grupos revolucionarios; la reivindicación de la conciencia popular; la revalorización del papel del campesinado en la primera fase de la revolución; el repudio de la acción de los partidos tradicionales, principalmente del PAP y el PCP.

Ni el MIR, ni el ELN, lograron arrastrar a sus filas a un número importante de la militancia de sus partidos de origen, aunque debe destacarse que en la formación del ELN, participó un grupo de ex-militantes del PCP, como un grupo de jóvenes cuadros políticos que hacían sus primeros años de estudios universitarios. En lo que concierne a proyectos ideológicos y programas partidarios, los planteamientos de ambas organizaciones no fueron muy sofisticados. Deslumbrados por la experiencia cubana, sobrevalorando sus propias posibilidades, minimizaron el real poderío de sus adversarios y sin llegar siquiera a unificar en un comando integrado la dirección de los frentes de lucha, en julio de 1965 se inició la guerrilla del MIR en Mesa Pelada (Dpto. del Cusco) y en la provincia de Concepción (Dpto. de Junín), y en la provincia de La Mar (Dpto. de Ayacucho) la del ELN. Encabezaban los grupos, De la Puente y Lobatón por el MIR y Héctor Béjar por el ELN.[32]

Al comienzo de las acciones guerrilleras el gobierno de Belaunde pretendió ignorar y minimizar el problema calificándolo como simple abigeato. Después, ante la renuencia inicial del ejército, la Guardia Civil asumió las tareas de la contrainsurgencia. Constatada la existencia de varios frentes y la incapacidad de la policía de resolver el problema y ante la presión del Apra y de la derecha económica el ejército inició la represión de los focos guerrilleros de acuerdo a sus propias condiciones. En pocos meses la guerrilla fue vencida. Aun soslayando el pro-

31. Héctor Béjar, *Perú 1965: Una experiencia guerrillera,* Campodónico Ediciones S.A., 1969.

32. En 1963 el ELN intentó una primera experiencia que fracasó con la muerte del joven poeta Javier Heraud y el apresamiento de Alaín Elías, Abraham Lama y Edilberto Márquez en Puerto Maldonado. En 1965, el MIR formó un grupo en la sierra de Piura, encabezado por Fernández Gasco. Pero este grupo no entró en combate.

UNMSM-CEDOC

blema de su viabilidad, en términos de eficacia inmediata, las guerrillas de 1965 adolecieron de muy serias deficiencias en su concepción, preparación y desarrollo. Pero tuvieron un gran impacto que fue consecuencia de la dimensión moral, del compromiso heroico de algunas docenas de estudiantes y trabajadores. En un clima político signado por el retroceso aprista, por la mediocridad del gobierno de Belaunde, por la rigidez y falta de iniciativa del partido comunista, el sacrificio de De la Puente, Lobatón, Heraud, Velando y los largos años de prisión de Béjar, Blanco, Palacios, Fernández Gasco, Gadea, Portocarrero y tantos otros, marcó a fuego a las nuevas generaciones que se sumaban a la lucha por la revolución peruana.

El proceso de las invasiones campesinas y la experiencia guerrillera, testimonios de una profunda convicción transformadora llevada a la práctica mediante una entrega que asumió todos sus costos y riesgos, devolvió a la izquierda peruana la autenticidad y la fuerza perdida en 1956. De este modo, los primeros años de la década del 60, constituirán para ella un nuevo punto de partida. Por primera vez, el ideal de la revolución social, del "todo o nada", encarnó en un proyecto de acción directa que cuestionaba ya no el gobierno sino el sistema. Sus consecuencias no afectaron únicamente a quienes luchaban por el cambio. También la derecha sintió el remezón de la estructura en que reposaban sus privilegios, pero ello no se tradujo en un cambio de política que abriera algunas válvulas de escape a la presión por tanto tiempo contenida.

La fuerza armada, responsable directa de la liquidación de los focos guerrilleros, sufrió el impacto de esta experiencia excepcional. Después del conflicto bélico con el Ecuador en 1941, los soldados volvieron a empuñar las armas pero, esta vez, dispararon contra peruanos, muchos de ellos muy jóvenes, que luchaban por la justicia social y por una patria más digna para todos. Este enfrentamiento fue un factor decisivo para el cambio de posición de muchos de los altos mandos del ejército, para su toma de conciencia acerca del rol histórico que podían jugar los institutos armados y, finalmente, para la decisión de romper con la antigua tradición que los convirtió en "el perro guardián de la oligarquía".

La Democracia Cristiana

La Democracia Cristiana nace como el típico partido de cuadros de orientación centrista y militancia de clase media. La escisión del ala derecha del partido que en 1967 dará origen al Partido Popular Cristiano (PPC) liderado por Luis Bedoya Reyes lo debilitará y desplazará hacia una posición de centro izquierda. Héctor Cornejo Chávez, el

UNMSM-CEDOC

más brillante parlamentario de las últimas décadas, será el líder de la agrupación. Su desarrollo posterior seguirá la orientación de su base social inicial: partido de profesionales liberales y técnicos, funcionarios de todos los niveles, algunos notables provincianos y pequeños propietarios, base obrera muy reducida y vinculada al Movimiento Sindical Cristiano (MOSIC), organización campesina muy pobre y un interesante trabajo universitario.[33]

El movimiento universitario

Entre 1957 y 1958, luego del apoyo al gobierno de Manuel Prado y después de un largo período en el que mantuvo la dirección del movimiento universitario, el PAP perdió prácticamente todas las federaciones estudiantiles del país. El último presidente aprista de la Federación de Estudiantes del Perú (FEP) fue Carlos Enrique Melgar. El primer presidente de la FEP, una vez terminada la hegemonía aprista, fue el dirigente demócrata cristiano Oscar Espinoza Bedoya, entonces presidente de la Federación Estudiantil de la Universidad de Ingeniería (ACUNI), elegido en 1958 en el Congreso de Trujillo.

A partir de 1959, y con el enorme impulso de la revolución cubana, el control de la Federación de Estudiantes del Perú (FEP) será detentado por el movimiento marxista. Hasta 1963 éste se organizó en base a los frentes estudiantiles revolucionarios (FER) estructurados y controlados por la juventud comunista peruana. La política desarrollada por el PCP, antes de la separación de los grupos que se autodeterminaron como "chinos" o pequineses (1964), fue de ancha base. Trataron de encuadrar el grueso del movimiento universitario. Este objetivo fue logrado sólo parcialmente. Después de Espinoza Bedoya se sucedieron en la FEP los candidatos apoyados por la juventud comunista: Max Hernández, Walter Palacios y Gustavo Espinoza. De ellos únicamente Gustavo Espinoza pertenecía a los registros del PCP y fue elegido en 1963, en el Congreso de Huamanga, último encuentro de la FEP en que con representación orgánica de todas las universidades se eligió el máximo representante de los estudiantes del Perú.

Por estos años se reestructura el movimiento estudiantil, adquiriendo mayor diversidad, fuerza y representatividad. La apertura del go-

33. Entre los años 58 y 63, en muchas de las más importantes universidades del país, durante varios períodos la dirección de las federaciones estuvo a cargo de dirigentes juveniles de la DC. En la Universidad del Cusco: Valentín Paniagua y José Tamayo; en Arequipa: Jorge Bolaños, Roger Cáceres, Arturo Bouroncle, Paredes; en la Universidad Nacional de Ingeniería: Oscar Espinoza, Rodolfo Elmore, Ernesto Amans, Carlos Leca; en la Universidad Agraria: Jaime Llosa; en la Universidad Católica de Lima: Alfonso Cobián, Manuel Moreyra Loredo, Agustín Figueroa, Jaime Montoya, Rafael Roncagliolo, Henry Pease, Manuel Bernales, Armando Zolezzi, Javier de Belaunde, José María Salcedo.

UNMSM-CEDOC

bierno de Prado ofrecía mejores condiciones para la organización estudiantil que el oscuro y represivo gobierno de Odría. El crecimiento de la población universitaria, el surgimiento de los nuevos partidos y su esfuerzo por contar con bases estudiantiles propias, el crecimiento de los grupos marxistas, potenciado por la revolución cubana, así como el inicio del contacto con organizaciones obreras, campesinas y de los barrios marginales, posibilitó el desarrollo de un rico movimiento estudiantil que llenaba plazas con sus marchas y llegó a derribar ministros, manteniendo su organización representativa en forma unitaria.

En esta época germinaron dos líneas y dos estilos de comportamiento en los grupos políticos universitarios que, como en el caso de las organizaciones campesinas y obreras, estuvieron estrechamente asociados al núcleo partidario que los orientaba. Un grupo importante, pero muy minoritario, asumió a plenitud el compromiso con la guerra revolucionaria y la guerrilla (Javier Heraud, Héctor Béjar, Abraham Lama, Walter Palacios, Alaín Elías, etc., es decir, los dirigentes y militantes universitarios que lucharon en el MIR y en el ELN). Otros permanecieron en el juego político universitario tradicional: exigiendo reformas, solidarizándose con las reivindicaciones de los trabajadores, reclamando mayores rentas para la universidad, en algunos casos con una mayor inquietud política; en otros, dedicando su esfuerzo a tareas más específicamente universitarias.

Después de 1965, en el contexto de la frustración generalizada que el gobierno de Belaunde causó en el campo de la izquierda, se genera una nueva situación en la política universitaria. Esta se alimenta con el recuerdo de las invasiones de tierras de los inicios de la década del 60 —especialmente del trabajo de Hugo Blanco— y también con la experiencia guerrillera del 65. Para comprenderla es necesario tener en cuenta la acción de los grupos separados del partido comunista (Patria Roja, Bandera Roja, Sendero Luminoso, etc.); la aparición y fraccionamientos sucesivos de Vanguardia Revolucionaria (VR); Partido Obrero Marxista Revolucionario (POMR); Partido Comunista Revolucionario (PCR) y la de los distintos grupos que reivindican la representación del MIR después de la liquidación de la guerrilla. Así, aparece una nueva orientación y un nuevo estilo de acción política: semi-clandestino, profundamente ideologizado, contestatario verbal e indiscriminado de todas las acciones políticas que no sean las suyas, proclive en alto grado al debate metafísico, al lenguaje hermético sólo para iniciados, al personalismo y al fraccionalismo frecuentemente practicado. Estos grupos no serán capaces de mantener la unidad del movimiento estudiantil. En no pocas universidades, su radicalismo más bien retórico, el desconocimiento y despreocupación por la investigación y la docencia, aunado a la presión por el ingreso como la debilidad moral

UNMSM-CEDOC

de muchos profesores y autoridades y la carencia de los recursos necesarios desatará una práctica demagógica y matonesca que aún persiste en algunos de nuestros más importantes centros superiores.[34] En algunos casos —los menos— la dirigencia de estos grupos consiguió de alguna manera conciliar su radicalismo político con las exigencias mínimas del trabajo universitario. Dirigentes estudiantiles de esa época animan hoy algunos de los nuevos partidos y unos pocos están presentes en el Parlamento.

La intervención militar de 1962

En los últimos meses del gobierno de Prado, los resultados de las elecciones convocadas para el 10 de junio parecían muy inciertos. Al electorado se le proponían siete candidatos: Haya de la Torre (PAP), Belaunde Terry (AP), Odría (UNO), Cornejo Chávez (DC), el Gral. Pando Egúsquiza (FLN), Luciano Castillo (PS) y Ruiz Eldredge (MSP). Entre ellos, se consideraba con mayores posibilidades de éxito a Víctor Raúl Haya de la Torre, lanzado por la alianza democrática integrada por el PAP y por el MDP y que se presentaba como candidato apoyado por el gobierno; al arquitecto Fernando Belaunde, que en las elecciones de 1956 obtuviera una alta votación y al Gral. Manuel A. Odría, ex-dictador del Perú entre 1948 y 1956. A los otros aspirantes a la presidencia de la República se les otorgaba muy pocas probabilidades. La imagen renovadora de Belaunde y la notoria menor fuerza de otras organizaciones situadas a la izquierda fueron factores que contribuyeron a la aceptación generalizada de la tesis del "voto desperdiciado".

Se ha afirmado con insistencia —y las afirmaciones parecen tener fundamento— que en los altos mandos de los institutos armados existía una seria preocupación por los resultados electorales. Víctor Villanueva sostiene que en el ejército se llevó a cabo una encuesta cuyo cuestionario se refería íntegramente a problemas políticos y estaba orientada a conocer la opinión de los oficiales con relación a determinadas decisiones que podrían exigir el pronunciamiento o la intervención de la fuerza armada. En los medios castrenses, habría habido rechazo frente al Gral. Odría, por el recuerdo, aún fresco, de la corrupción de su gobierno y por el desprestigio que acarrearía al ejército su presencia en el poder. Al mismo tiempo, habría existido una reacción negativa frente al partido aprista, no solamente por los viejos conflictos que exacerbó la oligarquía desde los años 30, sino también por la presunción de que un gobierno aprista en alianza con los grupos oligárquicos no hubiera producido las reformas que la fuerza armada —en

34. El pequeño libro de Oscar Franco, *La última clase*, es un testimonio desgarrador sobre la política universitaria sanmarquina de esos años.

UNMSM-CEDOC

pleno proceso de renovación y apertura a los problemas económicos y sociales del país— consideraba necesarios. Según escribe Villanueva:

«En cambio Belaunde carece de antecedentes políticos vergonzosos, lo que significa un factor bastante importante para la mente militar tan devota de la moral, procede de la clase media conservadora, origen que constituye cierta garantía de su natural anticomunismo, encubierto y políticamente no declarado. Es un profesional distinguido, un 'técnico' y no un 'ideólogo', circunstancia de gran importancia también para el pragmatismo castrense, propone reformas prácticas y no metas teóricas quizá inalcanzables. Su nacionalismo —conquista del Perú por los peruanos— es de más fácil acceso a la mente militar que las obstrusas ideas importadas. El arquitecto rechaza a la oligarquía tanto como el hombre de uniforme y como éste, teme a los sectores populares por su ascenso revolucionario... El ejército ha de actuar, pues, en forma pasiva, esperando que se produzca la coyuntura propicia, pero procurando también crearla. La decisión de intervenir habría sido adoptada, salvo el caso que triunfara la candidatura de Belaunde».[35]

En el Perú, el fraude electoral ha sido un fenómeno recurrente desde los inicios de la República. En los últimos decenios, la fabricación de comicios tuvo aún expresiones grotescas, como lo muestra el caso de la elección como candidato único del Gral. Odría en 1950, después de haber impedido la participación de sus opositores. Debe recordarse, en este sentido, que Odría ejercía el poder desde el 3 de octubre de 1948, fecha en la que mediante un "cuartelazo" tradicional derrocó al gobierno constitucional de Bustamante y Rivero.

En un terreno abonado por las frecuentes experiencias de fraude, la acusación previa o posterior de "voluntad de fraude" ha sido un tema constante en la mayoría de los procesos electorales. Así por ejemplo, en las elecciones de 1931, los apristas no consideraron legítimos los resultados que favorecieron a Sánchez Cerro; y en los últimos comicios —junio de 1978— para elegir los miembros de la Asamblea Constituyente, el mismo partido, que obtuvo la primera mayoría (36% de los votos válidos), desarrolló una intensa campaña sobre la "voluntad de fraude" que, según ellos, entrañaba el sistema del voto preferencial. Terminada la campaña y obtenido el triunfo desaparecía el problema.

En la campaña de 1962, este comportamiento poco democrático corrió inicialmente a cargo del diario *El Comercio*, antiguo y tenaz enemigo del partido aprista. Veamos un texto de dicho diario en su edi-

35. Víctor Villanueva, op. cit., 1973.

UNMSM-CEDOC

ción del 29 de mayo de 1962: "No hay inconveniente en que la elección se verifique efectivamente el 10 de junio, pues ese día el Gral. Odría o el arquitecto Belaunde serán indudablemente elegidos y ello significará que la mayoría indiscutible de esos dos candidatos se habrá impuesto a despecho de todos. En el caso hipotético de que aparezca una mayoría en favor de Haya de la Torre, como ya ha sido probado el fraude aprista, se hará patente la necesidad para todos de proseguir hasta el fin la depuración de los registros electorales antes de proclamar los resultados de la elección". Con anterioridad, en su editorial del 20 de mayo *El Comercio* había ya demandado la intervención de la fuerza armada, alegando que había fraude y que, en consecuencia, el proceso electoral estaba viciado.

Producidas las elecciones y a pesar de que los resultados del departamento de Lima otorgaban una inesperada mayoría al Gral. Odría (234,242 votos contra 207,850 de Belaunde y 164,004 de Haya de la Torre), Belaunde en la misma noche del 10 de junio se proclamó como virtual presidente de la república:

«Estoy en condiciones de anunciar nuestra victoria definitiva, y con tal ventaja que no será necesario el voto del Congreso para designar al futuro presidente de la República... Depongo la espada de la lucha para ofrecer al gobierno que termina los laureles que merece en *este libre proceso electoral*». (El subrayado es nuestro).

En la segunda quincena de junio *El Comercio* acentuó su campaña sobre el fraude electoral, y a ella se sumó el partido Acción Popular denunciando adulteración de actas de escrutinio, etc. Es evidente que este cambio de comportamiento estaba asociado a la información creciente sobre el triunfo aprista. En los primeros días de julio, se conocía extraoficialmente que los resultados favorecerían a Haya de la Torre, aunque por una diferencia mínima (Haya 558,237 votos, Belaunde 543,828 y Odría 481,404). El 4 de julio en un famoso discurso en el que reconoce que su partido ya no representa a la mayoría del país, sino solamente a un tercio del electorado, Haya anuncia que el presidente de la República le había informado que la fuerza armada vetaba su candidatura. Posteriormente intentará salvar el impasse negociando con sus adversarios. En primer lugar, se llevan a cabo conversaciones entre representantes del PAP y de AP. Pero éstas fracasan. El 9 de julio, Belaunde plantea al Jurado Nacional de Elecciones un plazo de tres días para que se pronuncie sobre los recursos de nulidad planteados por su partido y se traslada a Arequipa donde sus partidarios, para presionar al Jurado Electoral —¿y a la fuerza armada?—, levantan barricadas en las calles de la ciudad; el humor político llamaría "borri-

UNMSM-CEDOC

cadas" a este típico gesto belaundista. El 17 de julio, Haya anuncia su retiro y, al mismo tiempo, comunica la decisión de su partido de apoyar en el Congreso la candidatura del Gral. Odría. Por segunda vez el PAP realizará un pacto explícito con un antiguo enemigo. En esta ocasión se trata del dictador que encarcelara, deportara e hiciera sucumbir a centenares, quizá miles, de militantes apristas y que mantuviera prisionero al propio Haya de la Torre durante seis años, en la Embajada de Colombia. Pero este pacto no podría ser cumplido: en la madrugada del día 18 se habrá consumado el primer golpe de estado institucional de la fuerza armada.

Un nuevo militarismo

Jorge Basadre en el volumen XIV de su *Historia de la República* califica esta intervención como el más reciente brote del tercer militarismo:

«El Perú ha tenido tres tipos de militarismo: el primero después de la victoria, en los años que siguieron a la batalla de Ayacucho en 1824 y el segundo después de la derrota cuando terminó la guerra con Chile en 1883 y duró hasta 1895. El tercero surgió bajo la invocación de la defensa social de 1930 a 1939 y fue resucitado en 1948-1956 y con otras características en 1962-1963. Este tercer tipo de militarismo, cuyos atisbos ya aparecieron en 1914, surge del vacío político, ante la impotencia de las agrupaciones partidarias tradicionales y frente a los peligros que según se alega, acechan al Estado y a la nación. Las clases socialmente dominantes lejos de enfrentarse a él como lo hicieron en la época agónica del primer militarismo (1872) y en las postrimerías del segundo (1894-1895), lo auspician y se amparan bajo su protección; si bien esta actitud quedó reducida al pasivo conformismo en el más reciente brote de este tercer militarismo (1962-1963)».

Pero, los estudios más recientes sobre la evolución de las fuerzas armadas a partir de la postguerra, muestran la aparición de una serie de cambios en su organización e ideología que hacen difícil su asimilación al militarismo de los años 30-39 y 48-56. En el mismo sentido, el estilo institucional de toma y ejercicio del poder, tan distinto a las dictaduras de Sánchez Cerro, Benavides y Odría y el tipo de decisiones asumidas durante su corta gestión gubernamental, evidencian una profunda inflexión en el comportamiento profesional y político de los militares peruanos.

Desde fines de la década de los años 40 los institutos armados estuvieron sometidos a la influencia y presión de contradictorios factores

UNMSM-CEDOC

de cambio, externos e internos. En el marco de la guerra fría y, en consecuencia, de la política bloquista, anticomunista y contra-insurgente de los Estados Unidos, se estrecharon las relaciones con este poderoso país, las que se concretarán en la donación, préstamo y compra de material bélico, generalmente obsoleto y en el perfeccionamiento y adiestramiento del personal peruano en las nuevas modalidades de la estrategia y táctica militares, tanto en lo que se refiere a los problemas de la seguridad externa, como a la necesaria prevención contra el "enemigo interno". De este modo, el Perú firmará en 1947 el Pacto de Río de Janeiro que dio origen a la Junta Interamericana de Defensa y al Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR), uno de los instrumentos más importantes de la estrategia imperialista en su política latinoamericana y, posteriormente, el general Odría y el general Eisenhower firmarán el pacto de ayuda mutua con relación a la defensa hemisférica y la contención del comunismo. Pero el nuevo profesionalismo militar iniciaría muy pronto el diseño de una política de defensa nacional, que sobrepasa el dominio militar y que aspira a entroncarse con una política de desarrollo nacional.[36]

La importancia del CAEM

En julio de 1950 fue aprobada la Ley Orgánica del Ejército. En ella se define el Centro de Altos Estudios del Ejército (CAE) como "el más alto organismo de estudios de los problemas que atañen o se relacionan con la preparación integral del Ejército y de preparación y selección del Alto Mando de éste". En su artículo 25 se enumeran los fines del CAE: *a)* Difundir el conocimiento fundamental de nuestra doctrina de guerra precisando lo que de ella se desprende y contribuir a su perfeccionamiento y mantenimiento al día; *b)* Dirigir y conducir, dentro del marco de dicha doctrina, la preparación para el Alto Mando del Ejército; *c)* Estudiar las cuestiones fundamentales de la Defensa Nacional y sus relaciones con los problemas nacionales; *d)* Estudiar objetivamente y proponer sistemas racionales de educación e instrucción en el Ejército; *e)* Participar en la culturización en materia de Defensa Nacional del elemento director de las actividades del país".

Es conveniente tener en cuenta la crítica que Víctor Villanueva hace de ciertas interpretaciones ligeras que atribuyen la creación del Centro de Altos Estudios del Ejército a una propuesta del Departamento de Defensa de los Estados Unidos. Este error puede tener su origen en: "La propuesta que presentó el delegado del Perú ante la Junta In-

36. Víctor Villanueva, *El CAEM y la revolución de la Fuerza Armada*, IEP, Campodónico Edic., S.A., 1972; *Ejército peruano: del caudillaje anárquico al militarismo reformista*, Librería Editorial Juan Mejía Baca, Lima 1973.

UNMSM-CEDOC

teramericana de Defensa en 1958 (ocho años después de la creación del CAEM) para que se recomendara a los ejércitos latinoamericanos emplear 'unidades especiales' en obras de promoción económica... La propuesta peruana presentada y pospuesta en 1958 en la JID y sintomáticamente aprobada por unanimidad en 1960, inmediatamente después del triunfo de la revolución cubana, retrotraída cronológicamente en decenio y convenientemente tergiversada, puede haber dado pábulo a la idea de que el CAEM se creó debido a una sugerencia de la JID".[37]

En 1954 el CAE adoptó el nombre de CAEM (Centro de Altos Estudios Militares). En 1957 pasó de la dependencia directa del Comandante General del Ejército, a la dependencia del Comando Conjunto de la Fuerza Armada, institución creada ese mismo año. Debe considerarse que durante los tres primeros ciclos (1951, 1952, 1953), los participantes —salvo un coronel de la fuerza aérea peruana (FAP)— fueron coroneles del Ejército. A partir de 1955 concurrieron de modo permanente los coroneles de la FAP y se iniciará la presencia de funcionarios civiles. En 1956 comenzaron a participar coroneles de la Guardia Civil (GC) y solamente desde 1959 los inspectores de la Policía de Investigaciones del Perú (PIP).

Desde su inicio, y expresado por el pensamiento de su fundador, el Gral. José del Carmen Marín, el CAEM propuso "una sustantiva ampliación de sus funciones, como elemento clave de la expansión de las actividades del Estado, encargado de dirigir y organizar a la sociedad, en procura del desarrollo y, en consecuencia, de la defensa nacional".[38]

Víctor Villanueva, relevando la figura del Gral. Marcial Romero Pardo como el principal ideólogo de este instituto afirma: "Identificando el concepto de defensa nacional con el de bienestar y desarrollo económico y social y considerando esta aspiración como la finalidad fundamental del Estado, se puede deducir fácilmente que la fuerza armada, instrumento principal de la defensa nacional, ha de prepararse en primera urgencia, para satisfacer la necesidad permanente que es el bienestar, colocando en segundo término el estudio de actividades bélicas que sólo tienen aplicación en el caso eventual que es una guerra".[39]

La afirmación de Villanueva respecto de la "primera urgencia", si bien tiene el valor de resaltar la creciente preocupación de los altos mandos de la fuerza armada por el bienestar, parece excesiva cuando pretende colocar en "segundo término el estudio de activida-

37. Víctor Villanueva, op. cit., 1972.
38. Julio Cotler, op. cit., 1978.
39. Víctor Villanueva, op. cit., 1972.

UNMSM-CEDOC

des bélicas". Debe recordarse que desde que se creó la Escuela Superior de Guerra se incrementó el entrenamiento de oficiales en centros académicos extranjeros para la guerra convencional y posteriormente para la contrainsurgencia. En una institución que ha incorporado a su desarrollo la práctica del entrenamiento y reciclaje permanente, la inmersión durante un año en un programa de estudios cuyo contenido está referido preferentemente a brindar una "imagen global" de los problemas del país y a exponer de manera introductoria algunos aspectos de la teoría y posible aplicación de las ciencias sociales, no puede tener consecuencias tan profundas como las que se ha pretendido encontrar. Es muy posible que el CAEM contribuyera más bien a sensibilizar a muchos oficiales frente a situaciones y problemas que anteriormente su propia institución trató de ocultarles.

Ahora bien, la apertura y sensibilización militar hechas posibles en el plano académico por el CAEM, son la contraparte de otro tipo de apertura y sensibilización promovidas por el origen y pertenencia social de los oficiales a las clases medias. Esto explica, por lo menos parcialmente, su estilo de vida (ingresos, aspiraciones, nivel de instrucción, etc.) y su inserción en la sociedad global, no solamente en tanto que miembros de su institución. Simultáneamente, las exigencias de su especialización técnica obligan a la oficialidad a vincularse con los problemas y colegas de su especialidad; el necesario entrenamiento que reciben en el extranjero los abre a nuevos horizontes y nuevas experiencias; el retiro muchas veces temprano y su reinserción a la "vida civil", por otro lado, no corta sus relaciones con sus antiguos compañeros. Estos y otros factores, como señala Nun, "muestran la debilidad de la imagen tradicional de la fuerza armada como una institución aislada en el seno de la sociedad".[40]

Alcances y perspectivas de la intervención militar de 1962

En primer lugar, el estilo es enteramente nuevo: la proclama del día 18 de julio en la que se identifica al ejército con el pueblo, será firmada por el Jefe del Comando Conjunto y por los comandantes generales de las tres armas, e inmediatamente después de su difusión se promulga un decreto ley que convoca a nuevas elecciones para el 10 de junio de 1963. La represión fue prácticamente inexistente y los partidos políticos no fueron proscritos: "Víctor Raúl creerá más pruden-

40. En otro ensayo, hemos criticado la interpretación que Víctor Villanueva hace del papel del CAEM en la intervención militar del 68 y aportado una larga evidencia demostrativa de la falta de un condicionamiento directo de dicha institución en la formación y orientación del grupo dirigente de la revolución peruana. Los testimonios de los participantes, contenidos en el libro de María del Pilar Tello, *Golpe o revolución: hablan los militares del 68*, Lima, 1983, confirman nuestra observación.

UNMSM-CEDOC

te eclipsarse por algunos días, pero nadie parece buscarlo. Los diarios seguirán circulando sin trabas y si *El Comercio* desborda de júbilo, *La Prensa* manifiesta una reserva que linda con la oposición. *La Tribuna,* es cierto, es clausurada el 18 de julio, pero el 20 ya reaparece. La CTP, central sindical dominada por los apristas, lanza una orden de huelga general que en las primeras horas fracasa en Lima y sólo tiene un relativo éxito en los ingenios azucareros de la costa septentrional. El Ministro del Interior de la Junta, Gral. Bossio, asegura el orden sin encarcelar a nadie, dejando al partido aprista en libertad de fulminar, condenar, vociferar... El golpe liquida el mito del caudillo".

El partido aprista afirmará su enérgica oposición constitucionalista e inmediatamente reconocerá al gobierno de facto al asumir su decisión de "mantenerse legalmente en la oposición". Ni Acción Popular, ni su candidato y fundador Fernando Belaunde Terry protestaron por el golpe de estado; más aún, la plana mayor del comando de AP visitó Palacio de Gobierno y expresó su satisfacción por la anulación de los comicios. Por este hecho recibieron el apelativo de "lustrabotas" con que gustaron de calificarlos los militantes apristas.

Inmediatamente después del golpe, el Departamento de Estado norteamericano suspendió sus relaciones con el gobierno militar y anunció que se suspendería la ayuda al Perú. Sin embargo, un mes más tarde, el gobierno de los Estados Unidos reconoció a la Junta Militar, sumándose de este modo a muchos países latinoamericanos que ya lo habían hecho.

La intervención de 1962 tuvo sin duda un carácter antiaprista. La voluntad de alejarse del poder una vez realizadas las elecciones en el plazo definido con mes y día y su fiel cumplimiento así parecen demostrarlo.

El clima internacional en que se produjo el cambio de gobierno estuvo marcado por el enorme impacto de la revolución cubana y por la respuesta de los Estados Unidos: la Alianza para el Progreso.

En los departamentos serranos se intensificaban las tensiones sociales: el movimiento campesino en los valles de La Convención y Lares seguía expulsando hacendados y ocupando tierras; la idea de la lucha guerrillera amenazaba afirmarse (en Huamachuco y en Jauja se produjeron tomas de la ciudad, en esta última por el levantamiento del teniente de la Guardia Republicana Francisco Vallejo, quien murió en combate); en Pucyura, Hugo Blanco y un grupo de campesinos tuvieron un enfrentamiento armado con los integrantes del puesto policial, con saldo de muertos y heridos. En los medios universitarios y en pequeños grupos políticos de reciente creación la idea de la lucha

UNMSM-CEDOC

armada y el ideal de la guerrilla comenzaron a cristalizar en proyectos definidos.

En enero de 1963, la Junta Militar de Gobierno realizó una detención masiva de dirigentes políticos, sindicales y estudiantiles de izquierda. Las cifras sobre "la redada" oscilan entre 1,000 y 2,000 personas. Un número no menor de 200 detenidos fue enviado a la colonia penal de El Sepa, en plena selva amazónica. El pretexto utilizado: un gran complot comunista. Muchos de los dirigentes detenidos fueron liberados rápidamente. Algunos fueron enjuiciados ante los tribunales militares, aparentemente por la información de que se disponía; los demás obtuvieron su libertad progresivamente. En mayo de 1963, fue apresado Hugo Blanco y el 15 de mayo del mismo año, en Puerto Maldonado, cae Javier Heraud en la primera y fracasada incursión del Ejército de Liberación Nacional.

En un cuadro social cuya nota más significativa estaba constituida por el malestar del mundo rural y la creciente presión de las organizaciones campesinas, el gobierno dicta una Ley de Bases para la Reforma Agraria, típica ley "preventiva", plagada de contradicciones y limitaciones, cuyo primer ensayo se llevó a cabo en los valles orientales del Cusco, donde se desarrollaba con mayor fuerza el movimiento campesino. La Ley trataba de consolidar la pequeña propiedad y legalizar la expulsión de los latifundistas abriendo una válvula de escape en el sector del sistema donde la presión se ejercía con mayor violencia. Si se considera el peso político de los terratenientes serranos como factor de apoyo y sostén del estado oligárquico y, si se tiene en cuenta, al mismo tiempo, el comportamiento frente al problema agrario de los gobiernos civiles y militares precedentes, el decreto tuvo una indudable importancia y contribuye a demostrar el surgimiento de un nuevo comportamiento castrense.

En el mismo sentido, otro conjunto de decisiones referidas al fortalecimiento y tecnificación del aparato estatal evidencia el alejamiento progresivo del pensaminto político de los militares —por lo menos de los oficiales superiores— con relación al pensamiento "liberal" y antiestatista, no solamente de la oligarquía, sino en general, de la derecha peruana: la Junta Militar de Gobierno en 1962 creó el Instituto Nacional de Planificación; preparó y aprobó el primer Plan Nacional de Desarrollo (1962-1971); dictó la Ley del Presupuesto Funcional y elaboró el primer presupuesto por programas; dispuso la ampliación de la planta siderúrgica de Chimbote; revitalizó la Ley Orgánica de la Empresa Petrolera Fiscal, etc.

Se ha dicho que los hijos se parecen más a su tiempo que a sus padres. A ese principio no escapan los institutos armados, y como órga-

UNMSM-CEDOC

no de esos institutos, el CAEM. La evolución de la fuerza armada no puede ser comprendida fuera de la sociedad en que se desarrolla. En una sociedad en trance de mutación profunda, los conflictos y tensiones sociales, las esperanzas, frustraciones y desafíos son los factores que configuran las alternativas posibles —que muy pocas veces son las deseables— para el ejercicio del poder político.

En el caso de la Junta Militar de Gobierno, su breve paso por el poder expresa con claridad algunos de los cambios producidos en las fuerzas armadas, sobre todo en el ejército: el creciente proceso de organización y tecnificación al cual está ligado el carácter institucional de la intervención (es importante recordar el desplazamiento de Pérez Godoy y quizá también el de Bossio Collas que pueden ser interpretados como el rechazo a nuevas formas de caudillismo militar); la conciencia del necesario fortalecimiento del Estado como requisito necesario para el logro de un sostenido proceso de autodesarrollo; el inicio del distanciamiento de las posiciones pro-oligárquicas y pro-imperialistas, etc. Pero, parece claro que la intervención no correspondía a un proyecto de largo aliento. Quienes lo ejecutaron —probablemente con la excepción del Gral. Bossio Collas— no expresaron posiciones consistentemente reformistas. El perentorio plazo fijado —y cumplido— para la realización de un nuevo proceso electoral es la mejor prueba de que se trató de una intervención fundamentalmente antiaprista. Como hipótesis de trabajo, puede sostenerse que el régimen de la Junta Militar de Gobierno expresaba los alcances y limitaciones de la concepción "CAEMITA" sobre la participación de la fuerza armada en la política: una concepción desarrollista, relativamente estatista, autoritaria y "preventiva".

El fracaso belaundista

Pero, no es posible comprender cabalmente la rápida legitimación del proceso revolucionario del 68, es decir, el logro de un amplio aunque difuso consenso a su acción desde los primeros meses, si no tenemos en cuenta la frustración causada por el fracaso del gobierno de Belaunde.

Joven diputado elegido con votos apristas en la campaña de 1945, candidato que expresaba la renovación y que logró en 1956 un significativo respaldo en las ánforas, nuevamente candidato en las frustradas elecciones de 1962, el arquitecto Fernando Belaunde Terry es elegido Presidente de la República luego de un reñido proceso electoral en 1963.

Probablemente muy pocos mandatarios en la historia del Perú llegaron a asumir la más alta magistratura política del país con el caudal

UNMSM-CEDOC

de popularidad y esperanza que alcanzó Belaunde. Había obtenido poco más de un tercio de los votos válidos. Contaba con la simpatía de las fuerzas armadas, que un año antes habían impedido el triunfo del partido aprista con el pretexto de un muy dudoso fraude. Pero no pudo o no supo establecer una alianza que le permitiera obtener una mayoría parlamentaria.

Después de un conjunto de positivas aunque tímidas decisiones tomadas en los primeros meses de su mandato (nacionalización de la Caja de Depósitos y Consignaciones, remisión del proyecto de Ley de Reforma Agraria, establecimiento de Cooperación Popular, convocatoria para las elecciones municipales, expropiación de la hacienda Algolán perteneciente a la Cerro de Pasco), y a pesar de que la alianza que apoyaba su gobierno alcanzara un claro triunfo electoral (más del 50%) en las elecciones municipales de noviembre de 1963, su gobierno fue poco a poco empantanándose en una estéril y suicida política en la que el bloqueo impuesto por los partidos que detentaban la mayoría parlamentaria —el PAP y la Unión Nacional Odriísta— ahogó y maniató los ímpetus reformistas que lo llevaron al poder.

La coalición apro-odriísta, por intereses y razones ajenos al desarrollo del país y a la consolidación de un régimen democrático, saboteó el programa de reformas del gobierno de la alianza Acción Popular-Democracia Cristiana. Ante la debilidad de un gobierno que quería desatar el nudo gordiano de la oposición, los apristas, ansiosos de llegar al poder, y los odriístas, opuestos a toda reforma que mellara los ingresos de los grupos privilegiados, no aceptaron ni asumieron las reglas mínimas del juego democrático: "fair play" en la tarea de la oposición; responsabilidad compartida en las decisiones fundamentales que afectan el desarrollo y la seguridad nacional; comprensión de la elemental distinción entre las tareas propias del Poder Ejecutivo (programación y ejecución de un proyecto económico-político) y el rol fiscalizador y contralor del Poder Legislativo, distinción ésta sin cuyo reconocimiento un país no es gobernable en un régimen constitucional.

Durante cinco años la coalición APRA-UNO rechazó el mínimo esfuerzo y sacrificio grupal e institucional que hubiera posibilitado el afianzamiento de una democracia constitucional. Belaunde, sin fuerza ni convicción para buscar otros caminos que le permitieran cumplir su ya tibio programa de reformas, se doblegó ante el "primer poder del Estado" y perdió la fuerza y la legitimidad que le otorgó el pueblo con la esperanza de que cumpliera su proyecto de renovación.

Mediatizada la tímida ley de reforma agraria, reducido drásticamente el programa de Cooperación Popular; intocados los enclaves extranjeros; manteniendo una política internacional débil, alejada del Ter-

UNMSM-CEDOC

cer Mundo y cerrada a los países socialistas, su gobierno se torna represivo y antipopular. El naufragio se inicia con la ruptura de la alianza AP-DC, el cisma de su partido y la crisis económica. El hundimiento se producirá con los escándalos del contrabando y del petróleo. De este modo, en octubre de 1968, la oligarquía peruana mantenía casi la totalidad de sus posiciones y el capital imperialista había diversificado y fortalecido su presencia y control de la economía nacional.

En un cuadro general de frustración y desaliento se crearon las condiciones en un país de antigua tradición militarista para una nueva intervención castrense.

UNMSM-CEDOC

El Perú de Velasco (Tomo I)
se terminó de imprimir en abril de 1986, en los talleres de INDUSTRIAL*gráfica* S.A., Chavín 45, Lima 5 Perú.

UNMSM-CEDOC

UNMSM-CEDOC

ediciones cedep

SERIE: **REALIDAD NACIONAL**

PERU: Identidad nacional
César Arróspide de la Flor et Al.
Lima 1979. 512 p.

PERU: Participación Popular
Carlos Franco.
Lima, 1979. 169 p.

Transnacionales y petróleo en el Perú
Alberto Pontoni.
Lima, 1981. 140 p.

Velasco: Del Estado oligárquico al capitalismo de Estado
Francisco Guerra García.
Lima, 1982. 120 p.

Política económico-financiera y la formación del Estado: Siglo XIX
Javier Tantaleán Arbulú.
Lima, 1983. 316 p.

El Sector de economía social en el Perú: cooperativas y empresas autogestionarias
Gerardo Cárdenas.
Lima, 1983. 456 p.

EL PERU DE VELASCO: De la cancelación del Estado oligárquico a la fundación del Estado Nacional
Coordinador: Carlos Franco.
Rolando Ames, Héctor Béjar et Al.
Tres Tomos. 1,000 p.
Lima, 1986.

Cultura y modernización en la Lima del 900
Julio Ortega.
Lima, 1986. 208 p.

Pedidos:
Av. 6 de Agosto 425, Jesús María.
Teléfonos: 32-0695/234423
Apartado 11-0201
Lima 11 – Perú

UNMSM-CEDOC

CENTRO DE ESTUDIOS PARA EL DESARROLLO Y LA PARTICIPACION

UNMSM-CEDOC